

CAMPAÑA EN EL EJÉRCITO GRANDE

Domingo Faustino Sarmiento

Nota a esta edición

Dejando de lado el tomo XIV de la desprolija edición nacional de las *Obras Completas*, en la que Belín Sarmiento contra todo criterio erudito quita, agrega y corrige el original, nuestra reproducción digital de *Campaña en el Ejército Grande* ha seguido fielmente el texto de la primera edición de 1852. El presente trabajo no respeta en muchos casos la ortografía utilizada por Sarmiento por considerarla obsoleta.

CAMPAÑA EN EL EJÉRCITO GRANDE
ALIADO DE SUD AMÉRICA

DEL TENIENTE CORONEL
DOMINGO F. SARMIENTO

PRIMERA ENTREGA

RÍO DE JANEIRO
IMPRESA IMP. Y CONST. DE
J. VILLENEUVE Y C.
1852

AD MEMORANDUM

1848

Señor general D. José Santos Ramírez:

Santiago, mayo 26 de 1848

Señor General:

Hace hoy diecinueve años a que en una tarde de aciaga memoria para Mendoza, un oficial que me traía prisionero me dijo: siga U. a este jefe. Este jefe era usted, señor general, y el prisionero era yo. Llévome usted a su casa, y allí me salvó de correr la suerte de Albarracín, Sabino, Moreno, Carril y todos los jóvenes sanjuaninos que fueron fusilados... Vuelto a mi país conservé siempre la memoria del servicio que U. me había hecho, sin que jamás me hubiese sido dado manifestar a usted mi gratitud de una manera digna. Digo digna, porque cuando yo me hallaba en mi país y en aptitud de valer, estaba U. prófugo; cuando yo sabía que estaba U. en Mendoza, yo me hallaba desterrado, y U. mandando. Conoce U. el orgullo de partido. Ofrecerle a U. la expresión de mi gratitud cuando U. mandaba habría sido pedir gracia a mi enemigo político; habría sido recomendarme a su indulgencia, y no lo habría hecho jamás a riesgo de pasar plaza de ingrato.

Hoy U. y yo somos prófugos, desterrados, y está U. en mi patria; y no creería poder saberlo sin avergonzarme, si no recordase a U. una buena acción que U. habrá olvidado quizá, pero que yo recuerdo con gratitud... ¡Veinte años de sacrificios de su parte han tenido por recompensa el destierro! Se ha envejecido sirviendo una causa estéril, que no ha dado sino crímenes, persecuciones y sangre, ¡y después de veinte años estamos como el primer día! Se han exterminado algunos millares de guerreros, algunos centenares de hombres de talento han desaparecido, y sin embargo las resistencias no han cesado; ese gobierno y ese sistema de cosas no han triunfado; prueba evidente de que ese sistema es contra la naturaleza, la justicia y el derecho.

Yo me apresto, General, para entrar en campaña. No crea U. que es mi objeto, no lo crea U., ir a esas pobres provincias; luchar personalmente con las pasiones y con el poder estúpido de la fuerza material: sería vencido, me deshonoraría. Mis miras son más elevadas, mis medios más nobles y pacíficos. Si los argentinos no han caído en el último grado de abyección y de embrutecimiento, la razón tendrá influencia sobre ellos, la verdad se hará escuchar, y un día nos daremos un abrazo.

Para entonces, General, le ofrezco todo cuanto yo valgo, y se lo ofrezco con tanto más gusto cuanto que tengo la íntima convicción de que es fatal, inevitable el caso que ha de llegar en que pueda serle útil a U. y a todos sus amigos...

Aprovecho, General, etc.

D. F. Sarmiento.

*

1849

Al Exm. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de...

Si aquellas manifestaciones me constituyen un conspirador ante los ojos de V. Exc., en tal caso puedo asegurar que la conspiración tal como la establecen mis antecedentes públicos y privados; la conspiración por la palabra, por la prensa, por el estudio de las necesidades de nuestros pueblos; la conspiración por el ejemplo y la persuasión; la conspiración por los principios y las ideas difundidas por la enseñanza, esta clase nueva, conspiración será, Exm. Sr., de mi parte, eterna, constante, infatigable, de todos los instantes; mientras una gota de sangre bulla en mis venas; mientras un sentimiento moral viva sin relajarse en mi conciencia; mientras la libertad de pensar y de emitir el pensamiento exista en algún punto de la tierra... Conspiraré, en fin, por los esfuerzos perseverantes de una vida entera sin tacha, consagrada a los intereses de la civilización, del engrandecimiento y prosperidad de la América, y muy particularmente, Exm. Sr., de la República Argentina, mi patria; pues que no he renunciado al título de argentino, y como tal, a mi derecho imprescriptible de tomar parte en todos sus actos, como ciudadano que soy de ella; pues su constitución republicana y democrática me hace parte del soberano, y por tanto del gobierno, por la palabra y por la influencia de la razón, de que no puede desposeerme, sin mi voluntad, el gobierno de Buenos Aires, de quien no soy súbdito, por pertenecer a otra de las provincias confederadas.

Necesitaría volúmenes para exponer, ante los ojos de V. Exc. las razones que me hacen creer que este sistema de cosas que hoy triunfa en la República Argentina es caduco y deleznable por ser "contra la naturaleza, la justicia y el derecho." Me limitaré pues a un hecho entre mil, que está a la vista de todos, y del que V. Exc. es a la vez víctima y ejecutor. Hablo del sistema de expoliación entre los gobiernos confederados, con el cual arruinan a los pueblos, destruyen el comercio, y comprometiendo y perjudicando a cada habitante de la República, harán que un día se levanten en masa aquellos infelices, ajados, pisoteados y saqueados para formar gobiernos que favorezcan y desenvuelvan sus intereses. En Chile, en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, y en todos los países del mundo que tengan gobiernos racionales, no hay aduanas interiores. En las edades más bárbaras de la Europa, los señores feudales que tenían establecidos sus castillos en las crestas de las montañas, las gargantas de los valles, en las encrucijadas de los caminos o en los vados de los ríos, tenían sus tropas de siervos armados para arrancar contribuciones a los pasantes, y quitarles parte de lo que llevaban. Pero este sistema de tropelías y de rapiña no tiene hoy ejemplo en el mundo, sino en la República Argentina, como me tomaré la libertad de exponerlo brevemente.

En San Juan pagan tres pesos de internación por cabeza los ganados engordados por sus confederados los mendocinos; ocho reales el quintal de harina y un peso de piso cada carreta.

En la provincia de San Luis paga cada carga que va o viene de las provincias de Cuyo a las litorales cuatro reales...

En Córdoba, en Tucumán, en Santiago del Estero les hacen pagar seis pesos de derecho por carga de aguardiente de San Juan y Mendoza, que con uno y medio reales de exportación en sus provincias respectivas, cuatro reales de tránsito en La Rioja, cuatro reales en Catamarca y seis pesos de tránsito para Jujuy en Salta, han arruinado al

comerciante, quitándole sucesivamente capital y provecho. Las expoliaciones en Córdoba ejercidas sobre los mismos cordobeses son tales, cuales no vi ejemplo de ellas entre los beduinos de África. Las haciendas de ganados están divididas por parroquias. Cada cuatro meses se presentan los comisarios del gobierno, y a expensas del hacendado, se reúne el ganado, cayendo en decomiso el que no ha sido parado en rodeo. Reunido el ganado, se saca el diezmo sobre el capital y no sobre la producción. Este diezmo es transportado a los puntos que el gobierno designa, a expensas del hacendado. Hay unos contratantes *hongos*, como los de Cantón en la China, que reciben este ganado; pero ellos han inventado una medida de ganado de *entrega*, que hace que dos cabezas chicas de ganado al *tirar*, equivalgan a una de ganado de entrega, y una y media flaca a una de entrega...

Hanse establecido a la entrada de la ciudad de Córdoba *casitas* para arrancar contribuciones sobre todo lo que de la campaña introducen los pobres paisanos. El gobernador de Córdoba tiene una renta *asignada* de dieciséis mil pesos anuales, es decir cuatro mil pesos más que el presidente de la República de Chile, que sólo tiene doce mil, y manda un Estado floreciente y rico en lugar de una provincia arruinada y pobre como lo está hoy la de Córdoba.¹

En Buenos Aires no son menos inicuas las consecuencias de la arbitrariedad de los impuestos. Durante muchos años el Estado dispuso del ganado *desconocido*, llamándose así el que se encontraba en una hacienda con marca de la vecina, de la cual no la separaba límite alguno; aunque estuviese, a causa de la falta general de peones, por haberlos tomado el gobierno, *alzado* todo el ganado, y los dueños del desconocido estuviesen presentes para redamarlo.

Una mula que sale de Entre Ríos para el tráfico de Bolivia, paga en su provincia ocho reales, y cuatro reales de piso en Santa Fe, cuatro reales en Córdoba, cuatro reales en Santiago del Estero; en Tucumán cuatro reales, en Salta cuatro reales, y en Jujuy cuatro reales, suma casi igual al capital, mientras que en Bolivia, país extranjero, sólo paga medio real de piso en el mercado de La Paz, siendo de notar que el traficante que hace un arreo de quinientas mulas necesita, a más de los gastos ordinarios, llevar consigo la enorme suma de 1572 pesos para ir pagando por el camino a cada expoliador público que le sale al atajo.

¹ Cada cuero: paga a su salida dos reales y tres cuartillos cualquiera que sea su calidad, de manera que un cuero de desecho que cuesta dos reales paga ciento treinta y siete y medio por ciento de su valor. Como el ganado que ha quedado es poco, no creo que excedan de treinta mil los cueros que se exportan. Cuando en Buenos Aires están los cueros a bajo precio, como sucedió en 1849, este ramo de exportación se inutiliza; porque aun costando en Córdoba los cueros dos reales y estando en Buenos Aires a catorce o dieciséis reales la pesada, como estuvieron en 1849, no cubre aquel costo... Es increíble la cantidad de contribuciones que se pagan en Córdoba, y aun más increíble no habiendo ejército pago, instrucción pública, orden judicial u obra pública de calidad alguna; además de esto los pocos empleados que existen no son pagados así nunca, y con todo eso nunca hay dinero en caja, y a la más pequeña precisión se recurre a empréstitos forzados. Las rentas son derrochadas en provecho de la familia del gobernador y sus adherentes, ya comprándoles por el triple de su valor todo lo que necesitan para la tropa, ya vendiéndoles las rentas públicas por mucho menos de lo que valen, no teniendo competidores, pues nadie se anima a arrostrar la voluntad del gobernador o mandones. En 1842 se remató el derecho exclusivo de introducción en la provincia de yerba y azúcar. En 1848, cuando la harina estuvo muy cara en Buenos Aires, donde el trigo llegó a 500 pesos papel, la fanega subió en Córdoba como era natural. Entonces el gobernador prohibió la exportación so pretexto que *el año futuro traía mal aspecto*. Esto hizo bajar la harina; jentonces la compraron los monopolizadores, permitiéndose luego la salida: porque *el año próximo tenía buen aspecto*! Azúcar de cualquier dase paga seis reales arroba y dos reales por bulto. Vino, aguardiente o cualquier bebida sesenta por ciento sobre el valor de la plaza. Todos los demás artículos pagan del dieciséis al dieciocho por ciento. El vino paga en Buenos Aires treinta y nueve por ciento, en Córdoba sesenta, que siendo sobre las evaluaciones ya aumentadas con los derechos y costos hace que una pipa de vino vendida en 180 pesos apenas cubra el costo, y de este modo no admira que el consumo de este artículo sólo llegue a veinte pipas por año. (Extracto de una correspondencia en *Sud América*, vol. III, p. 155.)

En todas partes y por todas las vías de comunicación las carretas son abrumadas de derechos exorbitantes. De Tucumán a Buenos Aires carga una carreta 150 cueros, por los cuales paga cuarenta y ocho pesos de derechos de tránsito en el camino. La azúcar de Tucumán paga en Santiago del Estero diez reales por arroba, seis en Córdoba, con lo que aniquilan la producción. El aguardiente de caña tiene once pesos por barril de derechos en Córdoba.

Todo este cúmulo de absurdos, injusticias, dilapidaciones, aquel salteo organizado (hablo con el mayor respeto) suponen que los caminos se mejoran, que la autoridad armada responde de la seguridad del comercio. Pero nada de eso hay, Exm. Sr. No hay correos sino en épocas arbitrarias, y sometido su despacho al antojo, o a las necesidades de la política. Este sistema de reclusión y de aislamiento lo pagan los pobres pueblos, arruinándose lentamente, viendo emigrar los capitales, perdiendo el crédito en las plazas de comercio.

Los caminos no están más avanzados. Los salvajes de las pampas han desolado una gran parte del territorio poblado en dos siglos de penosos afanes; y en las cartas geográficas de la República Argentina vienen mareadas todavía las poblaciones de San José del Rebedero, Santa Catalina, las Tunas, Loboy, el Sauce, Chañarillos, Piñero, Gómez, Federación, Blancamanta, Guaguaca, Fuerte, San Bernardo, La Reducción, Aguadita, Tambo, Saucecito, San José, Río Quinto, Punilla, Villa del Río Cuarto, Estranguela, Salado, Achiras, Portezuelo, El Rosario, Cabral, que, como a V. Exc. le consta, son desiertos yermos hoy.

Al contemplar este ominoso cuadro, del que quito sombras y objetos, por no recargarlo demasiado, ¿necesitaríase, por ventura, un gran fondo de penetración para anunciar que tal sistema de cosas no puede durar? ¿Necesítase más conspiradores contra el orden establecido que los mismos que lo minan por sus desacatos, sus violencias e injusticias? ¿Y es de extrañar, Exm. Señor, que después de haber recorrido el mundo civilizado y atravesado veintiún Estados de los que forman la libre cuando poderosa Federación Norte-Americana del Norte, no sienta sino el más profundo desprecio por el gobierno de Buenos Aires que, apoderado de la dirección suprema de la República, no ha sabido producir en veinte años sino guerras interminables en el exterior, ruina, despoblación y miseria en el interior?

(Extractos de *La Crónica*, n. 19. Santiago de Chile, 3 de junio de 1849.)

*

1850

Al señor H. Southem, encargado de negocios de S. M. B. cerca del gobierno de Buenos Aires:

.....

Antes, empero, de mostrarle mi juicio sobre estos actos en que echo menos la dignidad, la buena fe, y el sentido común, permítame S. S. que exponga ante su consideración los títulos que me autorizan para ser franco y acaso severo. Pertenezco al corto número de habitantes de la América del Sur, que no abrigan prevención alguna contra la influencia europea en esta parte del mundo: como publicista he sostenido de diez años a esta parte, que estaba en nuestro interés abrir a la Inglaterra y a todas las naciones europeas la navegación de nuestros ríos, para que desenvolvesen el comercio,

la riqueza, creasen ciudades y estimularsen la producción. Y en cuanto al conato constante de excitar en América las simpatías por los europeos, abrirles todos los caminos de acción y de bienestar, dan testimonio diez años de escritos y la afección de los ingleses, sus nacionales en Chile, a cuyo testimonio apelo. En nombre de estos convencimientos y de estos trabajos en favor de los intereses europeos en América, permítame S. S. que le pregunte: ¿en qué se funda para creer, y manifestarlo así en una nota oficial, que la separación de Rosas de la dirección de los negocios de la República Argentina sería la *calamidad más grande* que podía sobrevenir al país?

¿Sería acaso una calamidad para el país que cesase la guerra con Montevideo, que el *hábeas corpus* fuese restablecido, que la propiedad, la vida, la libertad de los particulares fuesen respetados?

Yo sé, señor, lo que S. S. me contestaría al oído si estuviéramos cerca, porque ése es el concepto común entre los diplomáticos europeos. “Estos países, me diría, son demasiado bárbaros para ser gobernados de otro modo. Las constituciones, las leyes, el *hábeas corpus*, el jurado, la libertad, en fin, no les convienen; y la cesación del despotismo irresponsable, horrible a veces, ruinoso e inmoral siempre que pesa sobre ellos, sería en cualquiera otra circunstancia la *calamidad más grande* que pudiera sobrevenirles.” Lo que supongo que S. S. me diría al oído puede decirlo a boca llena, sin temor de que yo se lo desaprobe. Yo he habituado los oídos de los americanos a oírse llamar bárbaros y ya no lo extrañan. Pero aun admitiendo la barbarie de los argentinos, algunas explicaciones pueden atenuar en el ánimo de S. S. el rigor de las deducciones. Tenga presente que el gobierno de Rosas, porque no se trata aquí sino de una persona, ha sido instituido exclusivamente para la ciudad de Buenos Aires, donde S. S. reside, aunque después haya extendido su influjo a las otras provincias. Ahora la ciudad de Buenos Aires no es menos culta ni menos moral que la de Santiago de Chile, donde resido yo, y no es necesario para mantenerla en paz ni suma del poder público, ni cinta colorada, ni los epítetos de *salvajes*, *infames* en los actos oficiales. No preceden a los decretos del gobierno el *mueran* que su S. S. ve todos los días, no obstante que hay partidos eminentemente hostiles al gobierno, ni habrá observado S. S. que en los actos oficiales del gobierno de Chile se llame a los poderes extranjeros que S. S. representa *infames*, *pérfidos*, como en la nota que S. S. ha leído en la *Gaceta Mercantil*. Hay más todavía: es opinión común en América, y en Chile mismo, que en 1831, cuando principió a gobernar Rosas, Buenos Aires era la ciudad más culta de la América del Sur, y la más avanzada en instituciones europeas y civilizadas...

La Inglaterra tiene poblada la Nueva Holanda de deportados por crímenes capitales, y la población que ha resultado de esa aglomeración de criminales no es gobernada por la Inglaterra como está gobernado Buenos Aires. ¿Cree S. S. que Buenos Aires necesite gobierno más rígido, más terrible que los presidiarios de la Australia? Pero si ésta es su convicción, S. S. no me negará que las masas de Buenos Aires son menos estólicas, menos embrutecidas, menos insensibles a todo sentimiento moral que las masas irlandesas, a quienes la miseria impulsa fatalmente a los desórdenes y a los crímenes; y llevando aún más adelante la comparación, me atrevo a asegurar que la población de Buenos Aires y el más negado gaucho, es mil veces más racional, más adelantado que las masas inglesas de las campañas y los trabajadores de las minas y los millones de hombres y de mujeres que emplean las fábricas de Birmingham y de Manchester, embrutecidos por el uso inmoderado del aguardiente, animalizados por dieciocho horas de trabajo, por la ignorancia, el abatimiento, la inmoralidad y la miseria...

¿Por qué, pues, señor, sobrevendrían las más grandes calamidades al país porque cesase un orden de cosas en Buenos Aires que supone la depravación de costumbres, los hábitos de crimen que realmente no existen? Yo he recorrido el mundo acaso más que S. S. y puedo hacer esta justicia a mis compatriotas sin ser desmentido. Los excesos cometidos por nuestras masas han sido aconsejados, ordenados, autorizados por ese gobierno cuya continuación cree indispensable S. S.

¿Cree S. S. que separado Rosas del mando la anarquía se apoderaría de la República? Pero esta es una conjetura tan hipotética, cuestionable y aventurada, que un ministro de la Inglaterra, cualquiera que fuesen sus convicciones, no debió estamparla en una nota oficial, dando a la que puede ser un error vulgar del hombre, el carácter de una manifestación diplomática. No es peregrino en la historia el caso de una subversión tan completa como la que ha obrado Rosas en los fundamentos en que reposan las sociedades. Si S. S. se toma él trabajo de recorrer las páginas de la historia de su patria, en el capítulo Cromwell encontrará la misma subversión, el mismo desorden de ideas; en el lenguaje sangriento de los puritanos hallará el modelo del lenguaje brutal del gobierno de Buenos Aires; y sin embargo, aquella sociedad, desquiciada por tantos años, entró sin violencia y en un solo día en el camino de la moral y de la justicia; las leyes volvieron a imperar y la Inglaterra fue más feliz que no lo había sido antes. Si vuelve S. S. los ojos a la Francia encontrará el mismo ejemplo a la caída de Robespierre, que había subvertido más que Rosas los sentimientos morales. Eran millón y medio los sanculotes que se habían manchado en la sangre de más de medio millón de aristócratas, espantando al mundo con sus atentados. Eran hombres convencidos que obraban por fanatismo, por error, y no por obedecer a un director de matanzas como en Buenos Aires; y sin embargo, después de la revolución de Thermidor no se necesitó nada para que la sociedad volviese a los hábitos de humanidad que había perdido, que los espíritus se aquietasen y continuasen siendo útiles a su país esos hombres mismos que se habían mancillado con crímenes espantosos...

Las provincias argentinas han sido en distintas épocas presa de caudillos que habían sublevado las masas, y como ahora se creía y se propalaba también que si faltaba el caudillo, las masas insolentadas lo llevarían todo a fuego y sangre. En Salta, cuando murió Güemes, el jefe de los gauchos alzados, todo volvió a la tranquilidad ordinaria, y desde entonces hasta hoy ni la influencia de Rosas ha podido subvertir el buen orden. Sucedió otro tanto con Aráoz en Tucumán, y más tarde en los Llanos con la muerte de Quiroga.

Acúsase en América, Señor, a la política inglesa de un maquiavelismo frío e insensible a los males que ella misma prepara. Yo la he defendido constantemente de cargo tan infundado... ¿Qué convenía en este país a los intereses mercantiles de la Inglaterra? Desde luego que se abriesen a la navegación los ríos que desembocan en el Plata: entonces la mercantil Inglaterra llevaría hasta Matto Grosso, Salta, y las misiones brasileras sus artefactos. Conveníale que este país fuese abierto a la emigración europea, como los Estados Unidos, para aumentar rápidamente la población consumidora y centuplicar la producción, de que reportaría aún más la Inglaterra que en los Estados Unidos, pues que siendo estos países habitados por pueblos que no tienen capacidad fabril, la Inglaterra ha de proveerlos de artefactos, cualquiera que sea la población que se reúna. ¿Promete ese rápido desarrollo el gobierno actual? Dieciocho años han mostrado lo que puede esperarse del sistema, cuya desaparición mira S. S. como una calamidad. Los ríos no se navegan, y el país se despuebla...

Terminaré esta larga carta asegurando a S. S. que lejos de creer una calamidad la separación de Rosas del gobierno, la creo una de esas bendiciones del cielo que harían a los pueblos argentinos hincarse de rodillas a darle gracias. No tema a la anarquía: los pueblos no se mueven sin causa, ni son fieras los argentinos que se escapan si llega a faltarles el guardián. Todos tienen casas y permanecerán en ellas. Volverán a su patria a millares los que andan prófugos, respirarán los oprimidos, y de los que están allí y de los que de fuera traigan las luces que han adquirido, se formará un gobierno que no será el mejor imaginable, que en estos tiempos no es condición que ha de exigirse la perfección; pero será menos absurdo, menos estúpido, menos ignorante y menos inmoral que el que tiene actualmente. El recuerdo de la tiranía pasada hará prudentes y medidos a los partidos, y la riqueza desenvuelta por la libertad de obrar de los actuales habitantes, los europeos que acudirán a millares, y el conato de *despachar* todos los asuntos de interés

público que van a ser abandonados por Rosas, harán olvidar bien pronto los pasados sufrimientos. Créamelo, señor, la República Argentina necesita más de libertad, caminos, seguridad, correos, navegación de los ríos, inmigración y todos los asuntos que hoy *no se despachan*, que el que un haragán imbécil, miedoso y embrutecido por el ejercicio del despotismo esté nominalmente a la cabeza del país.

Yo pertenezco, señor, al número de seis millares de argentinos a quienes en una sesión de la sala de representantes, denunciaba D. Baldomero García en 1839, como “que quieren andar a la extranjera, hablar a la extranjera, vestir a la extranjera”, y mis simpatías por los extranjeros no lo excluyen a S. S. representante de una de esas naciones a quienes el gobierno de Rosas atribuye *brutales* caprichos, e *infames* aspiraciones...

D. F. Sarmiento.

(Extracto del n. 52 de *La Crónica*. Santiago, enero de 1850.)

*

ARGIRÓPOLIS

Julio de 1850

Terminar la guerra, constituir el país, acabar con las animosidades, conciliar intereses de suyo divergentes, conservar las autoridades actuales, echar las bases del desarrollo de la riqueza, y dar a cada provincia y a cada Estado comprometido lo que le pertenece, ¿no son, por ventura, demasiados bienes para tratar con ligereza el medio que se propone de obtenerlos?...

El gobernador de Entre Ríos ha sido unitario y es hoy sinceramente federal. Su nombre es la gloria más alta de la Confederación; y los argentinos, separados de la familia común, ¿volverán en vano sus ojos a ese lado, esperando que de allí salga la palabra *Congreso*, que puede allanar tantas dificultades?...

El general Urquiza es el segundo jefe respetable de la Confederación: él la ha hecho triunfar de sus enemigos por las armas. A él como gobernador de Entre Ríos, le interesa vivamente la cuestión de que vamos a ocuparnos. ¿Será él el único hombre que, habiendo sabido elevarse a cierta altura, no ha alcanzado a medir el nuevo horizonte sometido a sus miradas, ni comprender que cada situación tiene sus deberes, que cada escalón de la vida conduce a otro más alto? La historia, por desgracia, está llena de ejemplos, y de esta pasta está amasada la generalidad de los hombres.

*

1851

SUD AMÉRICA

(Vol. I, p. 4)

Santiago, 1º de febrero de 1851

El gobierno de Buenos Aires busca un pretexto para cerrar el comercio de las provincias trasandinas con Chile, y este reclamo, Magallanes o cualquiera otro, puede servirle de causal. Esta medida entra en el sistema de cerrar la navegación de los ríos que desembocan en el Plata, de negar la extracción de moneda a Entre Ríos y Corrientes. Otra vez nos hemos fijado en la mala configuración comercial de la Confederación con un solo puerto en contacto con el comercio extranjero. Si a despecho de los obstáculos naturales las provincias del interior buscan los mercados del Pacífico, la política del gobernador que posee el puerto único del Atlántico, le aconseja cerrar todas las vías de importación y exportación que no vayan a parar a la aduana de Buenos Aires... El contacto de las provincias con otros mercados que el que él tiene bajo su dominio tiene otros inconvenientes que se refieren a la política. Sábese que el encargo de las relaciones exteriores se hizo al gobernador de Buenos Aires provisoriamente y a condición de la reunión inmediata del Congreso. ¡Veinte y tres años van transcurridos desde la celebración de aquel pacto! Hay mil cuestiones que arreglar entre las provincias, navegación de ríos, aduanas interiores y exteriores, constitución del país, etc., etc. Los ejércitos de Pacheco y Oribe que recorrieron las provincias en 1842 tuvieron orden de recoger todas las amas de las provincias, y la cumplieron con una prolijidad ejemplar. Así pues, el gobernador de Buenos Aires, poseedor del único puerto en contacto con el extranjero, dueño de la única aduana, preparaba el terreno para la pacífica discusión de la constitución, como el león de la fábula con las mansas ovejas.

En 1846, poco después que Chile abriese el comercio trasandino, cerrado antes para compeler al gobierno de Buenos Aires a dar satisfacción a los reclamos de éste, apareció el famoso decreto que exigía a los comerciantes fianzas por derechos que había de imponer en lo sucesivo. Las consecuencias de esta medida sin ejemplo se han hecho sentir por todas partes. Provincias hay que no cobran desde entonces los derechos ordinarios y comerciantes que deben tanto o poco menos que el capital que giran.

*

Santiago, 3 de abril de 1851

Copia de una representación elevada a los gobiernos de la Confederación²
*¡Viva la Confederación Argentina!**

Exm. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia

De.....

Habrá precedido, o seguirá inmediatamente a la presentación de esta petición, la declaración solemne hecha por el general Urquiza, general en jefe de uno de los ejércitos de la Confederación, y en virtud de su carácter de Gobernador y Capitán General de la benemérita provincia de Entre Ríos, pidiendo que se convoque el SOBERANO CONGRESO, cuya convocación es la base del pacto federal, para que constituya el país bajo el sistema federal, y resuelva la cuestión de la navegación de los ríos, incluida entre las atribuciones del congreso, que el mismo pacto litoral reconoce.

² Folleto suelto, tirado a dos mil ejemplares y distribuido en todas las provincias del litoral da los Andes. Los primeros ejemplares llevólos a San Juan y a Tucumán el joven Helguera, hijo del diputado, el 7 de abril que partió de Chile.

* Esta proclama se reproduce completa en el apéndice que se encuentra al final de la obra (*Nota del editor*)

El acto del Exm. Sr. Gobernador de Entre Ríos no es, pues, un acto de rebelión contra ninguna autoridad legítima sino el uso de un derecho y el cumplimiento de un pacto...

El Exm. Sr. Gobernador de Entre Ríos tiene interés en que se convoque el congreso:

1º Porque desearía depender de una autoridad constituida y reglada, bajo el imperio de una constitución, y no de la voluntad sin traba ni responsabilidad de otro Gobernador igual a él, que puede sin embargo, declararlo salvaje, unitario, traidor, y tratarlo como a tal.

2º Porque si el Congreso se reúne se acabarán al fin esos encargados, que hacen la paz o la guerra, y mantienen durante veinte años el desorden en el interior, la República inconstituida, y las relaciones exteriores complicadas en desavenencias desastrosas.

3º Porque siendo jefe de una provincia litoral desea, naturalmente, que el Congreso arregle la navegación de los ríos, y que su provincia tenga las mismas ventajas comerciales, para tener, su parte "en el cobro y distribución de las rentas generales." El interés del general Urquiza es el mismo que tienen todos los Gobernadores de las Provincias y las provincias mismas; pues nadie mejor que ellas debe saber lo que les conviene a este respecto, y lo que manifestarían si estuviesen reunidas en Congreso soberano, y no sujetas a la discreción de quien tiene interés en privarlas de estas ventajas.

.....

*

SUD AMÉRICA

(Vol. I, p. 379)

Santiago, abril 17 de 1851

La República Argentina ha hallado al fin su hombre, su brazo armado, que en su desamparo le preste ayuda, que la levante de su caída. El grito del general Urquiza encontrará un inmenso clamor en su apoyo, y la caída del poder más monstruoso y que más sangre haya costado cimentar se efectuará sin derramamiento de sangre ante la asociación de tres ideas que comprenden todas las necesidades del presente, y la seguridad del porvenir (Congreso, constitución, navegación libre). Esperen enhorabuena los pueblos el hecho material del acto del general Urquiza; para nosotros está consumado ya, por su posición, por sus recursos, por su seguridad, por los intereses de su provincia y de las otras riberanas que están a su retaguardia.

*

SUD AMÉRICA

(Vol. II, p. 29)

Santiago, abril 24 de 1851

Y sin embargo, del seno de aquella tiranía espantosa, sin ejemplo en los anales de la historia moderna, sale una revolución pacífica, fundada en el derecho escrito de la

República, en el pacto federal que los gobiernos habían firmado, en el estudio de los intereses del país. Navegación libre de los ríos, convocación del congreso, constitución federal; he aquí, no el grito revolucionario, sino la legítima demanda de los pueblos y del general Urquiza, jefe de la provincia de Entre Ríos, y por tanto, poder legal y competente para pedir el cumplimiento de pactos solemnes, de promesas retardadas con toda clase de pretextos. La República Argentina puede tener un Washington que le dé lugar entre las naciones constituidas del mundo, apoyado en el derecho y en los grandes intereses nacionales. Si los hechos corresponden a los principios proclamados, aquel país, teatro de tantos horrores, víctima de usurpación tan escandalosa, terminará su revolución por los medios más elevados, por los principios de economía política, más adelantados...

La duda no es ya permitida. La *Regeneración*, diario nuevo fundado en Entre Ríos, explica su título y su objeto en estos términos: "Apenas hace cinco días que nació (el año 1851) ya todos lo conocen y le llaman por su nombre... Este año 1851 se llamará en esta parte de América el de organización." - (*Regeneración*, n. 5).

*

SUD AMÉRICA

(Vol. II, p. 209)

Santiago, junio 9 de 1851

LIGA LITORAL

Adhesión al pacto federal del 4 de enero de 1831. Contribuir con todas nuestras facultades al cumplimiento de la atribución 4^a. Invitar a todas las demás provincias de la república, cuando estén en plena libertad y tranquilidad, a reunirse en federación con las tres litorales, y a que por medio de un congreso general federativo se arregle la administración general del país bajo el sistema federal, su comercio interior y exterior, su navegación, el cobro y distribución de las rentas generales y el pago de la deuda pública, consultando del mejor modo posible la seguridad y engrandecimiento de la república, su crédito interior y exterior, y la soberanía, libertad e independencia de cada provincia...

*

¡Viva la Confederación Argentina!
¡Mueran los enemigos de la organización nacional!

Concepción del Uruguay, junio 23 de 1851

Sr. Dr. D. F. Sarmiento:

Mí estimado compatriota: Me he instruido de su apreciable carta de 28 de febrero último, y me cabe la satisfacción de contestarla en circunstancias para U. y para todo buen argentino llenas de las mejores esperanzas y seguridad.

Por los papeles públicos que a la fecha habrán circulado por todas partes estará U. informado que por decreto de 1^o de mayo, esta provincia admitió la renuncia que con

tanta insistencia ha hecho el general Rosas, y que en su consecuencia reasumió las facultades delegadas a aquél, quedando investida de todas las que le corresponden a su soberanía territorial, y que esto mismo ha hecho Corrientes.

Estoy, pues, colocado en la posición que U. tan vivamente deseaba, y como Rosas debía enfurecerse con el pronunciamiento enérgico de estas provincias que consideraba, y efectivamente eran la columna más robusta para su permanencia en el mando, a que tan indigno se ha hecho por su política engañosa y traidora, tales han sido las medidas tomadas para resistir sus embates y sus perfidias que hoy contamos ya con la seguridad del triunfo de nuestra causa. Cuento con todos los elementos para vencer a Rosas con poca sangre, y en poco tiempo; pero deseo obtener la sanción de los pueblos hermanos, y espero a este respecto conseguir mucho por la justicia de la Causa Y simpatías que debo encontrar en toda la confederación, y por la interposición y trabajos de U. por esa parte. Puede U. asegurar a los pueblos y a los hombres individualmente que la base de la revolución que he promovido, sus tendencias, toda mi aspiración, y por lo que estoy dispuesto a sacrificarme, son hacer cumplir lo mismo que se sancionó el 1º de enero de 1831, esto es que se reúna el Congreso General Federativo; que dé la Carta Constitucional sobre la base que dicho tratado establece, y haga los demás arreglos de conformidad a la atribución quinta del art. 19. En este sentido y sin separarse de estos principios es necesario, es absolutamente indispensable que se hable a los hombres y a los pueblos, separando toda otra opinión política, toda otra forma de gobierno, porque el sistema federal está sancionado por los pueblos y sellado con su sangre.

Creo con la mejor buena fe que proclamar otras ideas, trabajar en sentido contrario es anárquico y anticonstitucional, y la anarquía es preciso evitarla a costa de cualquier sacrificio. Cuento con su cooperación porque me lisonjeo de que U. estará conforme conmigo, porque el pensamiento que me domina, la política que he adoptado me la ha enseñado la experiencia, donde la habremos aprendido todos. Rosas con sólo decir que era federal nos ha dominado veinte años, y gobernado con la más atroz tiranía y despotismo.

Si los anuncios que usted me hace de la sublevación contra Rosas de todas las provincias tan luego como yo me pronunciase son bien calculados o exactos, ha llegado el tiempo de realizarlos. La sanción de las provincias es lo que únicamente necesito, porque los otros recursos los tenemos en las provincias que hemos iniciado la revolución, a más de que no me faltan aliados, porque el odio a Rosas es universal en América y en Europa.

Vuelvo a repetir a U. que la conformidad de ideas y de principios es el elemento que solicito y en el que fundo una de mis esperanzas de triunfo. El señor Albarracín me ha informado de cuanto U. le recomendó, y me lisonjeo de no haberme equivocado en la cooperación de los gobiernos. Creo que el Sr. Benavidez y los demás serán nuestros amigos, pero es preciso no precipitarse, poco tiempo hay que esperar y el sufrimiento facilitará el triunfo. Sin embargo, si llegase el caso del pronunciamiento de dos o más provincias, yo inutilizaría las medidas que podría tomar Rosas para sofocarlo. Trabaje y escriba en el sentido que le indico; procure el voto de los pueblos y la acción déjela a mí en esta parte.

He recibido las tres colecciones de *Sud América* que se sirve remitirme, y se las agradezco, prometiéndole difundir sus ideas.

De U. atento servidor y compatriota.

Justo José de Urquiza.

Concepción del Uruguay, junio 25 de 1851

.....

Con este motivo me dijo (el general Urquiza): lo autorizo a U. a más de la carta que le escribo a Sarmiento, para que haga conocer a él y a los demás amigos el programa que me he propuesto seguir, el cual está reducido a estas formales palabras:

“Un olvido de todo lo pasado - nada de colorados, negros, ni otro color político - atacar con toda resolución el miserable espíritu de provincialismo - respetar el principio bajo el cual debemos constituirnos, por haberlo proclamado los pueblos de la república - la integridad del territorio a todo trance - apurar todos los medios posibles de reunir un congreso para que decida, arregle y ordene lo que sea más conveniente al bienestar de la república - respetar y ayudar a todos los gobiernos existentes en las provincias, salvo el solo caso de hacer una resistencia obstinada al pensamiento actual sobre constituir la república - nada de insultos ni personalidades. Esos gobernadores, constituido el país, añadió, descenderán por la ley. Yo también, amigo, me he de retirar a mi casa; pero mi espada y mi brazo estarán siempre prontos para sofocar la anarquía. Entonces habrá justicia para todos, y cada cual según sus méritos, no lo dude U., ha de tener el premio que le corresponde; y apretándome el brazo me dijo: estoy resuelto a tocar todos los medios de evitar la efusión de sangre, pero si desgraciadamente no se consigue hacer entrar en su deber al enemigo que combatimos, la revolución no ha de fracasar por falta de energía.” Hasta aquí sus palabras...

Me dice también el general que él cree que por ahora debe permanecer U. en ese punto, o aproximarse más al teatro de los sucesos si el caso lo requiere. Tiene muy buenos informes sobre Rawson, creo que debe ser por su hijo el Dr. D. Diógenes.

Santiago Albarracín.

*

Señor D. Domingo F. Sarmiento.

Río de Janeiro, junio 25 de 1851

Hace usted un inmenso bien tocando cuestiones que han rehusado siempre tratar nuestros escritores públicos, a pretexto de no crear o no fomentar animosidades provinciales, que si existen es sólo porque ellos no han sabido ilustrar a los pueblos. Le ruego, pues, y lo conjuro a que continúe escribiendo, quedándome la seguridad de que lo hará con el acierto y buena fe que hasta aquí.

Su *Argirópolis*, en mi modo de pensar, expresa un pensamiento grande, patriótico, sublime también, pero de difícil y actualmente de imposible realización. Sin embargo él ha servido para mostrar la identidad de intereses de estos Estados, y la conveniencia de mancomunarlos. Lo demás vendrá con el tiempo y la experiencia.

No es menos patriótica la idea de *extender el frente comercial de la república hasta el Paraguay bajo las mismas condiciones que en Buenos Aires*, pero aun suponiendo que esto se consiguiese prácticamente con la absoluta apertura de los ríos, quedaría una cuestión más grave porque es de una importancia vital. Hablo de la creación de rentas nacionales.

Extendido el frente comercial de la República (en que no incluyo ahora el Paraguay), las provincias situadas sobre él entrarían en los derechos respecto del comercio que se hiciese por sus puertos que tiene Buenos Aires sobre el que se hace por el suyo. De esto

resultaría que cada una estableciese su aduana, y que hiciese suyas las rentas de su provincia, aunque los consumidores fuesen en gran parte de las situadas en el interior. Tiene esto el inconveniente (al menos por ahora) de esa multitud de aduanas y de un ejército de empleados, tropezando además con la dificultad de que no habría rentas nacionales, y que de consiguiente no podría haber ni gobierno nacional ni tampoco nación.

Otros escritores argentinos, dignos del más alto aprecio por su instrucción, han esquivado tocar este asunto. No me ocuparé ahora de indagar las causas de su resistencia; pero estoy muy lejos de atribuir a U. los mismos motivos. Demasiadas pruebas nos ha dado de su acrisolado patriotismo para no hacerle la más completa justicia.

Pudiera ser que U. se persuada que no es la oportunidad de abordar esta cuestión, mientras que yo creo que es la mejor y más próspera ocasión. Hágase U. cargo que el general Urquiza, que está al frente de la obra de redención, nos presenta como una parte muy principal de su programa, la convocación de un congreso. ¿Y puede darse mejor oportunidad? ¿Debe perderse tiempo en ilustrar a los pueblos y a los hombres que los han de representar sobre punto de tan vital interés?

Tampoco temo que la enunciación por la prensa de esas ideas produzca celos ni rivalidades. Fuera de lo que tienen en sí de rectas y de justas y de patrióticas, me asiste la confianza de que U. sabría hacerlo con ese tacto delicado, con esa moderación, con ese tono conciliador que distinguen sus trabajos. Esta consideración aleja de mí todo temor, bien que debo confesarle que aunque lo tuviese me sobrepondría a él, porque sin aquellos arreglos nunca terminarían nuestros males, que tampoco pueden ser mayores.

Hablaré algo ahora del estado actual de los negocios.

El general Garzón que, después de reconocer al gobierno de Montevideo, fue nombrado general en jefe, debe haber pasado el Uruguay el 18 de este mes, acompañado del general Urquiza, que ha querido asociarse a lo que llaman un paseo militar; tal es la facilidad con que piensan será derrocado el poder de Oribe. Al mismo tiempo ha de haber penetrado por la frontera del norte el ejército imperial a las órdenes del conde Caxias, que es el general más acreditado del Brasil. Estos cuerpos suben a veinte mil hombres de buenas tropas que tiene U. en operaciones activas contra el presidente legal, y que son más que sobrados para consumir su ruina. En cuanto a esto no hay la menor dificultad.

Es de creer que un general tan experimentado como el general Urquiza, haya provisto a la seguridad de Entre Ríos durante esta corta ausencia, de modo que tampoco debemos abrigar temores por este lado. Luego que se desocupe en la Banda Oriental piensa contraer su atención a la otra parte del Paraná, entonces cree que será el tiempo de que se pronuncien las provincias del interior. Parece que cuenta con algunas, o mejor diré con la mayor parte, o las más importantes. Quiera usted guardar mucha reserva con respecto al dato que acabo de suministrarle, porque lo sé de un modo muy privado.

El Brasil ha entrado esta vez en la cuestión de plano, y sin reservarse medio de salir de ella, si no es por el triunfo de la causa que protege. Su ejército, su escuadra, sus tesoros, todo lo ha puesto en la balanza, y puedo decir hasta el sacrificio de sus pretensiones jerárquicas.

.....

Nuestro común amigo me escribe que ha sido muy bien recibido en Entre Ríos. Las miras del general Urquiza son eminentemente nacionales, eminentemente argentinas, según me lo asegura dicho amigo, y según otros datos que he podido recoger. Pienso que es la oportunidad de decir a usted que en mi modo de ver, al mismo tiempo que las provincias retirasen a Rosas el poder de entender en las Relaciones Exteriores, se lo confieran al general Urquiza. Ya el Gobierno imperial lo considera como Jefe del Estado de Entre Ríos; entonces lo miraría como representante de la República Argentina.

Al concluir ésta echo casualmente la vista sobre un párrafo de su última carta que llama mi atención. Con justísima razón *ha deplorado U. la política estéril que han seguido nuestros jefes de partido que han tratado de eludir las cuestiones de intereses que se agitan, y sólo hablando a los pueblos, en sus proclamaciones, de libertad y de tiranía, etc. etc.* Tiene U., repito, justísimos motivos de hablar así, y deplorar esa política, a la que puedo asegurar jamás me he asociado. Pero permítame observarle que casi no es, ni puede ser, objeto de las proclamaciones de un general; es tarea de los escritores, a quienes incumbe ilustrar, dirigir, y hasta crear la opinión pública.

De U., etc.

José María Paz

*

SUD AMÉRICA

(Vol. II, p. 307)

Santiago, julio 1º de 1851

Candidatura Montt. "Richelieu, one of the greatest stateman that the world ever produced, said the Pen is more powerfull than the sword." (*Mercantile Reporter*). No somos nosotros, sino el *Mercantile Reporter* de Valparaíso, quien recuerda esta sentencia aplicándola a las circunstancias actuales de Chile... Creemos conocer la situación y los intereses del país, como los que más se precian de ello, y nos autorizan a abrigar esta creencia diez años de estudio de los hechos, de contacto con los hombres, y de examen de la marcha de las ideas y de los intereses diversos. Muchos hombres sinceros creen que el país reclama imperiosa e instantáneamente la realización de progresos políticos. ¿Son estos los medios de mejorar la situación del país? Creemos sinceramente que no, y de nuestra sinceridad es prueba el sistema político que hemos iniciado con respecto a nuestro país, en *Sud América*. Para combatir a un tirano ¡y qué tirano! no hemos invocado los sentimientos de libertad adomecidos, o anulados en el ánimo de los pueblos. No: hemos estudiado los intereses generales, la ventaja de las comunicaciones, las franquicias comerciales, la navegación de los ríos, como bases permanentes de toda libertad política entre nosotros. Abandonando las ideas que pudieran reputarse personales, hemos dilucidado el derecho que han dejado establecido los hechos consumados por otro partido que el nuestro, aceptado esos hechos en cuanto se conforman con aquel derecho escrito, y que una flagrante usurpación tiene oscurecidos... Simpatizamos con muchos, con casi todos los principios que muestran profesar los jóvenes que por amor sincero y razonado de las ideas republicanas se alistan en todas las oposiciones; pero de ahí a la organización y gobierno de un país hay un abismo. Consagrados a la política militante desde la primera juventud, hemos encanecido en su estudio, viéndola desenvolverse en nuestra *América española*, desde el terreno de la proscripción y del sufrimiento. La palabra *tiranía* apenas nos conmueve, tan embotadas tenemos las fibras, a fuerza de sufrir sus golpes: ni nos electriza ya su adversaria de *libertad*, tantas ilusiones generosas hemos visto disiparse. Acercarnos en cuanto sea posible a la realización de los principios generales, alejarles los obstáculos reales que pueden detener su marcha, he aquí lo que debemos hacer en América, y esto es lo que para nosotros hace la elevación al poder de hombres como D. Manuel Montt... La ignorancia y atraso de la muchedumbre es nuestro verdadero tirano: el tirano, contra quien somos impotentes porque somos uno contra mil: él tirano contra quien la gloriosa espada de todos los antiguos generales de Chile se reconoce embotada... El gobierno es

hoy materia de trabajo, de competencia y de resultados prácticos. Donde quiera que está en manos no preparadas para sus tareas, se desvirtúa o descarría llenando aspiraciones extrañas a su objeto.

*

SUD AMÉRICA (Vol. II, p. 375)

Santiago, julio 17 de 1851

Cábenos la felicidad poco común de terminar el segundo volumen de *Sud América* con la publicación de la circular del general Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos, anunciando a los pueblos argentinos su determinación de “ponerse a la cabeza del movimiento de libertad, con que los argentinos deben poner coto a las absurdas y temerarias aspiraciones del gobernador de Buenos Aires.” Esta pieza oficial da cima a nuestros débiles esfuerzos para restablecer el derecho público, oscurecido por veinte años de violencias y de trapacerías indignas, y diéramos con ella terminada la ardua tarea que emprendimos desde la aparición de *La Crónica*, si el período que abre a los destinos de nuestra patria la generosa empresa del general Urquiza, no trajese consigo nuevas dificultades, y la necesidad y el deber de hacer nuevos esfuerzos para vencerlas y dominarlas.

Ha sido casi siempre el fatal error de los pueblos adormecerse a la víspera del triunfo final, confiar en la justicia de su causa, y abandonar del todo su suerte a los hombres magnánimos que se ofrecen para salvarlos... Por poco que se tienda la vista al porvenir, el hombre menos perspicaz observará que tenemos por delante dos o tres años de oscilaciones, de lucha entre elementos diversos, de trabajos preparatorios para obtener la suspirada organización definitiva del país, y cualesquiera que las dificultades sean nadie debe arredrarse de mirarlas cara a cara. Es éste un acontecimiento fatal y necesario. Si no son tales ni tan graves las circunstancias, habituémonos a creerlo así, a fin de que no nos fatiguen ni sorprendan, y los sucesos nos hallen siempre preparados. Rosas ha hecho de la República un caos: es preciso poner orden en todo; y el medio de hacerlo no es otro que ir de paso, mientras se logra la organización general, organizándose según los elementos de cada pueblo...

Montevideo puede desde luego establecer el tránsito y trasbordo de los efectos, y fomentar un gran comercio interior. Entre Ríos ha conquistado de un solo golpe las ventajas comerciales de que por tantos años ha estado privado. Santa Fe, Córdoba y Santiago del Estero pueden, desde el momento que comprendan sus intereses, ligarse a este sistema comercial, y desligarse de toda sujeción política a la influencia de Rosas.

Sucede otro tanto con Salta, Tucumán y Jujuy, y aun Catamarca, que son los pueblos más distantes de la influencia de Rosas. Por los puertos del Pacífico, por Cobija y Copiapó pueden continuar proveyendo a sus necesidades comerciales, a despecho de las complicaciones políticas...

Las provincias de Cuyo pueden volver su frente comercial al Pacífico y suplir con California su ruinoso mercado de Buenos Aires... Esas provincias que hemos agrupado en torno del Entre Ríos tienen por base el comercio libre del Atlántico; las del Norte por Cobija, las de Cuyo por Uspallata, apoyadas en el Pacífico encontrarán medios de existencia y de prosperidad, como asimismo de defensa por la facilidad de procurarse armas y demás elementos de guerra... Nuestro objeto final es organizar la República en un todo homogéneo: empecemos pues de una vez a hacerla parcialmente. ¿Por qué para

las necesidades de la común defensa no se hacen tres gobernaciones, tres grupos de provincias aliadas entre sí, y trabajando de consuno en obtener los mismos fines? No es la guerra lo que hay que temer inmediatamente en el interior, no es la iniciativa de la lucha lo que nos incumbe. *Resistir*, he aquí, en una palabra, lo que haremos por largo tiempo. Debe tenerse cuidado de no caer de nuevo en la red que después de veinte años de sufrimientos tratamos de romper ahora. La pereza, la ignorancia, y el egoísmo de las provincias han tejido la cuerda que las ha tenido atadas a Rosas. Obremos en todo, sin olvidar un momento que vamos a constituirnos de una manera definitiva y que esta tarea no ha de hacerse a bayonetazos, ni por la voluntad de un solo hombre.

Dada aquella organización parcial de las provincias, mientras dure el estado que presentimos, pudiera además ponerse mano a la demolición del sistema de expoliación ejercido por las provincias entre sí, aboliendo de un golpe las aduanas interiores, reconcentrando las exteriores en los puntos que la naturaleza indica. Que la primer provincia que retire el encargo fatal a Rosas dedare al mismo tiempo abolido todo peaje, todo derecho cobrado en su territorio sobre productos argentinos; que sea abolido el pasaporte; y se invite a todas las provincias aliadas a suscribir al mismo pacto. El pueblo, el traficante, el productor, el arriero, comprenderán desde luego, por hechos prácticos y palpables, el interés que los liga a la causa que defienden sus gobiernos; entonces trabajarán y se apasionarán por ella; entonces se obrará uno de esos movimientos universales como el de la Independencia Americana, al que contribuyeran todas las clases de la sociedad en masa...

El Entre Ríos y Corrientes organizarán sus aduanas marítimas, Salta y Jujuy la terrestre para el comercio de Bolivia, Mendoza y San Juan deben establecer una aduana general, no provincial sino argentina en Uspallata, desde donde puedan las mercaderías libremente seguir su destinación, sin necesidad de más tramitación ni resguardo, dando por libre o muy poco recargada de derechos de exportación de productos nacionales para Chile, pues no debe hacerse distinción ninguna de provincias ni de procedencia...

Todas estas cosas es bueno decir las a tiempo y llamar la atención sobre ellas. Inútil cosa nos parece ocultar una situación que de suyo se manifiesta a los ojos de todos. No sabemos aún cuáles son las provincias que han respondido al llamamiento del general Urquiza; lo que sabemos es que ninguna podrá evitar ser arrastrada por el movimiento general. Hemos podido calcular el día y la hora en que el gobernador de Entre Ríos mandaría su dedaración a los pueblos del interior, y preparado la opinión de esos pueblos para recibirla y comprender su importancia. Han de cometerse muchos errores; la vacilación y el temor oscurecerán los primeros pasos de muchos gobiernos; no sé si decir que habrá alguno que emprenda sostener por las amas que Rosas debe ser Rey o Cacique, o el disparate que aquel atolondrado está revolviendo en su mente. Éstas y más aberraciones que ocurran no estorbarán que Montevideo sea intomable: que Entre Ríos y Corrientes estén separados de hecho y de derecho de la Confederación, ni que el Brasil tenga un ejército poderoso en sus fronteras y una escuadra imponente en las aguas del Plata para asegurar la independencia efectiva de Montevideo; y que Montevideo, el general Urquiza y el Brasil estén unidos en un mismo propósito, sin contar con el Paraguay, aliado del Brasil, y la Francia de Montevideo. Dados estos antecedentes, la suerte de Rosas está decretada, y con él la de todos los miserables que coadyuven a la prolongación de los males de nuestra patria. Estamos colocados en punto culminante para observar la conducta que guarda cada protagonista en aquel drama. Sabemos cuántos crímenes han cometido la ambición desenfrenada de los unos, las venganzas y las pasiones brutales de los otros. Sabemos cuánto debe perdonarse a la fragilidad humana y a las excitaciones de partido; pero sabemos también lo que se debe a la justicia y a la salvación de la patria, que puede sucumbir bajo el peso de la traición de un miserable, o del egoísmo de un cuitado, como una poderosa máquina estalla por la interposición de un grano de arena entre el juego de sus resortes.

*

Señor D. D. F. Sarmiento.

Copiapó, junio 17 de 1851

Sin escrúpulo leí a nuestros amigos aquí la carta colectiva que U. nos dirigió, y algunos párrafos de la que me escribe particularmente a mí. La impresión producida fue diversa. Alguno observó que la carta de U., siendo contestación a otra, ésta habría sido inexacta, fijándose en lo que usted decía respecto de la adhesión al pacto federal de 1831. A esto contesté que en efecto había contestado a U. carta en que me proponía recabase de los hombres de valer de aquí esa adhesión pública, y nada menos que en un convite, el 9 de julio, que yo debía ser franco con U. y hacerle conocer las opiniones de todas particularmente sobre un punto que U. había elegido como palanca de sus trabajos actuales contra Rosas.....

.....
Excusado me parece decir, porque U. lo comprenderá bien, que estas discusiones, con el calor que no puedo dejar de poner en ellas, hacen nacer ciertas prevenciones contra mí; pero aunque esto puede deshabilitarme para influir respecto de muchos, de en medio de estas discusiones tempestuosas, surge la idea de U. más alta, reconociendo en U. el único campeón de nuestra causa por este lado, y el único que se atreve a entrar en la República Argentina y hablar allí a todos desde Rosas abajo...

Antonio Aberastain.

*

Copiapó, setiembre 2 de 1852

Usted logró, en su última carta, quebrantarme de manera que pasé medio día muy mal. Después leí las noticias de los diarios y *Sud América* y me recobré. ¿Por qué da U. tanta importancia a la inacción de San Juan? ¿No ha dudado U. siempre de Benavidez? Si ahora es como ha sido siempre, nada hay que deba sorprendernos. Si él no quiere iniciar la obra es porque no merece ese honor. Siempre pensé, y creo haberlo dicho a U. antes, que Benavidez podía ponerse contra Rosas estando éste caído. Por fortuna parece que los sucesos se precipitan en el Río de la Plata y no hay mucho que aguardar...

N... me dice que hay aquí como doscientos hombres de los que han servido a Benavidez, que de uno por uno han ido a ofrecérsele para el caso de una expedición. N... ha venido a comunicármelo y preguntar qué responde a esos hombres. Yo le he dicho que por ahora no se piensa en expedición, que se quiere ver primero el aspecto que toman los primeros sucesos de la guerra en el Río de la Plata, y también se aguarda que se abra la cordillera para saber el espíritu de aquellos pueblos...

Aberastain.

*

Señor D. D. F. Sarmiento.

Lima, agosto 10 de 1851

He recibido con gusto su muy apreciable del 9 de julio, e impuesto de su contenido, diré a U. que me ha dado un gran gusto el anunciarme que se trata de hacerle la guerra por esa vía al tirano de nuestra patria. Mis deseos han sido y serán siempre estar en acción contra el monstruo que nos oprime; así es que siempre debió U. contar con mi vida y mi brazo para ese fin. Trataré de hacer el mayor esfuerzo para ayudar a salvar la patria...

Crisóstomo Álvarez

*

Señor D. D. F. Sarmiento.

Valparaíso, diciembre 6 de 1851

.....
La campaña que ha hecho el general Urquiza en la Banda Oriental es una de las más brillantes y hermosas para un jefe que se ha puesto al frente de la obra de constituir su patria, y los principios humanos y generosos que ha proclamado en su cuartel general del Pantanoso llenan a todos los argentinos de orgullo y de esperanza. La inmediata caída del tirano es para nosotros un hecho consumado.

Yo y todos los compatriotas nos proponemos regresar a la patria.....

Tengo asunto para escribirle pliegos, pero el tiempo me falta. Todo debe decidirse en los campos de Buenos Aires, las provincias no pueden ni querrán resistir. Conocen que el general Urquiza defiende sus intereses proclamando la realización del pacto federal que hasta ahora ha sido una burla y una farsa en la boca del gran Rosas.

Cuando comimos juntos la última vez nos dimos cita para la plaza de la Victoria en Buenos Aires, y pronto se realizará esa nuestra reunión.

Olvidaba decirle que el coronel D. J. Crisóstomo Álvarez esta en Copiapó, de donde piensa pasar a las provincias. Delante de la Serena hay doscientos argentinos de caballería al mando de D. Pablo Videla, y no dudo que concluido el sitio de esa ciudad abran su campaña para las provincias. Pensamos en ello...

Mariano de Sarratea

*

Señor D. D. F. Sarmiento

San Juan, abril 30 de 1851

Ayer he recibido su encomienda sin carta ni señal alguna.³ Haré de ella el mejor uso compatible con las circunstancias.

La grande obra se trabaja con empeño, y a juicio mío, que estoy mejor instruido que otro alguno en lo que concieme al elemento que más de cerca nos rodea (el general Benavidez) el éxito es seguro, infalible. La paciencia perseverante era la virtud de Washington, y la única de que él se preciaba. Imitémosle con inteligencia...

Hay amigos entusiastas de usted y de sus principios.

G. Rawson.

*

San Juan, junio 4 de 1851

.....
No es prudente fiar al papel sin garantía muchos detalles preciosísimos que quisiera transmitirle respecto de la situación. Usted comprenderá, sin embargo, cuando yo le asegure que las cosas marchan aquí a medida de nuestro deseo. Que luego podré comunicarle resultados positivos los más favorables. Por ahora importa muchísimo continuar *rinfforzando* la predicación, inspirando confianza en el éxito, por medio del estudio prolijo y verídico de los elementos de acción, y no cesar en la demostración del derecho. Las provincias del Norte han estado mal provistas del silabario, de donde han resultado errores crasos y muy graves en los últimos tiempos. Por ejemplo, una diputación de Jujuy, Tucumán y Salta a Buenos Aires, pidiendo lo que nuestro diputado Villanueva solicita desde tiempo inmemorial.

Cómo hiciéramos para obtener aquí el *Sud América* (a cordillera cerrada) en lo sucesivo, U., que es el hombre de los recursos ingeniosos, discurra un medio, seguro de que en ello hará un inmenso servicio a la patria.

Su conducta personal, tan importante en la actualidad, debe medirla mucho. Tenga entendido que cuanto más y mejor conozco el estado de las cosas aquí, tanto más me felicito de que la sublime locura no tuviese lugar. Paciencia, amigo, y actividad. Un día más de espera puede asegurarnos el bien, y economizar desgracias...

Adiós, pues, muchos son sus amigos aquí.

G. Rawson.

*

San Juan, 21 de setiembre de 1851

³ *Copia de una representación dirigida a los Gobernadores de las provincias*, escrita el 3 de abril y enviada de Chile a las provincias el 7 de abril, por conducto del joven Helguera de Tucumán. El 3 de abril dató primeramente el general Urquiza la circular del 1º de mayo que la copia comentaba.

No tengo plena fe en el conductor de ésta. Excuse por tanto mis reticencias. U. sabrá ya lo que ha pasado entre nosotros, y cómo las más fundadas esperanzas quedaron iludidas. Ahora no nos queda otra cosa que la luz del Oriente. ¡*Ab Oriente lux!* U. debe saber también la historia de su enviado de Julio. Las cartas fueron entregadas cobardemente a Benavidez, excepto una de 8 de julio que yo he visto. Los periódicos, porque supongo que el cajón los contendría, están en poder de Benavidez, todavía sin abrirlo, por temor de que, como de la caja de Pandora, salgan todos los diablos malos a visitar nuestra provincia. Por lo demás el compromiso, como suele llamarse no me hace temblar, ni será éste un inconveniente para que yo preste a la patria cualquier género de servicio aun con positivo riesgo de la vida.

Salud, esperanza y valor.

Rawson

*

Señor gobernador y capitán general de la provincia de Salta, D. Manuel Saravia.

Cobija, agosto 1º de 1851

.....

Opino también que, si el general Rosas cediese esta vez a la petición que se le hace a nombre de la República para que le devuelva sus derechos y llene sus necesidades consignadas en la atribución 4ª del pacto federal, no quedará un argentino que no se preste a ayudarlo sacrificando las opiniones diversas, resentimientos personales, agravios, etc., deponiendo todo esto para sentar sobre ello la primera piedra del edificio, dándose todos un fraternal abrazo; abrazo sin el cual no tendremos jamás patria. Pero si por desgracia, el general Rosas, como otras veces, so cualquier pretexto, rechaza tan justa demanda, no hay que vacilar un momento en secundar el grito que, en nombre de los intereses más caros, ha dado ya uno de sus hijos, uno de nuestros hermanos, un argentino en fin, que la providencia ha destinado para abrirnos el camino por donde debemos marchar hasta fijar nuestros destinos. Este es el general Urquiza.

.....

*

Copiapó, setiembre 2 de 1851

Señor D. D. F. Sarmiento.

Empecemos por lo fijo y seguro, como U. dice, y no en el de los sueños, que lo han de dejar despachurado, cuando reciba noticias como las de Mendoza y San Juan.

Viendo descuidado su proyecto por N... lo tomé de mi cuenta. Pregunté cuánto costaría un emisario de confianza enviado a La Rioja, a cordillera cerrada. Se me dijo que dieciocho onzas: las apronté. Aberastain hizo el lío de papeles, el emisario dijo bueno, y se marchó, prometiéndome aviso para este vapor; pero hasta este momento, que son las dos de la tarde, no sé nada, sin embargo de que creo que la misión ha sido desempeñada.

Ahora, ¿a qué se reduce esto? pregunta U. A que venga el Chacho a la Cordillera. Sabremos por él lo que puede hacerse, y lo que necesitan en amas, municiones y

hombres, en la inteligencia de que de acuerdo con Rodríguez me apronto a reunir diez mil pesos de esta emigración para el objeto.

Respecto a la importancia que damos al hecho del Chacho, depende de la resolución de éste. Hasta dudamos de que venga a la Cordillera después de lo acontecido en San Juan y Mendoza. Por lo mismo comprenderá U. que para nosotros no tiene objeto todavía la misión del santiagueño Labaysse.

Sentiríamos que usted se fuese a Montevideo, como me lo anuncia, y se lleve a Paunero y a Aquino. Pero tampoco me atrevo a decirles que se queden porque *no veo nada claro*.....

Carlos Tejedor.

*

*¡Viva la Confederación Argentina!
¡Mueran los asquerosos salvajes unitarios!
¡Muera el loco traidor salvaje unitario Urquiza!*

Salta, setiembre 20 de 1851

El gobernador y capitán general de la provincia de Salta al Exm. Sr. gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, encargado de la dirección suprema de los asuntos nacionales de la Confederación Argentina, y general en jefe de sus ejércitos, brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

.....
El salvaje unitario Mariano Santibáñez es el mismo que en 1834, con mano traidora, hirió mortalmente al ilustre general don Pablo Latorre: es el mismo que en 22 de febrero de 1849 encabezó el movimiento anárquico: ha sido el agente para introducir en estos pueblos los libelos incendiarios del empecinado salvaje unitario Samiento: su carrera, Exm. Sr., marcada de delitos de primer orden contra la Confederación y la América, contra la paz y quietud de las provincias del norte, lo han conducido al suplicio...

Dios guarde a S. Exc., etc.

José M. Saravia

*

*¡Viva la Confederación Argentina!
¡Mueran los salvajes unitarios!*

Mendoza, 2 de agosto de 1851

Año 42 de la libertad, 36 de la independencia,
y 32 de la Confederación Argentina.

El gobierno de la provincia, en uso de las facultades que le confiare la Honorable Sanción de 29 de julio de 1851, y considerando:

Que el bando de traidores salvajes unitarios ha levantado otra vez el estandarte de anarquía, encabezado por el loco traidor Justo José de Urquiza;

.....

ACUERDA Y DECRETA

Art. 1º Todo acto de excitación en favor del vándalo salvaje Justo José de Urquiza, bien sea tratando de justificar sus inicuos procedimientos, dando noticias falsas y alarmantes, *introduciendo prodamas o papeles de las virulentas producciones* del bando de salvajes unitarios, así como toda producción difamante de la sagrada causa Federal e Independencia, o de los gobiernos confederados, muy principalmente del jefe supremo de la república, será considerado como acto de coadyuvación y cooperación del traidor Justo José de Urquiza, y sus perpetradores incurrirán en la pena que designa la ley a los que tomen parte en los hechos de traición a la patria.....

.....

MALLEA. - Anselmo Segura.

*

*Sr. D. D. F. Sarmiento*⁴

San Juan, octubre 15 de 1851.

Muy Sr. mío:

Prometí a U. participar las buenas noticias que tuviéramos del loco salvaje Urquiza, y como buen federal cumplo y diré todo lo que sé de pocos meses a esta parte. Será por partes. Muy de cierto se asegura que nuestro general ha tomado unos paquetes que los salvajes de Chile mandaban para esta banda; y que aún más, personas hay que los han visto en casa del gobierno, los paquetes, pero no su contenido que nadie ha leído las picardías que contienen. Se sabe que nuestro general ha dicho que tiene en su poder las cartas que dentro de ellos venían, que con ellas había de colgar media docena de salvajes. Cosa que me parece muy acertada.

Se asegura que se toman precauciones a fin de tomar cuantas cartas y papeles puedan venir de ésa, a fin de apestillar por medio de ellas a los salvajes que estén de aquí en comunicación con los de Chile. Estos paquetes son tomados en julio y datan las cartas que yo he visto de ese correo de fecha 8. Estos salvajes son sumamente crédulos: aquí la prueba. Como nuestro general es tan bondadoso y condescendiente, se alucinaron con que podrían reducirlo a entrar en su plan de admitir a nuestro ilustre restaurador su renuncia y pedir la reunión de un congreso para constituir la nación, etc. A estos pobres no les falta pico y coraje; y sin más que esto principian a trabajar con los hombres más influyentes hasta abocársele al mismo general.

Repito, pues, que su bondad llegó a tal que les dio esperanza de adherirse a un pensamiento tan patriota; y llegamos a creer que positivamente lo reducirían según se le veía vacilar, y aun expresarse confidencialmente aprobando el pensamiento de pedir la reunión de un congreso constituyente, como también se le oyó quejarse del manejo de nuestro ilustre, y del estado de pobreza e inseguridad de que se quejaban las provincias.

⁴ Esta carta, cuyo original enseñé al general Virasoro y a su ministro el Sr. Pujol, fue publicada en Chile en la imprenta de Belín y C^a, y reproducida por el *Mercurio de Valparaíso* y el *Comercio del Plata*.

Todo esto sería, sin duda, un sebo para pillarlos mejor. En estas circunstancias sólo se sabía del pronunciamiento del traidor Urquiza, pero nada de su verdadero estado de poder. Llegaron oficios del gobierno de Córdoba, copias del nombramiento que se hacía de jefe supremo de la República a nuestro ilustre, autorizándolo para que, cuando fuera de su voluntad y considerase tiempo oportuno, llamara la reunión del Congreso, declarando al mismo tiempo que era de tal modo privativa la determinación de este asunto a la persona de nuestro ilustre, que el que contrariase esta disposición sería considerado y tratado como salvaje unitario. Por circular convidaba a las demás provincias a marchar de conformidad. Nuestro general parecía no hacer mucho caso de todo esto, y la tal circular quedó por algunos días bajo la carpeta sin darle gran importancia. El hombre vacilaba, se hacía el tonto, necesitaba ver mejor el horizonte, y a todos les decía que sí, con todos condescendía, y todos estaban muy contentos. He aquí el modo mejor de ensartar crédulos inocentes. Las cosas marchaban de esta manera, cuando nuestro compañero de armas el coronel Díaz llegó de Jáchal. Sabe que es el favorito, el brazo derecho, federal en esencia y existencia. Comprendió la cosa: trató de darle camino más seguro al gobernador: es decir, no se le despegaba a ninguna hora de su lado, dando principio por llevarle noticia de cuánto hablaba cada salvaje en particular, y cuánto fraguaban en general: lo tocó vivamente con calor y con perseverancia.

Obligado a tomar alguna determinación se resolvió llamar doce a catorce ciudadanos para que le dieran consejo: Don T. Maradona, Juan A. Cano, Pedro Quiroga, Elías Losada, Miguel Chagaray, Doncel, S. Lloveras, G. Rawson, T. Rojo, Laspiur, Eleuterio Cano, Tristán Chagaray, D. F. Sarmiento, etc. Hubo dos reuniones de estos caballeros, donde se mostró el estado de las cosas según noticias vagas y ninguna oficial. Hablaron con mucha libertad y alguno muy lindamente. Hubo allí hombres que con su elocuencia, la fuerza de sus razones y su estilo dulce, suave y culto dejaban encantados y callados a todos los demás; persuadidos quedaban pero no sin miedo. Es visto que hay salvajes muy inteligentes y capaces. Que Dios les ha dado pico de oro, y que a fuer de hábiles convencen, pero no pueden arrancar el miedo que los viejos tienen a que se mueva el orden hoy establecido por el ilustre, y sobre todo temen que los manden desollar vivos a todos, que es lógica también hábilmente empleada con muy buen éxito.

Llegaron noticias que La Rioja, Catamarca, Tucumán y Salta habían autorizado con el mando supremo a nuestro ilustre, con lo que nada más era necesario para seguir su ejemplo, por la mayoría de la reunión. Los salvajes comprendieron que los viejos federales estaban resueltos a salvar su cuero y no dar motivo para que les viniera alguna tempestad y a fin de que no se manifestasen con decisión en el asunto, les aconsejaron contestar al gobierno remitiesen el negocio a la sala, para que ella determinase como era de su competencia.

El caminito pareció muy cómodo y ésta fue la decisión. Díaz trabajaba con los militares con doña Ángela y con la gobernadora. Se excusaba del ministro y aun trataba de minarlo y hacer se desconfiase de su marcha. Por último, fue necesario decidirse, pues ya todos los pueblos habían tomado su partido, excepto éste, cuya demora era ya un compromiso, como también era un pecado el consultar y pedir consejo en asunto que tendía nada menos que a robustecer el poder del héroe, del gran hombre, por quien vivían y respiraban aún.

De golpe vino el miedo, el temor al castigo, pues ya divisaban el látigo, ya se consideraban con el delito de vacilación. Sin oír más el gobierno pasó a la sala su proyecto vaciando casi la ley de Córdoba.

La sala se compone en su mayor parte de salvajes, y éstos no tenían miedo a pesar que la barra era numerosa y se componía de militares adictos y encabezados por el coronel Díaz. Se pide se resuelva sobre tabla por ser su despacho urgente; pero la sala en mayoría la pasa a la comisión competente. Apercebido el gobierno que pueden contrariar su resolución ya tomada, trata de ponerse serio y mueve a la comisión a un pronto despacho sin pérdida de tiempo, porque si no etc... Llega la noche de sala

ordinaria y supone, o no, que la comisión puede haberse expedido y que tratarán el asunto. Dispone que Díaz y Coquino, Mayor de Plaza, reúnan a todo federal para las oraciones; y antes de que estuviese reunida la sala, recorren la población con la banda de música dando vivas al ilustre y mueras al traidor, a los salvajes, y a todo el que se oponga al nombramiento de jefe supremo. Tiros, gritos furibundos y toque a degüello con las cajas y cornetas fueron muy suficiente aviso a los salvajes de su posición crítica y al pueblo todo para ponerlo en consternación.

No hubo sala porque nadie se atrevió a salir de su casa temiendo la de San Bartolomé. Para la siguiente noche se citó la sala. - Se llenó la barra de militares con mal aspecto, mal ceño, y a pesar de todo, un salvaje tomó la palabra y de su boca brotó un raudal de perlas; para este salvaje no hay miedo ni posición difícil. Sabe meter los dedos en la llaga, tocar la parte más delicada; pero su tino es sorprendente, exquisito, y esto mismo lo eleva a una altura adonde nadie hubiera osado asestarle un tiro sin temor de errárselo. Habló media hora, como 27 años hacia no se había oído en esta tierra de cristianos. Se guardaba un profundo silencio, nadie se atrevía a respirar, sus palabras llegaban a cada oído sin ser interrumpidas y eran escuchadas con profunda atención. Salvajes había que lloraban sin poder dominar su sentido entusiasmo y su felicidad ante aquel destello de libre pensamiento.

En fin, amigo, este divino salvaje tiene a Dios o el diablo adentro... Concluyó dejando a todo el mundo en profundo silencio, de tal modo, que a nadie por aquella noche le vino gana de hablar. Únicamente al presidente, que al fin de gran rato se resolvió a recordar a los muertos; y no pudo conseguir que ni siquiera un aullido se oyera. Les dijo que ponía en discusión el proyecto de S. Exc...Silencio. - Que lo daría por suficientemente discutido... Silencio. - Pidió votación, y ésta se verificó en completo silencio. Así se terminó el negocio levantándose en silencio cada representante sin hablar palabra hasta que llegaron a sus casas. Parecía que a estos demonios les hubiesen aparado los labios: estaban emperrados. Parecía aquello una ceremonia hecha al cuerpo presente de algún personaje que con su muerte dejaba la consternación y el luto a una población. Éste fue el modo solemne como se sancionó el proyecto del gobierno.

Dado este paso es consiguiente que U. comprenda que nuestros compañeros federales largamos la lengua contra todo salvaje para humillarlos y aterrarlos, teniendo éstos que meterse en un cuerno.

No obstante que sabemos, según nos dicen, que nuestro ilustre cuenta con mucha gente para combatir al traidor, a pesar de todo, aquí se están organizando con empeño el batallón de veteranos y las milicias. Sabe U. a lo que creo que más se teme son a los salvajes de Chile, *que en este verano hagan alguna diablura...* En el pueblo de Córdoba hubo aviso de que al norte por el Tío se veían grandes humos, infiriéndose pudieran ser Mascaritas, Salas y algunos otros salvajes. Se tiró bando, pena de la vida el que tuviera comunicación con éstos o prestara recursos etc., siendo castigados con la pena sin excepción de persona y sin que para ello hubiere proceso, bastando sólo presunción. Parece que todo ha quedado en nada, pues sólo han sido temores. *Lo que se teme positivamente es que los salvajes de Chile se pongan de acuerdo con el traidor y en el verano (precisamente en enero) se dejen caer a un tiempo; los unos por el norte de Córdoba, y los otros por Salta, Tucumán o La Rioja.*

El pueblo que sería perdido indudablemente sería Córdoba, porque se halla *muy descontento, muy oprimido, muy pobre.*

Mendoza es otro pueblo que temo, pues *su gobierno no es fuerte y oprime mucho;* teniendo sólo por garantía a San Juan, que estaría pronto a su socorro. Aquí se hacen ejercicios militares tres veces por semana y cada día se toman mayores precauciones para estar preparados a todo caso...

Se dice que Díaz aconsejaba a nuestro general hiciera venir al Chacho para tenerlo aquí seguro; pero no ha faltado algún diablo que mande prevenir a éste que no venga. Todo está aquí pendiente de los sucesos del Estado Oriental como *acto decisivo.* Díaz ha

sido mandado a La Rioja, Catamarca, Tucumán y Salta a arreglar y allanar las dificultades que obstan para el tránsito de los derechos que había impuesto en esas provincias. Aquí se ha dado el tránsito libre; pero el tropiezo de la fianza en Aduana no se ha allanado y aún subsiste. Debe usted estar en la inteligencia que no tenemos correo corriente; de noticias frescas estamos escasos.

Quedo como siempre, su afectísimo.

*

Mendoza, octubre 29 de 1851

Rosas no tiene ya apoyo ninguno en los pueblos; lo prueba el alarmante estado de agitación que domina a todas las provincias según vemos por algunas hojas impresas en ellas. La Cámara de representantes de San Juan se compone, en su totalidad, de unitarios, figurando en su seno los Yanzi, los Rojo, Laprida, los Rawson, Beruti, Sarmiento, Lloveras. - Mendoza, San Luis y Córdoba se hallan bajo facultades extraordinarias, disueltas sus representaciones. El norte todo sólo esperaba para decidirse el resultado de una primera batalla. La comunicación entre Buenos Aires y las provincias proseguía cortada por una fuerte división a las órdenes de Baigorri. La representación de B. A. había decretado grandes aprestos de guerra; pero la nueva de esta victoria será la contraseña para que todo el interior se ponga instantáneamente en armas contra el tirano.

*

Cuartel General en Gualeguaychú, noviembre 16 de 1851

Señor Teniente Coronel D. D. Sarmiento.

Con satisfacción he recibido el ejemplar de *Sud América*, el retrato de San Martín, y la hermosa piedra que se ha dignado remitirme, y que yo admito con mucho gusto, como un testimonio de la adquisición que he hecho de la amistad de U., que tan sinceramente se ha adherido al Pacto Federal de la República en la atribución 4ª, que establece toda nuestra actualidad.

Yo estoy contento con que lo esté U. por su parte con la idea que le manifesté de acompañarme en la próxima campaña, en la que sus servicios e inteligencia serán de mucha utilidad. Si U. quiere realmente pasar a Montevideo, yo tendré mucho gusto en recomendarlo para que se transporte en uno de los vapores que de mañana a pasado deben venir con tropas, sin que por esto deje usted *de estar en campaña, cuando mucho tiempo hace que lo está*, combatiendo con sus escritos al tirano de nuestra patria.

Soy de usted afectísimo amigo y S. S.

Justo José de Urquiza.

*

Sr. Dr. D. Vicente López

Montevideo, noviembre 30

Nuestro amigo el coronel Paunero me indicó que el Sr. Sarmiento se hallaba sin espada. Yo había reservado para mí una que tengo el gusto de ofrecerle, pidiéndole a U. se la presente en mi nombre. Es de las de mejor calidad que he visto por aquí, y tiene la especialidad de deber su origen a la confianza que tenía Rosas de entrar triunfante en Montevideo...

J. Batlle

Ministro de la Guerra de la República del Uruguay.

*

Señor D. D. F. Sarmiento.

Montevideo, noviembre 20

Mí querido compatriota y amigo: Tengo el gusto de dedicar a U. esas espuelas. Tienen para mí la recomendación de haber sido del uso de mi hermano el general Lavalle, y mandadas hacer por él en su campaña de Quito.

Su amigo,

Rafael Lavalle.

*

1852

Rosario, enero 1º de 1852

Habituado a luchar con el tirano de nuestra patria, sin otro galardón que el testimonio de mi propia conciencia, me sentía demasiado conmovido anteanoche para dirigir la palabra a los habitantes del Rosario, que se han dignado darme tan evidente prueba de estimación, visitándome reunidos. Si algo he hecho en bien de nuestro país, este acto me lo paga con usura, y creo que he logrado expresar en mis escritos los sentimientos comprimidos por tantos años en el corazón de cada uno de mis conciudadanos, por las simpatías que he encontrado en cada una de las provincias que he visitado.

No pudiendo ahora ni más tarde expresar de otro modo mi gratitud a los habitantes del Rosario, lo hago por este medio para que mi nombre se asocie al recuerdo del día más feliz para un pueblo civilizado, y es aquel en que se erigió la PRIMERA IMPRENTA, y sus millares de lenguas llevaron a todas partes la fama del acto de heroísmo con que los habitantes se alzaron contra sus tiranos.

Una colección de mis libros quedará depositada en el archivo público. El estatuto provincial niega el derecho de ciudadanía al santafecino que no supiere leer en 1850, y yo he hecho profesión de todos los ramos que tienen relación con la educación del pueblo. En *Educación Popular* hallarán los que quieran promover la cultura de su país consejos y ejemplos.

Es mi ánimo, terminada la campaña del general Urquiza, y que el heroísmo de los vecinos del Rosario ha cambiado en marcha triunfal, retirame a concluir mis días en alguno de los risueños parajes que baña el Paraná, para consagramme, libre de toda preocupación de espíritu, a fomentar la navegación de estos poderosos ríos, vehículos de riqueza, y asombrados, sin duda, de verse hasta hoy desiertos de vapores y naves por millares en sus aguas, como de ciudades florecientes en sus orillas. El Rosario está destinado por su posición topográfica a ser uno de los más poderosos centros comerciales de la República Argentina, y sería una de las más puras glorias que codiciaría acelerar el día de su engrandecimiento y prosperidad.

El último día del año de 1851 ha sido el más grato de mi vida. Hoy principia una nueva era para nuestra patria, y aprovecho esta ocasión de felicitar a los habitantes del Rosario por tan venturoso AÑO NUEVO.

Domingo F. Sarmiento.

*

Sr. D. D. F. Sarmiento.

Santa Fe, enero 14 de 1852

Mí estimado compatriota:

Me ha sido muy satisfactorio el recibo de su apreciable carta fecha 5 del presente, y agradezco a U. los sentimientos con que se expresa en ella tan favorables a esta provincia, aceptando gustoso las felicitaciones que U. me dirige, por la confianza con que me han honrado mis compatriotas, aunque inmerecidamente.

Celebro que U. haya conocido prácticamente⁵ la situación topográfica de esta provincia, muy ventajosa relativamente a las demás de la República Argentina para las relaciones mercantiles y vías de conducción de toda clase de artículos ya del país como extranjeros; pero celebro mucho más su resolución de vivir entre nosotros. La provincia de Santa Fe lo recibirá siempre, y dará a U. el lugar que se merece, no mezquinándole cuanto pueda hacer para proporcionarle su felicidad; pues me persuado que antes que U. se resuelva a venir sea U. llamado, pues hombres como U. son útiles en todas partes y aquí necesarios.

Entretanto, etc.

⁵ En los Desmochados se aparta al Sud Oeste el camino de Buenos Aires, costeano paralelamente el Paraná. El primer puerto de Santa Fe es el del Rosario, distante de los Desmochados veinte leguas y por donde han de surtirse en adelante de efectos de Córdoba, y las provincias de Cuyo, ahorrándose casi todo el flete que se paga desde allí por tierra a Buenos Aires que son tres pesos, cantidad que no deja de utilidad una carga de aguardiente. El camino de Mendoza al Rosario mide ciento setenta y dos leguas por la posta, mientras que a Buenos Aires se cuentan trescientos; y como el flete a Buenos Aires es de doce pesos carga, descargando en el Rosario valdría en proporción. (*Sud América*, vol. I, p. 140. – 1851.)

Ya hemos hecho sentir en otra parte la ruinosa organización actual de la Confederación, con un solo puerto habilitado para el comercio extranjero; pero a la sabia y meditada deliberación del Congreso toca remediar por leyes previsoras este error de la naturaleza. El Congreso decidirá si cuando el mar no baña nuestro territorio sino por un extremo, la voluntad humana podrá prolongar hacia el interior, por medio de ríos extensos como mares, la comunicación y contacto directo con el comercio extranjero: el Congreso decidirá si conviene aplicar a Santa Fe destruida, a Corrientes y Entre Ríos anonadados el mismo ensalmo que ha hecho en pocos años la prosperidad y el engrandecimiento de Buenos Aires y Montevideo. (*Argirópolis*, p. 75.)

Domingo Crespo
(Gobernador de Santa Fe)

*

Señor D. Domingo F. Sarmiento

Cuartel general en los Espinillos, enero 2 de 1852

Estimado amigo:

Su Exc. el Sr. General ha leído la carta que ayer le ha escrito usted, y me encarga le diga respecto de los prodigios que dice U. que hace la imprenta asustando al enemigo, "que hace muchos años que las prensas chillan en Chile y en otras partes, y que hasta ahora D. Juan Manuel de Rosas no se ha asustado; que antes al contrario, cada día estaba más fuerte."

Ángel Elías
(Secretario del general Urquiza.)

*

Sr. D. Ángel Elías

Rosario, enero 3 de 1852

Mí distinguido amigo:

En medio de las atenciones que con tanto placer me absorben, he recibido la cartita de ayer, en que me trasmite, por orden de S. Exc., su juicio con respecto a la poca influencia de la prensa de Chile para asustar a Rosas. Si este concepto hubiese sido emitido en una conversación lo miraría como una de tantas opiniones sobre las cosas y los hechos; pero en la forma que viene no sé si deba recibirlo como un reproche.

Es probable que en la carta a que se refiere el señor General haya oscuridad o generalidad en el concepto; pero al hablar en ella de la prensa, hablaba de esta prensa del Ejército Grande, y como ésta no publica sino documentos y hechos que emanan del Sr. General o relativos al ejército, no acertará a comprender por qué la publicidad dada a esos documentos y a esos hechos no ejercería influencia ninguna.

Si se refiriese a las pocas palabras de comentario con que yo he acompañado la publicación de esos documentos, a más de haberlas consultado con el Sr. General, y en su ausencia con el Sr. general Virasoro, o los coroneles Galán y Basavilbaso, hasta que se me ha autorizado para proceder por mí mismo, esas palabras no son sino la reproducción del espíritu de los documentos mismos, o la simple narración de los hechos.

Mas en el concepto de que yo haya dado lugar a creer que me refería a la prensa de Chile, es este asunto muy grave para que presentándose ocasión de explicarme no la aproveche. Es muy natural creer que yo me exagere a mis propios ojos la influencia de la prensa, es decir de la palabra, del estudio, del consejo; pues debiendo a ella una mediocre posición en varios Estados americanos, y me atrevería a añadir, entre algunos

hombres distinguidos de Europa, no es extraño que la ame y la estime en mucho. Pero la prensa de Chile he sido yo durante muchos años, y en estos últimos no se ha ocupado de otra cosa que de predisponer la opinión pública en favor del Sr. General y de la digna empresa que iba a acometer. ¿No ha conseguido nada en este sentido la prensa de Chile? Sería por lo menos prematuro asegurarlo, y en caso de ser así sería un deslucido cumplido el que me haría el Sr. General, anunciándomelo de una manera punto menos que oficial, si no hubiese en esto un error de concepto. La prensa del Entre Ríos ha trabajado en el mismo sentido, y no veo por qué la una haya sido más efectiva que la otra.

Las armas que combaten a Rosas son invencibles; pero también es cierto que la opinión lo ha abandonado, y alguna parte, por pequeña que sea, debe concedérseles a los que han tenido el coraje de combatir su poder diez años y demostrar su inmoralidad y su impotencia, y yo no acepto la negación de la parte que me toca en ella, porque aceptarla sería desesperar del porvenir de mi patria y anularme.

Conociendo como conozco la bondad del Sr. General, apunto estas explicaciones sin adoptarlas.....

Espero de la generosidad de U. que haga conocer al Sr. General del contenido de esta carta aquello que pueda interesarle y predisponga mejor su ánimo, etc.

D. F. Sarmiento

*

Sr. D. Domingo F. Sarmiento

Cuartel General en los Espinillos, enero 5 de 1852

Estimado amigo:

Dos cartas he recibido de U., y absolutamente no he tenido tiempo para contestar a ellas; pero hoy lo hago con mucho gusto.

La primera es aquella en que me habla del negocio de la prensa, asunto que, según el espíritu de su carta, le ha mortificado; por lo que debo decir a U. que este es un negocio completamente arreglado, pues el Sr. gobernador se ha mostrado muy afable, hablando sobre U...

Ángel Elías.

*

GENERAL PACHECO

Exm. Sr. (D. Juan Manuel Rosas)

Chacras de Morón, febrero 1º de 1852 (12 del día)

Tengo el honor de remitir a S. Exc. una maleta conteniendo los objetos detallados en la adjunta relación, que indican pertenecer al salvaje unitario Domingo F. Sarmiento, la cual maleta fue aprehendida por un peón de D. Jerónimo Peralta. Este fue enviado bombero por el sargento mayor de mi escolta don Juan Pablo Albanoz, de quien es sobrino, y habiendo llegado a la Guardia de Luján con los caballos muy cansados, mandó ese peón al campo enemigo con el encargo de que tratase de sorprenderles alguna cosa,

y de traerle algo como prueba de que había llegado a dicho campo. El peón fue, en efecto, y tomó del medio del campo (falso) de los salvajes unitarios (el campo del general Urquiza) la maleta con los demás objetos que remito a U. Exc. Envió a U. Exc. al mencionado N. por si U. Exc. quiere imponerse de todo lo relativo, sintiendo no poder hacer lo mismo con el peón por no haber venido a este campo.

**RELACIÓN DE LOS OBJETOS CONTENIDOS EN LAS MALETAS
QUE SE HAN TOMADO AL SALVAJE UNITARIO TITULADO
TENIENTE CORONEL D. F. SARMIENTO EN SU PROPIO
CAMPAMENTO**

Una cartera de bolsillo con varios apuntes.

Una carta topográfica de la provincia de Buenos Aires por Woodbine Parish.

Un MEMORANDA que tiene por título "Diario de la Campaña del teniente coronel D. F. Sarmiento en el Ejército Grande, 1852."

Una carta del titulado teniente coronel Olegario Orquera.

Un paquete rotulado Lmo. y Exm. *señor* Consejero Ermeto Honorio Cameiro Leão. Montevideo.

Otro rotulado Lmo. y Exm. *señor* Almirante D. Juan Pascual Grenfell a bordo del Alfonso.

Varios papeles impresos.

*

Buenos Aires, febrero 23 de 1852

Señor General en Jefe del Ejército aliado

Exm. Señor:

Habiendo obtenido de U. Exc. el permiso de regresar a Chile, después de haber terminado la comisión que se dignó confiarme en el Ejército, he resuelto aprovechar la próxima partida de un buque para Río de Janeiro, para tomar desde allí alguno de los muchos que salen para el Pacífico.

Aceleran esta resolución el lenguaje y los propósitos de la proclama que ha circulado ayer, siendo mi intención decidida no suscribir a la insinuación amenazante de llevar un cintillo colorado, por repugnar a mis convicciones, y desdeñando de mis honorables antecedentes.

Este acto por el cual me sustraigo a toda jurisdicción gubernativa es un hecho personal que en nada se liga con la conducta que guarden o hubieren de guardar otros, justificándolo mi radicación en Chile, y el ver, a juicio mío, malograda la esperanza de un regreso definitivo a mi patria.

Que Dios ilumine a U. Exc. en la escabrosa senda en que se ha lanzado, pues es mi convicción profunda que se extravía en ella, dejando disiparse en un período más o menos largo, pero no menos fatal por eso, la gloria que por un momento se había reunido en torno de su nombre.

Aprovecho esta ocasión de ofrecer a U. Exc. los respetos y la consideración con que me suscribo de U. Exc. seguro servidor.

COMPLEMENTO

PROLOGO

Si alguno de los millares de argentinos que han recibido heridas graves en nuestras eternas luchas civiles, leyere estas páginas, recordará aquella extraña sensación que se experimenta al recobrar el uso de la razón, y abriendo los ojos no poderse dar cuenta de sí mismo y preguntarse interiormente ¿quién soy y qué lugares son estos? ¿por qué no puedo moverme, y qué fisonomías extrañas son las que me rodean? Hasta que, a fuerza de prolija investigación, halla en un extremo apartado de la memoria, entre no bien definidas reminiscencias, el recuerdo de un combate en que estaba dando una orden, y después... después no se acuerda más de nada.

Este hecho, frecuente también en pos de sueños letárgicos y enfermizos, explica el puf norteamericano, que refiere cómo, alojándose un inglés en una posada, contiguo a la habitación de un pasajero negro, y habiéndole tiznado por travesura a él mismo la cara un su amigo mientras dormía, vióse negro el rostro al ser despertado de madrugada, según lo tenía prevenido, para continuar su camino; y lleno de indignación y compadeciéndose del chasco exclamó, volviendo a dormirse: este bruto de sirviente ha venido a despertar al negro; y el pobre inglés (era él) va a rabiarse mañana, cuando lo recuerden tarde para seguir su viaje.

Sucédenle cosas a uno en la política americana que no sería extraño tomarse despierto, bien despierto, por el negro del cuento, experimentando realmente aquella desorientación de que hablaba al principio; y vale la pena de contarlo, la fascinación, que, después de disipada, me ha inducido a poner orden por escrito a mis últimas reminiscencias.

Exige la voluntad, después de haber estado excitada y tirante, por decirlo así, por años, en la prosecución de algún fin, sus días de inacción, como el cuerpo pide algunas horas de reposo, en pos de las grandes fatigas. Entonces las impresiones pasan por los sentidos sin dejar rastros en las percepciones del espíritu: se vegeta, se cambia de lugar, sin darse de ello cuenta clara. Un sueño pesado me había retenido uno de esos días en el lecho, hasta muy avanzada la mañana. Hube de abrir al fin los ojos con dificultad, y a mi frente y sirviéndole de marco el claro de una ventana, presentóseme un cuadro natural y para mí desconocido. El sol, bien avanzado ya en su carrera, derramaba torrentes de luz blanca sobre montañas agudas y cubiertas de vegetación tupida, azulada y vaporosa a lo lejos, verde esmeralda, brillante y abrumada de parásitas en los declives más cercanos. Desde sus bases se extendía una inmensa tasa de agua, tersa, dividida sólo por el reguero de fuego que describía el sol en la línea de la visual, y agitada en partes por barquillas de dos velas latinas. Hacia el lado de la ventana, y hasta tocar la orilla del lago, extendíase un jardín artísticamente decorado de hileras de plátanos y de bambúes en sus costados y al centro terraplenes de flores extrañas a los climas templados, y de plantas teñidas de amarillo o de encarnado, cual si ellas mismas intentasen en las raras formas y colores de sus hojas remedar a las flores. Alcanzaba la vista a dominar en los segundos planos alquerías y casillas de campo de un gusto esmerado, con techumbres pintadas, tejas brillantes y fachadas en que el granito y estucos blancos sobre fondo azul celeste prestaban armonioso contraste a los grupos de árboles florescentes, extraños, gigantescos que las sombreaban, derramando sobre ellas enredaderas y lianas, o sombras espesas que, formando masas de claro-oscuro, daban realce deslumbrador a la

luz fúlgida que bañaba los edificios. ¿Dónde estoy? me decía, sin poder disipar el letargo. Este sol, esta vegetación, este lujo de habitaciones, sólo puede verse en la India, en Madrás o en Calcuta, donde la cultura inglesa ha sometido a regla la naturaleza tropical, desenfrenada, bella y ebria como una bacante antigua. Recordaba haber oído al hijo del general Mansilla detalles sobre la India; pero yo estaba despierto, y no era recuerdo, ni ilusión, ni pintura, lo que mis ojos veían: las barquillas aquellas se movían, mecíanse las flores, sacudidas por insectos dorados y el ruido de carruajes y el bullicio de población alejaban toda idea de un cuadro de gabinete óptico.

No pudiendo tomar por el próximo extremo el hilo interrumpido de mi existencia, empecé a buscarlo un poco más allá, entre mis recuerdos, y pude al fin cerciorarme de que no hacía aún seis meses éramos siete que partimos de Chile, rondando el Cabo de Hornos a bordo de la *Médicis*, a prestar nuestros servicios al general Urquiza contra el tirano argentino. ¡Siete! Aquino, el brillante y caballeresco coronel de queridísimo recuerdo, muerto sin gloria en los campos del Espinillo; el coronel Paunero, experimentado soldado de la guerra del Brasil; el teniente coronel Mitre, maestro profundo en su ama, la artillería; y el capitán retirado de Coraceros de la Guardia, Domingo F. Sarmiento, acompañados de los sargentos licenciados de Granaderos a caballo de Chile, Elgueta, Novoa y Garrido. De estos siete soldados han muerto dos en la campaña del Ejército Grande aliado, y sobrevivido a tres lanzadas otro; y con tres hombres fuera de combate de siete que componíamos el cuerpo expedicionario de la *Médicis*, fue éste el más maltratado de la suerte, entre brasileros, orientales y argentinos que entraron en campaña. Los que han sobrevivido halláronse a la sombra del pabellón imperial en el combate naval del Tonelero, y arrostrado las balas rojas, la fusilería y metralla de Mansilla, durante cincuenta y cinco minutos, y en la batalla campal de Monte Caseros, a las órdenes del victorioso general Urquiza, hecho cuanto puede esperarse de hombres de pro y de soldados de honor; viéndoseles entre los jefes, y haciendo la campaña a sus propias expensas con sus amas y caballos, como los antiguos capitanes castellanos.

Por lo que a mí respecta, pues ya sabía quién yo era, traje a la memoria, al volver de mi trascurdo, que dejando atrás familia y cuidados de fortuna, en busca de una patria libre y culta, por quince años de destierro suspirada, había costeadado el Atlántico y el Pacífico, remontado el majestuoso Uruguay y el fecundizante Paraná; atravesado las provincias argentinas, Entre Ríos y Santa Fe; visitado las capitales Montevideo y Buenos Aires; batídome en mar y en tierra; y, viajando y combatiendo, soportado rudas fatigas, y gozado de emociones profundas; observando lo que mis ojos veían, y oían mis oídos; pensando, escribiendo, y viviendo de la vida febril del entusiasmo y de la lucha; y como si algo faltara en este vivísimo panorama, pasado a mi vista en cinco meses de actividad y movimiento, a los hielos del Cabo de Hornos, venían por añadidura a oponerse los esplendores sofocantes del trópico, y a las desnudas e ilimitadas planicies de las Pampas Argentinas las sañudas crestas y picos, que entre bosques enmarañados rodean la lujosa bahía de Río de Janeiro, donde escribo estas páginas, en el Catete, barrio pintoresco y fashionable, *Hotel des Étrangers*, en una habitación alegre cuyas ventanas dan hacia el pedazo de mar, contenido entre los faldeos de la montaña Das Orgas, el Pan de Azúcar y el Corcovado, y era la tasa de agua que en parte caía bajo mis miradas al despertar, y no acertaba a comprender en el primer momento.

.....

¡Ando peregrinando por la tierra de nuevo en busca de instrucción para el pueblo!
 ¡Demonio escapado del infierno del destierro sempiterno, vuelvo, después de haber bajado al mundo de la vida, a recoger de nuevo la cadena que me tiene atado, lejos del pedazo de tierra que me fue por la naturaleza asignado por la patria! ¡Emigrado otra vez!
 ¡Prófugo!... ¡Proscrito!

¿Qué sabe el que nació argentino, adónde amanecerá mañana, ni ante qué nueva tarea ha de ver encanecer su cabeza, malgastados ya, derrochados los más claros y bellos días de la vida tras de alguna manzana dorada, como aquellas que diz que crecen alrededor del mar muerto, y al morderlas llenan de cenizas la boca del viajero que buscaba refrigerio?

¡Parece un sueño!... exclamaban las damas de Buenos Aires quince días después de caído el tirano, en los intervalos de la conversación en que contaban su dicha actual y sus pasadas angustias. ¡Y cierto! que todo es sueño entre nosotros hasta la vida que se salva de la epidemia que asola a aquel país hace veinte años. Reina en estos días la fiebre amarilla en Río de Janeiro, y los sobrinos y hermanos de Rosas, con quienes venía yo comiendo en un plato a bordo del *Prince*, temían al desembarcar ser víctimas de sus estragos, echando de menos aquellas playas argentinas, donde ninguna dolencia peculiar al clima le sale al hombre en alguna encrucijada del camino de la vida y lo asesina, como el vómito negro de la Habana o las tercianas de Lima. ¡Ay! que se olvidaban que en la Confederación reinaba, hasta ahora poco, enfermedad endémica, más rápida en sus efectos, más devoradora en sus estragos que el cólera-morbus asiático. Llamóse aquella enfermedad *degüello*, y salvar de su diente, era apenas el destierro, régimen que dura por años sin término. Bastaba que el entrecejo de algún bárbaro se frunciese para hacer rodar la cabeza del que piensa, como no piensan los que no se tomaron nunca el trabajo de coordinar dos ideas. ¡Ah! ¡a veces han caído quinientas cabezas en un día y a veces una sola que valía por ciento de aquéllas! No tiene el mal estación fija, y si amaina su fuerza, queda latente en la atmósfera, aconsejando la prudencia precaverse y no hacer desmanes. Cuando los síntomas de la enfermedad aparecían en el semblante o en los actos de algún vecino, dábale al apestado el nombre de salvaje unitario; y entonces se lo señalaban los unos a los otros, evitando su encuentro, pues que las leyes de la justicia y de la humanidad y hasta las del decoro, cesaban de protegerlo.

En las veladas de a bordo, a la luz vacilante que llega del sol a las zonas polares del Cabo de Hornos, conversábamos de lo que pasaba entre nosotros, los argonautas de la *Médicis*, circunnavegando en pos también de un vellocino de oro, guardado por un Dragón espantable; y el gran mágico Alexander que nos escuchaba, decía lleno de estupefacción: “¿Pero qué países son esos donde cuantos se nombran han muerto o en los combates o degollados?” Y, en efecto, el sacrificado coronel Aquino, que nos refería historias de vivaque, no acertaba a nombrar compañero, amigo, enemigo, que no estuviese ya sepultado.

Ayer encontréme de manos a boca con Alexander en la Rua de Ouvidor, y después de la bienvenida de amigos que se encuentran inopinadamente, preguntóme por los otros de la *Médicis*. ¡No sabía aún que Aquino había sido degollado! La memoria de Aquino volvió a despertarse dolorosa, como era festivo y agradable su recuerdo. Si alguna vez remontáis, ¡oh lector! el Paraná, más allá del Rosario divisaréis las torres solitarias y solemnes de San Lorenzo. Desead el *requiescat* a la víctima propiciatoria sacrificada en los altares de la libertad argentina. ¡Ahí reposa Aquino! Su sombra, teñida de sangre debió seguir las marchas del Ejército Grande, por lo que todos, jefes y soldados, la tuvimos siempre presente como un peligro, una amenaza, o un alerta silencioso, y soldado medroso hubo que a la luz vacilante e interrumpida de las luciérnagas que alumbran por momentos la Pampa, creyó discernirla serena, con el aspecto imponente que conservó su fisonomía en el cadáver.

¡Cosa extraña! Al visitar la *Médicis*, en que debíamos embarcarnos, de improviso desapareció Aquino de nuestras miradas, y al salir contuso de la bodega, donde cayó por no haber visto abierta una escotilla, “mal agujero”, exclamó pensativo; pero desoyó el aviso del cielo y se embarcó. Al despedirse de nuestros compatriotas en Valparaíso, una voz amiga dijo con pena: “este banquete puede ser para alguno de nosotros la Cena de los Girondinos”, y los ojos del que hablaba se encontraron involuntariamente con los de Aquino. Uno que lo traicionaba también le dijo: “no vaya, Aquino. Yo sé lo que son esas

cosas”; pero Aquino no comprendió la inspiración del corazón del amigo, y no hizo caso del consejo de su enemigo. Todavía en el Diamante, mientras contaba a sus compañeros las funestas interioridades de la división de su mando y que le acarrearón la muerte, disparóse su caballo ensillado, lo que motivó esta observación indiscreta y lúgubre: “no aquí, sino en el campo de batalla saldrá solo ese caballo.” Aquino, Mitre, Terrada, Paunero, Samiento, presentes, quedaron al oírla estupefactos. ¡Pero Aquino murió degollado!

Los naturales de la tierra creen haber hallado antídoto seguro contra esta epidemia que creen adherente al suelo. Llevan un *trapito* colorado en el pecho como los fetiches que usan los africanos contra mordeduras de víboras y culebras; y cuando entre nosotros el mal arreciaba usáronse tres a un tiempo, que contra mal tan grave la abundancia de precauciones no daña. A los judíos y a los leprosos en la Edad Media se les forzaba a llevar un gorro amarillo en señal de reprobación. Entre nosotros son los buenos los que llevan el sambenito, para distinguirse de los *extranjeros* a quienes nuestras distinciones en buenos y malos no alcanzan: ellos son malos, ya se sabe; pero, al revés de las epidemias naturales, ni la enfermedad del país les daña, ni el preservativo ejerce influencia ninguna sobre la conservación de sus cabezas, que permanecen donde Dios las colocó con ciencia infinita, y ninguna criatura terrena es osada de tocarlas; por lo que cuando haya un Congreso (soberano) en la República Argentina tengo de hacer moción para que así como el odiado, a la par que respetado extranjero, puede pedir carta de ciudadanía argentina, así el argentino pueda obtener carta de *extranjería* en su propio país, cuando quiera sustraerse al trapo y a la enfermedad que cura; si bien es verdad que la felicidad de haber nacido argentino es como el pecado original y peor, pues basta para lavarse de éste un poco de agua.

En busca ando, hace veinte años, del medio de corregir la atmósfera argentina de esta disposición mórbida. Rosas me llamó diez años *salvaje unitario*; hasta que al fin halló, en mengua de su tenacidad tan decantada, que era más prudente llamame simplemente emigrado. Rosas ha caído, y el epíteto subsiste con la clasificación de odiado. ¿Cómo es posible que el buen sentido de un pueblo entero llegue a estragarse a punto de hacer materia de jugar su carácter en la historia los grandes, su vida y su porvenir los pequeños, por imponer los unos y resistir los otros estos signos absurdos, o aquellas pretendidas injurias? ¿Quién a quién dice *salvaje unitario*, epíteto inventado para encubrir su rusticidad un bárbaro atrabiliario? El *salvaje unitario* Mariano Santibáñez, decía Saravia de Salta al cortar la cabeza de aquel patriota, por servir la causa que sostenía el general Urquiza. El *loco, traidor, salvaje, unitario* Urquiza apellidaba a éste Rosas en sus decretos, y Baldomero, Irigoyen y demás energúmenos en sus vociferaciones. El *salvaje unitario* Juan Manuel de Rosas, replica el *Boletín* del Ejército Grande; ¡y al gobierno de Buenos Aires y al redactor del *Boletín* mismo insinuóles el general Urquiza el nombre de *salvajes unitarios!*

¿Es éste un pueblo de locos, de necios, o de borrachos? Pero borrachos, necios o locos, lo que hay de deplorable es que se juega con sangre y años y años perdidos en divisiones estériles, porque la impulsión es extraviada.

Tengo contra todos estos males de mi pobre y decaída patria una receta eficaz, cuyo uso me atrevo a aconsejar a los que se sientan con voluntad de aplicarla. No bebáis de la hiel y del vinagre que os pasen en la esponja, cuando sólo pedíais agua por caridad a vuestros verdugos. ¡Volved la cabeza a un lado y seréis salvos!

Soldado, con la pluma o la espada, combato para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento, y este mi titulado *Diario de la Campaña en el Ejército Grande* tiene por objeto dar cuenta a mis amigos de los hechos a que se refiere como de las causas que los produjeron, y los resultados que debiera dar y dará el triunfo de Monte Caseros, a que concurrí en mi doble carácter, arrastrando desde el Pacífico al campo de batalla aquella prensa de Chile que continuó fulminando y persiguiendo al tirano hasta las calles de Buenos Aires.

Tienen estos apuntes la gloria y la recomendación de haber pasado en resumen por la vista de D. Juan Manuel de Rosas, la víspera de la batalla, como si hubiese sido la mala suerte de aquel pobre hombre, que yo había de estarle zumbando al oído: ¡caerás... ya caes... ya has caído! pues lo que leía en manuscrito estaba destinado para ver la luz después de su caída.

Debió hallarlo, sin embargo, bueno y verídico, pues no lo rompió, y pude rescatarlo entre los despojos del combate, y hallar todos mis papeles, según la minuta del general Pacheco, en orden; y ¡cosa extraña y fatídica! amarrados todos con una ancha *cinta colorada!* ¿Mandábame Rosas en ella el cordón morado que debía amargar nuestro triunfo?

Ello es que, a causa de su fatal don, tuve que seguirle a poco; como él, aislarme en un buque de guerra; como él contemplar tristemente a Buenos Aires tres días desde las balizas; como él, decir adiós a la patria y tomar el camino del extranjero, acompañado para mayor derisión de la fortuna, de su sobrino y de su hermano el general Mansilla, con quienes, embotadas las asperezas del espíritu de partido por el roce diario, asistí a la Ópera en palco común en Río de Janeiro, no sin grande estupefacción del Emperador, de la corte y del público, que no acertaban a descifrar aquel enigma viviente, expuesto ante sus ojos, como una lección de las raras vicisitudes de la política argentina.

Río de Janeiro, marzo 20 de 1852

*

Sr. D. Bartolomé Mitre.

Río de Janeiro, abril 13 de 1852

Mi querido Mitre:

Un mes de reposo en Petrópolis, la linda colonia alemana sobre la montaña *Das Orgas*, me ha sacado del marasmo en que U. sabe caigo siempre, después de los grandes esfuerzos de voluntad o de espíritu. Estoy, pues, fresco y contento, y mi primera señal de vida es acordarme de mis amigos.

El *Golfinho* probablemente les llevará a U. y a Paunero los diplomas y la condecoración de Oficiales de la Orden militar de la Rosa, que da en el Brasil honores y tratamiento de coronel, como una honra con que el Emperador ha querido que conservemos el recuerdo del combate naval del Tonelero, a que asistimos los tres a la sombra del pabellón brasilero, U. y yo *literalmente*, pues recordará que estábamos sobre la borda, apoyándonos en el asta-bandera, salvo Paunero, que de miedo, no de las balas, sino de caerse al agua, se fue a dar de palos a aquellos infelices artilleros de la pieza de a setenta y ocho, los cuales con los lomos calientes, recobraron toda la actividad de unos energúmenos. Paunero merecía, por este acto de soldado viejo que se va al grano siempre, una distinción especial. El Sr. Vice-Almirante Grenfell, al dar cuenta del combate, tuvo la atención de poner nuestros nombres, entre los de jefes y oficiales a quienes concedió los honores de permanecer sobre el puente, lo que indico a U. para que lo haga anotar en su foja de servicios. Fue el general Mansilla quien me trajo *La Crónica Marítima*, en que se hallaba el parte oficial del señor Grenfell, nuestro noble huésped, riéndose mucho de que hubiéramos tenido el gusto de saludarnos en el Tonelero a balazos, y conocemos después en el *Prince* en nuestro carácter común de prófugos. El general Mansilla me ha dicho que él, de su parte, solamente nos había mandado más de cuatrocientas cincuenta balas, lo que hace que pasasen de ochocientas las que se cruzaron y que nosotros computamos en menos.

Para mí la mención honorable del Sr. Vice-Almirante Grenfell, y la condecoración del Emperador, como mi espada, las espuelas de Lavalle y el estandarte tomado al enemigo, son los únicos recuerdos y los únicos trofeos adquiridos. Sin ellos, mi nombre habría sido borrado de las listas del ejército, no obstante que fui el único que, por su doble empleo, no tuvo hora de reposo en la campaña, y se halló en los dos grandes combates que la ilustraron.

Mi residencia en Petrópolis ha sido un preservativo contra la fiebre amarilla, un estudio práctico sobre los efectos benéficos de la emigración, y un bálsamo para mi espíritu. He sido recibido por el Emperador con una indulgencia y atención que a veces le hacía derogar de las formalidades de la etiqueta. La cuestión del Río de la Plata ha llamado la atención de este gobierno sobre la historia, las costumbres, los hombres y las cosas de nuestro país; y al temor que antes inspiraba al Brasil nuestro espíritu guerrero, y la desconfianza suscitada por el genio de la intriga, de la descortesía y las trapacerías y querellas de que Rosas les había dado tantos ejemplos, se ha sucedido el respeto por el carácter moral de que han dado muestras tantos de los que han combatido la tiranía y en homenaje a las luces e inteligencia de nuestros escritores y hombres de Estado. De éstos, me decía el señor Paulino, "los tienen U. U., notabilísimos. Mucho tenemos, señor, que aprender en los libros y escritos de U. U., y la cuestión del Río de la Plata, en que hemos sido obligados a tomar parte habrá dejado por resultado duradero el que, disipadas las preocupaciones de raza, empecemos a apreciarnos y nos ayudemos argentinos y brasileros con nuestros consejos, en la dirección de los negocios públicos, siendo comunes a ambos países los obstáculos con que tienen que luchar." Por mucho que demos a la cortesanía de un hombre tan culto como el señor Paulino, queda de estos conceptos mucho de que debemos envanecernos.

El Emperador, joven de veintiséis años, estudioso, y dotado de cualidades de espíritu y de corazón que lo harían un hombre distinguido en cualquiera posición de la vida, se ha entregado con pasión al estudio de nuestros poetas, publicistas y escritores sobre costumbres y caracteres nacionales. Echeverría, Mármol, Alberdi, Gutiérrez, Alsina, etc., etc. son nombres familiares a su oído, y por lo que a mí respecta, habíame introducido favorablemente *Civilización y barbarie*, hace tiempo, con la primera edición, habiéndose procurado después *Sud América*, *Argirópolis*, *Educación popular*, etc. Mi recepción era, pues, favorecida por estos antecedentes, y en varias admisiones, muchas de ellas solicitadas, pues, por temor de ser indiscreto, yo economizaba mis visitas, he pasado horas enteras respondiendo a sus preguntas, explicándole las cosas que los escritos no alcanzan, dándole noticias sobre el paradero de los hombres cuyos nombres le han interesado. Su naturaleza blanda, formada en el hábito de la moderación, y del orden moral y legal que lo rodea, se impresiona vivamente por aquellos caracteres duros, enérgicos, que he trazado en algunos de mis escritos. Facundo, Navarro, Oro, Funes, Calibar, Barcala, le llamaban mucho la atención y me decía: "¿Por qué no hace U. una colección aparte de estos caracteres, y retoca aquellos que no están diseñados sino ligeramente? Sería un curioso libro." Explicándole la causa de estas originalidades que le sorprendían tuve ocasión de deteneme sobre muchos otros que aún no están trazados, y que todos participan del carácter anormal que hace nacer nuestra vida incierta y precaria, como aquellos pinos de la Noruega, cuyos troncos asumen forma particular que ha servido de modelo para la construcción de los faros, y cuyas raíces se prolongan desmesuradamente hacia el norte, a fin de resistir a las tempestades de los climas glaciales que a cada momento amenazan echarlos por tierra.

¿Cómo le transmitiría en una carta los asuntos variadísimos de aquellas conferencias en que, más que Emperador y un simple particular extranjero, parecíamos dos estudiantes, el uno entendido y ávido de conocimientos, el otro endurecido en las luchas del pensamiento, profesor en materias de emigración, cultivo de la seda e historia íntima de su país? Dile mi ejemplar de *La Crónica* para que tuviese a la vista cuanto sobre emigración he publicado, habiéndome pedido que le explicase mi modo de ver sobre el

hecho práctico, y la aplicación de mis ideas a la República Argentina. Sobre seda hablamos largamente, pues él posee un establecimiento, y para que la discusión se hiciese sobre el cuerpo del delito (pues no creía exacto lo que en mi memoria a la Sociedad de Agricultura de Chile había escrito con respecto al Brasil), me había hecho traer una colección de madejas de seda y de muestras hiladas, ilustradas por una memoria que para mi información había, pedido al director del establecimiento. En esta conferencia, que duró dos horas y media de tertulia de silla a silla y con un abandono afectuoso y cordial de parte del Emperador, ocurrió un incidente que le dará la medida de la generosidad de su carácter. En la enumeración de mis escritos, que deseaba conocer, yo había olvidado nombrar unos ciertos *Viajes* por Europa, África y América, en cuyo primer tomo se registra una malhadada carta sobre el Brasil; y en las anteriores visitas S. M. parecía ignorarlo también. Habiéndosele presentado el general Rivera en esos días, me dijo, aludiendo a él, y como quien no pone en ello intención: “No es *bavard*.” ¡Eh diablo! me dije yo para mi colete, ¡ha leído mis viajes! Pero Como digno soldado del ejército Grande, no pestañé, ni moví un músculo al oír silbar esta bala perdida. Más gruesas y más cercanas nos habían pasado a U. y a mí aquellas rojas que U. me mostraba en el Tonelero, diciéndome esa viene aquí, y pasaba zumbando por nuestros oídos, U. el *grogard* joven del cañón, y yo el viejo conscripto recibiendo lecciones de la experiencia del veterano. La conversación seguía hasta que, no sé por qué incidente, me dijo: “Mucha impresión le hicieron a U. los negros en su primer viaje; pero se ha exagerado la influencia de la raza negra sobre nuestro porvenir, y sobre nuestras instituciones.” Ahora ya no había subterfugio, y el combate estaba iniciado. Un oficial de guerrilla habría ripostado a esta exposición. Yo me fui para hablarle el lenguaje de su ama de U. sobre la batería que quedaba oculta y que era el punto difícil. “Sin duda, señor, le contesté, en estos juicios hechos a la ligera, y por la primera impresión de los sentidos, hay mucho que atribuir a la precipitación del viajero (que por ver una sirvienta tuerta cree que todos los habitantes del país que atraviesa son tuertos); pero en el caso presente hay algo más grave. Los argentinos salimos de nuestro país con las preocupaciones que nos han transmitido los españoles sobre los portugueses, y antes de llegar al Brasil venimos ya dispuestos a juzgarlo por el lado desfavorable. Es fortuna que hoy se nos haya hecho conocer de una manera tan *simpática*, que a los que saben apreciarlo les impone el deber de desvanecer en el vulgo las preocupaciones que lo desfavorecen y yo me encargo de esta tarea.” El Emperador seguía con interés el hilo de mis ideas, apoyando cada frase con un movimiento de cabeza en señal de afable asentimiento, y dirigiendo de vez en cuando sus miradas hacia los individuos de su séquito, que escuchaban nuestra conversación, parecía decirles: “¿No oyen ustedes como es lo que yo les decía?” Felizmente este lenguaje de mi parte ni aires de lisonja tenía, ni era nuevo para el Emperador. En el momento del asalto de Monte Caseros el mariscal Márquez, por un lado, y yo por otro, nos encontramos sobre el terreno circunscrito del combate, y como ya hubiésemos antes hablado largamente sobre la poca estima en que teníamos al soldado brasileño, me dijo al estrecharnos con entusiasmo las manos en felicitación de nuestro triunfo: “V. S. es testigo de la conducta de nuestras tropas en el campo de batalla.” “Sí, señor brigadier; las he visto pelear, y les ha cabido la fortuna de ganar hoy dos batallas, una contra Rosas, y otra contra las preocupaciones vulgares que las desfavorecían.” Estos conceptos, que después se me pidieron por escrito, para remediar a la parsimonia del lenguaje del *Boletín* núm. 26, le habían sido transmitidos al Emperador, y él mismo me lo había recordado. Sobre el Brasil hablaré otra vez, y acaso ahorre desaciertos a nuestra política el apreciarlo en su verdadero valor.

Para terminar, con lo que al Emperador respecta, como nuestras conversaciones no tenían más carácter que el literario, leíle un manuscrito que halló muy de su gusto, excepto en un concepto, cuya exactitud puso en duda; la sostuve; replicóme: disputamos y quedamos perfectamente de acuerdo, no sin que algunas sales hubiesen dado un carácter ameno a la contienda. He aquí el hombre privado, el don Pedro II; pues el

Emperador, el hombre de Estado es reservadísimo, muy circunspecto, y aun desconfiado de que se le sorprenda, en palabras inoportunas, su pensamiento íntimo. La etiqueta de don Juan VI regla todas sus acciones y la estrategia constitucional, sus palabras y pensamientos; dejando para la vida doméstica sus afecciones, y para las gentes de letras, brasileros o extraños, estas manifestaciones de su inteligencia cultivada con esmero. Aquella diferencia que hago me explica por qué los que le conocen se sorprenden del abandono con que me ha tratado, y de lo comunicativo y franco que se ha dignado mostrarse conmigo. Nada me había dejado traslucir sobre las condecoraciones con que el Sr. Paulino se ha propuesto darme una agradable sorpresa. Dentro de poco iré a darle, a nombre de los tres que hemos sobrevivido de la expedición de la Médicis, las debidas gracias.

Mándole a U. un panfleto que tiene por título el que llevaba el *Memorandum* que cayó en poder de Rosas y reconquisté en el campo de batalla. El cansancio y el tedio por un lado, y la mala corrección de la tipografía brasilerá por otro, han estorbado que escriba y publique nada por ahora, contentándome con citar *ad-memorandum todos* los documentos que trazan el camino de mi narración, como antecedente necesario de los conceptos que emitiré. Es lo que va un laberinto de fragmentos, en que puede extraviarse el juicio; pero yo tengo el hilo de Ariadne, y lo pondré a disposición de todos.

No sé cómo miren mis prudentes amigos la publicación de varios documentos y sobre todo del último que puede prestar asidero a malas interpretaciones. Deseo que U. conozca mi opinión a este respecto, mis antecedentes y mis motivos. Antes de todo, en todas las transacciones de la vida pública y privada quiero ser yo, siempre yo, tal como la naturaleza me ha hecho, y no deformado por las presiones exteriores. Por esta razón no consulto a mis amigos en los actos supremos de mi vida en lo que no tiene relación sino con mi persona. Esta razón debe satisfacerle.

Como tuve el honor de decírselo al general en mi última, era mi intención decidida no poneme como ciudadano la cinta colorada que como militar llevaba; pues entre la obediencia del soldado y el sometimiento del ciudadano a actos puramente voluntarios, de los que ejercen poder, hago distinciones profundas. La cuestión de la cinta colorada era para mí, además, una cuestión personal. En Gualeguaychú el doctor Ortiz, mi compatriota y amigo, y don Rafael Furque, me previnieron lo que los señores Elías, Ponsati y Basavilbaso les habían indicado sucesivamente como un deseo del Sr. general; pero yo debí esperar a que él mismo me hablase de asuntos a que él por su insistencia, y yo por mi resistencia dábamos una gran importancia. Cuando el Sr. Elías me dio el parabién por el lema impreso que llevaba mi papel de cartas, y en el cual había una pública declaración de principios, que ha sido adoptada después en Entre Ríos, por consejo del señor general, hice sentir a su secretario la diferencia que yo hallaba entre esta declaración espontánea de ideas, y aquel símbolo impuesto y que traía antecedentes manchados por la tiranía de Rosas; y como el señor Elías abundase en el espíritu y modo de ver del señor General, esforcé mi idea asegurándole que jamás me pondría aquella insignia, para mí signo de terror y de sangre, con letras o sin ellas; que era una cuestión de honor, pues no habría más que leeme lo que contra ella había escrito, llevándola ahora, para quedar expuesto a la vergüenza pública. Dos o tres días antes de la publicación de la malhadada proclama, habiéndome suscitado don Diógenes Urquiza la conversación de la cinta, le expuse mi sentir con todo el calor, con toda la verdad que está en mi carácter, sobre las consecuencias funestas que traería al general su insistencia en cosa de suyo tan insignificante, pero de inmensa trascendencia para el público de Buenos Aires y el de las provincias del interior, cuyo espíritu conocía yo. Conjuréle a que le hablase al señor General en este sentido, increpándole a él y a los que lo rodeaban, el que por temor de desagradarlo lo dejasen extraviarse, concluyendo por asegurarle lo que al señor Elías, que yo no me pondría jamás como ciudadano ese trapo. Tres o cuatro días después salió la prodama. ¿Había de poneme la cinta, después de tan formales protestas? ¿Había de crearse una excepción en favor de mis convicciones? ¿Podía permanecer allí de piedra

de escándalo, o sofisticando el espíritu de la cosa por usar traje militar? U. ve que mi camino venía trazado; y como había tenido el gusto de decírselo al señor Elías en Gualeguaychú: Yo no practico ni acepto el axioma de Rosas, de sacrificar a la Patria, fortuna, vida y fama. Las dos primeras las he prodigado, a condición de guardar la última intacta, tal como yo la entiendo, pues sólo a las mujeres les hace o quita la honra la opinión ajena. Me embarqué, pues, y para quietud de mi conciencia consigné en la carta al señor General el motivo y el estímulo. Añadíanse a esto ciertas trapacerías de oficina, que me tenían afectado, y contra las cuales no sé oponer sino punzadas, y quería evitarlo. Creo haber satisfecho a sus deseos, como he satisfecho a mis convicciones.

Las noticias de los diarios de Buenos Aires traídos por el vapor, el movimiento administrativo y el espíritu de la prensa, me han interesado profundamente. Lo felicito, como U. sabe que sé hacerlo cuando apruebo, por las nobilísimas páginas que ha escrito en el primero y segundo número de los *Debates*, nombre sencillo y que lo dice todo. ¡Honor a todos los muertos y a los inválidos de la inteligencia y del corazón! ¡después de haber honrado sus cenizas, o sus cicatrices, puede un nuevo atleta, con el corazón descargado, sentarse en el banco aún caliente que ellos dejaron! ¡Ah! Esto me trae a la memoria mis amigos sacrificados: Aquino, Santibáñez, C. Álvarez. Déjemelos a mí, yo cuidaré de su memoria. ¡Pobrecitos!

.....

 He tenido el gusto de tratar de cerca al señor Lamas, a quien no vi sino una sola vez en Montevideo en 1846; ¡cómo ha crecido desde entonces acá! Cuánta prudencia, cuánta habilidad práctica le ha dado esta embajada al Brasil que llena el episodio más glorioso de la defensa de Montevideo, base de nuestra resurrección política. La historia de esta misión es un monumento, y el hombre creado por su intrincada complicación, un tesoro para nuestros países; y digo para nuestros países porque sus simpatías, sus estudios, sus afecciones de familia lo hacen argentino en ésta o en la otra orilla del río. Tiene a punto de conducir la vida del general Belgrano de que U. me había hablado; pero, de simple biografía que U. conoció, es ahora historia profunda, que, como un río de largo curso, atraviesa majestuosamente todas las grandes fases de nuestra revolución en que el general Belgrano tomó parte desde la invasión inglesa hasta su muerte. La he enriquecido con estudios completos, hechos por varios de nuestros antiguos generales, sobre las primeras batallas, y con documentos diplomáticos que arrojan una grande luz sobre aquellos oscuros sucesos. Su aparición será un verdadero acontecimiento, y su autor oriental, escribiendo uno de los episodios más notables de nuestra historia, tomará carta de ciudadanía en nuestra literatura, haciéndola el mismo servicio que Guizot a la Inglaterra, escribiendo la de los Estuardos o la de Monk. Es el primer libro clásico que tendremos sobre la Revolución y una vez trazado el ancho camino que le abre el señor Lamas, todo lo que él no toca, por no ligarse directamente a su asunto, podrá colocarse con facilidad en sus lugares respectivos por los que quieran aprovechar de su trabajo. Todo lo que yo sé hacer a este respecto U. lo sabe, es admirar la perseverancia y la inteligencia: estimular a que publiquen pronto y después de publicado ayudar a generalizarlo. Para mí no hay más que una época histórica que me conmueva, afecte e interese, y es la de Rosas. Éste será mi estudio único, en adelante, como fue combatirlo mi solo estimulante al trabajo, mi solo sostén en los días malos. Si alguna vez hubiera querido suicidarme, esta sola consideración me hubiera detenido, como a las madres que se conservan para sus hijos. Si yo le faltó, ¿quién hará lo que yo hago por él? - Suyo, *Sarmiento*.

DEDICATORIA

Yungay, noviembre 12 de 1852

Mí querido Alberdi:

Conságrole a U. estas páginas, en que hallará detallado lo que en abstracto le dije a mi llegada de Río de Janeiro, en tres días de conferencias, cuyo resultado fue quedar U. de acuerdo conmigo, en la conveniencia de no mezclarnos en este período de transición pasajera, en que el caudillaje iba a agotarse en esfuerzos inútiles por prolongar un orden de cosas de hoy más imposible en la República Argentina. Esta convicción se la ha repetido en veinte cartas por lo menos, rogándole por el interés de la patria y el suyo propio que no se precipitase, aconsejándole atenerse al bello rol que “sus Bases” le daban en la Regeneración Argentina. Si antes de conocer al general Urquiza dije desde Chile: “su nombre es la gloria más alta de la Confederación (en cuanto instrumento de guerra para voltear a Rosas)”, lo hice, sin embargo, con estas prudentes reservas: “¿Será él el único hombre que, habiendo sabido elevarse por su energía y talento, llegado a cierta altura (el caudillo) no ha alcanzado a medir el nuevo horizonte sometido a sus miradas, ni comprender que cada situación tiene sus deberes, que cada escalón de la vida conduce a otro más alto? *La historia, por desgracia, está llena de ejemplos, y de esta pasta está amasada la generalidad de los hombres...* ¿Y después? Después la historia olvidará que era Gobernador de Entre Ríos un cierto general que dio batallas, y murió de nulidad, oscuro y oscurecido por la posición de su pobre provincia.” Ya está en su provincia. La agonía ha comenzado, y poco han de hacer los cordiales que desde aquí le envían y le llegan fiambres para mejorarlo.

Óigame, pues, ahora que habiendo ido a tocar de cerca a aquel hombre y amasado en parte el barro de los acontecimientos históricos, vuelvo a este mismo Yungay, donde escribí *Argirópolis*, a explicar las causas del descalabro que ese hombre ha experimentado.

Como se lo dije a usted en una carta, así comprendo la democracia; ilustrar la opinión y no dejarla extraviarse por ignorar la verdad y no saber medir las consecuencias de sus desaciertos. U., que tanto habla de política *práctica*, para justificar enormidades que repugnan al buen sentido, escuche primero la narración de los hechos *prácticos*, y después de leídas estas páginas, llámeme detractor y lo que guste. Su contenido, el tiempo y los sucesos probarán la justicia del cargo, o la sinceridad de mis aseveraciones *motivadas*. ¡Ojalá que U. pueda darles este epíteto a *las suyas*!

Con estos antecedentes, mi querido Alberdi, U. me dispensará de que no descienda a la polémica que bajo el transparente anónimo del *Diario* me suscita. No puedo seguirlo en los extravíos de una lógica de posición *semioficial*, y que no se apoya en los hechos por no conocerlos. No es U. el primer escritor invencible en esas alturas, y sin querer establecer comparaciones de talento y de moralidad política que no existen, Emilio Girardin, en la prensa de París, logró probar victoriosamente que el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas era un cuento inventado por los especuladores de la Bolsa, y la Europa entera estuvo por un mes en esta persuasión, que la embajada de Montevideo apenas pudo desmentir ante los tribunales. Mi ánimo, pues, no es persuadirlo, ni combatirlo; U. desempeña una misión, y no han de ser argumentos los que le hagan desistir de ella.

El público argentino allá y no aquí, los que sufren y no U., decidirán de la justicia. No será el timbre menor de su talento y sagacidad el haber provocado y hecho necesaria esta publicación, pues cónstale a U., a todos mis amigos aquí, y al señor Lamas en Río

de Janeiro, que era mi ánimo no publicar mi *Campaña* hasta pasados algunos años. Los diarios de Buenos Aires han reproducido el *ad Memorandum* que la precede, el prólogo y una carta con que se lo acompañé al *Diario de los Debates*. Véalas U. en el *Nacional* y observe si hay consistencia con mis antecedentes políticos, nuestras conferencias en Valparaíso y los hechos que voy a referir.

He visto con mis propios ojos degollar el último hombre que ha sufrido esta pena, inventada y aplicada con profusión horrible por los caudillos, y me han bañado la cara los sesos de los soldados que creí las últimas víctimas de la guerra civil. Buenos Aires está libre de los caudillos, y las provincias, si no las extravían, pueden librarse del último que sólo ellas con su cooperación levantarían. En la prensa y en la guerra, U. sabe en qué filas se me ha de encontrar siempre, y hace bien en llamarme el amigo de Buenos Aires, a mí que apenas conocí sus calles, U. que se crió allí, fue educado en sus aulas, y vivió relacionado con toda la juventud.

Háblome de prensa y de guerra porque las palabras que se lanzan en la primera se hacen redondas al cruzar la atmósfera y las reciben en los campos de batalla otros que los que las dijeron. Y usted sabe, según consta de los registros del sitio de Montevideo, quién fue el primer desertor argentino de las murallas de defensa al acercarse Oribe. El otro es el que decía en la cámara: “¡Es preciso tener el corazón en la cabeza!” Los *idealistas* le contestaron lo que todo hombre inocente y candoroso piensa: “Dejemos el corazón donde Dios lo ha puesto.”

Es ésta la tercera vez que estamos en desacuerdo en opiniones, Alberdi. Una vez disentimos sobre el *Congreso-americano*, que, en despecho de sus lucidas frases, le salió una solemne patarata. Otra sobre lo que era *honesto y permitido* en un extranjero en América, y *sus Bases* le han servido de respuesta. Hoy sobre el pacto y Urquiza, y como el tiempo no se para donde lo deseamos, Urquiza y su pacto serán refutados, lo espero, por su propia nulidad; y al día siguiente quedaremos, U. y yo, tan amigos, como cuando el *Congreso americano*, y lo que era *honesto* para un extranjero. Para entonces y desde ahora, me suscribo su amigo.

Sarmiento.

ADVERTENCIA

Estos apuntes, como todos los escritos que emanan de reminiscencias individuales, se resentirán de su origen. Yo vi, yo oí, yo hice. Léalos el que quiera. Crítquelos el que guste. A la distancia puede decirse de los hechos que refiero lo que sin referirlos me decía un amigo: U. ha reñido con Urquiza; y su juicio, por tanto está preocupado. Yo no le contesté por cierto: U. ha recibido un nombramiento de Urquiza, y ha adquirido por tanto, el don de lenguas. Me contenté con objetarle: cambia U. sólo las premisas tomando por causa el efecto. Porque la política de aquel caudillo no era conforme a los principios que yo sostengo me separé de él. Si ha habido riña (que no hubo) la causa es anterior a la riña; la riña es la consecuencia.

Yo me divierto mucho con las teorías que inventan los hombres que se llaman prácticos a cuatrocientas leguas del teatro de los sucesos, en un bufete, o en un mostrador de Valparaíso, para explicar los hechos, contra la deposición de los testigos oculares, que tomaron parte en ellos, que fueron envueltos en el polvo de su marcha, y que, a causa de esta manía de decir las cosas en tiempo hábil, y cuando no hay utilidad práctica en decir las cosas y de hacerlas, cuando el caso llega de ejecutarlas a costa de su pellejo, son reputados idealistas pavorosos, y hombres puramente teóricos. Pero lo que refiero lo vimos treinta mil hombres, de los cuales aún no han muerto cuatrocientos que yo sepa; de manera que en cuanto a la verdad de los hechos no admito testimonio en contra

sino de los que tuvieron ojos y piernas y brazos en la realización de los actos, dejando a los prácticos del Pacífico que inventen sus hechos a su modo y para su propio y exclusivo uso.

Me he estado mordiendo la lengua ocho meses por no ir a interrumpir la marcha del carro triunfante con revelaciones indiscretas. Yo sabía que al carro le faltaban las tuercas de todos los tornillos, y cuanto más de prisa venía, yo me decía para mi colete: ¡Qué bárbaro! ¡Qué costalada va a darse!

La catástrofe del nuevo Hipólito ha sobrevenido, y a los curiosos reunidos en tomo de los caballos derrengados, el triunfador enclenque y el carro roto, me presento yo a explicarles la causa del desastre, y el espantajo que hizo desbocarse los caballos.

MONTEVIDEO

En la noche del 1º de noviembre pudimos ver el faro de la isla de Flores y en la mañana del 2, voltejeando a merced de un vientecillo de tierra, acercarnos a Montevideo. La ciudad estaba ahí como una pirámide artística; el Cerro alzaba como siempre su majestuosa cabeza; la bahía ostentaba su bosque habitual de mástiles; el río descendía lentamente a confundir sus amarillas ondas con las azuladas del mar: todo era lo mismo que cuando habíamos dejado en diversas épocas la ciudad fuerte con su cintura de cañones. Pero ahora, ¿qué habría sucedido en los dos meses que habían transcurrido desde las últimas noticias recibidas en Chile? Urquiza había debido invadir en julio el Estado Oriental. ¿Había triunfado? ¿Había sido vencido? ¿Quién manda en Montevideo? ¿Oribe o Urquiza? Esto era lo que la brisa de tierra no nos podía decir, no obstante que había sido respirada antes de llegamos por nuestros enemigos o nuestros amigos.

Al pasar por delante del Cerro vimos hacia la base, al Oeste, grandes campamentos de tropas, tiendas de campaña, y aun cuerpos formados. ¿Qué hacían allí? ¿Quiénes eran? De la plaza no, porque este costado del Cerro estaba fuera del círculo de sus operaciones. ¿Era Oribe que sitiaba la plaza? ¿Sería Urquiza que sitiaba a Oribe?

El piloto del puerto llegó a indicarnos el lugar donde debíamos andar; la quilla de la *Médicis* tocó en el fondo del río, tan cerca de tierra estábamos, y ningún indicio se revelaba que pudiese ilustrarnos. Era domingo y los cónsules extranjeros habían izado sus pabellones. El pabellón argentino flotaba entre ellos. Pero, ¿y ante quién estaría acreditado el agente que lo tremolaba a su puerta? ¿Dónde está Oribe? pregunté yo al piloto, queriendo ir de un golpe al fondo de la cuestión. - En su quinta, contestó sin atención, y dio orden de virar u otra maniobra del ancladero. - ¡En su quinta!

Todos nos miramos, sin mover un músculo de la cara. En su quinta quiere decir en el Cerrito; luego está sitiando siempre: ¡no hay cuidado! ¡Pero la verdad era que teníamos un cuidado del diablo! Ya estábamos anclados, y la verdad la íbamos a saber probablemente en el muelle o en la cárcel. Entonces fuimos a interrogar a los boteros. “- ¡Hola! ¡eh! ¿quién manda en la plaza? - El gobierno. - ¿Oribe? - Está en su casa - ¿Y Urquiza? - Se embarcó ayer para Entre Ríos - ¿Y el sitio sigue? - Se acabó ya; todos se entregaron; hay paz...” Nos abrazamos todos como chiquillos, dimos saltos sobre cubierta, respiramos fuerte, pues habíamos todos cuatro reprimido durante una hora nuestro sobresalto, y tratado cada uno de mostrarse a los ojos de sus compañeros sereno, tranquilo, indiferente a aquellas siniestras indicaciones. Saltar a tierra, lanzarse a las calles cada uno por su cuenta fue la suprema felicidad a que consagramos toda nuestra energía. Yo me dirigí a la Calle Ancha, fuera del mercado. Había parada. Los viejos tercios italianos, franceses, vascos, estaban ahí, diezmados por nueve años de combates, satisfechos de triunfo tan costoso. Los cuatro batallones de negros orientales formaban a la cabeza, uniformados con lujo, con el uniforme francés, que habían recibido poco antes,

y que sentaba admirablemente a los soldados más aguerridos, más disciplinados que la América podía ostentar. M. du Chateau, jefe de la expedición francesa, había dado repetidas veces testimonio de esta suprema perfección de los cuerpos de línea de la plaza, y si a la llegada de los cuerpos franceses les faltara algo, adquirieronlo en breve estudiando en la escuela francesa.

Excusado es decir que los amigos llovían de todas partes en busca de los recién llegados, antiguos veteranos todos de la lucha contra Rosas; cual del sitio, cual de Paz, cual de Lavalle, y cual otro de todos a un tiempo, con tal que se pelease contra los caudillos. Lo más notable es que las mujeres habían presentido que llegaríamos, y a cada buque que se anunciaba del Pacífico, mandaban saber si fulano había llegado, por esa lógica invencible del corazón, más fuerte en el bello sexo que la del cálculo, que no duda cuando la pasión está de por medio. Montevideo estaba aun en la embriaguez de su dicha. Era el preso de nueve años que se sentía libre, que traspasaba el recinto de la muralla para ir a ver la vegetación, las quintas de los alrededores, las flores de los jardines, los cactus, los áloes de las cercas, porque todo esto habían conquistado en aquellos días. El asunto más grave de las conversaciones, el tópico inagotable, era montar a caballo, contar cómo habían galopado una legua, y las nuevas partidas que se preparaban. Comprar caballos, sillas, vestidos de amazona, el negocio del día; tala-barteros, sastres y caballerizos los personajes de la época.

Para nosotros, para mí, otro era el objeto de mis solicitudes. Desde luego recibía las oficiosas atenciones de los amigos. Visitáronme los viejos generales, los ministros. Hizo el Sr. Carneiro Leão, enviado plenipotenciario del Brasil, manifestación de su deseo de verme, en los términos que un personaje sabe hacerlo, sin descender y sin hacer sentir su superioridad. Fui en el acto a visitarlo; me recibió con distinción exquisita; y al día siguiente, acompañado de su secretario, me devolvió la visita trayéndome los tratados celebrados con Urquiza y el gobierno de Montevideo, que estaban todavía secretos, para mostrarme cómo estaban en armonía con los intereses, integridad, honor y gloria de la República Argentina, y las ideas económicas sobre navegación de los ríos de que me había constituido órgano.

Una persona, empero, no venía a verme. Por fin, encuentro en casa una tarjeta enviada por D. Diógenes Urquiza. ¿Está enfermo este sujeto? - No; será acaso porque es encargado de negocios del Entre Ríos, y creará derogar a su dignidad visitar en persona a un individuo. D. Diógenes es un hijo del general Urquiza, de edad de veinticuatro años, grande propagador de mis escritos en Buenos Aires, y hoy el hombre que se daba estos aires para conmigo, habituado, debo decirlo, al trato de personas por su edad, dignidad y rango en la sociedad, muy superiores, sin duda, a aquel imberbe, que empezaba tan pronto a olvidar aquella jerarquía natural en que están colocados los hombres en la sociedad, y contra la cual nada pueden, sin faltar a los respetos debidos, esas elevaciones oficiales que producen las circunstancias del momento. Este encargado de negocios, hijo de su padre el Gobernador a quien representaba, empezaba por otra parte, a sublevarme el espíritu, viendo ya una especie de gobierno doméstico, de familia, del cual no había ejemplo anterior en nuestras prácticas, si no es el reciente del Paraguay.

La cosa no valía la pena de recordarla, pero me dejaba la desazón en el espíritu que he pintado antes. Otros hechos vinieron a alamarme. El general Urquiza había permanecido cerca de un mes a las puertas de Montevideo, sin entrar una sola vez en la ciudad, sin aceptar ninguna de las reiteradas invitaciones con que la gratitud pública había querido mostrarse. Durante aquel tiempo había permanecido en su tienda, recibiendo en ella embajadores, ministros, generales y los numerosos residentes argentinos con quienes necesitaba conferenciar sobre los asuntos relativos a la patria común. Este sistema no era nuevo por cierto, y es uno de esos recursos a que la insuficiencia apela para conservar la superioridad asumida. Facundo Quiroga había hecho otro tanto en San Juan, acampando en medio de un prado de alfalfa, y forzando por la desnudez de todo amueblado, a sentarse en el suelo a los enviados del gobierno que venían a tratar con él.

Un progreso había hecho Urquiza, en la invención de medios de duplicar su importancia, que no ocurrió a Quiroga. El general Urquiza tiene a su lado un enorme perro, a quien ha dado el nombre del Almirante inglés que simpatizó con la defensa de Montevideo en los principios del sitio, y contribuyó a su sostén contra Oribe. En honor del anciano y simpático Almirante, la batería que defiende la puerta principal de la línea de defensa se llamaba Purvis. El perro Purvis, pues, muerde horriblemente a todo aquel que se acerca a la tienda de su amo. Esta es la consigna. Si no recibe orden en contrario, el perro muerde. Un gruñido de tigre anuncia su presencia al que se aproxima; y un "Purvis" del general, en que le intima quedarse quieto, la primera señal de bienvenida. Han sido mordidos Elías, su secretario, el Barón de Grati, cuatro veces, el Comandante de uno de sus cuerpos, y Teófilo, su hijo y ciento más. El general Paz, al verme de regreso de Buenos Aires, su primera pregunta confidencial fue: ¿No lo ha mordido el perro Purvis? - Porque no ha podido mordeme, general, le contesté, es que me ve U. aquí. Siempre tenía la punta de la espada entre él y yo. ¡Que se imagine cualquiera las emociones que debía experimentar cada ciudadano argentino al penetrar en aquel antro, con el sombrero en la mano, los ojos fijos en el monstruoso perro, su salvación pendiente de un grito dado un segundo más tarde del momento oportuno, mostrando ante un extraño síntomas de terror que nos presentan en una luz desfavorable, y a veces ridícula!

Pero lo que más me llamó la atención en estas confidencias fue que el General se había ocupado durante su acampamento en los alrededores de Montevideo, en hacer sentir a los emigrados argentinos la necesidad de ponerse la *cinta* colorada. En Montevideo cuarenta o cincuenta argentinos con aquel embeleco habrían producido el mismo efecto que si el Club de Valparaíso hubiera resuelto usarla en Chile. La resistencia venía más bien de la decencia pública comprometida en la cosa, que del absurdo de hacer llevar a los vencedores en la lucha de diez años el signo de dependencia de Rosas, contra el cual habían combatido. Lo más singular era que ante Alsina, López, y otros hombres altamente colocados, el general no manifestaba empeño alguno, no obstante ser los que con más frecuencia e intimidación trataba; pero apenas salidos de su presencia, en la de otros de menor cuantía y los de su séquito prorrumpía en denuestos contra el empecinamiento de los unitarios.

Quien haya leído en *Civilización y Barbarie* lo que sobre la cinta colorada he escrito, podrá formarse idea de la extrañeza, de la preocupación en que me echaba esta persistencia en seguir las prácticas de Rosas. El general decía que era una cosa que no significaba nada, que cuando llegásemos a Buenos Aires la pisotearíamos; pero que era necesario conciliarse las masas, y que él quería probar a Rosas que era federal. Más tarde tuve ocasión de notar este sobresalto y empeño de justificarse ante la opinión de Rosas, de que parecía hacer mucho caso.

Sea de ello lo que fuere, de estos datos y de muchos otros que iba recolectando y que referiré en su lugar, yo empecé a ver confirmados recelos que traía desde Chile, y resuelto a seguir el plan de vida política que he seguido siempre, que consiste en conservar ilesa la dignidad de hombre, como la única ama que pueda oponerse al despotismo personal, resolví ni ir hasta el Entre Ríos, ni acercarme al perro Purvis, no obstante que desde niño he tenido por rasgo característico la impavidez para hacer frente a los perros, que nunca han podido mordeme.

No había en esto, créaseme, sentimientos ni exageraciones de amor propio. Todos habían resistido a la desdolorosa pretensión de hacerles cargar un signo reprobado; y hubieran desechado como una pesadilla horrible su propia imagen, tal como habían de presentarse sus personas ensambenitadas un mes después. Pero lo que me alarmaba no era tanto la exigencia como la manera de imponerla. Con Alsina, López y otros hombres de consejo disimulaba; con los que nada habrían osado decirle se exhalaba en improperios contra los que resistían. Había, pues, en eso aquella perseverancia brutal, que huye de ser ilustrada, que insiste en despecho de todo, y que reduce a la condición de siervos a los que por sus luces o su posición querrían por lo menos ser consejeros.

El Dr. Alsina me mandó llamar una mañana y encerrados en su escritorio, y con todas las precauciones oratorias imaginables me dijo que había sabido mi resolución y que la deploraba como una calamidad. “La *Gaceta* sacará partido de esta circunstancia. Ya se dice que el General está en desacuerdo conmigo; y si a esto se añade que U. desiste de acercársele, nuestros amigos de las provincias y de Buenos Aires van a desalentarse. Es preciso sacrificarlo todo a la necesidad de dar conjunto a los elementos aunados contra Rosas. Los brasileros hacen sacrificios, los orientales los hacen, los hacemos todos a aquella suprema necesidad. Vaya al Entre Ríos, y que se sepa en Buenos Aires que está reunido al General, para inspirar confianza a nuestros amigos en los principios y en las esperanzas que sostienen la lucha.”

Don Vicente López, mi antiguo amigo, me aguardaba en casa con el mismo objeto, y con menos rodeos entró de lleno en la cuestión, diciéndome que todos los compatriotas temblaban, no ya de que no fuese al Entre Ríos, sino de que, yendo, la rigidez de mi carácter fuese a estrellarse en los principios con usos, con exigencias y hábitos que me chocarían profundamente. “Es un hombre manejable, me decía, con tal que se halague su amor propio y, al insinuarle las ideas, se le haga comprender que es él mismo quien las ha formulado y hecho nacer. Se necesita sólo un poco de sagacidad, de maña, de *souplesse* para manejarse. Yo le he hablado con la mayor libertad, díchole las cosas más delicadas, mezclándolas con elogios de su valor, de su penetración, y sobre todo desenvolviéndole sus vastos planes, ocultos hasta hoy, por no ser llegado el momento de manifestarlos.” López, después de mil detalles de sus entrevistas, y lo que él había logrado hacerle adoptar para el porvenir, me aconsejó ir, trazándome un plan de conducta para evitar desagradarlo, y ganar su confianza. Yo accedí al deseo de todos mis amigos, presentado como una necesidad pública, y resolví mi viaje al Entre Ríos.

CAMPAÑA DEL URUGUAY

Los días que permanecí aún en Montevideo los empleé en adquirir datos sobre los extraordinarios acontecimientos que habían tenido lugar en el Uruguay. De lo que entonces supe de fuentes oficiales y de las confirmaciones posteriores, he aquí lo que de más notable puede referirse.

Montevideo, como se sabe, fue el último atrincheramiento en que hicieron pie las resistencias argentinas y orientales contra la triunfante tiranía de Rosas. Arrollados nuestros ejércitos en Mendoza y Tucumán, los orientales en el Arroyo Grande; esterilizada la victoria de Caaguazú, y más tarde vencida Corrientes en Vences, Montevideo quedó sola en la lucha, sosteniendo, en medio de peripecias sin ejemplo en la historia, el sitio célebre de nueve años, y de cuya defensa salió otra vez, como de la chispa que no alcanzó a extinguirse en el incendio, la nueva conflagración que había de acabar con Rosas y su sistema.

Montevideo, pues, por la necesidad de salvarse, era el centro de esas resistencias en que vino a embotarse el poder salvaje de Rosas. Lo era por la triunfante resistencia de las armas; por la superioridad moral que la táctica desplegaba todos los días contra el sistema de gauchos armados; por el espíritu militar desenvuelto en las clases superiores de la sociedad, por los soldados aguerridos que de entre los argentinos se formaban allí y que más tarde podrían llevar la guerra al otro lado del Plata; lo era en fin por los esfuerzos del gobierno para sostener el sitio, y la necesidad de tocarlo todo, aun lo imposible, lo inverosímil y lo absurdo para proveer a la salvación común.

Entre estos medios hubo uno aconsejado por las circunstancias, indicado por las violencias de Rosas mismo, y que al fin fue el grano de arena que fue creciendo, creciendo hasta asumir las formas colosales de una montaña. Rosas traía amedrentado al Brasil con la insolencia de sus reclamaciones, con las violencias cometidas en la frontera.

El gobierno imperial, por su parte, huía de ser arrastrado a una guerra, ya por temor del mal éxito de las anteriores, ya por las complicaciones interiores y disturbios del imperio, ya en fin, por no comprender nada de la lucha del Río de la Plata. En este estado de cosas el gobierno de Montevideo mandó un agente diplomático a la corte del Brasil a contrariar, cuando más no fuere, la política y planes del general Guido, agente de Rosas. D. Andrés Lamas es uno de los hombres notables que se han formado en el sitio de Montevideo. Mezclado a los asuntos públicos de su patria desde la edad de quince años, ha servido en el Estado Mayor de Rivera, en la policía de Montevideo, en los ministerios, en la Cámara, en los consejos del gobierno, en los clubs, en la diplomacia, en todo. Es escritor notable, poeta correcto, muy dado a los estudios estadísticos y geográficos, una mezcla de timidez personal y de audacia civil y política, infatigable en la lucha, con claridad en los propósitos, dúctil de carácter, prudente en los medios, de locución atractiva. D. Andrés Lamas necesita un teatro en que desplegar sus talentos naturales y adquiridos, y este teatro lo halló en Río de Janeiro. Su recepción ya fue materia de lucha. Guido y un enviado de Oribe, por recibirse agente oriental, le disputaron el terreno palmo a palmo. Un ministerio vino abajo en los vaivenes de estas fuerzas en pugna, y Lamas quedó reconocido Enviado Plenipotenciario de la República del Uruguay cerca de S. M. el Emperador del Brasil. Una circunstancia favorecía la aparición del señor Lamas en la corte del Brasil. El Emperador, de edad de veintiuno a veintidós años, empezaba a tomar posesión del gobierno del imperio y de sí mismo, dejando traslucir esa virilidad de concepción y ese sentimiento del interés nacional que justificado por el éxito de su política, han levantado más tarde su persona a la altura del puesto que ocupa, y dado a la dignidad imperial mayor lustre que el que le viniera del solo título hereditario. El Emperador es un joven estudioso, que en el discurso de la lucha argentina tanto se ha ocupado de examinar la carta geográfica para la demarcación de límites y la marcha de los ejércitos, y los antecedentes militares y diplomáticos de la lucha, como de conocer los hombres que en ella figuraban, los intereses que se debatían, y los elementos divergentes que pugnaban por triunfar entre sus vecinos. Poetas, historiadores, publicistas, biógrafos argentinos han sido en estos últimos años la materia predilecta del solaz y del estudio del Emperador, que empezó a ver bajo un nuevo punto de vista a este pueblo joven como él, y como él luchando con las contrariedades de una naturaleza virgen donde las malezas amenazan sofocar a cada momento el árbol implantado de la civilización.

Lamas, literato, poeta, publicista, historiógrafo de las cosas de su patria, llegaba en buena hora para explicar los pasajes oscuros de aquel drama singular del sitio de Montevideo, sustituyendo a las vulgares y recibidas definiciones de salvajes unitarios y mazorqueros, de gobiernos legales y de cabecillas, de porteños y orientales, la significación profunda, eminentemente social de aquellas luchas sangrientas.

No era el menor de los obstáculos con que el nuevo enviado tenía que luchar las preocupaciones invencibles de los brasileros contra los españoles americanos, desconfiándose de ellos y de la duplicidad de carácter e inmoralidad de miras y de medios que les atribuían en general. La obra más gloriosa de don Andrés Lamas, aquella por la cual debemos estarle todos los argentinos profundamente agradecidos, es esa rehabilitación del carácter moral argentino, sostenida en todos sus actos públicos y privados durante cuatro años hasta hacer de su palabra de diplomático una garantía, de su consejo a los capitalistas una fianza para aventurar fondos. No hay en esto exageración. El gobierno del Brasil ha invertido doscientos mil pesos en proveer de medias de defensa a la plaza de Montevideo sobre la promesa de Lamas de firmar un tratado posterior, y que cuando llegó el caso previsto por él mismo, reclamó del gobierna imperial se le relevase de aquella responsabilidad contraída. Los especuladores brasileras, antes de oír propuestas de su gobierno o del de Montevideo, se dirigían a Lamas para saber de él si podrían aventurar capitales con probabilidades de buen éxito; y la menor palabra evasiva de su parte, un no tengo datos, no he recibido instrucciones, bastaba para desvanecer contratos casi realizados; no siendo raro que hayan los

perjudicados alguna vez manifestádole que habían sufrido por no haber apreciado debidamente su reserva.

Dos años, pues, pasó D. Andrés Lamas casi inapercibido en la corte del Brasil, desvaneciendo preocupaciones fatales, justificando hechos calumniados, propiciando a su patria la simpatía de los hombres de Estado del Brasil. Pero desde este terreno conquistado hasta la acción decidida había un abismo. El Brasil vacilaba ante sus propios recuerdos, ante la insolencia inaudita de la política de Rosas, ante aquel vandalaje confesado y erigido en sistema con que se amenazaba demoler el mal asentado Imperio, ante la falta de la conciencia de su propio valer que retenía al gobierno imperial sin posición histórica en América, como sin representación diplomática en Europa.

Lamas, en tanto, hacía sentir su propio peso al Imperio, y por una lógica cerrada lo llevaba a la guerra para salvarlo de la guerra. “Si el Gobernador de Buenos Aires respondiese con la guerra a las pacíficas y regulares exigencias del Brasil para conservar la integridad del pacto de 1828, eso sólo probaría que esa guerra es inevitable, y que habría sido locura sacrificar, queriendo evitarla, elementos poderosísimos, y que, por el contrario, se haría para el Brasil una guerra nacional, altamente nacional que reconcentraría la opinión de los brasileros, elevaría su espíritu y brío sobre las divergencias internas y la exageración de las ideas”.⁶ Montevideo, asegurado de subsidios, era inexpugnable para Rosas; esto era evidente. Montevideo libre de su poder, toda la bóveda elevada de diez años venía abajo por falta de coronación. Rosas no podía retroceder ni avanzar, y aquel sitio era un jaque mate sin salida. Los elementos argentinos debían completar la obra. ¿Quién los encabezaría? le preguntaban – Urquiza. - Pero Urquiza es su más fuerte apoyo. - Ésa es la razón. Rosas ha venido absorbiendo las provincias y desamándolas. Las necesidades de la lucha de Montevideo lo han forzado a poner las armas y el poder en manos de Urquiza, que ha dado batallas y creándose un ejército suyo, de este lado de los ríos. Urquiza es lo único que no ha avasallado; luego el día que Rosas quiera teminar la obra de la centralización habrá pugna entre los dos caudillos.

En nota de la legación oriental al gobierno del Emperador de 18 de abril de 1848, ya se le decía: “Los elementos que hoy tienen ambas repúblicas, y que si Rosas los absorbiese se tornarían irresistibles, están para sostener la política que aconsejo a disposición del Brasil. Están para robustecerla los cansados habitantes del Estado oriental, las cenizas aún humeantes de la revolución argentina, que Rosas, en lugar de extinguir, alimenta con la sangre de los vencidos, que alevosa y cruelmente derrama sobre ellas. ¿Y por qué no decirlo? El general Urquiza, visiblemente desavenido con la supremacía del Gobernador de Buenos Aires, está sin duda a punto de separarse, y lo tuvieron ya separado si la intervención europea se hubiese mostrado eficaz.”⁷

Así, pues, Urquiza estaba prometido al Brasil por la diplomacia de Montevideo, desde 1848, en notas oficiales, como un aliado seguro, inevitable; por la misma razón que su nombre figuraba en la prensa de Chile, casi desde entonces, como el reivindicador de los derechos oprimidos de los pueblos, mucho antes de que él tuviese conciencia clara de su situación, aunque no le faltasen instintos vagos y previsiones de conservación y de engrandecimiento.

Un hecho que ha pasado inapercibido dará idea de la claridad de estas anticipaciones de la política. Cuando el almirante Lepredour estipuló el amistio entre la plaza de Montevideo y las fuerzas sitiadoras, mientras venía la aprobación del tratado, Rosas pidió al aceptarlo que el término fuese forzoso sin que ninguna de las partes beligerantes pudiese denunciarlo. El gobierno de Montevideo casi acepta esa modificación, que participó a su enviado a Río de Janeiro. El señor Lamas comprendió todo lo que ello importaba, y tomando prestado un vapor al gobierno brasiler, respondió

⁶ 25 de abril de 1848. *Relatório de la repartição dos negocios estrangeiros, 1852.*

⁷ *Relatório de la repartição dos negocios estrangeiros, etc., de 1852.*

en el acto a su gobierno indicándole que pusiese por condición de su aceptación el que ningún cuerpo sitiador pudiera abandonar su campamento, ni emprender campaña ninguna. Rosas no quiso admitir la condición, pues el objeto de la modificación era en efecto, poder disponer en el entretanto del ejército, y caer sobre Urquiza desapercibido, para acabar la obra de la completa anulación de las provincias.

El Brasil trepidaba, sobre todo de entregar fondos a la rapacidad y dilapidación del gobierno de Montevideo, rapacidad que desde los tiempos de Rivera había pasado a ser un proverbio, dilapidaciones que Rosas había establecido en la opinión de todos los Estados americanos y europeos, como un hecho fuera de duda, y como el móvil y el objeto de resistencia de la plaza. D. Andrés Lamas, para tranquilizar los escrúpulos del Gobierno imperial, atacó esta cuestión en la nota de 15 de septiembre de 1851, con una virilidad, con un heroísmo desesperado y convencido, que hacen de aquel fragmento histórico una página de Tácito. "Hallándose, - decía - ya el ejército invasor a las órdenes de D. Manuel Oribe a las puertas de Montevideo, organizóse la administración de 3 de febrero de 1843, que debía emprender la defensa del país, sin dinero, sin crédito, sin material de guerra, sin soldados, en medio del terror que esparcían las armas invasoras, a quienes precedía la fama de haber destruido varios ejércitos, de haber bañado de sangre, con la espada del soldado y el puñal del asesino, el inmenso territorio que se extiende desde los Andes hasta las márgenes de Uruguay.

"Esa administración tuvo que improvisar (Lamas era el jefe de policía) con materiales tomados donde los encontraba, por la ley del peligro supremo, las débiles murallas destinadas a guardar, en pocas cuadras de terreno, todas las esperanzas de la República, todas las de la civilización y de la humanidad en el Río de la Plata.

En estas pocas cuadras se vio asediada el 16 de febrero, trece días después de su nominación, por el ejército de tierra y por las fuerzas de mar del Dictador Rosas.

Las rentas públicas quedaron reducidas a la nulidad.

Los almacenes se cerraron.

El comercio de exportación desapareció.

El de importación se limitó al consumo de la ciudad.

La desconfianza y la incertidumbre se apoderaron de todas las clases. Los capitales se ocultaron. El dinero, aun con las mejores garantías particulares, llegó a un interés que en los tiempos venideros parecerá fabuloso. ¡Nuestros hijos apenas podrán creer que durante el sitio de Montevideo se dio dinero y se tomó sobre bienes raíces y en transacciones entre particulares a 40, 50, 80 y 100 por ciento de interés al año! Sólo podrá explicarse este hecho, observando que a la escasez de la época se añadía que nadie se creía dueño de lo suyo, con invasor a la vista, que cualquier contrato podía ser roto por éste, cuyo triunfo parecía siempre probable y casi seguro, y muchas veces cierto.

Los que empleaban su dinero en algún contrato empleábanlo en esa lotería antisocial creada por el sistema del Dictador Rosas.

En tal estado de cosas, el Gobierno tenía que vestir, alimentar y armar al ejército que defendía la plaza.

Tenía que atender, como atendió en efecto, al ejército en campaña.

Tenía que amar centenares de camas para los centenares de heridos que regaban con su sangre todos los días los muros y las calles de la invicta ciudad.

Tenía que alimentar y vestir la población que, huyendo del enemigo, se había asilado en la ciudad, las familias de los soldados, y la mayor parte de los empleados civiles y sus familias.

Tenía que luchar en el interior del país y en el exterior con las intrigas, la buena fortuna y el oro del enemigo.

Pasáronse días, semanas, meses, muchos meses, sin que el Gobierno pudiese conseguir las raciones con que debía sustentar al día siguiente al soldado, al herido...

No hay en esto la menor exageración: todo es la pura verdad; y esa verdad que explica las requisiciones y la venta a vil precio de las rentas futuras, de las propiedades

públicas, de la casa misma de gobierno y hasta las plazas de la ciudad, atestigua uno de los mayores prodigios y glorias de la defensa de Montevideo.

El abajo firmado confiesa esta verdad con orgullo.

Había patriotismo en esas ventas, y muchas veces lo había en esas compras.

Patriotismo, mucho patriotismo, mucha abnegación había en los miembros del Gobierno, que suscribían con mano firme sus nombres en esas órdenes de requisición, en esos contratos que pasaban a los particulares las rentas y las propiedades públicas, estando cercados por tierra y por mar por un enemigo implacable, rodeados de conspiración de los propios amigos; y sabiendo que esos actos serían algún día juzgados en circunstancias normales por las reglas de los tiempos ordinarios y por el buen sentido.

El abajo firmado sabe que así fueron juzgados por Agentes del Gobierno imperial, cuando les informaron de la situación financiera del país, y no lo extraña.

Sería necesario que los que así juzgaron pudiesen, y no pueden, transportarse a aquellos momentos de sublime peligro, de sublime angustia en que de un puñado de pesos y de algunas libras de pan dependía la salvación de Montevideo y de la República, las cabezas y la honra de las familias de aquellos que tuvieron entonces la gloria de vivir y de luchar dentro de aquellos sagrados muros.

Sería necesario que pudiesen, y no pueden, colocarse en el momento en que, no teniendo el Gobierno más que veinte o treinta mil cartuchos a bala, no encontrando una sola libra de pólvora en Montevideo, no teniendo un solo peso con qué hacerla venir de afuera, y sabiendo que el secreto de esta situación había sido llevado al enemigo por un desertor, tuvo, y ejecutó el General del ejército, la feliz y audaz inspiración de mandarlos quemar, haciendo fuego al enemigo, en un ataque sin importancia, para que el enemigo desconfiase de la veracidad del desertor, y no se aprovechase, como no se aprovechó, de su aviso.

¿Cuánto valía el peso para hacerse de una libra de pólvora?

¿Cuánto valía la libra de pan que debía darse al soldado que estaba combatiendo?

¿Cuánto el pedazo de tela que estancaba la sangre del herido, la cama en que extendía sus miembros mutilados?⁸

No es mi ánimo hacer la historia de la diplomacia de Montevideo. Baste decir que el señor Lamas desbarató una maniobra por la cual el rey de Cerdeña debía poner a disposición de Rosas siete mil sicilianos de línea de que quería deshacerse; que el conde de Montemolin, jefe de los carlistas, mandaba uno de sus generales a defender a Montevideo, y orden a los españoles carlistas de abandonar las filas de Oribe, como enemigo de sus principios; y que el Austria y la Bélgica reconocieron la independencia del Uruguay, mientras la Inglaterra y la Francia se aunaban inútilmente para hacerlo caer en manos de Rosas.

Desde 1849, pues, se habían entablado inteligencias con Urquiza, reñido con Rosas después de Vences, deseoso de zafarse por interés personal de las restricciones comerciales que imponía a las provincias litorales. Pero sucedía con él lo que con el Brasil, enemigo de Rosas por situación y necesidad de salvarse de la amenaza permanente de una guerra inevitable; no se atrevía a dar el primer paso decisivo, con el cual bastaba para derrocarlo. Urquiza había hecho de su territorio un lugar de asilo para los perseguidos de Rosas como para los argentinos de Montevideo. La brillante oficialidad formada por Lavalle o endurecida al fuego diario de las baterías de Montevideo había poco a poco reunídosele en el Entre Ríos, buscando un rincón de la patria y una esperanza remotísima de volver otra vez a la lucha. Las inteligencias con el Brasil no tardaron en anudarse por intermedio de Montevideo, principiando entonces una serie de negociaciones que terminaron en una liga que debía principiar por una invasión de dieciséis mil hombres del Brasil y la declaración de Urquiza contra Rosas, contando con que las provincias lo seguirían. No obstante, llegado ya el momento de obrar, lanzado casi

⁸ *Relatorio* de 1852.

el Brasil en la lucha, Urquiza vacilaba aún, encerrándose en un círculo de subterfugios, aplazamientos y capciosidades. Entonces el Brasil le pasó una nota terminante, anunciándole que *con él, sin él, contra él* entraba próximamente en campaña; y para no ser más el juguete de sus incertidumbres, le hizo firmar un tratado por el cual se obligaba en el artículo 1º a hacer la declaración que tuvo lugar el 1º de mayo de 1851, la *levée de boucliers* contra Rosas, y en los demás las estipulaciones recíprocas. Ratificado por Urquiza este convenio, al someterlo a la ratificación del Emperador, y ya realizada la condición del artículo 1º, un oficioso amigo de la República Argentina pidió a S. M. encarecidamente que puesto que la Cláusula estaba llenada se borrara del tratado aquel artículo humillante por el cual constaba que el Brasil había impuesto como un soborno la condición de rebelarse a un jefe de provincia, lo que sería una mancha para la historia argentina. El Emperador convino gustoso en esta modificación póstuma, y se rehizo el documento, sin borrar por eso la mancha ni el recuerdo. El resultado de estas transacciones casi forzadas fue que la declaración de 1º mayo fue lanzada a la luz del día, sin preparación, sin relaciones en las provincias donde Urquiza no tenía un solo corresponsal, ni otra seguridad de cooperación y simpatía que las que yo pude darle, según las seguridades que de ello me transmitían de San Juan. Dirigióse a Saravia por el Chaco, sin otro antecedente que haberse empeñado Saravia con él en favor de qué sé yo quién, y haberlo complacido. Sábese lo que hizo Saravia con las circulares todas de 1º de mayo, anunciadas a Montevideo como expedidas en 3 de abril en la primera comunicación escrita que enviaba a sus aliados de la plaza, lo *del poder y suficiencia de las lanzas entrerrianas*, en lugar de los vapores, los millones y los dieciséis mil hombres del Brasil, y el efecto que produjeron estos desaciertos, que fue asustar a los gobernadores indecisos, y hacer nombrar a Rosas Jefe Supremo de la República, en lugar del retiro del encargo de las relaciones exteriores pedido. Así pues, todo lo que para preparar la revolución de las provincias contra Rosas dependió de los caudillos Urquiza y Benavidez, fue sólo un descalabro por posponer cada uno el interés de la Patria a su egoísmo personal, a sus preocupaciones y su impotencia. Los caudillos de Rosas no se comunicaban entre sí jamás, de manera que la revolución sorprendió a Urquiza sin relaciones en el interior, sin corresponsales, sin influencia personal; y recatándose de sus únicos colaboradores francos y animosos, los enemigos de Rosas, dejaba sin dirección los sucesos y sin unidad la acción.

El general Urquiza, en tanto, abrió su campaña bajo los más felices auspicios. Tenía a su lado de años atrás al general Garzón, rival de Oribe, muy querido de muchos jefes de la campaña Oriental, y muy aceptable para la plaza de Montevideo. Oribe, su ejército y la Banda Oriental en masa estaban desmoralizados por aquella lucha eterna, sin desenlace posible, pues Montevideo era ahora menos que nunca tomable: la campaña desolada, el ganado extinguido, y cuando las fuerzas faltaban para continuar la lucha comenzada, una nueva guerra sobrevenía con el Brasil, poderoso en recursos, embistiendo por tierra y por agua a punto de amenazar bien luego bloquear a los sitiadores de la plaza, tomándole las avenidas con los jinetes de Urquiza, y amenazándolos por detrás con las tropas de Montevideo, que hacía nueve años que nada más pedía que un regimiento de caballería para dar una batalla campal y levantar el sitio. Si había, pues, fuerzas materiales con qué resistir, no había espíritu moral, añadiéndose a este desaliento por falta de término probable, el que había infundido por todas partes el resfrío de los odios de partido, con que la prensa había desmontado la política maquiavélica de Rosas, y que la diplomacia montevideana había formulado en tratados, en esta notable frase: *ni vencedores ni vencidos*. Si Oribe hubiese abandonado el sitio y lanzádose sobre Urquiza, que venía del Norte para caer después sobre los brasileros que venían del Este, habría cumplido al menos con las indicaciones del sentido común, tratando de desbaratar a Urquiza, que sólo traía caballos, hecho entrar en sus fronteras a los brasileros, y desconcertando al menos el plan de campaña, para tomar en seguida la plaza, sin esperanza próxima de socorro, y sin motivo ya para prolongar la resistencia.

Pero todos conspiraban por cansancio a traer un desenlace cualquiera. Urquiza pasó el Uruguay y el Negro sin obstáculo; los Jefes de campaña se le adhirieron sin aumentar su ejército, y por una rápida marcha sin combates llegó a la vista de los campamentos de Oribe, encerrándolo en un círculo de jinetes, los cuales, por el Pantanoso se pusieron en contacto con las tropas de la plaza que salieron de sus atrincheramientos y formaron en batalla esperando la orden del ataque.

Aquí principian las maniobras políticas de Urquiza, que trajeron por resultado el triunfo de los vencidos y el sometimiento y anulación de la defensa de Montevideo que lo había amado en su auxilio.

Tenían estipulado con el ejército brasileiro, como era natural, el orden de las marchas recíprocas, hasta obrar la reunión de las fuerzas coligadas. Los brasileiros, con un ejército de dieciséis mil hombres, con trenes pesados y los bagajes de un ejército de línea y que emprendía una campaña seria, estaban más expuestos a retardar sus marchas convenidas que avanzar sobre el tiempo indicado. Urquiza aprovechó de esta circunstancia, y forzó sus marchas para presentarse cuatro días antes de la llegada de los brasileiros delante de Oribe. Nada arriesgaba en ello. Sus jinetes podían replegarse sobre los brasileiros en caso de ser atacados, y Oribe mismo renunciaría a toda tentativa inútil de este género, pues que las tropas de la plaza estaban a retaguardia, y las brasileiras llegarían dentro de tres o cuatro días. Urquiza decía, pues, a Oribe: capitule conmigo antes que lleguen los brasileiros. Nosotros nos entenderemos. A los de la plaza se los entregó maniatados por la capitulación, y los oribistas quedan mandando en la campaña y la ciudad. Oribe convenía en todo esto, pero quería devolver a Rosas su ejército, estipulando que la escuadra brasileira lo llevase a Buenos Aires. Dícese que Urquiza convino en ello, dando orden al almirante Grenfell de tomarlos prisioneros cuando estuvieran a bordo. Dícese también que Grenfell contestó a esta extraña proposición: "Dígale al General que como *gentleman* inglés y como almirante brasileiro, si las tropas entran en los buques de la escuadra, creyendo que van a ser conducidas a Buenos Aires, uno sólo no quedará que no llegue a su destino. Las amas brasileiras no se deshonrarán por una traición." Digo *dícese* porque no se lo he oído yo al almirante Grenfell y sólo a Urquiza le oí decir con jactancia, refiriéndose a Oribe: "los engañé completamente"; y sobre los brasileiros: "¿por dónde iba a consentir que ellos tuviesen parte en la rendición de orientales y argentinos?"

De todos estos hechos oscuros y dado caso que sean imputaciones, una cosa resulta en claro, y es la preocupación general contra la sinceridad y rectitud de este hombre. El Brasil vaciló largo tiempo en vencerse a este respecto. El general Paz fue llamado al *ministerio de la guerra* para que diese su dictamen sobre la capacidad y sinceridad de Urquiza, y el general Paz, con la autoridad que sus antecedentes le daban, aseguró que en su conciencia creía competente al general Urquiza para encabezar la cruzada, y que entraría por interés propio, por necesidad de posición en ella.

Los brasileiros disimularon la afrenta de hacerlos llegar al campo que ya dominaba Urquiza y cuando nada quedaba que hacer sino acantonarse tranquilamente para abrir nueva campaña, con el temor de no obtener sino laureles marchitos.

Urquiza se presentó en la plaza con unos tratados hechos con Oribe, sin consultar a los aliados, sin autorización de ninguno de ellos, por los cuales se dedaraba que los sitiadores habían peleado en sostén de las leyes y de la independencia Oriental. El Gobierno de Montevideo le preguntó: ¿y nosotros qué hemos estado haciendo?... En fin, fue preciso rehacer el tratado que era una intrusión inmotivada, una capitulación de Montevideo en favor de los vencidos, y un insulto hecho a los vencedores de nueve años de resistencia. Todo era necesario, sin embargo, acallar todo para no poner obstáculos a la próxima campaña contra Rosas, complemento indispensable de todo lo alcanzado hasta entonces. El encargado de negocios del Brasil, el señor Silva Pontes, levantó la voz, sin embargo, y avisó al Emperador de los peligros de la situación y de la necesidad de precaverse contra nuevos desmanes. Entonces fue nombrado plenipotenciario con

poderes extraordinarios el señor Honorio Hermeto Cameiro Leão, jefe del partido Sacuarema, que es el que tiene las riendas del Gobierno, y por tanto el hombre más caracterizado del Brasil. La idoneidad misma del sujeto fue más tarde causa de extravíos de la política, pues pesando más la influencia del enviado que la voluntad de los ministros sacuaremas, no podía contrariársele en la dirección que daba a los acontecimientos, que estaba en su mano modificar o acelerar sobre el terreno mismo de la acción.

Entonces se celebraron nuevos tratados para emprender la guerra contra Rosas, estipulándose en el 2º artículo del de alianza que las partes aliadas dejarían a Buenos Aires en el pleno goce de sus derechos para darse el gobierno y las instituciones que más le conviniesen. Tengo para mí que Urquiza al firmar este pacto entendía *partes aliadas* el Brasil y el Uruguay, sin creerse comprendido en la obligación de dejar a Buenos Aires gobernarse a su modo. Todos los hechos posteriores lo comprueban. En este pacto se estipulaba el subsidio de cien mil patacones mensuales mientras durase la campaña, el título de General en Jefe del ejército aliado, y la escuadra puesta a su disposición para el paso de los ríos y el ataque de las posiciones enemigas. Este tratado, como los de comercio y navegación, fueron los que el señor Cameiro Leão tuvo la indulgencia de comunicarme a mi llegada a Montevideo.

LAS TROPAS DE ROSAS

Pasados los primeros días de arribada a Montevideo empecé a poneme en contacto con el ejército que aún acampaba en la base del Cerro. Fue el primer individuo de los que lo componían que se me presentó Pedro Ortiz, ayudante de caballería, doctor en medicina que había hecho la campaña del Uruguay, escapándose de Buenos Aires y reuniéndose a Urquiza a los primeros síntomas de las hostilidades. El doctor Ortiz, originario de San Luis, había regresado de Chile a Mendoza en 1845 a reunirse a su familia. Lleno de fe en los principios, negligente en sus maneras, hábil y entendido en su profesión, tiene un carácter festivo, inclinado a la burla, y una propensión a reír que lo hace un compañero envidiable y un enemigo temible. En Mendoza tomó entre ojos a Irigoyen en el auge de su influencia como agente de Rosas; creo que se mezclaban en ello rivalidades de elegancia; ello es que el doctor Ortiz sufrió dos prisiones con sus correspondientes barras de grillos, y la última con causa por una carta que yo le habría escrito, que no era de mi letra, que jamás le escribí, ésa ni ninguna otra, y el Doctor, negando la acusación, recusando como forjado el cuerpo del delito, fue condenado, “aunque no estaba probado el hecho”, decía la sentencia, a ocho años de destierro a Buenos Aires, con lo cual Irigoyen quedó pacífico poseedor del prestigio de elegante en las tertulias, y se ha dicho después que su mujer dijo que ella había escrito la carta, bajo el dictado de su marido. El hecho cierto es que yo no escribí nunca carta alguna a Ortiz y que Irigoyen fue el promotor de la causa y el denunciador del crimen.

El doctor Ortiz fue, pues, a cumplir su condena a Buenos Aires, donde se encontraba más tarde, en los salones de Manuelita, con Irigoyen, a quien continuaba haciéndole muecas y haciéndolo tirar piedras por su elegancia, que Pedro hallaba de mal género, y entre una visita y otra a Palermo se embarcó para el Entre Ríos y tomó las amas.

Hizo después la campaña de Caseros, y en el paso del Paraná tuvo una escena que lo caracteriza admirablemente. Las islas del lado opuesto al Diamante se dividen entre sí por arroyos que son ríos navegables. Las divisiones de caballería, encontrando estos obstáculos, tenían que derrumbarse de los altos barrancos de arcilla y arena de las islas que forma el limo de nuestro Nilo, hasta hacer un descenso practicable, atravesar a nado y buscar salida al lado opuesto. El ayudante Ortiz se lanza al agua, escápasele el caballo, y no sabiendo nadar, puede desde luego medir toda la extensión del peligro. Manotea sin

inmutarse, llama sin susto; un entrerriano se acerca nadando, gira en torno suyo, huyendo de la terrible garra de los que se ahogan que sofocan a quien quiere salvarlos. Ortiz le dice que se acerque sin cuidado, con voz entera y semblante tranquilo, mientras luchaba para sostenerse sobre el agua; alárgale una mano, siempre con precaución, el entrerriano, y Ortiz tiene la imperturbable calma de tomarla, como se toma el pulso, diciéndole: no temas, no te he de agarrar, y volvió a soltarla. El soldado le puso de lleno el hombro y Ortiz prorrumpió en una estentórea carcajada de risa, a la muerte, de quien se había burlado con tanto estoicismo. Este doctor Ortiz era el Diputado de la Junta de Representantes en la famosa sesión del 23 de junio que contestaba a los ministros que le achacaban no conocer nuestra historia. “Es porque la conozco que temo encontrar un cacique a la vuelta de cada esquina.” - “Nadie seguirá al general Urquiza - replicaba el doctor Piso - si quisiese hacerse un tirano.” - “¡Quién lo ha de seguir! respondíale Ortiz -, la tiranía es una locomotiva desenfrenada que se lleva por delante cuanto encuentra a su paso.” Pero estas réplicas como las pullas a Irigoyen le costaron el destierro. Ahora debe estarse riendo, con su risa inextinguible, de la broma del 11 de septiembre hecha a Urquiza.

Ví en seguida al capitán don Federico Carril, que en 1840 había servido con Lavalle, emigrado a Río Grande y de allí incorporándose a los correntinos emigrados con Madariaga y venido con el ejército del Brasil. Él me puso en contacto con el coronel Castro, sanjuanino, que por una singularidad de su carrera había servido la causa de los caudillos casi desde la infancia. En 1825 fue ayudante de Olazábal en la batalla de las Leñas, pasó al servicio de Facundo Quiroga, de éste al de Rosas, del de Rosas al de Urquiza. Todo lo que de su carácter, costumbres, valor e instrucción militar supe le era favorable. Recibíome con cariño, recordamos las escenas de la escuela de que habíamos sido condiscípulos, y fuimos de paseo a otra división a dar un chasco al mayor Recabarren, pariente mío, vecinos en San Juan y compañeros de infancia. Entramos a su tienda sin presentarme, hablamos media hora, sin darme a conocer, no sabiendo que estuviese yo en Montevideo, y al fin, empecé a tratarlo de tú, riendo entre nosotros de la confusión que le causaba esta confianza de un caballero que por su traje y apariencias tenía por muy respetable. Sirvió en los auxiliares del general Huidobro, y después fue incorporado en la escolta de Rosas, bajo las órdenes del coronel Granada. La intimidación, a poco andar restablecida, me proporcionaba en él una preciosa fuente para recoger datos sobre la composición y el personal de aquel cuerpo, destinado a representar muy luego un lúgubre drama.

Pocas veces he experimentado impresiones más profundas que la que me causó la vista e inspección de aquellos terribles tercios de Rosas, a los cuales se ligan tan sangrientos recuerdos, y para nosotros preocupaciones que habíamos creído invencibles. ¿De cuántos actos de barbarie inaudita habrían sido ejecutores estos soldados que veía tendidos de medio lado, vestidos de rojo, chiripá, gorro y envueltos en sus largos ponchos de paño? Fisonomías graves como árabes y como antiguos soldados, caras llenas de cicatrices y de arrugas. Un rasgo común a todos, casi sin excepción, eran las caras de oficiales y soldados. Diríase al verlos que había nevado sobre las cabezas y las barbas de todos aquella mañana. La mayor parte de los cuerpos que sitiaban hasta poco antes a Montevideo habían salido de Buenos Aires en 1837; y desde entonces ninguno, soldados, clases ni oficiales, había obtenido ascenso. El coronel Susbiela, que mandó después uno de estos cuerpos, era el mismo jefe que lo había creado en 1836, y encontró cabos y sargentos a los que él nombró entonces. El teniente Guardia, sanjuanino, pertenecía a un cuerpo salido de Buenos Aires en 1836, compuesto al principio de doscientas plazas y que conservaba aún treinta y tres soldados y ocho oficiales. Los restos de un batallón de infantería, habiendo perdido todos sus oficiales, estaban hacía años al mando de un negro sargento, que en su calidad de tal mandaba el cuerpo. Urquiza lo hizo mayor.

¡Qué misterios de la naturaleza humana! ¡Qué terribles lecciones para los pueblos! He aquí los restos de diez mil seres humanos, que han permanecido diez años casi en la

brecha combatiendo y cayendo uno a uno todos los días, ¿por qué causa? ¿sostenidos por qué sentimiento?... Los ascensos son un estímulo para sostener la voluntad del militar. Aquí no había ascensos. Todos veían los cuerpos sin jefes, o sin oficiales; por todas partes había claros que llenar y no se llenaban; y los mil postergados nunca trataron de sublevarse. Estos soldados y oficiales carecieron diez años del abrigo de un techo, y nunca murmuraron. Comieron sólo carne asada en escaso fuego, y nunca murmuraron. La pasión del amor, poderosa e indomable en el hombre como en el bruto, pues que ella perpetúa la sociedad, estuvo comprimida diez años, y nunca murmuraron. La pasión de adquirir como la de elevarse no fue satisfecha en soldados ni oficiales subalternos por el saqueo, ni entretenida por un salario que llenase las más reducidas necesidades, y nunca murmuraron. Las afecciones de familia fueron por la ausencia extinguidas, los goces de las ciudades casi olvidados, todos los instintos humanos atormentados, y nunca murmuraron. Matar y morir: he aquí la única facultad despierta en esta inmensa familia de bayonetas y de regimientos, y sus miembros, separados por causas que ignoraban, del hombre que los tenía condenados a este oficio mortífero, y a esta abnegación sin premio, sin elevación, sin término tenían por él, por Rosas, una afección profunda, una veneración que disimulaban apenas. ¿Qué era Rosas para estos hombres? o más bien, ¿qué seres había hecho de los que tomó en sus filas hombres y había convertido en estatuas, en máquinas pasivas para el sol, la lluvia, las privaciones, la intemperie, los estímulos de la carne, el instinto de mejorar, de elevarse, de adquirir, y sólo activos para matar y recibir la muerte? Y aun en la administración de la sangre había crueldades que no sólo eran para el enemigo. No había ni hospitales ni médicos. Poquísimos son los inválidos que han salvado de entre estos soldados. Con la pierna o el brazo fracturado por las balas iba al hoyo el cuerpo, atacado por la gangrena o las inflamaciones. ¿Qué era Rosas, pues, para estos hombres?, ¿o son hombres estos seres?

Tócame embarcame para el Entre Ríos en el vapor *Blanco*, que llevaba de pasaje a esta misma división Granada. En la mesa de a bordo conocí a todos sus jefes y oficiales. Recabarren me servía de guía para examinar aquel museo humano. Trabé relación con varios, el teniente coronel Aguilar, el teniente Senra, que había conocido al obispo Sarmiento en San Juan y a mi familia, el mayor Arámbulu y varios otros cuyos nombres olvido, pero cuyas fisonomías me vienen a la imaginación. El coronel no sabía leer, un joven oficial de bella, distinguida y simpática figura no sabía leer, la generalidad de fisonomías atezadas, torvas algunas, duras y selváticas muchas, se hallaban en igual caso, y cuando Aquino tomó el mando de esta división, de una media filiación que practicó quedó comprobado que sólo siete, de entre cuatrocientos catorce soldados, cabos y sargentos, sabían leer y escribir mal.

No sé por qué fatalidad extraña mi permanencia en el ejército se identificó con esta división. En Montevideo, en el vapor, en el campamento en Landa, en el Diamante, en el Espinillo, siempre se me presentó al paso, siempre estuve cerca de ella, siempre tuve vínculos que a ella me uniesen. Aquino la mandó al fin, y murió víctima de su encono.

GUALEGUAYCHÚ

He vivido en estos últimos tiempos entregado a una monomanía de que resienten todos mis escritos de cinco años a esta parte. ¡Los ríos argentinos! Ellos han sido mi sueño dorado, la alucinación de mis cavilaciones, la utopía de mis sistemas políticos, la panacea de nuestros males, el tema de mis lucubraciones, y si hubiera sabido medir versos, el asunto de un poema eterno. En el Rin, en el Mississipi, en el Sena o en el San Lorenzo, yo no vi, yo no buscaba sino la imagen, los rivales del Uruguay o del Paraná.

Tres veces he descrito en mis diversas publicaciones el Entre Ríos que bañan, y una de ellas en Alemania sin estímulo ni previsión política. El Entre Ríos era la isla de Calipso, adonde mi espíritu volaba de todas partes en busca de una patria definitiva para acabar mis oscuros días. Y bien, ni los ríos ni el país que casi circundan me eran conocidos. Nacido a la falda de los Andes, todos los acontecimientos notables de mi vida han principado por pasarlos y repasarlos de uno a otro lado.

Imagínese el que quiera las emociones extrañas y punzantes que debí experimentar al verme en el Río de la Plata, remontándolo en busca del Río Uruguay, en el primer vapor ribereño que se había establecido en sus aguas, rodeado de aquellas terribles legiones rojas de Rosas, sin ser prisionero, alargando a cada instante el antejo en busca de Martín García mi Utopía, y yendo a ofrecer mis servicios a aquel general Urquiza, a quien enderezaba desde Chile en 1850 mi plegaria de *Argirópolis*. Y todo esto oyendo historias de vivaque, o viendo saltar en el anzuelo enormes surubíes, pacúes, pejerreyes, etc. Fue aquel viaje un delirio. ¡Tan ancho, tan majestuoso el Plata! ¡Tan artística y acompasada la isla de Martín García, que saludé de paso! Tan simétricas las bocas del Paraná y del Uruguay, que se presentan en el horizonte como dos interrupciones de la cerca inmensa que figuran los árboles de las islas. Todo trazado a grandes pinceladas, en la escala de Dios, el único artista que pinta telas del tamaño de la naturaleza visible al ojo.

Hacia más novedosa esta excursión la oficiosa hospitalidad del sobrecargo del *Uruguay*, vulgarmente el *Blanco*, en que íbamos mil hombres. ¿Quién ha estado en el Río de la Plata y no ha oído el nombre simpático de Pillado, con su voz sonora, su charla grave que hace reír a cuantos la oyen, y su actividad incansable, su idoneidad para todo, que hizo su aceptación de sobrecargo del vapor *Blanco*, condición previa para la compra del primer vapor transporte que surcó las aguas de los ríos? Pillado fue el oficial primero de la policía de Montevideo durante los primeros años del sitio, bajo las órdenes de D. Andrés Lamas, jefe de aquella verdadera Comisión de *salud pública*. Retirado éste, Pillado quedó en su lugar algún tiempo, hasta que, depuesto de su interinato, ascendió a repartidor de pan que, con su bolsa al hombro, recorría las cales de Montevideo, deteniéndose un poco en aquellas *cacerías*, donde había amigos, se hablaba política y se fumaban buenos cigarros. De esta profesión lo tomó Lafone y Cía. para sobrecargo del *Blanco*, y de sus calidades como miembro de la policía puede juzgarse por este hecho, que cuando nuevos vapores empezaron a transitar de Montevideo a Buenos Aires, las familias y los pasajeros dejaban partir *La Manuelita*, por esperar que llegase el *Blanco*, para tener contento a Pillado. Cuando Rosas cayó, se presentó en la bahía de Buenos Aires pintado el *Blanco* de una ancha faja celeste, y trayendo a su bordo a Alsina, y los primeros emigrados que volvían a su patria después de diez o de veinte años. D. Manuel Guerrico, para hacerse cargo de la policía de Buenos Aires, pidió como condición de su aceptación la festiva y terrible concurrencia de Pillado, que hubo de dejar el *Blanco*, y las náyades y tritones del río llorar a lágrima viva al perder a su antiguo amo y señor. Un hurra a Pillado el panadero, el jefe de policía, el sobrecargo del *Blanco*, que me tentaba a desertarnos con el buque a ir a explorar el Bemejo, y dejarlo varado en las profundidades del Chaco.

El mayor Recabarren, mi primo, al pasar por frente al Rincón de las Gallinas, contóme que había pasado dos años de destacamento en aquellos lugares. De todo lo que me refirió recuerdo sólo una réplica suya, que en su sencillez tenía sin embargo, una significación profunda. Cruzaba su escuadrón una llanura bien nivelada, y el coronel Granada exclamó: ¡qué campo tan bueno para una batalla! - Mejor está, coronel, contestóle el socarrón sanjuanino, para una sementera de trigo. Rieron todos del chiste de agricultor; y, sin embargo, ¡qué reproche encerraba este dicho, contra aquella vida improductiva, contra aquellos ejércitos destructores, contra aquella eterna plaga que había ya desolado la Banda Oriental! Parece que el coronel Granada aprovechó del consejo porque empleó sus tropas en hacer sementeras, cuyo producto les repartía en proporción.

El Negro entra a poco en el Uruguay y entre sus dos embocaduras forma una delta, cubierta de pasto, y abundante en leña. Esta lengua de tierra fue el teatro de lucha no menos obstinada que el sitio de Montevideo, del cual era sucursal. Aunque a sesenta leguas de la plaza, había en ella guarnición para segar pasto y cortar leña para los sitiados. Los de Rosas la bloqueaban de ambos lados, y alguna vez lograron, pasando el río a nado, introducirse de noche en el campamento oriental, y arrastrándose por entre los matorrales y a merced de la oscuridad de la noche, degollar parte de la guarnición. El jefe que guardó este punto aislado en los últimos años, había adquirido tal reputación de valor y vigilancia que los enemigos se habituaron a respetarlo en su isla.

Acompañados, precedidos o seguidos de vapores y transportes brasileros, ocupados como el *Blanco*, la travesía tenía mil incidentes que la hacían animada e interesante. Las tropas acumuladas en un transporte a no poderse rebullir, parados los hombres empezaron a dar gritos de desesperación una vez sintiéndose sofocados. Una mujer y un soldado y dos niños murieron asfixiados. Otras veces se volcaban hacia un lado los vapores por el recargo de hombres, y la maniobra de hacerlos distribuirse proporcionalmente a ambos lados nos traía agitados e inquietos.

Al fin, llegamos a la costa del Entre Ríos, en una caleta o más bien desembarcadero practicable llamado Landa. El descenso a tierra se hacía del vapor a una lancha, de la lancha a hombros de soldados entrerrianos con el agua a la cintura. Era la época de la florecencia de los ceibos, y las riberas estaban engalanadas con bosques de aquel bellissimo árbol originario de las márgenes del Plata y que es hoy una de las conquistas más esplendorosas de los jardines europeos. ¡Caballos! He aquí el grito de cada uno que pisaba la tierra, el fin de las más activas diligencias. Diríjeme yo al que me indicaron caballerizo, y con acento y ademán respetuoso díjele: señor, yo soy una persona que vengo a ver al señor general Urquiza, y no sabiendo a quien diríjeme, me tomo la libertad. - Acabemos, amigo, claro: ¿qué es lo que quiere? - Caballos. - Pues tendrá usted caballos. - Retíreme a esperarlos, guardando para mejor ocasión mis retóricas, y ya había alquilado uno cuando el mismo comandante, que era un Dumas padre, en la talla y en la tez, volvió hacia mí, y en tono conciliador y blando me preguntó: ¿Es U., señor, el señor Samiento? - Sí señor - ¡Por qué no me dijo su nombre, señor! ¡Qué gusto va a tener el general de verlo! Anoche hablábamos de U. con el coronel Palavecino. No se ocupe de nada, yo le haré conducir a su campamento. Y en efecto, desde aquel instante el nada menos que coronel Soza del ejército del Brasil estuvo literalmente a mi servicio, fue mi caballerizo mayor durante toda la campaña y un fiel servidor en todas las ocasiones. Era oriundo de San Juan, de donde había salido el año seis y servido en todos los ejércitos, arribando por sus talentos, edad y capacidad a ser caballerizo de una división de caballería del Ejército Grande.

En el campamento del coronel Palavecino encontré la hospitalidad esperada, al coronel Burgoa otro compatriota, y al comandante don Olegario Horquera, catamarqueño, grande conocedor de mis escritos, *tant soit peu* literato, oficial distinguido en el sitio de Montevideo, y establecido en Entre Ríos de pocos años atrás.

Mi viaje a Guleguaychú quedó decidido para el día siguiente, y merced a los buenos caballos, la llanura de seis leguas intermedia, fue el ensayo del primer galope que después del de Orán (en África) daba tan a mis anchas entre gentes amadas.

Guleguaychú, a orillas del Guleguaychú, río navegable que desemboca en el Uruguay, es una linda villa que aspira a ser ciudad y que en los últimos tres años ha hecho grandes progresos, gracias al comercio activo que sostiene con Buenos Aires y a las producciones de la ganadería que de allí se exportan. Estas ciudades frescas apresurándose a desenvolverse, tienen un poco del aspecto de las norteamericanas de la misma edad. Predomina en los edificios la arquitectura gaditana que es hoy argentina, y mediante el establecimiento de algunos centenares de vascos e italianos la horticultura suministra algunos condimentos a la variedad de pescados de los ríos y a la abundancia

de excelente carne, con lo que la mesa es regalada y no carece de variedad para el ejercicio de la ciencia culinaria.

El momento supremo llegaba de ver al general Urquiza, objeto del interés de todos, el hombre de la época, y el dispensador de cuanto el hombre puede apetecer: fortuna, gloria, empleos, etc. Yo hice anunciar mi llegada y mi visita, y mientras llegaba el momento de hacerla, me informaba de cuanto convenía a mi propósito, y repasaba mis lecciones sobre los miramientos que debía guardar para no comprometer indiscretamente nada. Presentéme al fin en la casa de gobierno a las horas de costumbre, y a poco fui introducido a su presencia. Es el general Urquiza un hombre de cincuenta y cinco años, alto, gordo, de facciones regulares, de fisonomía más bien interesante, de ojos pardos suavísimos, y de expresión indiferente sin ser vulgar. Nada hay en su aspecto que revele un hombre dotado de cualidades ningunas, ni buenas ni malas, sin elevación moral como sin bajeza. Cuando se encoleriza su voz no se altera, aunque hable con más rapidez y cortando las palabras; su tez no se enciende, sus ojos no chispean, su ceño no se frunce, y pareciera que se finge más enojado que lo que está, si muchas veces las consecuencias no se hubiesen mostrado más terribles que lo que la irritación aparente habría hecho temer. Ninguna señal pude observarle de disimulo, si no es ciertos hábitos de expresión que son comunes al paisano. Ningún signo de astucia, de energía, de sutileza, salvo algunas guiñadas del ojo izquierdo, que son la pretensión más bien que la muestra de sagacidad. Su porte es decente; viste de poncho blanco en campaña y en la ciudad, pero lleva el fraque negro cuando quiere, sin sentarle mal y sin desdeñarse de modales muy naturales, sin ser naturalotes. La única cosa que le afea es el hábito de estar con el sombrero puesto, sombrero redondo, un poco inclinado hacia adelante, lo que le hace levantar la cabeza sobre los hombros, sin gracia, y de la manera un poco ridícula de los paisanos de las campañas.

Mi recepción fue política y aun cordial. Después de sentados en un sofá, y pasadas las primeras saluciones, nos quedamos ambos callados. Yo estaba un poco turbado; creo que él estaba lo mismo. Yo rompí el silencio, diciéndole el objeto de mi venida, que era conocer al hombre en quien estaban fijas nuestras miradas y nuestras esperanzas, y para poderle hablar de mis trabajos en Chile, de mis anticipaciones sobre el glorioso papel que le estaba destinado, recordé que a poco de regresado de Europa D. José Joaquín Gómez de Mendoza me había comunicado detalles preciosísimos sobre las disposiciones del General respecto a Rosas. Que el conocimiento de estos hechos íntimos me había señalado el camino que debía seguir en mis trabajos posteriores, consagrados en *Argirópolis* y *Sud América* a predisponer la opinión en favor del hombre llamado por las circunstancias a dar en tierra con la tiranía de Rosas. Esta introducción, sin carecer de verdad, porque el hecho era positivo, era conforme a las indicaciones que me habían hecho en Montevideo sobre las debilidades del General. Era preciso anularse en su presencia; era preciso no haber pensado jamás, hecho o dicho cosa que no partiese de él mismo, que no hubiese sido inspirada directa o indirecta, mediata o inmediata, próxima o remotamente por él. A este precio, decían, hará U. lo que guste de él. ¡Es esto como la libertad de Fígaro!

Tras este exordio entré a detallarle lo que era el objeto práctico de mi venida, a saber, instruirle del estado de las provincias, la opinión de los pueblos, la capacidad y elementos de los gobernadores; los trabajos emprendidos desde Chile, y cuanto podía interesar a la cuestión del momento. Habléle de Benavidez todo el mal y el bien que sé y pienso de él, sin amargura, sin desprecio, como sin atenuación, todo lo cual pareció interesarle. Ésta es la única vez que he hablado con el general Urquiza en dos meses que he estado cerca de él. Después es él quien ha hablado haciéndome escuchar en política, en medidas económicas a su manera, en proyectos o sugerencias de actos para en adelante. Aquí está, a mi juicio, el secreto y la fuente de esa serie de errores que harán imposible su gobierno si no es en el Entre Ríos. Cuando yo oí hablar al General de muchas cosas que López creía haberle hecho comprender bajo una nueva faz, como si

nunca hubiese oído una palabra en contra de su idea o su instinto primero, medí el abismo que estaba abierto para la República. D. Vicente F. López, por ejemplo, antes que yo, y de una manera picante, combatiéndole con maña ya en Montevideo su idea de llevarse la capital al Entre Ríos, le había recordado la triste historia de Ramírez que, traído a Buenos Aires por un partido, había cometido la indiscreción de salir de Buenos Aires, centro de todo poder, para no volver más y perecer oscuro, malogrando un rol brillante. López creía necesario levantar, adoptar a ese hombre con todas sus faltas, con todos sus hábitos de voluntariedad, encajonarlo, diré así, en medio de las instituciones que la reacción contra el despotismo iba a rehabilitar necesariamente, y dirigirlo los unos, resistirlo los otros, hasta que, levantándose la clase educada por las garantías dadas a la vida y a la propiedad, y él aficionándose a los goces del poder, se aquietase al fin y se contuviese en los límites de un despotismo tolerable. Omito repetir aquí y en adelante todo el sistema de López, sistema en cuya realización práctica se ha perdido, y que lo hace hoy en Buenos Aires objeto de la prevención, justa hasta cierto punto, del público. López se equivocó de medio a medio, debo decirlo en honor de mi amigo, más por una exagerada confianza en sus medios y en su sistema, que por corrupción política, que es la única causa de otros aventureros.

Pero lo que más me sorprendió en el general es que, pasada aquella simple narración de hechos con que me introduje, nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada, y cuando con una modestia que no tengo, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamás he usado hablando con Cobden, Thiers, Guizot, Montt o el Emperador del Brasil, quería emitir una idea me atajaba a media palabra, diciéndome: si yo lo dije, lo vi, lo hice, etc., etc. Nadie sabe, nadie podrá apreciar jamás las torturas que he sufrido, las sujeciones que me he impuesto para conciliarme, no la voluntad de aquel hombre, sino el que me provocase a hablar, que me dejase exponerle sus intereses, la manera de obviar dificultades, el medio de propiciarse la opinión. No hay hombre honrado o pillo, tonto o sagaz, que en Montevideo o Buenos Aires no se hiciese la ilusión de poder propiciárselo dándole rienda suelta a sus apetitos, no contrariándole en nada, para hacerle adoptar tales o cuales ideas que, haciendo su *negocio* de él, concurriesen al bien del país. Pertenece a este género la del *Consejo de Estado*, que es idea de Pico, la de la navegación libre y la nacionalización de las aduanas exteriores, que es de quien hizo de ella un ariete; la de llamarse *Director*, que es de López, y la creación de las Municipalidades para anular a los gobernadores de provincia, que es también de López. Pero todas estas medidas han sido esterilizadas por la manera de llevarlas a cabo, por las modificaciones que él las hace sufrir, y por los desenfrenos con que las hace odiosas. Yo sabía cuánto habían hablado con Alsina, con Pico, con López; y a cada momento oyéndolo, me quedaba abismado de ver que le había entrado por un oído y salido por el otro. A media conversación me preguntó de improviso: ¿Qué piensa U. hacer? No sé, señor, le contesté, para derrotar la mente de aquella pregunta oblicua. Probablemente regresaré a Montevideo.

Como era la primera entrevista, ningún juicio era prudente hacer sobre nada, no obstante que me quedaba un sinsabor indefinible y casi no motivado aparentemente de lo que presenciaba. Dos horas después vino el Dr. Ortiz, que había encontrado allí ya, a decime que D. Ángel Elías, el secretario de Urquiza, acababa de comunicarle que el general se *había fijado* en que yo no llevaba la *cinta* colorada. Héteme aquí puesto en el disparador. Si no me la ponía no podía volver a verlo; si me la ponía, todo estaba perdido. Pedro me inició un poco en los secretos de la política casera, lo que significaba la insinuación de Elías, y yo medité ese día y el otro para resolver cuestión tan grave y de la que dependía mi porvenir personal y el de la libertad de la República. Yo era el primero que iba a ceder a esta exigencia, yo que la había combatido con la aversión que me inspiró siempre aquel humillante y vergonzoso medio práctico de Rosas de hacer a cada uno ostentar su renuncia a toda dignidad personal.

Fui a visitarlo segunda vez a los dos días, me recibió con más cordialidad, fue más expansivo, me habló de muchas cosas, y me insinuó que así que derrocarse a Rosas se retiraría a su casa dejando a los pueblos darse las instituciones que quisiesen. Desde luego esto quedaba casi literalmente establecido, con respecto a Buenos Aires en el tratado de alianza con el Brasil, bien es verdad que él no lo entendía obligatorio para él como para los brasileros. La ocasión era oportuna. Señor - le dije - no me parece prudente tener una idea fija sobre la conducta que haya de guardar S. Exc. después de la victoria. La victoria misma impone deberes y forma situaciones nuevas. Los sucesos y los hombres lo llevarán fatalmente más allá de donde quisiera ir. El poder es una cosa que se vincula a los hombres. S. Exc. será el poder real por los prestigios de la victoria, por las necesidades del momento. Supóngase que se forma un gobierno, que éste tira decretos; la opinión ha de buscar, ha de esperar la sanción real, que estará fuera del gobierno, en el hombre que posee el poder de influencia, y esto será una perturbación en el Estado, etc., etc. Saben en Chile que este pensamiento, a más de exacto en sí, es sincero de mi parte; pero había al emitirlo con calor el deseo de hacerle sentir hastadondetomaba yo como un hecho, una necesidad y un bien público su elevación personal, y la satisfacción de una ambición que sabía desenfrenada, y que quería fuese satisfecha legítimamente.

Ese día, como comiese en casa Ponsatí, el escribiente de la oficina de Gobierno, hubo a las pocas horas de mi entrevista segunda intimación de poneme la cinta colorada. Ortiz, a quien de nuevo encargaban de insinuármelo, contestó para evadirse de aquel compromiso: yo no le digo nada. Conozco a Sarmiento, y sé que esta exigencia le ha de causar mucho desagrado. Tercera vez lo vi al General al día siguiente, nuestras relaciones tomaron más intimidad aparente; me habló de la conveniencia de llevar el Congreso al Paraná, de que he hablado detalladamente en otra parte. En la noche me reuní con Rafael Furque, un sanjuanino condiscípulo y amigo de escuela, a quien había encontrado establecido allí. Hombre tímido, apocado y que tenía, pudiendo mejor, una posición subalterna. Éste, después de varios circunloquios, me dijo: Tengo que hablarle de un asunto grave. El coronel Basavilbaso me ha dicho que lo vea a U. y le prevenga reservadamente que el General está muy alarmado de que U. no se ponga la *cinta* colorada. - Dígame U. ¿es realmente grave este asunto? - ¡Oh sí, muy grave! El General es inflexible sobre este punto. - Mañana o pasado regreso a Montevideo. - ¡Cómo!... ¿Qué es tanta su resistencia? - ¿No me dice U. que es muy grave esto? Al General le gusta la cinta, a mí no me gusta. Sobre todo, lo que me disgusta soberanamente son estos medios groseros de exigirlo, y los halagos y cordialidad que me muestra cuando hablamos. ¿Por qué, pues, no me habla de ello?

Pero no me di todavía por vencido. Al día siguiente le mandé el retrato de San Martín, acompañado de una carta en papel que tenía impreso al costado la atribución 4ª del pacto federal.

La inscripción del papel causó más novedad que la carta y el objeto de ella. El general aplaudió a la idea de propaganda, mostró la carta a todos, mandó que se hiciese otro tanto en pasaportes, y en el papel de oficinas y cartas. Tengo papel de Entre Ríos con mi lema adoptado. Se me dieron los parabienes, y al día siguiente que pasamos el día juntos en la isla de Fragas, en el Gualeguaychú, Elías me lo dio casi oficialmente. El momento de explicarse había llegado. Me parece - le dije, poniéndole la mano en el hombro a éste - que esa adhesión a los principios federales vale más que la *cinta* colorada. - Sí... es verdad; pero aquel es un principio y esta una idea (una medida quiso decir). El general quiere que todos lleven la cinta para mostrar uniformidad. - Yo no aconsejaré a nadie que no la lleve; como militar me la pondré; como ciudadano nunca. He combatido toda mi vida contra ella; hay muchas páginas en mis escritos consagradas a su vilipendio; y no me deshonoraré jamás llevando un signo que reputo una degradación y un objeto de menosprecio.

- Es que esta no es la cinta de Rosas. - Es la cinta colorada y al emblema y al color es que he dirigido mis ataques. - Si yo hubiera sabido lo que U. me dice de que le es personal esta cuestión, yo lo *hubiera justificado* porque en efecto tiene U. razón.

¡Hola! me dije para mí, ¡me hubiera justificado con el General! ¿Luego soy acusado? Pasamos todo el día juntos. El general me buscó y permaneció sentado a mi lado tres horas hablando siempre él: No me habló una palabra del lema federal que tanto le había gustado, y no pude tocar la delicada cuestión de la cinta, como no habían podido hacerlo Alsina, ni López, ni nadie hasta entonces; y sin embargo, era este el atolladero en que su poder personal y la organización de la República iban a estrellarse. Una ocasión bellísima se presentaba al general de conciliar estas terribles divergencias. Siendo rojas sus tropas y las de Rosas, él previó la confusión que iba a resultar de estos trajes semejantes y para obviar a los peligros que podían originarse mandó hacer divisas *blancas* para el ejército. ¿Por qué no adoptar el color blanco como signo de fusión, contra el cual nadie tenía prevenciones? ¡Qué bello emblema el de la paz que era el voto universal, la lima sorda que desmoronaba el poder de Rosas, y el grito de entusiasmo de los veteranos y de las milicias! ¡A concluir con la guerra para siempre!

En la fiesta de la isla de Fragas, que me traía enamorado, por su graciosa colocación en medio de Gualeguaychú y enfrente de la Aduana, convidóme a bañarnos el coronel Homos. Es este un personaje notabilísimo del Entre Ríos, y el rival en otro tiempo de Urquiza. Sirvió con Lavalle, y más tarde cayó en manos de su adversario. Un día en la prisión ve a un soldado que, mirándolo de hito en hito, le hacía señas atravesándose un dedo por la garganta. Homos, que comprendió a media señal, pidió permiso de salir a sus necesidades, escogió la proximidad de un caballo que vio a la estaca, distrajo al centinela, saltó en él y partió a escape hacia el río. El soldado le disparó un balazo, dio la alma y pudieron tomarle las avenidas. Entonces Hornos, perdido, se metió en el bosque, y desde lo alto de la barranca lanzóse al agua. Un sargento, indio salvaje de la escolta de Urquiza, que lo seguía, se lanzó tras él con el cuchillo en los dientes, y comenzó aquella horrible regata de dos nadadores diestros, el uno por dar la muerte, y el otro para evitarla. El Uruguay tiene allí cerca de una milla hasta las islas que lo engalanan en las inmediaciones de la Concepción. Homos y el indio llegaron a una isla sucesivamente y cayeron extenuados de fatiga el uno cerca del otro, mirándose, acechándose, sin poder mover un brazo, sin poder el asesino arrastrarse hasta su víctima. Un bote de una corbeta francesa de guerra que estacionaba en las inmediaciones y había presenciado la escena, voló en auxilio de Hornos, y fue salvado. Su hermano había sido degollado ese mismo día y era la señal que el soldado le hacía. Los Homos de Entre Ríos pertenecen a una de las familias más poderosas, antiguas y ricas, cuyas propiedades han sido confiscadas. El general Urquiza llamaba a Hornos hacía tiempo de la frontera del Brasil donde se había asilado; pero Homos le contestaba siempre: declárese contra Rosas y voy a servirle. Llegado este caso Homos vino, el General le regaló una magnífica lanza incrustada el asta de oro y plata, le dio a mandar una división de la caballería de Buenos Aires; pero, me decía el viejo guerrero: nada me ha dicho hasta ahora de mis estancias, de mis treinta mil vacas, de mis casas. Estoy viviendo en un ranchito. Amigo, cuando mi padre vivía había en casa una pieza con treinta camas prontas para hospedados. Ya me he acostumbrado a la miseria; pero cuando uno tiene algo, bueno es saber a qué atenerse. En fin, volteemos a Rosas, y todo se ha de arreglar.

Hornos es el tipo del gaucho argentino. Alto, fisonomía noble, europea, movimientos fáciles y andaluzados, alegre, valiente y jinete. En las batallas monta en pelo a guisa de Centauro. Tiene la religión del triunfo de la libertad, y en Palermo, cuando vio desenvolverse la política de cintajos y caudillejos, era preciso contenerlo de que a gritos desahogase su cólera, poniendo la mano a la espada, y diciendo en tono reconcentrado: "Todavía hemos de montar a caballo, y desenvainar esta espada. ¿Qué ha creído, que hemos venido a servirle de banco para sentarse en la silla de Rosas?"

Debo anotar aquí para memoria varios hechos, que tienen su importancia. El General adoptó en lugar del lema *mueran los salvajes unitarios*, este otro: *mueran los enemigos de la Organización Nacional*, que abandonó después, limitándose al *viva la Confederación Argentina*. Tiró un decreto permitiendo el uso de los colores *celeste y verde*, proscritos por Rosas.

En los arcos triunfales que aún decoraban las calles y plazas de Gualeguaychú, a mi llegada, había banderas nacionales celeste y blanco, muchas, muchísimas. En cuanto a mí, había esta otra particularidad. Nunca aludió a las cartas que desde 1850 le había escrito, de manera que sólo en el Diamante supe por Galán que las había recibido. Nunca me habló de *Argirópolis*, de que recibió un cajón, ni de la *Crónica*, ni de escrito ninguno mío. Su carta contestación que he publicado, y que no recibí sino después, me aconseja como suya, como nueva para mí, la misma política de fusión que *Argirópolis* y *Sud América* revelaban; pero sin decime: va U. bien por ese camino, sino: yo le indico esa política. Entre gente de mundo es un cumplido ordinario atribuir a otro más de lo que ha pensado o alcanzado. Pero este sistema de no darse por entendido de nada de lo que es público y notorio proviene de ese prurito de anonadar todo, aun aquello mismo que concurre a su propio bien. Yo noté luego una cosa, y los hechos posteriores me la confirmaron, y es que mi reputación de hombre entendido en las cosas argentinas me condenaba a no poder estar cerca del General; y luego de mi llegada a Gualeguaychú noté que había cierto malestar, a cierta ostentación de que no se creyese que recibía inspiraciones mías. Esto debía crecer a medida que fuese más sensible en el Entre Ríos mismo la esperanza que tenían los hombres sinceros de que mi presencia pudiese contribuir a dirigir por buen camino aquella política personal, pero susceptible de hacerla conciliarse con el interés público. Mas, para explicación y complemento de estas indicaciones debo añadir un testimonio intachable. D. Pepe, hijo del general, acompañado del comandante Ricardo López, preguntándole en la Comandancia militar de Concepción del Uruguay cómo me había recibido el general, contestó su hijo en presencia del juez de policía Sagastini, Vázquez, oriental, y otros: "bien, muy bien. Dice mi padre que es de los mejores que han venido." Esto importa mucho para la explicación de sucesos posteriores.

Desde muy luego comprendí, pues, que mi papel natural de consejero, de colaborador en la grandiosa tarea de constituir una nación de aquellos países tan favorecidos, pero tan mal poblados y tan mal gobernados, estaba concluido, y debía o volverme a Montevideo, lo que habría dado un escándalo, requerido explicaciones, etc., o exponerme a esta lucha diaria conmigo mismo, por un lado, y por otro con aquellas pretensiones que rechazaba. En la tercera entrevista con el general le ofrecí mis servicios, no teniendo plan fijo ninguno, y deseando evitar que, por no indicar yo mi disposición, el General no me ocupase en lo que juzgase útil. Entonces me indicó encargarme del Boletín del Ejército, llevar prensa, etc., lo que acepté gustoso, tomando a poco el servicio militar, por ponerme a cubierto de la cinta, y por no hacer la triste figura de los paisanos en los ejércitos. Recomendé eficazmente a Paunero, Mitre y Aquino, mis compañeros, y pedí licencia para ir a Montevideo a prepararme, y marché a poco, desencantado en cuanto a mí; pero esperando todavía en los sucesos y en las circunstancias.

En Gualeguaychú duraban aún, a mi llegada, los bailes públicos en la casa de Gobierno. El baile es la pasión favorita del general Urquiza, y está en el Entre Ríos elevado a institución pública. Todas las tardes se trasmite la orden oficial a las familias y a los vecinos. Cuando el baile es de chinas, se dicedondees, y todos los concurrentes deben asistir de poncho. En esos días se habían distribuido de cuenta del Gobierno zapatos a las chinas para concurrir a los bailes. El Gobernador baila imperturbablemente hasta las tres de la mañana.

Durante los días que yo estuve el servicio se distribuyó así: Segundo día, baile de parada. El general se presentó por la primera vez con charreteras y banda. ¿Por qué será, se decían los curiosos, esta novedad? Por Samiento, decían unos; es para que lo vea la Dolores, repetían otros. Tercer día, asistencia al teatro, y baile de fraque en

seguida. Cuarto, baile de poncho, para que concurriese el coronel Homos. Yo asistí de mirón al tercero, y en el cuarto entré y bailé una contradanza y me retiré temprano. El general decía muy complacido: véanlo al viejo bailando.

¿Quién era la Dolores? La sultana favorita. El general persigue el robo, el juego, la bebida, con un celo laudable, pero violento. Desgraciadamente fomenta el concubinage, que es el sistema provincial. Los matrimonios son raros, y jueces, empleados, comandantes y coroneles, cuando el general tiene tres queridas públicas, se esfuerzan en ostentar igual número. D. Vicente López se atrevió a tocar este punto delicado con el general. "Van a ser un escollo - me decía López con tristeza - estos hábitos de solterón. No está amarrado por la familia, que aquietta las pasiones, y no sé lo que va a suceder en Buenos Aires, cuando el general venga y muestre esta llaga de sus costumbres. Le he hablado sobre ello, rogándole que se case en alguna de las primeras familias de Buenos Aires, con una viuda para proporcionar la edad. Pero tiene una aversión invencible al matrimonio, tiene recuerdos dolorosos de haber sido cruelmente engañado en su juventud." Algo debió contribuir esto a la aversión de Buenos Aires. El General llevo a Palermo dos de sus queridas. La Dolores y la madre de la Anita, una cumplida hija que tiene. La paz se mantiene en este harem sin dificultad. Ha habido escenas horribles de mujeres, la más espantosa de todas entre la que llevaba en campaña en una de las del Estado Oriental, y una prisionera que había tomado.

La Dolores es una muchacha esbelta, una real moza, hija de un italiano, quien llevaba en la campaña del Ejército Grande seis carretas de vivandero. El General tuvo durante mi residencia, como la había tenido antes, su palco por temporada en el baile y en el teatro al costado y al oído de la niña. Vi jovencitas inocentes y apenas púberes, que comprendían lo que los bailes significaban. Mucho se divierte U., señorita - preguntaba a otra, por no saber qué decirle. - Sí, mucho - me replicaba bostezando -, ¿después de veinte días de bailar sin misericordia! - El General - le decían a otro -, ha echado menos su familia anoche. - Es que mi mujer estuvo enferma; pero esta noche no faltará.

Al fin los bailes se interrumpieron, y creo que el corazón de toda la población dio por el efecto y por el motivo un cordial ¡gracias a Dios! La Dolores quedó reconocida en su nueva situación. Pasada la batalla de Caseros, si General nos decía a los que hablábamos de la gloria adquirida: Yo estoy sereno, ya Uds. lo ven, como si no hubiese pasado nada. No pienso sino en mi Dolores que voy a mandar traer. Un buque de vapor partió en efecto, y se dijo que la entrada triunfal se había demorado hasta su llegada. Si esto fue cierto, el General fue castigado por donde pecaba. La demora del triunfo había resfriado los ánimos, y dado tiempo a reconocerse, y él pudo ver ya que no estaban dispuestos a dejarse llevar hasta donde él lo exigiese.

Hablo de actos públicos, oficiales, pues la adquisición y conquista de una querida se renueva con una frecuencia deplorable, y con el concurso de todas las autoridades, pasando a la casa del General a vivir el objeto de su predilección. La Dolores, y los hijos naturales de cinco, o seis de sus predecesoras, mujeres y hombres, hacían en Palermo, en los bailes, en diplomacia y en el cortejo del General un papel muy importante. Excuso entrar en otros detalles que no emanan de mi asunto.

PREPARATIVOS

Un incidente curioso vino a mezclarse en mi oscuro drama. Estaba en el Entre Ríos un Dr. Villegas de Buenos Aires, que se decía debía ser nombrado secretario de campaña. Llegó a Gualeguaychú la víspera de mi salida, comimos juntos a pedido suyo, tuvo una larga entrevista con el General, y partimos juntos a Landa, donde esperando el

vapor permanecimos cuatro días en el campamento de la división Granada. Era el Dr. Villegas un emigrado de 1839 de Buenos Aires. Oficial del sitio de Montevideo, había residido en Martín García dos años, y excelente calígrafo, fue después secretario del Estado Mayor de Montevideo. Sus costumbres intachables rayaban en un puritanismo selvático, habiendo permanecido casi desnudo en Martín García sin querer aceptar jamás socorro alguno de dinero. La fisonomía de este joven me hacía una impresión singular. Me parecía conocerlo de muchos años, casi íntimamente, y esta aprensión me forzaba a mirarlo con detención. Era circunspecto, no obstante que conmigo se desahogaba de las sujeciones que imponía el General, todo esto en tono conciliador y de amigable reproche.

Después he recordado que había en su mirada manifestación frecuente de una preocupación suprema, de una idea fija, que lo traía embargado, serio, contemplativo. Simpatizamos mucho, lo perseguí en Montevideo para que regresáramos juntos, y se quedó esperando, me dijo, unos fondos que aguardaba de Buenos Aires. Ocho días después de nuestra separación murió fusilado en Buenos Aires, por haber sacado del banco dos millones de pesos, con una orden firmada por Rosas, y a cuya autenticidad nada podían objetar los administradores, derrotados por el aplomo imperturbable de aquel joven que a la objeción de no estar el tesorero, contestaba: que lo busquen; falta este otro requisito: que lo allanen. ¡Su increíble audacia, su calma incommovible lo perdió! Lo extraordinario del caso hizo que por sí o por no, le avisasen a Rosas que había sido entregada la suma, y entonces se descubrió la superchería, tomándolo luego en una fonda. ¿Era este acto un robo individual? ¿Era una cosa convenida con el general Urquiza, como hostilidad de guerra? Éste es un secreto que fue enterrado con Villegas, dejando su honra empañada en la tierra. Pero al saber su triste fin, nunca pude apartar de mi imaginación aquellos grandes ojos, que a cada momento en nuestros paseos solitarios, a la sombra de los bosques de ceibos en Landa, sorprendía clavados, absortos, fijos por una idea dominante.

Al pasar de regreso por Martín García el vapor se detuvo una hora, que yo aproveché para descender, montar en un caballo, recorrer la isla, darla vuelta y conocer su naturaleza e idoneidad para puerto franco, resguardo, Aduana, Zollverein, para el Brasil, Bolivia, Uruguay, Paraguay y República Argentina, y últimamente para Argirópolis. En un peñasco que está cerca de la playa escribí corriendo estas fechas, para mi cuento muy significativas:

1850 -Argirópolis.

1851 -Samiento.

¡Cuánto camino andado, en efecto, desde la primera fecha a la segunda! Esto me recuerda otra inscripción más expresiva, del año 1850.

ARGIROPOLIS

1851

CONGRESO

NAVEGACION, INMIGRACION

De ésta no falta realizarse sino la última cláusula, con la que están aseguradas todas las otras.

Una noticia llevaba a Montevideo que tenía el carácter de un acontecimiento público, tal era la indicación del General de dar un destino importante al coronel Paunero en el ejército, y el comentario de Elías que aseguró que era el de Jefe del Estado Mayor. El Brasil se preocupaba de esta cuestión, el Gobierno oriental, los Generales argentinos, y todos los interesados en la lucha. Toda la dificultad de la empresa estaba en la justa posición y unión de aquellas masas de hombres, brasileros, orientales, argentinos de Buenos Aires, y de las provincias, con trenes, bagajes, carretas, destinados a atravesar cien leguas de país, y emprender una larga campaña. La noticia del nombramiento de Paunero serenaba todas las dudas, aquietaba todos los temores. Sin embargo, yo no quise hacerme editor responsable de lo segundo, contentándome con repetir literalmente las palabras del General. Cuando llegó del Entre Ríos D. Diógenes, él lo repitió como emanado de su padre, y entonces lo publicaron los diarios.

Esta cuestión del Estado Mayor a que todos daban tanta importancia, hería, sin embargo, las susceptibilidades del General en lo más vivo. Entendía que no se le creía capaz de manejar aquella enorme masa de hombres, y se propuso no tener Estado Mayor, y no lo tuvo en efecto. La opinión, indiscreta siempre, señalaba al general Paz para destino tan importante, y esto empeoró la cuestión. La capacidad misma que se atribuía a Paunero, le hizo al General volver sobre su idea primera de encargarlo de él. Más adelante veremos las consecuencias.

Yo regresé a Montevideo a principios de diciembre y convencido de que era inútil y aun perjudicial, decir nada de lo que preveía para el porvenir, me reuní al coro de esperanzas halagüeñas que todos entonaban para después de la caída de Rosas. D. Vicente López, en cuya casa vivía por nuestra antigua amistad, al decirle que iba en el ejército, me dejó traslucir síntomas de duda, acaso por mi espíritu provinciano. ¡Resistí a esta prueba! No le dije en desquite: ¡el General no hace caso ninguno de cuanto U. le ha dicho! ¡El General persiste en ser quien es, y nadie en la tierra lo hará variar de su modo de ser!

Desde entonces me ocupé de prepararme equipaje, armas, tienda para la campaña, en la que podía, con Paunero, tomar una parte activa en el Estado Mayor. Desde entonces me ocupé sólo de estudiar el plan de campaña posible para Rosas, que tenía, a mi juicio sujeciones que nacían de su posición política, más bien que de las peculiaridades del país. Nosotros dominábamos los ríos con ocho vapores y cuatro buques de vela. Nuestra base de operaciones, por tanto, no estaba en Santa Fe, ni a nuestra retaguardia, sino al costado de nuestra propia marcha a medida que avanzásemos hacia Buenos Aires, y hasta sus puertas. Rosas no podía desprender un ejército a batirnos en San Nicolás, como lo creía el general Urquiza, pues con la marina brasilera, con doce mil hombres de reserva acantonados a tres horas de vapor en la Colonia, con nuestros dieciocho batallones de infantería podíamos tomar la capital y dejar cortado su ejército en campaña.

Esta teoría sencilla del buen sentido, sólo Rosas la comprendió, acantonando de firme su ejército en Palermo en barracas de ladrillos construidas al efecto, y de donde no se movió hasta Santos Lugares, sino cuando la división Aquino se pasó, y le hizo concebir la esperanza muy fundada de que todo su antiguo ejército siguiese su ejemplo. Tal era mi preocupación de la cosa, que no paré en exhortaciones hasta que Paunero obtuvo del Gobierno oriental que llevasen ciento cincuenta palas y otros tantos picos para romper cercas en los alrededores de Buenos Aires, donde debíamos batirnos. Desde entonces también tomé, por decirlo así, mi colocación de batalla en el batallón del coronel Lezica, que fue el mismo a que me incorporé en Caseros.

En los momentos de regresar al ejército recibí orden del general Urquiza de comprar una imprenta en Montevideo, por no contar con la que él creía disponible en el Paraná. Era casi desesperado el caso de comprar nada en Montevideo, en una plaza sitiada nueve años. Yo me ingenié, sin embargo, arrastrando un impresor, prensistas y la imprenta que le compré al mismo por precios cómodos, gracias a mi conocimiento

práctico del negocio; y aunque la prensa era enormemente pesada, yo la tomé, seguro de obviar a todas las dificultades. Embarquéme en el *Blanco* hasta la Colonia a donde estaba el barón de Caxias, para quien llevaba recomendaciones del señor Carneiro Leão, como las tenía del general Urquiza para el almirante Grenfell. Gracias a ellas, el Almirante nos dio pasaje en su vapor, y alojamiento en la cámara a Paunero, Mitre y a mí. Dos días después estábamos en el río Paraná con cuatro vapores, e incorporándonos luego tres buques de vela, la escuadra se dirigió a forzar el paso del Tonelero, fortificado y artillado por Mansilla. Esta expedición tenía para mí la novedad de su carácter guerrero, el interés de examinar el río y la buena fortuna de tratar casi con intimidación al valiente Almirante, rival digno de Brown, quien le hizo perder un brazo en la batalla naval en que la *25 de mayo* fue desmantelada gloriosamente. Había servido con Cokrane en Chile, hablaba bien el español, y a su rango y dignidad añadía las maneras de un *gentleman*, y las atenciones perfectas de un hombre cultísimo. La víspera de acometer la posición de Tonelero fue, como debe ser siempre en los buques de guerra la víspera de una batalla, un día de agitación casi solemne por el silencio con que se hacían los preparativos, sólo interrumpido por las señales de órdenes de unos buques a otros, y el ruido de balas, metralla y demás misiles que se aglomeraban al pie de los cañones. La mañana del combate nos pusimos topos de parada, y el Almirante, en nuestra calidad de oficiales superiores argentinos, nos dispensó el honor de permanecer sobre cubierta, pues todas las tropas de desembarco y los oficiales descendieron a la bodega. El río tiene un canal determinado que pasa a tiro de fusil de las barrancas del Tonelero. A poco andar divisamos las masas rojas de infantería de Mansilla distribuidas en pelotones. Más tarde descubrimos otras que estaban parapetadas de prominencias o de zanjones.

Llegados a la altura de las baterías pudimos contarlas una a una, y ya habíamos pasado cuatro cañones cuando vimos galopar un ayudante con la orden de hacer fuego. Cuento estos detalles para mostrar la miseria de nuestros medios de guerra y la impericia de los bárbaros para el uso del cañón. Cruzáronse ochocientas balas de cañón, que deben tasarse a doce pesos por tiro, y en todo el combate de cincuenta y cinco minutos que tardó la escuadra en pasar, hubieron tres muertos, dos heridos, y cinco balas metidas en los cascos. Mansilla había preparado una batería de balas rojas que no incendiaron sino unos malos sacos de fariña y harpillera de a bordo, que fue apagada en el instante. Mansilla pasó un parte pomposo a Rosas, mientras que Grenfell dijo apenas lo sucedido; a saber, las disposiciones tomadas y el paso efectuado, pues no se trataba de otra cosa. En el parte tuvo la atención de nombrar a sus huéspedes, como parte de los combatientes, cosa que no pude hacer yo en el *Boletín* del ejército, por evitar ponemos en evidencia.

Más amenazante, más pintoresco y más inofensivo se presentó el paso del Rosario, cuyas alturas divisamos desde lejos coronadas de tropas.

El canal del río se dirige hacia la barranca a poca distancia del Rosario, la villa se mostraba a nuestras miradas, las puertas de las casas llenas de gente atraída por la novedad del espectáculo. Los cañones de los vapores eran inútiles, dominándonos la infantería desde lo alto de la barranca a tiro de pistola. La infantería alemana, ciento setenta en número, y los únicos que se hallaron en Caseros, pidió por favor que la permitiesen guarnecer el puente, menos por sed de gloria y de combates que de miedo de volver a la bodega y derretirse de calor como les había sucedido el día anterior. El batallón de milicia del Rosario, que podría haber saltado a la jarcia, tan cerca desfilábamos por su frente, permaneció inmóvil, ahorrando así el derramamiento inevitable de sangre esta vez. Aquel batallón se componía de nuestros amigos y lo probó diez días después. Cada soldado palpitaba, pues, de placer de vernos pasar y convencerse de nuestra fuerza y superioridad.

Llegamos al fin al Diamante o Punta Gorda, punto de reunión del ejército para efectuar el paso del Paraná. Llevé a Paunero y a Mitre a presentarlos al General. Mientras ellos eran introducidos, Elías me dijo: Ayer no más hablábamos con el General de U. Ya

no llevará imprenta, porque las marchas serán muy rápidas. - Y traigo imprenta y muy pesada, pero todo se allanará. Más tarde entré a saludar al General. Ofrecióle a Paunero hacerlo jefe del detall de la división de caballería del general La Madrid. En aquellos ejércitos el jefe del detall, donde no hay otro detalle que repartir tabaco, es un comandante que sabe poner un parte. Paunero no había querido aceptar un ministerio que le ofrecían en Montevideo, y era uno de los candidatos para la Presidencia, en su calidad de hombre desligado de los antecedentes de los partidos. Paunero fue, pues, anulado y oscurecido en toda la campaña, en que fue mero espectador, porque realmente no tenía funciones. Hoy es jefe del Estado Mayor en su país, que es una alta y digna posición.

Al día siguiente me presenté a dar cuenta de mi comisión y apenas entraba el General me dijo en tono de reproche: Ahí ha traído U. una imprenta pesada contra mis órdenes. - General, no he podido evitarlo. Yo me permití indicar a U. Exc. que la imprenta debía ser en extremo liviana; si no he hecho lo que sabía que se necesitaba, es porque no había en qué escoger. - Sí, pero UU. (los unitarios sobreentendido), gastan el dinero sin mirar para atrás. Por eso nunca han hecho nada; yo con poco hago mucho. - Señor General, en materia de imprenta soy autoridad: he comprado por los precios de Europa dando una buena utilidad. En tiempos ordinarios habría sido una buena compra. - No lo digo por U., añadió cambiando de tono, viendo que me defendía palmo a palmo.

Esta recepción tan poco cordial me dejó turbado, ¡tan amigable fue nuestra separación en Gualeguaychú, tan reservado había sido en Montevideo, con tanto entusiasmo me había preparado para la campaña! Y esto coincidía con el cambio de rol, más bien con aquel chasco que acababa de experimentar Paunero. Una causa general debía obrar en esto.

Nuestra permanencia en el Diamante duró ocho días. La mejor casa de la plaza me había sido preparada para mi recepción por recomendaciones de Gualeguaychú. Todos los días me presentaba en el cuartel general a pedir órdenes, no introduciéndome a la presencia del General sino por causa determinada.

Me fueron presentados varios jefes, o lo fui yo a ellos. Trabé relaciones con el Dr. Pujol, que fue mi compañero inseparable de campamento. Seguí no procuró verme, cosa que me hizo sospechar que había algo de real en aquella frialdad del General; porque estos palaciegos son verdaderos termómetros que miden el grado de favor de cada uno. Después me contó Pujol un dicho de Galán que indicaba lo mismo. ¿Sabe U., le dijo por mí, que este hombre no corresponde de cerca a la reputación que tiene de lejos? Yo le expliqué el caso a Pujol diciéndole una majadería de mal género pero risible, que me sacaba de apuros.

Estaba tan enamorado de la situación del Diamante, y sobre todo de la magnificencia y grandiosidad del panorama que domina, que denuncié cuatro sitios con nombres diversos, entre ellos el de Mitre y Garrido, para venir a establecerme. Ni en la villa ni en los alrededores, la tierra tiene precio, y hasta largas distancias cubierta de pasto duro y amargo, es sólo buena para la agricultura. A ocho leguas de la Bajada, y en la costa opuesta el Santa Fe, el Rosario, San Nicolás; Buenos Aires y Montevideo a la entrada del río, doscientas leguas de islas de naranjos, duraznos, pasto y leñas para carbón, una colonia europea en el Diamante prosperaría asombrosamente en pocos años. Y la colonia estaba pronta. Una palabra bastaba para hacerla venir de la Alsacia. El capitán Catemaut de la división francesa expedicionaria, naturalista aficionado, y hombre lleno de entusiasmo por los países que había visto y el porvenir inmenso que les presagiaba, había pedido su retiro del servicio para consagrarse a promover la emigración de sus compatriotas de la Alsacia, gentes extremadamente laboriosas y sobrias, amontonadas en un país estéril e ingrato. Mis escritos sobre emigración y sobre los ríos le habían vuelto el seso, y casi llorando me pintaba en Montevideo la felicidad que se reservaba para su vejez, viviendo a orillas del Paraná, en medio de los labradores que habría por millares hecho felices, transportándolos a América. Escribióle al General una memoria, a que las

exigencias de la guerra debieron naturalmente estorbarle contraerse; y partió para Europa dejándome instrucciones para dar pasos en favor de su fácil y realizable idea.⁹ El Diamante podía ser este centro de emigración. La escasa población que contiene es pobrísima e incapaz de desenvolvimiento, a causa de su ineptitud para el trabajo, no labrando la tierra, no poseyendo industria ninguna, ni lanchas siquiera para navegar el río que corre inútilmente para ellos en su frente. Éste es, sin embargo, el núcleo de todas esas poblaciones que vegetan en lugar de desenvolverse, y el barro de que los gobiernos quieren construir ciudades, transportando de un lugar a otro, o reconcentrando la población donde esperan que se forme un pueblo. Paraná, Arroyo de la China, Concordia, Gualeguaychú, Nogoyá, Concepción del Uruguay son las ciudades y villas que contiene Entre Ríos, y alguna de las cuales, sobre todo Gualeguaychú y Uruguay, se han desenvuelto mucho en estos últimos años. Esta necesidad de forzar a la naturaleza a producir lo que no puede dar de sí da origen a mil desaciertos económicos que, lejos de propender al progreso, no hacen más que perpetuar la pobreza. Por ejemplo, es prohibido en el Entre Ríos tener panadería, velería o jabonería en grande, a fin de que las pobres puedan amasar su pancito de aldea, y hacer sus velas. Pero como entre las pobres mismas habría concurrencia, es prohibido a los almaceneros de menudeo comprar el peso de velas a menos de siete reales por peso, lo que hace que la competencia vaya a luchar en el largo y grueso de las velas. Es prohibida la introducción de harinas, para que los habitantes siembren trigo. Lo que hace que los coroneles y el general hagan muy buenas cosechas, y que de cuando en cuando se le permita a este o al otro amigo introducir sin pagar derechos doscientas barricas de harina para su negocio. Al padre de la Dolores, antes de ser la favorita, se le permitió introducir un número mayor de barricas. Para juzgar de los efectos prácticos de esta legislación, baste saber que uno de los privilegiados proveía al colegio del Uruguay, compuesto de ciento doce o catorce alumnos, con *veinte y dos* pesos diarios de pan. El pueblo y aun familias de empleados no comen pan, porque es un lujo. El General tiene molino y panadería (en que trabajan mujeres por compulsión) a media legua del Uruguay, al cargo del coronel Acosta, oriental. Así se protegen las siembras. Es prohibido a los extranjeros salir a hacer sus compras, ni de gallinas a la campaña, debiendo comprar al precio que los paisanos vengan a venderles en las poblaciones. Es prohibido a los hacendados matar yeguas en sus haciendas debiendo traerlas a los saladeros, o venderlas a los que los tienen, que son por lo general los jefes, y el Gobernador mismo. Es prohibido en fin por temporadas, a juicio del Gobernador, matar su propio ganado los hacendados en sus propios saladeros, cuando el Gobernador tiene grandes contratas de cueros en Montevideo y Buenos Aires, para hacer bajar el valor del ganado. Es prohibido en fin comprar y vender estancias sin consultar al Gobernador, que decide de la conveniencia y oportunidad del contrato. Al coronel Pacheco le ofrecía el General habilitarlo con ganado para poblar un campo. - ¿Para qué, General, si me ha de arruinar luego -le contestaba el favorecido-, prohibiéndome vender ganado cuando necesite? D. Mateo García, que posee una estancia de sesenta leguas cuadradas con sesenta mil vacas, cien mil yeguas chúcaras, y seis ingenios a vapor, se quejaba de no tener con qué pagar veinticinco mil pesos por los quebrantos que las leyes protectoras le imponían no pudiendo vender su ganado. El Entre Ríos es, pues, una grande hacienda con ganados y hombres, reglamentada y dirigida, ya por compañías de comercio, ya por leyes destinadas a producir ciertos resultados. Es la administración de Mehemet-Alí, pero sin altura, sin el concurso de la ciencia y de la industria europea, que desarrollaría recursos, explotaciones y empresas. El Entre Ríos es

⁹ ...“Comme je ne veux pas quitter Montevideo sans vous dire adieu, permettez-moi, mon cher M. Sarmiento, de vous adresser ces quelques lignes de souvenir bien amical, de vous recommander mon jeune ami, et de vous répéter encore qu' aussitôt arrivé en Alsace je m' occuperai de suite et très sérieusement de ce qui a été convenu entre nous.

“Veuillez, je vous prie, si vous en avez l'occasion me rappeler au bon souvenir de M. le général Urquiza... etc., etc... CATERNAUT. *Montevideo, 19 décembre.*”

seco en algunas partes. El Gobierno mandó a los hacendados que construyesen represas en las quebradas u hondonadas del terreno. Los trabajos se ejecutaron, a ojo de buen varón, sin ingenieros y sin estudio. Sobrevinieron las lluvias, arrastraron el lodo, y se rellenaron de tierra y ripio en un año las construcciones. Supieron entonces muy a su costa que no eran los bajos los lugares donde debían hacerse las represas.

Estaba prohibida la extracción de ganado para Montevideo durante el sitio; cuando se abrió el comercio después del pronunciamiento de Mayo, la prohibición continuó, concediéndose por gracia la extracción primero al comandante del Uruguay, en seguida al coronel Basavilbaso, más tarde a López, sobrino de la madre de Anita, y a otros. Al fin se tiró un decreto levantando la prohibición, concediendo el permiso a *los hijos del país*, es decir de la provincia, para estorbarles negociar a unos dos vascos de Montevideo que habían hecho muchos años este negocio en Río Grande y que fueron con sus buques y su dinero a Entre Ríos a continuarlo. Los licores no tenían derechos excesivos; pero habiendo establecido el General, en compañía con un español Nil, una destilación de aguardiente de palma, ginebra, etc., se subieron derechos a los licores en general.

La administración de las rentas se hace con una pureza de parte de los empleados de colectarlas que se concibe fácilmente, de la tirantez de este sistema general de gobierno; la inversión se hace según lo juzga oportuno el General, comprendiéndose en ella las escuelas y colegios que fomenta con un celo laudable, deslucido sólo por la coerción, y en los gastos de las guerras que emprende, bien es verdad que Rosas las pagaba, según las cuentas que se le presentaban. De la tramitación para invertir las rentas puede formarse idea por la cuenta que la Tesorería de Buenos Aires acaba de publicar, de cinco y medio millones de que ha dispuesto en unos cuantos meses, con este solo descargo: "por orden del General en Jefe tantos mil pesos." En el Entre Ríos, como he dicho antes, ni orden escrita queda en las Aduanas y Tesorerías. Los diarios han sido en estos dos últimos años muy fomentados, costeados por el Gobierno; y aun las letras políticas estimuladas. Al poeta Ascasubi se le dieron mil ochocientos pesos por sus poemas gauchescos, si bien al Dr. Serrano, que escribió un libro serio, *Riqueza del Entre Ríos*, fundado en datos rentísticos tomados de fuentes oficiales, y en notas estadísticas geográficas y comerciales recolectadas con suma laboriosidad, no se le tomó un solo ejemplar, y perdió seiscientos pesos que le costaba la edición, sin embargo de que no andaba parco en lisonjas.

En este desorden que causa el deseo de hacer el bien por las inspiraciones de un buen sentido mal aleccionado, entra el conato de moralizar la población por medio de castigos exagerados, extraordinarios, inauditos. El general Urquiza persigue de muerte el robo, como que es propietario acaudalado. En el Uruguay fue fusilada una mujer por robo de un cerdo de su estancia, y presa dos meses otra muy honrada por haber comprado un hacha sin cabo que le vendió un muchacho. No quiero referir historias espantosas. Pero hay un hecho que es contante y de que hacen alarde las autoridades del Entre Ríos.

Las aduanas entregan las cantidades de dinero que se les pidan por quien quiera que les diga el General lo manda y no hay más que dos ejemplares, dicen, de robo de este género: uno que robó doscientos pesos y fue fusilado y el otro que por quinientos falsificó la firma del General, y fue descubierto por el hecho mismo de traer una orden escrita, contra la costumbre en el Entre Ríos. No se roba, pues; pero el hombre ha dejado de ser hombre perdiendo toda espontaneidad, todo instinto de bien y de mal, y toda idea de justicia. Es espantosa esta propensión de los espíritus sin tradiciones sociales a arreglar la sociedad a su modo, a hacer desaparecer el mal inevitable por la creación del mal mismo, que es el desorden, el arbitrario, la injusticia en la proporción de las penas y de los delitos, en la ostentación de una crueldad inevitable, necesaria desde que se quiere obtener lo imposible. ¡Qué importa el robo de un cerdo, que remedia una necesidad, en cambio de un castigo espantoso que destruye toda idea de justicia;

EL EJÉRCITO ENTERRIANO

He hablado ya del de Buenos Aires. El del Entre Ríos merece entrar en algunos detalles, que explicarán el número de soldados que se ponen sobre las armas cuando el Gobierno lo requiere. La provincia del Entre Ríos, según los datos oficiales publicados por el Gobierno, que sólo por exagerados pueden pecar, tiene cuarenta y seis mil habitantes, de los cuales dos mil setecientos extranjeros. Es regla estadística que los dos tercios de la población de un país la forman las mujeres y los niños hasta 16 años, y del resto un cuarto los ancianos, los enfermos, y los ricos, de manera que haciendo todas estas excepciones, el Entre Ríos no puede poner sobre las armas sino diez mil treinta y seis hombres, y ¡cosa rara! el Estado del *Boletín* núm. 9 del Ejército Grande da 300 más sobre la cifra calculada por los cómputos estadísticos. El Estado, es verdad, exageraba las cifras; pero había divisiones que realmente no se presentaron en completo al Diamante. Así pues, en el Entre Ríos sale a campaña todo varón viviente propietario o no, artesano, enfermo, hijo de viuda, hijo único, sin ninguna de las excepciones que las leyes de la humanidad, de la conveniencia pública han establecido para la organización de la milicia. Los dos batallones de infantería se componen de todos los zapateros, carpinteros, herreros, sastres, albañiles, sirvientes, etc., de las ciudades y villas. Las divisiones de caballería las forma la población de cada departamento de campaña. Para reunirlos no se toman disposiciones extraordinarias. Los jefes de división mandan citar, y señalan día y punto de reunión. Nadie falta, porque nadie puede faltar, si no se expatria para siempre. Esta omisión es delito capital que se persigue sin piedad a fin de moralizar la población. En las vecindades de Landa visité una finca, en donde había una vieja viuda, de 75 años de edad, porteña, de las primeras familias que vinieron a poblar el país, en tiempo, me dijo, de la jura de Carlos IV, no sé si se engañaba. Esta señora me dijo que iban en el ejército dos hijos suyos, un entenado, y los hijos de sus hijos, y otro había muerto en la campaña anterior, y que uno moriría probablemente en ésta porque había salido enfermo, levantándose de la cama para asistir al llamamiento, a que nadie puede faltar. Los soldados de caballería se visten a sus expensas, y se presentan al campamento con dos, tres o cuatro caballos si se les pide así. Estas tropas no reciben salario nunca, ni aun cuando están de guarnición en las ciudades. Para la manutención de las tropas se provee de ganado, por una lista de vecinos del departamento, según su cupo, con devolución del cuero y del cebo. Las milicias para la campaña contra Rosas empezaron a reunirse en noviembre y principios de diciembre: las sementeras, en donde se cultiva trigo, quedaron por supuesto abandonadas. El comandante del Uruguay mandó ofrecer a un comandante de la Banda Oriental seis reales por cada peón o soldado que enviase a cosechar trigos; pero habiendo contestado éste que siendo poco salario seis reales, él pagaría de su bolsillo dos reales más, las autoridades del Entre Ríos se indignaron y no se aceptó este expediente. Supliéronlos los inválidos del ejército de Rosas, que pasaban de mil, y no dejaban por eso de estar enrolados en los cuerpos, y las mujeres de un pueblo que se llama el Pueblo, compuesto de mujeres traídas prisioneras de la Banda Oriental en guerras anteriores y se hacen servir por compulsión y con salarios no discutidos por ellas. Así pues, a cada expedición todos los trabajos se interrumpen, los talleres se cierran, las construcciones se paran, los sembradíos se abandonan a la naturaleza, supliendo esta parálisis súbita en las poblaciones los vascos e italianos establecidos en ellas, pues en las campañas les es prohibido morar, ni aun en los saladeros, salvo, sin embargo, en los del

Gobernador u otro agraciado. La fidelidad, la moralidad de estas tropas se mantiene de una manera muy sencilla. Las familias de los soldados que se adhirieron a Paz o siguieron al coronel Hornos fueron deportadas a un punto desierto a poblarlo. El coronel Hornos me dijo en la isla de Fragas que todavía estaban allí y que sus parientes se le habían presentado, empeñándolo para que pidiese al General su vuelta. La desertión tiene, o ha tenido durante diez años, pena irremisible de degüello, sea el número que fuere el de los delincuentes. En una de las pasadas campañas de la Banda Oriental un grupo de soldados había desertado con las chinas que los acompañaban. Tomados los prófugos, se dio orden al Coronel, a cuya división pertenecían, de degollar hombres y mujeres. El Coronel cumplió la orden excepto con una mujer embarazada, pidiendo se le diese tiempo de dar a luz la criatura. El General mandó en réplica dos ayudantes, uno con la orden de la ejecución y el otro con la de presenciar si se cumplía para hacer en caso contrario degollar al Coronel al frente de su tropa. No llegó este caso.

Estas crueldades son la base del sistema; sin ellas no puede haber ejército, ni levantamiento en masa. Así pues, el sistema de los caudillos puede reducirse a esta simple expresión: "un negocio de fortuna y de ambición, efectuado por la población en masa de la provincia de que se apoderan, con el concurso de todos los varones, en perjuicio propio compulsados por el terror y sostenidos por la violación de todas las leyes naturales y económicas en que reposan todas las sociedades." Los resultados no se hacen esperar muchos años. Me ha contado el general Mansilla que, cuando entró a gobernar a Entre Ríos, después de Ramírez, sólo había dieciséis mil cabezas de ganado en toda la provincia. Lafone de Montevideo hizo, después de levantado el sitio de Montevideo, explorar la campaña, y los datos que obtuvo le daban sesenta mil cabezas de ganados de tres millones que había al principio de la guerra. Facundo Quiroga extinguió ganado y población en La Rioja, y en Córdoba no han quedado cuarenta mil vacas, según datos muy fundados. Pero lo que este sistema tiene de deplorable es el consumo espantoso de hombres que hace. Impotente como ciencia, como estrategia, como táctica y disciplina, suple a su deficiencia, aumentando el número de los combatientes. Así Chile, con millón y medio a dos millones de habitantes, nunca ha puesto en campaña más de cinco a seis mil hombres, mientras que el Entre Ríos pone casi el doble a cada momento con una población de sólo cuarenta mil habitantes. Las batallas no son menos desastrosas; pues que siendo inadecuadas las tropas por falta de disciplina y de capacidad para las maniobras, para sostener un combate reñido, el desorden se introduce en las filas luego, la derrota se pronuncia, y los vencidos son entonces muertos sin piedad y los prisioneros, y aun los paisanos que no estuvieron en el combate, a fin de inspirar terror, de dar brillo a la batalla y acrecentar el renombre del caudillo, que es un *capitalito* que se va desenvolviendo, que principió por bodegonero, se hace después almacenero hasta ser banquero, es decir, gobernador de provincia, dispensador de la muerte o la vida, de la ruina o la fortuna, y aún después emprende en grande el negocio de hacerle un hijo macho a la historia, llamándose restaurador, director u otra cosa peor.

Pero ésta es la gloria de la revolución y de la regeneración argentina. Las ideas económicas han penetrado hasta las masas populares. Desde Chile y desde Montevideo hemos roto el puñal con que se degollaba al infeliz paisano para hacerlo abandonar su casa y familia e ir a hacerse degollar en los campos de batalla sin paga, sin saber por qué, sino es que si se deserta lo han de degollar tarde o temprano. Los últimos degollados fueron Santa Coloma en Santos Lugares, y los desertores correntinos en las costas del Paraná, que abordaban al Entre Ríos en número considerable mientras nosotros marchábamos sobre Buenos Aires. El general Urquiza ha proscrito después su medio de compulsión, esto es, ha desmontado su máquina. Sus jinetes peleaban por vivir en paz, cayendo Rosas; y vueltos al Entre Ríos, con el Paraná de por medio, veremos si los paisanos salen de nuevo a corretear la Pampa, porque a su general le vino un día la rabia y empezó a lanzar denuestos oficiales contra Buenos Aires, cuyos derechos había

reconocido la víspera. La última faz de la revolución va a ser la lucha entre los caudillos y sus secuaces.

PASAJE DEL PARANA

El momento de pasar el majestuoso río llegó, y el difícil, el imponderable esfuerzo de pasar los caballos empezó a efectuarse. La escena la he descrito en el *Boletín* núm. 3º, que causó una viva sensación por todas partes, y en Buenos Aires, sobre todo, donde cada cual se preciaba de reconocer el estilo, no habiendo en ello más que una escena, que, por lo grandiosa y bella, pocos acertarían a describir dignamente.

*

Cuartel General en el Diamante. Diciembre 25 de 1851

“El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer -el pasaje de un gran río por un grande ejército.

Las alturas de Punta Gorda ocupan un lugar prominente en la historia de los pueblos argentinos. De este punto han partido las más grandes oleadas políticas que los han agitado. De aquí partió el general Ramírez, de aquí el general Lavalle defendiendo principios políticos distintos. De aquí se lanza el general Urquiza al grito de Regeneración de poblaciones en masa, y ayudado de naciones que piden paz y seguridad.

La Villa del Diamante ocupa uno de los sitios más bellos del mundo. Desde sus alturas, escalonadas en planos ascendentes, la vista domina un vasto panorama -masas ingentes de las plácidas aguas del Paraná, planicies inconmensurables en las vecinas islas, y en el lejano horizonte brazos del grande Río y la costa firme de Santa Fe, punto de partida de la gran cruzada de los pueblos argentinos.

“Animaban la escena del paso de las divisiones de vanguardia la presencia de los vapores de la escuadra brasilera, y la llegada de las balsas correntinas, construidas bajo la hábil dirección de don Pedro Ferré, y capaces de contener, en su recinto circundado de una estacada, cien caballos.

Al amanecer del día 23 todo era animación y movimiento en las alturas del Diamante, en la Playa, en los buques y en las aguas.

En los países poco conocedores de nuestras costumbres el juicio se resiste a concebir cómo cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron a nado en un solo día el Uruguay, en una extensión de más de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso a vapores y buques de calado.

Esta vez el auxilio del vapor mismo hacía innecesarios esfuerzos tan prodigiosos. Embarcaciones menores pasaban de una a otra orilla los batallones de infantería en grupos pintorescos que matizaban de vivísimo rojo la superficie brillante de las aguas. El vapor *D. Pedro*, de ligerísimas dimensiones, remolcaba las balsas cargadas de caballos, pero aún no satisfecha la actividad del General en Jefe con estos medios, centenares de nadadores dirigían el paso de tropas de caballos, cuyas cabezas se diseñaban apenas, como pequeños puntos negros que interrumpían en líneas transversales la tersura del Río. Por horas enteras veíase algún nadador luchando con un solo caballo, obstinado en volver atrás a la mitad del canal, mientras que el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar en la opuesta orilla los caballos que tomaban tierra, los batallones que desplegaban al sol sus tiendas, y allá en

el horizonte los rojos escuadrones de caballería, que desde temprano avanzaban perdiéndose de vista en la verde llanura de las islas.

Daba impulso a aquel extenso y variado campo de acción la mirada eléctrica del General en Jefe que, situado en una eminencia, dominaba la escena, inspirando arrojo a los unos y a todos actividad y entusiasmo.

En medio de la variada escena del paso del Paraná descubriose al Sud el humo de nuevos vapores que llegaban conduciendo tropas; y poco después túvose noticia que el general Mansilla había abandonado los acantonamientos de Ramallo, dejando davados los cañones que guamecían el Tonelero. Los entusiastas vivos de la población del Rosario saludaron a su paso a nuestros auxiliares, y varios oficiales del desconcertado Ejército de Rosas, obtuvieron pasaje en los vapores para reunirse a nuestras fuerzas.

El 24, a las tres de la mañana, el general Urquiza se hallaba en la ribera occidental, dando las disposiciones necesarias para marchar sobre el enemigo. La operación militar que arredra a los más grandes capitanes está, pues, ejecutada, y el pasaje del Paraná, realizado por un grande ejército y medios tan diversos, será considerado por el guerrero, el político, el pintor o el poeta como uno de los sucesos más sorprendentes y extraordinarios de los tiempos modernos.

La vanguardia del Ejército Grande está ya en el campo de sus operaciones. Entre el tirano medroso y nuestras lanzas, entre el despotismo que desaparece y la libertad que se levanta, no media más tiempo que el necesario para atravesar la pampa al correr ligero de nuestros intrépidos jinetes.”

El General permaneció todo el día sentado en una silla al respaldo del rancho que servía de cuartel general, presenciando el pasaje inmóvil, inabordable, porque aun sus allegados tiemblan de acercarse a él cuando desempeña una de esas funciones en que se quiere convertir el terror en una fuerza motora, para hacer a otros, a riesgo de su vida, vencer dificultades, contra las cuales ningún auxilio inteligente se pone en juego. Los soldados nadando luchaban horas y horas con los caballos que de la mitad, de los dos tercios del río, se volvían para atrás y volvían a la ribera. Una hangada construida sobre lanchas, hacía raros viajes con sesenta caballos en cada uno, por la falta de dirección, por la imperfección de los medios de embarque abandonados a caballerizos, comandantes de cada división, etc., etc. El resultado de la fascinación mágica de la presencia del General fue que en todo el día pasaron seiscientos caballos de treinta mil que aguardaban su turno. El General pasó en la noche el río, y avanzó en las islas buscando la costa firme con los dos escuadrones que primero pudo montar.

Al día siguiente, no habiendo quien ejerciese el ensalmo del terror, se acudió a los medios vulgares, vulgarísimos de hacer las cosas, que fue encargar al general Madariaga de dirigir los trabajos, presidir al servicio de las hangadas, y se pasaron ese día dos mil seiscientos caballos. En adelante se procedió con más actividad, pues se les agregó un vaporcito brasilero para remolcar las hangadas y entonces el pasaje de a nado que era al principio como lo practican los indios salvajes, se convirtió en pasaje al vapor, cual conviene a pueblos que van a constituirse.

En el intertanto ocurrió una novedad, que nos tuvo perplejos largo tiempo. Dióse aviso que se divisaban humos de tres vapores que llegaban. Nadie podía conjeturar qué vapores eran, cómo habían forzado el paso del Tonelero, ni a qué venían.

El secretario del almirante Grenfell, no más informado que nosotros, me escribió informándome de ello.¹⁰

¹⁰ “Acabamos de saber que temos algunos vapores para la de Toneleiro querendo passar, mas que Mansilla ches tem feito fogo; tratamos de veriguar istoí que nao pode ser certo si nao por algun engano, ou novas orders do Conde de Caxias por quanto nós nao esperavamos por iso. Os vapores nao sao amados, e echam carregadas de gente, de sorte que nao dev em sós, de modo alguns, tentar passar. Como pode ser falta, bom é que se nao divulgue esta noticia. -Diciem. 23 Affonsoro 1851. - *Lucio d' Araucho*.”

La verdad era ésta. Se había convenido que el resto de las tropas brasileras que debían tomar parte en la campaña desembarcasen en un punto del territorio entrerriano, pero temiendo sin duda el general Caxias otro chasco como el de Montevideo, dio orden de venir al Diamante mismo. La prensa de oposición en el Brasil había hecho un *capital político* inmenso de la triste figura que hacía el Brasil en la guerra dando millones, marina y ejércitos para que los argentinos recogiesen laureles, y los brasileros les cuidasen los bagajes.

A los tres días de comenzado el pasaje, llega al Cuartel General, que aún permanecía en el Diamante, el aviso de que en el laberinto de las islas andaban hacía dos días seiscientos hombres perdidos, sin came, sin baqueanos, dispersos, por escuadrones, en busca del rastro de los que les habían precedido única seña y orden dejada por el General en Jefe, rastro que cayendo sobre arena, o malezas tupidas, no habían podido encontrar. Era, pues, urgentísimo mandar carne a estos cuerpos, y veinte baqueanos, lo menos, para que reuniesen las divisiones dispersas, extraviadas, y quizá acampadas, desesperando salir del atolladero. No había baqueanos; todos los había llevado el General consigo. ¿Para qué? Para nada. La cosa se remedió como se pudo, pues ya las divisiones se iban empujando unas a otras. Murieron algunos soldados ahogados y muchos picados por las rayas, pescado o demonio enterrado en el fango, armado de espinas venenosas en la cola.

Entonces nos llegó simultáneamente la noticia de la toma de Santa Fe por la milicia de la ciudad del Paraná, toma hecha sin resistencia, pues nadie quería pelear, y de la revolución del Rosario que nos entregaba un puerto seguro, casi en la frontera de Buenos Aires, adonde podíamos dirigir por los vapores infantería, artillería, bagajes. Esta revolución del Rosario, hecha por los comerciantes, la milicia urbana y los oficiales de Lavalle, que se habían asilado en aquel punto de mucho tiempo atrás, fue el acontecimiento que más preparó el buen éxito de la campaña.

Yo me embarqué en el *Blanco* con mi imprenta fulminante que balanceándose en el río había lanzado ya seis boletines, algunos de los cuales, a pedido de Pillado, para gloria eterna de su cascarón, llevan la data *a bordo del vapor Uruguay*.

EL ROSARIO

Descendimos el río, y el *Blanco* atracó a las barrancas del Espinillo, puerto intermedio entre el convento de San Lorenzo y la villa del Rosario. Descender a tierra y montar a caballo fue la obra de algunos minutos. ¡A caballo, en la orilla del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos en ondulaciones suaves pero infinitas hasta perderse en el horizonte, la Pampa que había descrito en el *Facundo*, sentida, por intuición, pues la veía por la primera vez de mi vida! Paréme un rato a contemplarla, me hubiera quitado el quepí para hacerla el saludo de respeto si no fuera necesario primero conquistarla, someterla a la punta de la espada, esta Pampa rebelde, que hace cuarenta años lanza jinetes a desmoronar, bajo el pie de sus caballos, las instituciones civilizadas de las ciudades. Echéme a correr sobre ella, como quien toma posesión y dominio, y llegué en breve al campamento del coronel Basavilbaso, a orientarme y pedir órdenes para el desembarco de mi parque de tipos, tinta y papel para hacer jugar la palabra.

Permítame el lector contar todo como ha sucedido. Si por modestia omito un detalle, no comprenderá cuanto más tarde ha ocurrido. Hay en ello más que vanidad pueril, tributo debido a las ideas y muestra clara del espíritu de los pueblos, y las esperanzas y objeto de la revolución incompleta aún. Seis personas encontré que regresaban a la villa del Rosario, los seis montados en silla, a la inglesa y sin mandil. Acerquémeme a uno, y dije: U. perdone, señor. ¿Supongo que son U. U. vecinos del Rosario? Y a un signo afirmativo: ¿a quién debo dirigirme para que se prepare una casa para la Imprenta del Ejército? -¿Es U.

el señor Sarmiento? Y con mi asentimiento todos se descubrieron, cambiando las maneras respetuosas pero indiferentes en las manifestaciones más vivas de simpatía, y me parece que algo de entusiasmo. Me dijeron que no pensase en nada, que ellos se hacían un deber de arreglarlo todo, y se despidieron llevando al Rosario la noticia de mi arribo.

Al día siguiente fuime, en efecto, al Rosario, donde me estaba destinada y preparada la casa de Santa Coloma, una de las más cómodas y capaz de hospedar veinte personas.

El juez de paz D. Marcelino Bayo y los comerciantes vecinos acudieron en el acto, y cuanto la hospitalidad más exquisita y la buena voluntad pueden, se puso a mi disposición. Un señor Maldonado vecino, me decía: Esa gente que pasa mirando es por verlo, porque todos saben que ha llegado. Sus escritos de U. los saben de memoria todos. *Argirópolis* lo tienen hasta los soldados; y los que nada han leído saben por la *Gaceta*, que es U. el enemigo más terrible que ha tenido Rosas.

Mi primera diligencia, como se concibe, a la mañana siguiente fue ir al campamento general, tres leguas distante. Dióme caballo un Mayor Rodríguez que había sido edecán de Echagüe y galopando con el mismo de guía íbame contando los sucesos recientemente acaecidos, y extasiándose en las consecuencias prósperas y felices que traería para el Rosario la caída de Rosas, y con ella el establecimiento de la libertad comercial, la navegación libre de los ríos; porque, señor, -me decía- el día que se naveguen los ríos, el Rosario se hace tan grande como Buenos Aires; porque todos los caminos vienen al Rosario, el de Tucumán, Santiago y las provincias de Cuyo. He aquí, me decía mi vanidad, *Argirópolis*, galopando en la Pampa, la economía política demostrada por estas gentes de Rosas, como las campañas de Napoleón contadas por los soldados, que no alcanzaban a ver más horizonte que el frente de su batallón.

Llegado al cuartel general me hice anunciar, e invitado a entrar en la tienda, los ojos fijos en Purvis, me senté medio de bruces, principiando por dar cuenta de los boletines publicados en ausencia del General, pero consultados con sus jefes. El General se mostró contentísimo, como nunca lo había visto: me elogió el tercero, aprobó todo, y añadió: "en adelante no consulte a nadie, ni a mí, escriba no más; va bien, me gusta. Váyase con tiento: así, como hasta ahora va bien."

Pasé entonces a consultarle los boletines nueve y diez que venía preparando, ya porque era preciso ponerse de acuerdo en las cifras de los Estados y rectificar errores inevitables en un documento fundado en datos orales que había recogido yo mismo de cuantos podían dárme los, como porque la publicación del estado de las fuerzas de Rosas podía tener sus inconvenientes, y para mí tenía ventajas que era necesario explicar.

Estos estados le dieron a Rosas un famoso chasco, en cambio del que él quería darnos, con tan poco discernimiento y habilidad. A mi vuelta a Montevideo traté de procurarme datos precisos sobre las fuerzas de Rosas y los hice pedir a Buenos Aires. Me mandaron el estado que se publicó en el *Boletín* núm. 10, como sacado de las oficinas de Rosas. El estado era forjado ex profeso para hacernos creer realmente que tenía 46.000 hombres. Para mí tenía veinte y tres mil hombres, esto es, la mitad de la cifra. ¿Cómo engañar al embustero? Presentándole nuestro estado de fuerzas, ligeramente abultadas, a fin de que hiciese el mismo cálculo, es decir, sacar la mitad de la cifra dada. Y bien nunca se ha dado chasco más completo. ¿Cuánta fuerza nos suponen? empecé a preguntar desde el Pergamino a los pasados: 14.000 hombres. Después de la batalla a los prisioneros: 14.000 hombres. ¿Al capitán de corbeta Magna, que era el confidente de Rosas en la exposición de su plan? 14.000 hombres. Esta cifra invariable era la mitad de 28, como Rosas no tuvo antes de la derrota de Pacheco más de veinte y tres mil hombres mitad de 47.000, y se cree que mucho menos. Salí, pues, de la tienda del General lleno de entusiasmo, con el corazón dilatado, disipadas las sombras que me habían alamado en el Diamante.

Nubes negras y atormentadas se iban esparciendo por el cielo. El General me dijo: va a llover, y con tono de burla: van a mojársele las plumas. Era el caso que yo era el

único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paleta en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco, lo que al principio dio lugar a algunas pullas, a que contestaba victoriosamente por la superioridad práctica de mis medios. ¿Qué está haciendo, Coronel? -Estoy componiendo el recado. - Yo no compongo mi silla nunca. -¿Quién tendrá fuego?, decía un general en la marcha. -Yo, general, y sacaba una navaja de campo inglesa, con eslabón, lanceta para caballos, y un almacén de herramientas. -Me muero de sed, decía alguno mirando mi caramañola de platina, colgada en el arzón de la silla. A los seis días de campaña, la silla, la levita y el quepi estaban debidamente respetados. Se han de reír de U., me decía uno. - Ríase usted, le contestaba yo; y nadie se ríe, cuando no hay de quién, aunque haya de qué. Esto, que parece una pequeñez, era una parte de mi plan de campaña contra Rosas y los caudillos, seguido al pie de letra, discutido con Mitre y Paunero, y dispuesto a hacer triunfar sobre el chiripá si permanezco en el ejército. Mientras no se cambie el traje del soldado argentino ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá no habrá ciudadanos. A la broma del General, pues, contesté con mi argumento favorito, dirigiéndome al arzón de la silla desatando las correas que sujetaban la manta, sacando mi paleta y poniéndome por encima una capa blanca de goma elástica que había hecho traer de Buenos Aires. No había qué replicar. Despedíme así parapetado del General cuando ya caían esas gotas gruesas como el puño que anuncian en la Pampa la proximidad de la tormenta. Llamáronme al paso de un tienda, para presentarme a Seguí, que ahora se dignaba desear conoceme. Pero yo, que no daba puntada sin nudo, lo dejé con la palabra en la boca, diciéndole: Celebro conocer a U., pero la tormenta va a descargar y tengo tres leguas por delante, metí las espuelas al caballo, rajóse el cielo despidiendo una andanada de rayos, y la lluvia descargó a punto de hacer a veces parar los caballos, incapaces de luchar con el agua que como un torrente les caía cuando llevábamos el viento contrario. En estos momentos, muy frecuentes en la Pampa, no hay hombre en pie en los campamentos nadando en agua, o acurrucado cada uno como mejor puede; y para acabar con estos detalles de mi propaganda culta, elegante y europea, en aquellos ejércitos de apariencias salvajes, debo añadir que tenía botas de goma para el caso, tienda fuerte y bien construida, catre de hierro del peso de algunas libras, de manera de poder dormir dentro de una laguna, velas de esperma de noche, y mesa, escritorio y provisiones de boca de cargarlo todo en un caballo.

El día pasó en acomodarnos. El *Blanco* echó a tierra la pesada imprenta y con rodillos y poca gente, en la tarde, la prensa de hierro colado, del peso de sesenta quintales, estaba amada y las cajas listas para funcionar.

La noche llegaba, oyóse resonar la música a lo lejos y, aproximándose cada vez más y más, entraron en las piezas de habitación de la casa de Santa Coloma el Juez, el Cura, el Comandante, seguidos de todos los oficiales, de dos sacerdotes más, de todas las personas visibles de la población, ocupando la calle, zaguanes, etc., el batallón de milicias, las mujeres, los niños del lugar. Era una manifestación, una serenata. El lector creará que la fatuidad de ser el objeto de ella se apoderó de mí. Yo no vi más que el peligro de este paso, y traté de precaverme desde luego. Algún entusiasta salió a la puerta y gritó: ¡Viva el general Urquiza, el libertador de la Confederación Argentina! ¡Viva el coronel Sarmiento, el Defensor de los Derechos de los Pueblos, el amigo del Rosario!... ¡Bárbaros! me decía yo a estos gritos a que respondía la multitud con descargas cerradas de vivas, ¡me están asesinando! ¡me van a sofocar con sus abrazos! Y los gritos seguían, y lo que era peor es que el orador popular, un militar, decía cosas muy buenas, y muy bien sentidas. Yo me acerqué al Juez, y sucesivamente al Cura, y al jefe militar, y casi al oído les di gracias por aquella manifestación. Pero la cosa se prolongaba, y uno de los circunstantes se me acercó y me dijo que todos querían oírme hablar, sin duda por aquella preocupación de Galán de creer que un autor es un libro, y que si uno coge al autor no hay más que tirarle de la lengua, para que empiecen a salir páginas, sin tomarse

el trabajo de leerlas. ¡Qué buena cosa! Pero yo pensaba en las consecuencias, y no quería largar prendas a los comentarios de la maledicencia y aun de la buena voluntad, pues los amigos hacen más mal con sus elogios que los enemigos en ciertas circunstancias. Dije a cada uno que estaba muy conmovido, que no podría pronunciar dos palabras, que estaba con romadizo, qué sé yo... porque insistían, y se dejaban estar, y la cosa se hacía pesada. Al fin, tomé el partido de dirigirme hacia la puerta, arrastrarlos hacia la calle, acompañarlos hasta la plaza, despedirlos y disolver la reunión.

Esa noche y al día siguiente Maldonado, que creo es español, y varios otros vinieron a decirme que habían quedado tan pesarosos y algunos un poco descontentos de que no hubiese querido dirigirles la palabra. Para complacerlos sin comprometerme, para probar que la prensa estaba lista en tierra, aprovechando el día, que era la víspera de un año nuevo, y la novedad de un impreso datado en el Rosario, di a componer una carta dirigida a los vecinos en que enumerando aquellas circunstancias decía que tenía el ánimo de establecerme en la orilla del Paraná.

No estaba impresa aún la carta, no había transcurrido el día, cuando me empezaron a llegar avisos. El General está echando pestes en el campamento contra Samiento. Sus edecanes entrerrianos decían: Samiento se pierde, los otros preguntan por qué, y no sabía qué decirles. ¿Qué hay? ¿Que ha habido?

A Roma por todo, me dije. La insignificancia de la carta le mostrará cómo he tomado la cosa, y lo que ello vale. Una vez impresa se la mandé con los *Boletines* siete y ocho, diciéndole entre otras cosas: “Los vecinos del Rosario esperaban a “S. Exc., y como no viniese, han descargado su entusiasmo en el primero que se ha presentado. Ahí le mando una carta con que he contestado a estas gentes, por no saber otra cosa que decirles. Estoy contento con el *Boletín*. Distrae los ocios del campamento, pone en movimiento a la población, anima al soldado, asusta a Rosas, etc., etc.” Los avisos del campamento eran, en tanto cada vez más alarmantes, los desahogos más frecuentes y cada vez más desmesurados. Al siguiente día estaba escribiendo cuando recibía oficio de Elías, que por su contenido y laconismo, pude abrazar de una sola mirada. El mayor Ascasubi que venía del campamento, a la sazón conversaba en otra pieza con Albarracín, Real y otros argentinos: miren, les dijo Ascasubi, la fisonomía de Samiento; el General le manda alguna nota rajante.

Yo me había inmutado en efecto, al leer aquel desahogo indigno de la envidia recelosa de un hombre que no sabía estimarse a sí mismo, ni comprender la altura de su posición. “El General me encarga decirle que la prensa de Chile ha estado *chillando* en vano contra Rosas. He cumplido la orden. Elías.” -¡Eh! ¡miserables!

Yo me repuse de mi emoción, me levanté del asiento, di dos o tres paseos y me dirigí adonde estaban los otros, afectando la mayor compostura y diciéndoles qué sé yo qué cuchufleta. Nadie se dio por entendido entonces de los que estaban acechando y comprendiendo, y con algún pretexto salí a la calle, y me dirigí al Paraná, en busca de la serenidad que necesitaba para obrar. El Paraná corría como siempre, solemne, en silencio, inmenso, tranquilo. ¡Oh! Cuando las vicisitudes de la vida os opriman, lector, buscad el espectáculo de las cosas que son superiores a las vicisitudes humanas; el curso de los grandes ríos, las costas del mar, el perfil de las montañas. Yo me senté en la barranca y dejé vagar mis miradas sobre la superficie de las aguas, y media hora después, mi espíritu estaba rehecho, mi partido tomado, mi respuesta acordada conmigo mismo, ante este tribunal de la dignidad personal, de la justicia hollada, y ante la necesidad de no dejar ajar en mi persona el diputado al Congreso, el publicista. Escribí tranquilamente, saqué copia y llamé a Albarracín, mi amigo y pariente; lo instruí brevemente del caso, le entregué la carta del Rosario impresa, el oficio de Elías, y el borrador de mi carta; las cerré en una cubierta y se los entregué diciéndole: guarde esto, y si algo me sucede, haga publicar las tres piezas juntas en la prensa de Montevideo. Entonces tomé el original y me fui a casa del Juez, pidiendo conductor para que llevase a Elías la comunicación que le entregaba, pidiendo que de regreso se me diese parte de la

entrega, lo que sucedió a la mañana siguiente. Albarracín no me entregó sino el día de mi salida de Buenos Aires las piezas depositadas, que son las que se registran en el memorándum. Debo agregar aquí un fragmento que suprimí en aquellas piezas justificativas, para mostrar que a este propósito de no dejarme ajar hermanaba la prudencia conveniente:

“Conociendo, como conozco, la bondad del señor General, apunto estas explicaciones sin admitirlas. Me temo que, como sucede siempre en derredor de los poderosos, hayan celillos, envidias y deseo de prevenir al señor General conmigo, desfigurando hechos o suscitando desconfianzas contra los hombres nuevos que se le acercan. Si hay algo de eso, yo estoy perdido, porque no sé hacer nada jamás para combatir esa clase de males inevitables. Al despedirme del señor General en Gualeguaychú le dije que contaba con su estimación; pero me abstuve de decirle que contaba con su *confianza* plena y entera, porque ésa es la obra del tiempo, y yo espero con el tiempo y mis actos, obtenerla sin límites, como la he obtenido siempre de cuantos me conocen.

Acaso me he preocupado sin motivo de este asunto, pero debo confesarle que su carta de U. me ha dejado helado, en medio del interés que tengo de hacerlo en mi limitada esfera, para hacer irradiarse a todas partes la gloria del señor General, y hacer admirar su nombre por el mayor número posible de personas.”

Pasamos Albarracín y yo el día escuchando los ruidos de caballos, esperando un nuevo desahogo hostil. En la tarde llegó un señor Palacios que se preparaba a partir para Santiago del Estero a fundar a sus expensas un puerto en el Paraná, para cambiar el frente de su provincia y hacerla fluvial y me pedía datos y consejos sobre la ejecución de la empresa de que me creía su inspirador. Este señor venía del Cuartel General, y a poco me dijo: ¡Cómo lo quiere a U. el General, señor! Nos ha dicho a todos que es U. un patriota, un hombre honrado y el que goza de su más completa confianza, y ése, añadió, ¡no es *salvaje unitario!* Nos quedamos mirándonos con Albarracín, cada uno midiendo este insondable abismo de la miseria humana. Palacios me contó entonces, cómo cada uno de los circunstantes había abundado en el mismo sentido, y por tanto tocándole sin saberlo la llaga, con *Argirópolis*, *Sud América*, el *Boletín* y la carta del Rosario. Al día siguiente, para fingir que nada quedaba, le escribí a Elías, pues habiéndome contestado éste a una carta dirigida al General, creí no continuar en aquella práctica como antes, diciéndole que se me diese autorización para procurarme carretas, que yo respondía de llevar la imprenta al paso de la artillería volante. ¡Qué sujeto!, dijo el General delante de los circunstantes, dígame que no. ¡Quedaba, pues, fuego bajo las cenizas! El padre de la Dolores llevaba seis carretas de negocio, él dos de equipaje, Virasoro una de forrajes y víveres, sesenta los brasileros, y sólo la prensa no podía marchar al paso de las otras carretas. El ministro Pujol, que no sabía nada de esto, me escribía en respuesta a otras diligencias que practicaba:

“*Espinillo*, enero 7 de 1851. -Amigo querido. El asunto de la carreta para conducir la imprenta está allanado -era imposible que dejásemos nuestro más poderoso ariete, pero ariete de construcción y de vida; he sentido ver alguna frialdad a este respecto en hombres como el señor Galán.”

Y cuando Galán no aprueba una cosa es porque él sabe cómo la toman más arriba. ¿Hubo realmente el propósito de abandonar el *Boletín*, precisamente porque era la única novedad, la única fuerza activa del campamento? Mi habitación en el Rosario, estaba asediada de ayudantes de todos los ejércitos aliados en demanda del *Boletín*. Cuando iba al campamento del coronel Basavilbaso, el brazo derecho de Urquiza, me decía: hágame el favor de aguardarse, que he prometido a varios jefes brasileros presentárselo; otras veces: hay emigrados de San Nicolás, que quieren conocerlo, etc., etc. De los boletines, de cincuenta que le mandaba al principio, convenimos en mandarle doscientos en adelante a él para satisfacer la demanda, y hubo *Boletín* que a mil ejemplares se agotó. Los jefes de las divisiones de Rosas se los leían a la tropa; los soldados que sabían leer

iban a deletrearlos en grupos, y el General cuyos elogios, cuya gloria hacían esos *Boletines*, se mordía de cólera, y trataba de humillar a quien tanto quería hacer por él. A Ascasubi le encargaba hacer versos gauchescos, y le daba por ello dinero y a mí me decía: “¡este Ascasubi cree que él es quien hace la campaña con sus versos!” Servirse de dos y ajarlos, he aquí el sistema de los caudillos; pero yo había estudiado a *Facundo* y jurado servir bien y hacerme respetar, y conseguí lo uno y lo otro.

Elías me contestó que el General hablaba de mí con aprobación, y entonces era necesario volver al Cuartel General. Para hacerlo tomé mis precauciones. Escribí en un papelito: el perro Purvis va a mordeme hoy, se lo mostré a cuatro testigos y me lo eché al bolsillo. Yo sabía de memoria mi barón de Grati, mi ángel Elías, y me dirigí al campo. Llegaba en un momento fatal. Estaba para moverse el Cuartel General, y el General para acelerar el movimiento estaba sentado a la puerta de su tienda, con el sombrero calado hasta los ojos. Alguien vino a hablarme de los rumores del campo, y lo hice apartarse, para no ser observado. Dirigíme a la tienda de Elías, y justificando al General me dijo: “No haga caso; si es así el General; dele palo a Sarmiento, me dijo, y le escribí a U. Con que a mí, muchas veces me han sucedido cosas peores. Mal de muchos...” Un poco orientado acometí la descomunal empresa de atravesar sesenta varas de terreno despejado que mediaba entre ambas tiendas, solo y en línea recta a Purvis y al taimado Moisés. No he tenido excitación igual nunca. Debía ostentar una serenidad perfecta, si no quería desbaratar mi obra, y la sangre me venía y se retiraba a borbollones del corazón. A pretexto de elegancia llevaba la espada de cierto modo, de manera de que la mano derecha, esta vez sin guante, anduviese frotándose con el pomo. ¡Ah! ¡Purvis! ¡no sabes de la que te escapaste! Purvis gruñó a mi aproximación, y un movimiento del General pareció decirle: aún no es tiempo. -¿Cómo está, señor General? -Bueno, siéntese. -He preparado dos *Boletines*, el 11 que ya está publicado con una carta de Arroyo Pavón sobre los pasados. -Eso es falso, y yo no quiero que mientan en mi nombre. -Señor, es un parte del comandante Zevallos al Juez de Paz. -No es cierto el hecho, y no debe U. recibir, ni de Elías sino de mí, los documentos. -Anteayer había escrito al señor Elías indicándole la necesidad de tenerme al corriente oficialmente de los sucesos por temor de incurrir en errores.

El *Boletín* 12 está en prensa y contiene un documento del Gobierno de Corrientes prohibiendo las requisiciones forzadas de ganado, para darles a los hacendados de la campaña de Buenos Aires seguridades sobre las ideas y conducta del señor General. -No: eso no se publica; porque me deja en ridículo a mí que soy el Jefe del Ejército. -Va precedido de algunas palabras explicativas. -No, no quiero. -Bien, señor, no hay más que hablar de ello. Hay tiempo de retirarlo. La conversación cayó, y yo traté de despedirme. -Qué ¿ya se va? -No, señor, voy a dar una vuelta en el campo, y pasar a la división Palavecino en busca de mis caballos, que me trae el caballerizo Sosa.

Escabullíme, pues, y a la vuelta de un matorral salté en mi caballo y gané la Pampa con mis asistentes, dejando dilatarse aquel corazón, aquellos tendones, aquellos nervios, tirantes por más de un cuarto de hora de miedo.

Pero después de mil ocurrencias de detalle llego a casa, y encuentro tirado el *Boletín* número doce. Mandélo a Elías diciéndole lo ocurrido y que se lo mostrase al General, para ver si el exordio allanaba las dificultades previstas: en él se decía que los satélites de Rosas fugarían “cobardemente en presencia de la invencible espada del general Urquiza, quien no ofrece fortunas a nadie para que apoye la causa que defiende, sino dar paz a la República, asegurar las vidas y propiedades de cada uno, a fin de que el Congreso, elegido libremente por los pueblos, dicte las instituciones que más convengan para promover el engrandecimiento de cada fracción de las que llevan el nombre argentino.” Merced a esta jaculatoria recibí orden de publicar el decreto de Pujol en que estaba condenado el sistema de requisiciones de ganado.

El Gobernador y Capitán General de la Provincia

Considerando:

1º Que el pastoreo en la Provincia es el ramo que principalmente mueve el comercio, como que es su más valiosa producción

2º Que de su fomento y progreso es que debe esperarse originariamente la prosperidad y engrandecimiento de la Provincia.

3º Que la paralización del comercio no tiene ni puede tener otra causa que la decadencia del pastoreo, por efecto de la dilatada guerra que ha pesado casi exclusivamente sobre él.

4º Que es justo, urgente y necesario dar a este ramo la protección que demanda imperiosamente el derecho de propiedad y la conveniencia pública en todos respectos, cualquiera que sea el estado del país, y cualesquiera que sean los sacrificios que deban hacerse para conseguirlo.

5º Que la protección más eficaz que puede dársele es consignar de hecho la inviolabilidad de la propiedad rural, descargándola en cuanto sea posible de la contribución forzosa de las haciendas que consumen las tropas de la Provincia.

6º En fin, que a este objeto la autoridad pública debe emplear toda su energía y medios a su alcance. -En uso de las facultades de que se halla investido, ha acordado y decreta:

Art. 1º Queda severamente prohibida la contribución forzosa de haciendas, que con título de auxilio se exige a los hacendados para consumo y servicio de las tropas.

2º Dentro de 15 días siguientes a la publicación del presente decreto, los Comandantes Militares de los Departamentos remitirán al Gobierno un presupuesto del consumo ordinario y estrictamente necesario de la carne que el Estado debe hacer en el de su cargo.

3º En vista de ello, el Gobierno proveerá a las Comandancias de los fondos necesarios para el pago de las haciendas al contado.

4º Los Comandantes son obligados a remitir al Gobierno, al fin de cada trimestre, una relación de las haciendas consumidas, y comprobada con los recibos en que harán constar precisamente los precios, las especies y las marcas.

5º Ningún hacendado podrá ser compelido a entregar hacienda de especie alguna si no le es abonado su valor corrientes. -En el caso de duda sobre éste, y de no haber exceso notable, se estará al precio puesto por el vendedor.

6º El hacendado es libre de vender a su elección, la carne sola de la res, recogiendo la piel, o vender una y otra.

7º En el caso de que algún movimiento militar exigiese urgentemente el concurso de alguna hacienda vacuna o caballar, la autoridad Departamental competente podrá exigirla proporcionalmente de los hacendados vecinos, sin el previo abono si no tuviese fondos para hacerlo, muniéndose del correspondiente recibo, y ocurriendo al Gobierno por la cantidad necesaria para verificarlo.

8º Cuando se destacasen partidas de fuerza amada, dentro o fuera del Departamento, el Comandante proveerá de la manera en que deban abonar el consumo.

9º El Gobierno expedirá una circular a los Comandantes y demás a quienes corresponda, en que dará con individualidad las instrucciones conducentes, a que sea estrictamente observado lo dispuesto en el presente Decreto.

10º Los Comandantes Militares son personal y severamente responsables de cualquier atentado contra la propiedad particular cometido por ellos o sus subalternos.

11º Publíquese, comuníquese y dése al Registro Oficial.

BENJAMÍN VIRASORO

Juan Pujol

El Dr. Alsina me había recomendado en Montevideo tranquilizar a los hacendados sobre las exacciones de ganado que eran la llaga irritada de las campañas. El decreto del Dr. Pujol poniendo coto al mal en Corrientes, me suministraba ocasión, y la carta a Santa Coloma que publiqué también, un fiel relato de aquel sistema de expoliaciones.

“Estancia del Honor,¹¹ 5 de agosto de 1852

Señor D. Martín Santa Coloma:

Mi querido y apreciado Coronel: No puede U. figurarse el placer tan grande que tengo al escribirle ésta que me alegraré lo pase sin la menor novedad para lo que U. disponga mandar; el motivo de no haber escrito a U. antes, ha sido por esperar la conclusión de la yerra, que ya se ha concluido, por lo que doy cuenta a U. de todo lo ocurrido; el Sr. D. Francisco Seguí se ha portado perfectamente bien conmigo, y con toda la gente que acá en la población está y ha estado en el trabajo de la marcación y demás, nos ha auxiliado con todo lo que nos ha hecho falta y nos ha mirado con la mayor distinción y respeto, y me ha dicho en su retirada que le diga a U. que a los hombres que han estado trabajando de la vanguardia no ha tenido cómo gratificarlos, por lo que le doy cuenta a U. y le mando una lista de los individuos, y al mismo tiempo recomiendo a U. los hombres que se han portado y que han trabajado con sus caballos, que son: Gabino Castro, Tomás Pérez, Andrés Acosta, Eusebio Maldonado, Francisco Romero; Arias Escobar y Rojo han trabajado a pie; y el capataz Manuel Álvarez también nos ha ayudado con su persona y caballos hasta la conclusión del trabajo; y todos los soldados que pertenecen a la División se han portado perfectamente y han servido con toda puntualidad y obediencia, por lo que se los recomiendo a U. y juntamente a la Sra. Doña Juana, la mujer de Gabino; Mauricia, la mujer del sargento Moyano, nos ha servido y nos sirve hasta la fecha, y todos los demás vecinos, como U. lo presencié el primer día. También doy parte a U. de los cueros de garra que existen en la población; de los animales que se han muerto y de los que se han carneado para el consumo son sesenta. Entregué a D. Francisco sesenta y siete caballos de los que tenía a mi cargo, con nueve que me entregó el capitán Maldonado.

El señor D. Agustín Cardoso es el que ha quedado acá desempeñando las funciones de D. Francisco Seguí por orden del señor general Mansilla, de lo que U. ya estará enterado, según yo estoy impuesto. Mas como es deber de mi obligación dar parte a U., y creo que este hombre es bastante inteligente según lo que hemos conversado, en fin, U. dispondrá sobre todo lo ocurrido. -Y sin más que esto reciba U. los más finos recuerdos de todos los compañeros; los míos los tomara a medida de su deseo y en su persona a su Señora y demás compañeros de armas de la benemérita División a que tengo el honor de pertenecer.

Súbdito y subalterno que le ama de corazón,

Lucas Barbosa”

“P. D. -El capitán D. Prudencio Arnold se ha portado y porta como verdadero amigo de U.”

Cansado de luchar con estos inconvenientes que me salían de donde menos los esperaba, resolví no hacer nada sin orden expresa, y durante cinco días la prensa reposó

¹¹ Se supone que esta *Estancia* era una que tenían a media con Echagüe.

en un estudiado silencio. Entonces recibí una carta de Elías que principiaba así: “Puesto que U. quiere publicar *Boletines*, el General me previene que le envíe esos documentos que pueden servirle...” Pero yo no quería tal cosa; era una comisión que me habían dado sin solicitarla, y aceptada un deber que desempeñaba con ahínco, con ardor.

AQUINO

En la tarde del 10 de enero el teniente coronel Mitre y el capitán Forest se dirigían con otros por la Pampa hacia el occidente de los acantonamientos de varias divisiones de caballería, en busca de la División Aquino, acantonada la última muy adentro de la Pampa. Sobrevino la noche, extraviáronse de su rumbo, y vagaron largo tiempo por aquellas planicies pastosas, cuyo silencio sólo interrumpe el revolido de la perdiz que teme ser pisada por los caballos, y cuya monotonía alegran luciérnagas vagarosas como almas en pena. Al fin divisaron la blanquecina tienda del Jefe, y allá se dirigieron. Era raro, sin embargo, aquel profundo silencio del campo; oíanse las pisadas de los propios caballos sin ecos, sin otros sonidos que las hiciesen menos distintas. Forest dio voces, y las voces se perdieron en la soledad. Vio al fin hombres durmiendo, hablóles, desmontóse, removióslos, tomó a uno en fin de un brazo, y sintió humedecidas sus manos, que pasó por su camisa, y quedaron en ella estampadas las señales. ¡Era sangre! Forest montó a caballo, se reunió a sus compañeros y dijo al oído a Mitre: ¡estamos perdidos! El campo ha sido sorprendido por el enemigo, y esos que hemos visto están degollados. Paráronse, miraron en las tinieblas a todos lados, escucharon; ¡nada! Dirigiéronse a la tienda entonces, en cuyos alrededores había cadáveres. Uno era el de Elgueta, sargento de Granaderos a caballo licenciado de Chile, el otro era el de Aquino. Es, sin duda necesario tener nervios de hierro para resistir al pavor supremo de estas impresiones en que la soledad del desierto, el silencio de la oscuridad dan pavores nuevos a la muerte. Aquino y Mitre eran amigos y se habían convidado a pasar aquella noche juntos. Había sídolo yo también y negádome por mis ocupaciones. Al fin oyóse una voz firme que pedía auxilio. Era el Mayor Terrada, que había escapado amarrado, y pudo una vez desembarazado de sus ligaduras contar la horrible catástrofe. Aquino se ocupaba de arreglar sus malas conversando con Terrada, oyóse tropel, y dijo: disparada de caballos, dirigiéndose a la puerta de la tienda, donde una lanza lo atravesó a parte a parte, cayendo muerto en el acto. He aquí una historia bien corta. Otras heridas le habían hecho después y una incisión en la garganta. El semblante del cadáver tenía imponente seriedad, el ceño un poco fruncido y en los extremos de los labios la contracción iniciada de la cólera, los ojos abiertos, y aunque turbios, como si mirase, y los labios cerrados con naturalidad.

Habían además, degollado al teniente coronel Aguilar y tres oficiales más de los que habían sido de Rosas, y herido Villegas, chileno también, ascendido a alférez. Terrada tenía ya el cuchillo a la garganta cuando su asistente le dijo al asesino: “¿Por qué matas a ese diablo? sácale las prendas y déjalo.” Hízolo así el soldado, y el asistente dirigiéndose a Terrada: “arrástrese, señor —añadió— hasta esos pajonales, el primero que venga lo ultima”, y así había salvado Terrada.

Mitre regresó con sus compañeros, siete en número, y encontró en su camino una división brasilera. El rondín lo recibió a conveniente distancia, y desde allí, por una red de guardias y puestos avanzados, llegó hasta el Jefe de Día a quien dio parte de lo acaecido. De allí salió en busca de una división entrerriana de mil quinientos hombres de caballería, entró en el campo por la retaguardia, gritó, dio voces, y despertando con dificultad un soldado aquí, saltando a otro escuadrón, llegó al fin en hora y media a la cabeza y pudo dar parte al Jefe de la desgracia, tomándose luego disposiciones para recorrer el campo, pues nada más podía hacerse.

¿Cuál fue el origen de este desastre? El General sostuvo siempre que Aquino era un borracho, y que era la causa de los malos tratamientos que daba a la tropa, hasta que se sublevó hostigada por las tropelías de que eran víctimas oficiales y soldados. La sublevación de la División Aquino es el nudo del drama de esta campaña, y sin jactancia puedo decir que sólo yo sé el origen de este suceso.

Como lo he dicho antes, había vivido en el seno de esta división, navegado con ella, y estaba ligado de amistad con muchos oficiales. Sabía, pues, la historia íntima de este cuerpo. Parte de los soldados habían sido presidiarios, aunque el coronel García, hermano de don Baldomero, me aseguró después que éstos habían sido casi totalmente exterminados en la guerra oriental. El teniente coronel Aguilar era aborrecido de todos sus compañeros, debiendo entrar por algo en esto la superioridad de sus modales bastante cultos, lo que me lo hizo tomar en afición. Yo se lo recomendé a Aquino juntamente con el capitán Guardia, el mayor Aramburu, y el mayor Recabarren. El mayor Aramburu tuvo reyertas con Aquino por detalles de conducta, y se separó del cuerpo. Digo que sé todo lo que sucedía en el cuerpo porque me lo contaba Aquino por un lado, y Guardia y Aramburu me lo habían contado por el otro. Parece fuera de duda que un cabo Segovia fue el jefe de la revolución, apoyólo un mayor Aguilar ascendido desde trompa, y la tropa y oficiales siguieron el movimiento por terror. Asegúrase también que los soldados llevaban a una vista a sus oficiales. El hecho es que la División llegó íntegra a Luján, y Rosas le decretó honores, sobresueldo, y recompensas. He tenido en mis manos los cuadernos de borradores de Rosas, con los nombres de los premiados, y las cantidades puestas de lápiz al lado de cada uno, de su letra: "Don A. B., por ejemplo, teniente de la Escolta en 1836, hecho capitán por el loco, veinte mil pesos." Esta expresión, el loco, estaba repetida invariablemente en cada partida.

Pero tomemos las causas en grande, las causas lógicas, históricas, para explicar los hechos producidos por las pasiones.

Aquino lo conocieron todos en Chile, y lo estimaron cuantos lo conocieron. Hijo de una familia de Buenos Aires, confió a su espada desde muy joven el cuidado de abrirle paso en la sociedad. En 1831 lo conocí teniente, de veinte años, con una herida fresca aún en la cabeza. Fue después oficial de Lavalle, en cuyos ejércitos adquirió la reputación de valiente que no desmintió nunca. El Boyero lo había adoptado por hijo, y cuando encontraban con seis hombres un escuadrón enemigo, el Boyero le decía: venga, hijo, tome una lección, y cargaban juntos. Emigrado al Perú, tomó servicio y se distinguió por actos de valor romanesco. Era un verdadero oficial de fortuna, franco, disipado, derramando el dinero o la sangre, para satisfacer sus necesidades lujosas y elegantes, o servir sus ideas políticas. Hablaba inglés y un poco de francés, y era el amigo de gringos y yankies, de capitanes de buques de guerra y de médicos de las escuadras; y con el inglés le había venido el uso del grog, el brandi y la ginebra de que tomaba, al uso inglés todo el día, sin propasarse sino rara vez. A mí me mandó pedir dos botellas de ginebra al Rosario y no quise mandarle, conociendo las ideas del General, pero después se las procuró por otra vía. Esta costumbre dio origen al rumor de que era borracho.

Un hombre de esta clase, un jefe que en el Perú había tenido los caballos de su cuerpo a *pesebre*, recibió una división de las de Rosas, soldados encanecidos ya, habituados a cierto modo de ser inveterado. Los oficiales, en gran parte de la misma condición del soldado, camarada el jefe de su propio asistente, comiendo juntos y sin ninguna de las distinciones de a jerarquía militar. Estas tropas, ocupadas en saladeros y otras faenas hacía cinco años, apenas sabían maniobrar, y los oficiales mismos, Recabarren el primero, habían olvidado la táctica, si no son las cuatro primeras reglas, diré. Esta división no había cambiado un solo jefe, un solo oficial, elevándose los mismos antiguos de un grado desde cabos a tenientes coroneles. Aquino era, pues una anomalía, una cabeza de mármol sobre un cuerpo de arcilla. La represión dada a uno afectaba a todos, porque el motivo era común, y siendo todos amigos antiguos, y él solo el extraño al cuerpo, soldados y oficiales formaban una universal conspiración de odio, de celos, de

reprobación. Aquino cometió además dos gravísimas faltas que le costaron la vida. Jefe de brillo y de táctica, se desesperaba al tocar el arma con que debía combatir y hallarla pesada, mohosa e inmanejable. Empezó, pues, la ingrata tarea de adoctrinar su regimiento, y por lo angustiado del tiempo prolongaba indefinidamente los ejercicios doctrinales, sobre terreno desigual, con soldados viejos que casi habían olvidado todo. Su rabia era en proporción de la vehemencia de sus deseos de mejorar la tropa y la ineptitud de oficiales y soldados. Esto los exaspero mucho. La otra fue que, acampando a discreción en la Pampa, tomaba caballos de noche por estar prevenido para una sorpresa, lo que facilitaba los medios de dejar impune un levantamiento. Éstas son las causas aparentes. La verdadera causa, empero, partía de fuente más alta. Venía de la completa desorganización de aquel ejército, de la falta de Estado Mayor, venía en fin del General en Jefe, único responsable de aquel desastre y de todos los que se le siguieron.

Dije al principio que no había querido organizar Estado Mayor para que ningún jefe militar tuviese parte en el mando del ejército, y que no se creyese necesario para él el auxilio de la ciencia y de la administración, indispensable en grandes masas reunidas. Después de la batalla de Caseros decía con jactancia: Ahí tienen una batalla y una campaña hecha sin Estado Mayor; para que vean lo que necesito yo de esos generales *fundillos caídos* (clasificación que da a todos los veteranos, Paz a la cabeza). Me parecía oír a estos bodegoneros que vendiendo grasa se enriquecen y que dicen: qué me vienen a mí con libros, cuentas corrientes, balances, etc.; todas son pamplinas.

Quien crea que hay exageración en estos reproches, debe saber que en el Ejército Grande no había jefe de día, ronda rondín, patrullas, ni avanzadas; que no había orden del día, ni Estado General del Ejército, ni órdenes escritas, ni edecanes reconocidos, ni oficial ninguno de Estado Mayor. En las marchas la vanguardia avanzaba sin exploradores, reservas, gran guardia, flanqueadores, ni vanguardia de la vanguardia; y el centro en tres columnas de infantería y dos exteriores de caballería no tenía ni vanguardia, ni avanzada de noche siquiera al frente. Este lujo inaudito de barbarie y de desorden se hacía en presencia de brasileños y orientales, que en sus campos respectivos estaban en regla. No había comunicación regular por medio de los ayudantes, que de cada uno debe permanecer en el Estado Mayor para llevar a sus respectivos jefes las órdenes que se impartan.

El General se jactaba, pues, de haber descendido más abajo de las prácticas guerreras de las Pampas; pues una vez Galán, mostrándole yo la *Petite Guerre*, que es el Manual de avanzadas, me decía: los indios toman todas esas precauciones. La División Aquino se sublevó, pues, porque cada jefe acantonaba donde creía convenirle, y aquellos soldados, ausentes de su país catorce años, no podían resistir al deseo de volverlo a ver. La vista de la Pampa sin obstáculo y la proximidad de los caballos fue la única causa de la sublevación. La prueba de ello es que del lado del General en la vanguardia se fugó un escuadrón de Homos, antes de la sublevación, se le siguió un tercio de la División Susbiela, y sucesivamente de los batallones de infantería hasta la sorpresa hecha al general Pacheco, que restableció la moral del ejército porteño. Tengo en mi poder interrogatorios levantados por el señor Jimeno y tomados en Caseros, en que los oficiales pasados con tropa anunciaban los que estaban prontos a pasarse. Todo esto procedía de la falta de precauciones, vigilancia y organización íntima de los cuerpos, y el abandono de aquellas prácticas sencillísimas de los ejércitos en campaña, que alejan hasta el pensamiento de la desertión por la red de guardias, rondas, patrullas, jefes de día y otras vigías que hacen imposible o peligrosa la defección o el motín. No hubo jamás santo dado al ejército, no habiendo guardias; y tres veces me han despertado a media noche en mi tienda hombres que venían de chasques de la vanguardia y que penetraban hasta allí en busca del general Virasoro, sin haber encontrado un obstáculo, ni un centinela. Así pues, la defección se ejerció por divisiones, como la de Aquino, por escuadrones como la de Hornos, por compañías como la de Susbiela, por mitades, como la de los cuerpos de

infantería. Si los entrerrianos no desertan es porque saben que tienen casa, familia y que para después les aguarda la muerte, la ruina y la deportación de todos los suyos.

Las consecuencias de la falta de Estado Mayor fueron que, con la defección de todos estos cuerpos, Rosas, que estaba acantonado definitivamente en Palermo, avanzó hasta Santos Lugares, y sus tropas prontas a abandonarlo se contuvieron y se aventuró la batalla de Caseros en la esperanza de nuevas defecciones de que nos salvó por casualidad la sorpresa hecha al general Pacheco en los campos de Cabral.¹²

Las consecuencias de la falta de Estado Mayor fueron que, después de la batalla, las tropas desbandadas saquearon los alrededores de Buenos Aires y el 4 por la mañana vencedores y vencidos principiaron el saqueo de la ciudad, que se achacó a orden de Mansilla y motivó la matanza de ladrones en las calles de Buenos Aires.

La consecuencia de la falta de Estado Mayor fue el exterminio decretado de la División Aquino, y las escenas horrosas de Palermo que deshonraron el triunfo.

¿Cuántas víctimas sacrificadas a la realización de un capricho inaudito, inspirado por los celos y la rabia de mando absoluto?

Aquino y seis oficiales.

Cien individuos de su división aprehendidos y fusilados

Todos los muertos de una batalla, sin esta circunstancia imposible: puesto en peligro el éxito de la campaña.

Ciento y más víctimas del saqueo que nada se había hecho para precaver.

Dos millones saqueados, según consta de declaración tomada judicialmente.

Pero lo que el General no apreciaba es que los brasileros que venían con nosotros veían diariamente la impotencia y nulidad de nuestros ejércitos, a punto de tener que decir yo muchas veces al brigadier Márquez y a sus edecanes que no se hiciesen ilusión, pues que nuestros ejércitos, los que habían hecho siempre la gloria de nuestras armas, no eran esa turba inculta de jinetes y paisanos amados, que sólo eran levantamientos en masa de poblaciones indisciplinadas.

LOS SALVAJES UNITARIOS

En la primera entrevista que tuve con el General en el Espinillo me dijo que llamase a Rosas en el *Boletín* el salvaje unitario Rosas todas las veces que hubiera de nombrarlo. Se le puede probar, me dijo, que es salvaje, y unitario lo es por su gobierno. Esta vez su fisonomía presentaba señales de engaño, y como si quisiese con estas capciosidades sorprender mi buena fe. ¿Qué hacer para evitar este absurdo? ¿Cómo estar a cada momento suscitando una dificultad? Luego vi en los partes de los comandantes de avanzadas que todos traían estos tratamientos. En el *Boletín* núm. 8 puse al pie Imprenta del Ejército Grande (*casa del salvaje unitario Santa Coloma*), y en adelante, como consta de todos los *Boletines*, me abstuve de usar esta denominación, comprendiendo muy luego que había en ello un sistema y un objeto. Obsérvese que el Ministro de la Guerra de Buenos Aires, el coronel Escalada, en su prodama a las tropas de Buenos Aires llamaba después de la batalla a Rosas el *malvado*, el *degollador*, el *salvaje unitario Juan Manuel de Rosas*, para conformarse a las indicaciones del vencedor.

¿Qué secreto hubo en esta vuelta y recaída a sus antiguos hábitos y odios del General? En Montevideo no pensaba así, y más tarde suministré de ello una prueba

¹²“ Buenos Aires, febrero 11 de 1852. Mi querido amigo: un abrazo; ya no somos esclavos: la tiranía murió el 3 del presente en los campos de Caseros, a cuatro leguas de la ciudad: la batalla no ha sido sangrienta, pues los soldados de Rosas no han peleado, deseando, como nosotros, la libertad, y si no hubiese sido la defección del regimiento del desgraciado Aquino, no hubiese habido un solo tiro (*Carta particular a Chile*).”

evidente. ¿El chasco dado a Paunero partía de este principio? La fría recepción que yo encontré en el Diamante ¿venía del mismo origen? Una carta de un coronel vino a mostrarme este hecho en toda su desnudez. Con motivo de la sublevación de la división de Aquino escribía desde la vanguardia a un amigo suyo estas horribles palabras, ignorando el triste fin de la víctima: “Acabo de saber *con el mayor placer* que se le ha sublevado su división al salvaje unitario Aquino y se lo llevan amarrado a Rosas. Luego vamos a vernos libres de toda esta canallada, y pronto tendrá por allá a Ascasubi con una barra de grillos, y otros le seguirán; pues el General los trata a todos a la baqueta, etc.”

La verdad se arriesga en repetir estos hechos, pero más sería aún, si afirmase que quince días después otro jefe de vanguardia decía: yo no les tengo ganas a los mazorqueros, sino a estos picaros, dirigiendo la vista hacia mí, que estaba a pocos pasos en mi tienda de campaña. Los órganos de este espíritu pertenecían a la familia de los antiguos caudillejos, y hay cinco personas que conocen estos detalles.

El coronel Chenaut había venido desde el Brasil a ofrecer al General sus servicios, que le fueron valiosísimos en la batalla de Caseros, y Chenaut recaló al Rosario en busca de asistente y caballos, porque el General le había negado terminantemente una y otra cosa. El coronel Paunero, el ayudante Ortiz, el coronel Pacheco, aún sin colocación, sufrían en el Cuartel General esas torturas de la indiferencia, y de dicharachos soltados a designio delante de ellos. En fin, en el momento de ponerse en movimiento la vanguardia, Ascasubi y Pacheco, habiéndose bajado del caballo a beber agua, recibieron orden de marchar a pie, lo que ejecutaron en presencia de todo el ejército.

Yo permanecía en el Rosario reconcentrándome cada vez más en mí mismo, y no frecuentando sino la relación de hombres que eran mis amigos íntimos. En estas circunstancias llegó don Benigno Villanueva de Mendoza, a quien presenté a muchos jefes y le hice pasearse por los campamentos para que pudiesen juzgar del poder irresistible de nuestras amas; pero debiendo regresar a Mendoza, y teniendo plena fe en la lealtad de su carácter me abrí con él y le dije: aconseje a los amigos de Mendoza que traten de aprovecharse del momento de desquicio que va a traer la caída de Rosas, y que se apoderen del Gobierno los ciudadanos. No tienen tiempo que perder; si no el despotismo va a reorganizarse inmediatamente con los mismos hombres de Rosas. Encarguéle que escribiese a San Juan lo mismo, no atreviéndome yo a hacerlo. No sé si hizo uso de mi consejo; pero él está ahí para dar fe de ello. Otro tanto hice con un señor Martínez de Buenos Aires que regresaba a Montevideo, previniéndole que guardase el mayor sigilo sobre el espíritu que dominaba la política del General, pero que al Dr. Alsina y a López les instruyese menudamente de lo que sucedía encargándoles que si había, como se esperaba, un pronunciamiento en Buenos Aires, volasen a organizarlo, para que no se desenvolvesen las fatales consecuencias que yo preveía. López alcanzó a contestarme y tratar de quiméricas mis aprehensiones.

Así pues, todos los actos que después del triunfo tomaron de sorpresa a los vencedores mismos venían desde entonces premeditados. El General se persuadió que había realmente unos hombres que se llamaban unitarios, y en la proclama del 23 de febrero calificaba de *odiado* el epíteto de salvaje unitario. ¿Odiado por quién? ¿Qué había visto en su tránsito por Santa Fe y en la campaña de Buenos Aires que lo confirmase en sus prevenciones? El Rosario había sido sublevado por la influencia de comerciantes, antiguos oficiales de Lavalle; el entusiasmo público se dividía entre él y otros que habían llevado aquel nombre; San Nicolás fue levantado, defendido por la misma influencia. Últimamente, habiendo Rosas prodigado estos vergonzosos epítetos a sus enemigos, como todos habían concluido por serlo, todos aceptaban el epíteto y se honraban de ello. Pero lo que hacía más desastrosa esta recaída en las necesidades ridículas y ya gastadas de Rosas, era que lejos de encontrar simpatías en el ejército, suscitaban una sorda indignación entre los jefes y oficiales que estaban al mando de las tropas, cuyos dos tercios eran entre generales y oficiales superiores, y aun varios jefes de su escolta, hombres que tenían antecedentes de que se honraban, y en que persistían.

En el Rosario presencié una cosa extraña, que aun en defomidad misma, mostraba la asociación íntima que la opinión hacía de las ideas nuevas con la causa y la persona del general Urquiza. Había recibido mil atenciones de un señor Aldao, joven muy bien educado de Santa Fe, y relacionado con la familia de Cullen. Hube de pagarle la visita, y al entrar en sus habitaciones presentóme a un joven, hermano suyo quien me dio la mano con muestras de la más viva emoción, después de lo cual volvió atrás y se dirigió a una cama, se acostó de espaldas y cruzó los brazos. Su hermano me dijo con tristeza: es la catalepsia, y la emoción de haberlo visto a U. ha causado probablemente el ataque, pues tenía mucho deseo de conocerlo. Debo decir para justificar estos detalles que estaba ya muy habituado a este cumplido, prodigado por todos en el Rosario, y aun más adelante tanto, que el doctor Pujol decía una vez, interrogando a un hacendado: quiero ver si encuentro un vecino que no lo haya oído nombrar a U.

El joven enfermo se entregó luego a movimientos convulsivos, y golpeando una mano en la otra hacía el signo de caer. Es Rosas que cae, me decía su hermano. Ahora va usted a ver la serie de fenómenos que presenta esta enfermedad singular. Ahora no tiene conciencia de sí mismo, y repite todo lo que oye: ¿Cómo estás, Pedro? -Cómo estás Pedro, respondía. -Pasa una carreta. -Pasa una carreta. Hablábanle en voz baja, y repetía las frases con la misma acentuación; daban tres golpes en la mesa, y los repetía con la misma cadencia en la muralla.

Un momento después el señor Aldao me dijo: Ahora expresa fielmente todo lo que piensa interiormente. Lo que nos oculta cuando tiene el uso completo de su razón lo revela en este período de la enfermedad, en que no es dueño de sí mismo. ¿Piensas siempre ir con el ejército?, le preguntó. -¡Um! veo que es imposible con esta maldita enfermedad. Si me da a caballo, ¿quién me favorece? -¿Por qué te ha dado la catalepsia? -Es la primera vez que la tengo de placer, e indicó la causa; añadiendo cosa parecida a los vivos de la serenata de días antes, con una emoción, con detalles del rol de cada uno de los individuos asociados en su mente, que mostraban que era una idea arraigada, clara y fija. No sé qué otra transformación se siguió, pues yo mismo estaba aturdido de ver los fenómenos extraordinarios de enfermedad de que en los libros se encuentran descripciones. El señor Aldao se acercó a él y le levantó una pierna en el aire, y la pierna se quedó ahí inmóvil; levantóle un brazo y sucedió lo mismo, hasta que se los bajaron más tarde. Al pedir fuego para encender el cigarro añadió, lo ha tornado la catalepsia una vez, y ha permanecido horas en la postura de alargar el brazo, y al volver en sí ha dicho *fuego*, para completar la frase *hágame el gusto de su*, interrumpida en aquel momento. A poco se levantó de la cama, y el triste demostrador me dijo: se levanta con el uso de sus sentidos excepto uno que está paralizado. A veces no oye, a veces está ciego. Dirigióse en efecto hacia una mesa, siguiólo uno de los circunstantes, y cuando vieron que iba a llevársela por delante lo detuvieron, y lo trajeron de nuevo a la cama, en la que volvió a acostarse sin resistencia y con semblante plácido y resignado. Estaba ciego. Yo me despedí a poco, y olvido si hubieron aún más detalles curiosos.

Los momentos de ponerse el centro en marcha se acercaban. Yo había empleado a los impresores en adiestrarse en el uso de escobillas para suplir la prensa que abandonábamos por pesada, y logrado por la distribución del trabajo, imprimir diez ejemplares por minuto, reló en mano, lo que una vez conseguido, hizo decir al que antes era prensista *c'est à la mécanique*, observación que desarrugó el ceño de los demás, un poco enfadados por la tenacidad con que yo me había propuesto disciplinarlos, haciendo una verdadera táctica de movimientos precisos y siempre iguales para obtener aquel resultado. Podía, pues, dar seiscientos ejemplares por hora si necesario fuera, y con trescientos bastaba para hacer buenos mis asertos. Mis impresores eran una reunión curiosa de hombres. El entintador era un joven austríaco, desterrado de 1848, oficial de caballería y que tocaba el piano y la guitarra admirablemente: el proto era un alsaciano, más bien empresario de imprenta que impresor, muy lleno de pretensiones, a las que yo respondía imperturbablemente con ofrecerle mandarlo a la prevención. A los diez días de

marcha mi división de cuatro hombres evolucionaba como un regimiento de línea; de día armaba sus cajas en un minuto, de noche trabajaba con velas de esperma, y nunca hubo una hora de postergación de un boletín, reimprimiéndose varios de los agotados.

Quisieran que no, me procuré una hermosa carreta para cargar con mis tipos y mis alemanes, la cual marchó siempre a la cabeza del ejército, con los carretones del Mayor General, que marcaban el lugar donde debía acampar el ejército.

LA CAMPAÑA

Al saber el General la sublevación de la División Aquino, contestó con mucho acierto, que el único remedio era acelerar los movimientos. La vanguardia había partido del Espinillo compuesta de dos batallones de infantería correntina, las divisiones Palavecino, Victoria, López, La Madrid, entrerrianas, la del coronel Virasoro de caballería, la escolta, una división de Buenos Aires al mando del coronel Hornos, seis piezas artillería correntina, y no recuerdo qué otras fuerzas. Era en todo una masa imponente de caballería, apoyada en suficiente fuerza de infantería para casos de resistencia. Aun en su número como en su composición estaba en las reglas esta distribución, y la presencia del General en Jefe la daba una fuerza moral irresistible. Los brasileros habían hecho los mayores esfuerzos para obtener y obtuvieron el que un regimiento de caballería suyo fuese en la vanguardia. Fue un día de fiesta en el campo brasiler cuando se les comunicó la noticia.

El día de la marcha de esta formidable vanguardia ocurrió un suceso que debía repetirse tres o cuatro veces, en el discurso de la campaña, y uno análogo aseguró al fin nuestro triunfo. La vanguardia santafecina que estaba en número de seiscientos a ochocientos hombres hacia el sur de los campamentos, no supo que había pasado por su costado el ejército de vanguardia, y al día siguiente mandó pedir órdenes o dar avisos al Espinillo; cuidándose poco de tener flanqueadores los santafecinos, como la vanguardia, en sus costados, ni ninguno de esos destacamentos que cual tentáculos extiende en todas direcciones un ejército regular para prolongar su esfera y ver y sentir a largas distancias.

14 de enero

El centro empieza a moverse. El Mayor General se pone en marcha con diez batallones de infantería, de Buenos Aires, oriental y entrerriana, las divisiones de caballería Urdinarrain, entrerriana, Ábalos correntina y dos de Buenos Aires, Susbiela y Burgoa. La infantería marchaba en dos columnas compuestas de los orientales la una, de los argentinos la otra. La caballería marchó siempre al exterior igualmente en columnas a derecha e izquierda. No sé donde en el mundo se habría presentado país más aparente para la estratégica marcha de los ejércitos. En la Pampa pueden avanzar en batalla días enteros, de manera que por gala más que por previsión pudo marcharse según todas las reglas prescritas por el alemán Becker, y seguidas, en cuanto es posible, por todos los ejércitos del mundo.

Con ellas no hay sorpresa, desertión, extravío ni defección posibles. Los flancos quedan dominados, el frente explorado, los obstáculos conocidos en tiempo, y donde quiera que se presenten, en el acto pueden acumularse fuerzas superiores para

vencerlos. Nosotros marchábamos en masa, sin una partida exploradora de diez hombres siquiera adelante de la cabeza de las columnas, a distancia de quince cuadras.

La marcha presentó al principio dificultades de detalle como era de esperarse; había otras que se habían inventado. Por ejemplo, a los batallones de Buenos Aires se les había hecho dejar en el Diamante la mochila para aligerarlos. Rosas había agrandado el tamaño de las mochilas a punto de hacer de ellas un verdadero tercio, como había alargado la lanza de media vara, y aumentado la capacidad de la canana para añadirle un paquete; porque estos bárbaros presuntuosos a la par que ignorantes están creyendo que este arte de la guerra que desde los tiempos de Jenofonte, Alejandro, César, Federico y Napoleón se viene perfeccionando por el genio y la ciencia, lo inventan ellos violando las reglas de la dinámica, o los resultados de la experiencia de siglos. Quitar las mochilas al soldado es quitarle un contrapeso mecánico que opone al fusil, que sin eso lo maltrata; pero no es esto lo peor, sino que, independiente del desagrado de separarse de su escasa propiedad, el soldado supe a la mochila haciendo ataditos, que lleva colgados a la cintura, en el hombro, en el fusil, porque al fin en alguna parte ha de llevar lo que encuentra, lo que le dan, sabiéndose que no hay ser más rebuscón, más guardoso que el soldado. Si encuentra en la mañana un palo a su paso lo carga para el fuego del vivaque.

El día estaba nublado y adelantándonos un poco podíamos gozar, cuando la exposición del terreno era favorable, el imponente espectáculo de aquellas dos enormes culebras que marchaban paralelas, una negra por el equipo europeo de los orientales, la otra roja por los chiripás y camisetas que hacían el uniforme salvaje dado por Rosas y sus secuaces al ejército argentino, y a lo lejos de ambos lados, líneas de caballería a perderse de vista igualmente rojas, desvaneciéndose, adulterándose con el miraje que en la Pampa inutiliza al anteojo a media legua de distancia.

Como un rasgo característico del país recordaré que habiéndonos avanzado hasta un rancho con el general Virasoro, mostró deseo de almorzar, y las buenas gentes contestaron: prontito, señor, se le matará una vaca-, como si se dijera se le matará una gallina; y en efecto, creo que la vaca estaba viva todavía, y ya le habíamos comido un asado, tan pronta fue la operación.

El General Jefe del centro había recibido un itinerario de su marcha en dirección a la Cañada de Cabral. Entre mis curiosidades de campaña traía yo la carta topográfica de la provincia de Buenos Aires, levantada por el departamento topográfico y reproducida en Londres, donde la compré, por Arrowsmith, con expresión y mensura de las estancias y los nombres de los propietarios, y muy en el fondo de mis malas, otra de los alrededores de la ciudad, donde tenía la idea fija que habríamos de tener que bregar con cercas, callejuelas y quintas, para hacer entender razón a Rosas. Sacar la carta topográfica en aquel Estado Mayor compuesto del general Virasoro, un coronel Félix Gómez, tipo charrúa, y sin más ni más intermediarlos que treinta jóvenes correntinos que hablaban guaraní, habría sido exponerse a un coro universal de ridículo; porque fuera de bufonada, el idioma del Estado Mayor era el guaraní. El General, su ministro, los edecanes, una escolta de cadetes y los asistentes lo cortaban admirablemente, y no se hablaba castellano sino conmigo, y creo que con el coronel Gómez, que pertenecía a otra raza.

El itinerario era, pues, y lo fue hasta Buenos Aires verificado por el baqueano que de la vanguardia se tomaba para dirigirnos. También llevaba yo aguja de marear, utilísima en aquel piélago sin límites de la Pampa. El primer día marchamos en dirección a un árbol que se divisaba a lo lejos, cosa que más tarde me hizo notar el tiempo que perdíamos en la marcha por las desviaciones que del rumbo hacía la cabeza de las columnas por falta de objetos que sirviesen de dirección a nuestro frente, y no haber una avanzada con los baqueanos adelante para trazar el camino. Estas pequeñeces no lo son cuando se tiene en cuenta que marchan a pie veinte mil hombres, y ruedan cincuenta piezas de artillería, y cien carretas; pues no sé si el lector ha comprendido, lo que en Europa nadie sospecharía de posible: que marchábamos a campo abierto, sin caminos practicados. Así se hizo toda la campaña; pues el país no presenta obstáculo serio ninguno, ni el hombre ha creado

aquellos bellos tropiezos que se llaman cercas, alquerías, propiedad, casa, ciudad, camino. De cualquier punto del horizonte en cien leguas a la redonda puede llegarse a Buenos Aires por línea recta.

Cerca del Monte de Flores atravesamos en ángulo recto el camino de las Provincias de San Nicolás, ancho, traqueado y visible a larga distancia. El camino de San Juan, la familia, el hogar doméstico, si pudiera seguirlo al Este, en quince días, me decía conmovido, ¡llegaría a mi casa! Pero era preciso seguir al Sud, a abrir la puerta de par en par, acogotando al portero.

Acampamos a poco, la noche sobrevino y saboreé hasta tarde el espectáculo nocturno de la Pampa, silenciosa no obstante sus quince mil huéspedes, iluminada en mis alrededores por los fuegos ordenados de los vivaques, incandescente a lo lejos por el incendio que abrasaba a trechos el horizonte. Los olores de la vegetación silvestre humedecida por el rocío, el grito de algunos pájaros acuáticos, no sé qué amonías del silencio, aquella extensión infinita, dan a la Pampa, contemplada de noche, cierta majestad solemne, que seduce, atrae, impone miedo y causa melancolía. El espectáculo era nuevo para mí, y lo he gozado muchas veces sin saciarme, sin hacerme vulgar, variado por accidentes que no valen nada y que le daban sin embargo, nuevo interés y mayor encanto.

DÍA 15

Las marchas van tomando regularidad. Se da la orden de ponerse en movimiento a las cuatro de la mañana; de manera que en adelante, el Mayor General hace recoger su tienda, ensillar su caballo, monta y marcha. Nosotros, que hemos hecho otro tanto, lo seguimos: las cabezas de columna hacen lo mismo. No hay, pues, lista, partes, órdenes, y todo va bien. Este día se presentan negociadores de López, de Córdoba. Antes habían venido al Rosario comunicaciones diciendo a la circular del General: que bueno, que estaban de acuerdo. Esta vez el comisionado proponía, y se aceptó con gusto que López padre delegaría el Gobierno, en su hijo, joven, decía, de luces y muy estimado en Córdoba. Así quedaba siempre el negocio en casa. El comisionado le dijo al general Virasoro, francamente, que traía encargo de observar la fuerza del ejército. El General le dio un edecán para que recorriese los campamentos, seguro de aterrarlo con aquella acumulación de fuerzas, que daba vergüenza decir cuántas eran en verdad. La cosa quedó convenida; y para no acordarme más de esta nidada de caudillejos ladrones, anticiparé que por el Pergamino o Rojas, el general Virasoro me dijo que se había tenido noticia que una fuerza de Córdoba se movía hacia la frontera de Santa Fe. De manera que si algún quebranto sufríamos tendríamos al ilustrado López a nuestra retaguardia para cerramos toda retirada.

En los Cerrillos o sus inmediaciones conté veinte y dos cabañas miserables, desparramadas en una legua cuadrada. ¿Por qué sus habitantes no se han reunido en un grupo para prestarse el auxilio de la asociación, y hacer nacer las pequeñas industrias que mejoran la existencia? Estos seres miserables viven en el aislamiento, y sin más auxilios que los que cada familia puede proporcionarse. Acerquéme a algunas de las casas, y por la inspección de los palos de Algarrobos de las techumbres, la espesura del estiércol de los corrales, conjeturé que estas moradas habían servido a tres o cuatro generaciones, que se habían sucedido, legándose un rancho, ¡sin la adquisición de un árbol, de una muralla, de algún progreso!

Este día supe yo, positivamente, al menos la insurrección de San Nicolás, por los partes que se enviaron para el *Boletín*. Los ciudadanos de San Nicolás habían seguido el ejemplo del Rosario, y atacados por las tropas de Rosas defendíase desde las azoteas, rechazándolas Ábdon Rademil, herido dos veces, desde un cantón que defendía. Del *Boletín* 17 consta que hacía ocho días que San Nicolás estaba con nosotros. ¿Por qué no

lo sabíamos en el ejército a quince leguas de aquella ciudad? Yo oí después palabras que mostraban desagrado de estas revoluciones en nuestro favor en Buenos Aires; se me dio orden de poner *prisioneros*, en lugar de pasados, al dar cuenta de los hombres que se presentaban a las avanzadas, y en cuanto a incorporar estos paisanos armados por Rosas en el ejército, se me dijo una vez (no por Urquiza) que se les quiten las armas y se vayan a sus casas, no los necesitamos para nada. Otra vez oí: “Cuando hayamos hecho en Buenos Aires lo que queremos, entonces veremos qué hacen.” Así pues, en esta cruzada contra la tiranía de Rosas, hecha en nombre de la libertad, y encabezada por los antiguos satélites del tirano, había otro enemigo más que ellos venían a ajar ¡los aldeanos!, y era el pueblo de Buenos Aires. El general Virasoro, el general Urquiza, y los que pensaban por su inspiración sostenían que resistiría, que habría una gran batalla mucho antes de llegar a Buenos Aires. Yo guiado por el estudio de la disposición de los ánimos y los hechos hasta entonces conocidos, sostenía lo contrario. Si se habían pasado a Rosas los soldados del ejército de Oribe era porque esos habían salido de Buenos Aires en 1836, en el auge del poder de Rosas, cuyo nombre se había conservado como un mito. Los jefes que quedaron en Montevideo se le reunieron por esta misma ilusión, y su desencanto no principió sino cuando vinieron a Buenos Aires y tocaron la caducidad de aquel poder agonizante. Los que habían permanecido bajo su presión inmediata quince años, sufriendo extorsiones, expoliaciones y violencias, y era la población en masa, las campañas como las ciudades, esos nos esperaban como a salvadores. Antes de pasar el Paraná, las divisiones de González y Santa Coloma se nos pasaron en parte, y desde entonces hasta que la noticia de la sublevación de la División Aquino fue a llevar el desconcierto y el abatimiento a las poblaciones, todos los días se nos presentaban jefes y tropa a incorporarse. Cuando dejaron, pues, de haber pasados, me decían: “no ve: U. que decía que se nos iban a pasar todos.”

Sin embargo, lo que había presenciado en el Rosario, lo que sucedía en San Nicolás y lo callaban, me hacía comprender la profundidad de la revolución que se estaba obrando; rehabilitación de las clases acomodadas, resueltas en adelante a hacerse respetar por *quien quiera que fuese*, y defender sus derechos para no caer bajo una nueva tiranía. Esta convicción y esta esperanza las expuse en los *Boletines* núms. 14, 16 y 18, de que inserto algunos extractos.

“El dedo de Dios está visible y la maldición de los pueblos abrumba al tirano sangriento. Las llamaradas de los cardales incendiados por Rosas para detener nuestras marchas, apáganlas torrentes de lluvias del Cielo, cada vez que la conflagración siniestra ilumina el horizonte, y de entre sus cenizas los campos reverdecen bajo la planta de nuestros caballos. Las poblaciones de la campaña son nuestros guías y nuestros escuchas y del domicilio del tirano nos viene por horas la revelación de sus más secretos designios. Sus soldados son nuestros soldados, y sus jefes criminales, sordos al grito de su conciencia, insensibles al clamor de los pueblos, tienen asestados sus cañones, no hacia nosotros, sino contra sus propios batallones.

Setenta mil hombres entrarán en pacífico triunfo con el Ejército Grande por las calles de Buenos Aires, y cada habitante de la provincia, reuniéndose a nuestras filas, asistirá gloriosamente a la caída del tirano.

Así la humillación de tantos años de escándalos y de esclavitud sólo habrá servido para dar más brillo a la rehabilitación en la historia, y a la resurrección de los pueblos argentinos. Rosas, ¡el terror de medio mundo ayer! y hoy, solo, abandonado de todos, desaparecerá como Nerón, su tipo, sin tener, como éste un esclavo fiel que le ayude a matarse.”

Arroyo del Medio, 15 de enero de 1852

¿Dónde están las legiones que el tirano había reunido para mantener el espantoso poder que ha usurpado? Nuestras huestes recorren el Norte de la Provincia de Buenos Aires, divisando sólo polvaredas de los que huyen arrastrando familias: Nuestra caballería se ha remontado ya en las caballadas que hace diez años hace apacentar Rosas: Hoy hace ocho días a que los ciudadanos de San Nicolás dieron el grito de libertad, rechazando, por un fuego nutrido desde las azoteas, a los esclavos de Rosas que intentaban someterlos de nuevo al yugo. Mil quinientos soldados, al mando de Lagos y de Cortinas, se han disipado como el humo a la vista de cuatro escuadrones de los exploradores santafecinos, apoyados en uno solo del Ejército Grande.

El coronel Virasoro ha entrado en San Nicolás a establecer sus fuerzas de infantería, y nuestra extrema vanguardia domina un frente de más de veinte leguas.

Así pues, los primeros tiros disparados en las provincias que el Ejército Grande Libertador ha atravesado han partido de las poblaciones que se alzan contra sus antiguos opresores, o de nuestras avanzadas sobre cuerpos de ejército que huyen despavoridos, para no volver a presentarse más.

Cañada de la Ravona, enero 7 de 1852

La gloria de nuestras armas no consiste en vencer. Las fuerzas del tirano han vencido otras veces a las poblaciones amadas. La verdadera gloria del Ejército Grande es merecer el nombre de Libertador. Los pueblos que sacuden el yugo por su propio esfuerzo, los soldados del tirano que se reúnen a los nuestros, las provincias que se conmueven de esperanza y de fe en el porvenir feliz que les aguarda, he aquí el triunfo de la opinión que es la gloria del general Urquiza.

Los valientes capitanes D. Pedro López y D. Hipólito Páez y Pavón, defendiendo a San Nicolás con las fuerzas que ayer sostenían al tirano, el benemérito ciudadano D. Abdón Rademil, herido dos veces, en su empeño de defender el cantón puesto a su guarda, las autoridades todas de San Nicolás, y sus denodados vecinos, son la expresión enérgica de esa opinión, la confusión eterna del tirano y sus secuaces y la invencible vanguardia que prepara su camino al Grande Ejército.

DÍA 16

Se imprimen los *Boletines* 16 y 17 que dan cuenta de los acontecimientos de San Nicolás. Piden de la vanguardia *Boletines* para mandar a las provincias. Acampamos a las diez de la mañana en el arroyo Pavón, donde nos alcanza la artillería a las órdenes del coronel Pirán, y los brasileros toman su colocación a la izquierda de las dos columnas formadas por las infanterías argentina y oriental.

Desde el arroyo Pavón, el ejército debía tomar la dirección del Pergamino, es decir al Sud. Esta disposición nos hacía describir un arco cuya cuerda era la dirección recta a Buenos Aires, y separarnos de la costa en que venían los buques de guerra. Esta desviación tenía sus desventajas; pero era impuesta por condiciones de localidad inevitables. Todo el país intermedio entre San Nicolás y Buenos Aires está cubierto de trébol, que en enero está agotado e inútil para el alimento de los caballos. Las aguas escasean igualmente por esta parte. Los canales del Río próximo a la costa no admiten

buques de mayor calado, de manera que tenían ya que alejarse. Buscando la dirección del Pergamino se cortaban los caminos del interior, y podía tomarse una zona de campos pastosos y salpicados de lagunas para llegar a Buenos Aires casi por el Oeste. Todo este plan de campaña era visible con sus ventajas a la simple inspección del mapa.

DÍA 17

Arroyo del Medio

Este día tocamos en la frontera de la provincia de Buenos Aires que designa el nombre del pequeño arroyo que le sirve de límite. El campo que habíamos atravesado desde la Punta de la Cañada de Cabral hasta el Arroyo del Medio está cubierto, como una tupida e impenetrable alfombra, de los pastos más exquisitos, predominando la cola de zorro, la cebadilla, sin mezcla de ninguna maleza inútil. Pudiera segársele por leguas cuadradas como el heno en Europa y emparvarlo para el invierno. Los prados artificiales no producirían más. Los ganados del Norte de Buenos Aires los traen a estos campos para fortalecerlos y prepararlos a la marcha hacia las provincias. La costa del río está a diez leguas, y estos pastales exquisitos llegan hasta la barranca. Esta tierra privilegiada dotada por la naturaleza de productos iguales a los que el trabajo del hombre obtendría sólo por una labor incesante, está despoblada y lo ha estado siempre. No hay una sola casa, no hay en esta vasta extensión una sola cabeza de ganado. Los gamos son los poseedores de esta parte del territorio argentino. A cada paso que da el caballo espanta una perdiz, y este día tuve a mi mesa seis de la clase ordinaria y una martineta, que por el tamaño y la delicadeza es muy superior a las gallinas. ¿Por qué, pues, esta despoblación? Desde luego, las guerras de frontera entre López de Santa Fe y Buenos Aires, que asolaron el país durante veinte años. Después la imperfección de nuestros sistemas rurales. Una buena estancia es aquella que tiene pastos naturales exquisitos y una laguna en medio. Si no hay una laguna, el propietario se contenta con un arroyo de agua corriente. Puéblase de ganado, y una fortuna está hecha en pocos años. Si no hay pastos ni aguadas, la tierra está por demás y es un embarazo; y aun habiendo pastos, como los que he indicado, el desierto subsiste por siempre. ¿Qué sería este país, como tantos otros, que he atravesado a ambos márgenes de los ríos, caramamente vendidos por lotes de diez cuadras a familias de emigrantes, con los ríos a un paso, con aquellos pastos que son un caudal, con diez vacas y cien ovejas cada familia, con una noria para extraer el agua que está a sólo una vara y nunca a más de diez de la superficie de la tierra?

Mientras hacía estas reflexiones llega el correo de Santa Fe trayendo comunicaciones del Paraguay. El Paraguay no entra en la liga contra Rosas. ¡A buen tiempo! ¿Por qué? Porque el Presidente López tiene antes que responder a una nota de Corrientes en que hay tres o cuatro palabras según él malsonantes, y sobre cada una de ellas hace hincapié, y las ahoga en cuatro pliegos de comentarios, de suposiciones, de argucias, y de réplicas punzantes, defendiendo el honor del Paraguay comprometido en ellas, si no directa, al menos indirectamente. Tratábase de esto simplemente. El Paraguay mandó su aquiescencia por medio de un enviado *ad hoc* al primer tratado celebrado entre el Brasil, Montevideo y el general Urquiza para la invasión del Estado Oriental. El enviado llegó cuando el Estado Oriental estaba ocupado. Entonces el Gobierno de Corrientes le indicó que sería *un poco deslucido* firmar un tratado después de consumado el fin para que se pactó, invitándole a autorizar a su enviado para entrar como parte contratante en el nuevo para derrocar a Rosas. Sobre aquel *un poco deslucido* se había ejercitado la bilis patriótica del señor Presidente. ¡El Paraguay queda deslucido! y sobre este tópico seguían cuatro pliegos de los razonamientos más serios que pueden imaginarse.

DÍA 18

Pasa el ejército el Rubicón. Henos aquí en la campaña de Buenos Aires.

El coronel Echenagucia viene a verme y me describe la emoción de los soldados del antiguo ejército de Rosas al emprender la marcha, entrar en su provincia y ver ondear al centro de sus batallones la bandera azul celeste nacional que se les había dado ese día, en lugar de la azul negro con letreros de Rosas. Díjome con dolor que muchos oficiales no conocían el pabellón nacional, educados en la guerra civil, y escuchando con sorpresa y emoción las tradiciones gloriosas del pabellón argentino que ese día reconocían como el suyo. El coronel concluyó pidiéndome que publicase el acto del despliegue de banderas de todos los cuerpos de ejército, y aquellos detalles que me suministraba. El coronel Basavilbaso de Entre Ríos había suministrado las banderas. Al día siguiente circuló en el ejército el *Boletín* siguiente:

Campamento General en marcha, Pergamino, enero 19 de 1852

El Ejército Grande había acampado anoche a la orilla del Arroyo del Medio, límite de la provincia de Buenos Aires hacia el Norte. Los diversos cuerpos del Ejército desplegaron sus banderas respectivas; flotando las de las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe entre las nacionales argentinas, orientales y brasileras. Los antiguos veteranos de los batallones *Buenos Aires, San Martín, Constitución y Federación* llamados por Rosas *Rebajados, Patricios, Libertad, Independencia* veían, por la primera vez, después de doce años, la patria de donde salieron jóvenes y a la que vuelven cargados de años, llenos de cicatrices y agobiados por las fatigas. A este lado del Arroyo del Medio están sus familias, sus hogares y los lugares que los vieron nacer. Los soldados, al recoger los cardos secos para alimentar el fuego del vivaque, exclamaban con voces conmovidas y estrechando los haces contra sus duros pechos: Esto es ya de nuestra patria: pronto veremos nuestras familias. Esta mañana al asomar entre los pastos de la Pampa el disco rojizo y gigantesco del sol de Mayo, los batallones de Buenos Aires enarbolaban la bandera azul celeste y blanco en medio de los vivas más entusiásticos, y entre las patrióticas amonías de la canción nacional. El pabellón azul celeste que anunció al mundo la existencia de una nueva nación: El pabellón azul celeste que sancionó el Soberano Congreso de Tucumán, y osó adular el tirano de Buenos Aires para hacer olvidar las glorias y la libertad de la República; ese pabellón que flameó sobre los Andes y contempló el Chimborazo en Río Bamba, vuelve hoy a Buenos Aires, sostenido por sus hijos que vienen a pedir cuenta al tirano de esa patria que le encomendaron próspera y libre y la encuentran hoy miserable, envilecida y esclavizada. Vienen a pedirle cuenta, en alianza con los ejércitos de las Provincias, del Uruguay y del Brasil, de los pactos celebrados y escandalosamente violados por él; de la sangre derramada inútilmente, y de las complicaciones y guerras estériles en que ha envuelto la Confederación, con detrimento de las fortunas particulares, el progreso general y la tranquilidad interior, que sus desmanes, arbitrariedades y violencias han impedido consolidar en veinte años. La bandera que dio libertad a tres Repúblicas americanas llega a tiempo de poner su veto, a la coronación de un rey absoluto en la tierra de los libres, o lo que será nuestro oprobio eterno de una reina de farsa, en la hija del tirano.

Algunas jomadas más, y el suelo sagrado de la patria será purgado de la presencia del tirano que sólo ha logrado celebridad a fuerza de espantar al mundo con sus atrocidades, y humillar a los argentinos con sus tropelías. Pero los pueblos se alzan regenerados a las mágicas palabras de libertad, leyes, constitución, seguridad y paz

interior y exterior; protégelos la invencible espada del general Urquiza, y apóyanlos treinta mil valientes, la justicia y la venganza del Cielo.

No sé si en el Cuartel General hubo alguna crítica sobre el asunto y las ideas de este *Boletín*, que, como he dicho, me fue sugerido y pedido por los jefes del ejército. Aprovecharé, sin embargo, la ocasión para precisar las ideas a este respecto. Rosas tuvo un rencor mortal al color celeste de nuestra bandera, que adoptaron los unitarios, con Lavalle en 1828, en oposición al color rojo que Artigas introdujo en la bandera argentina en una banda diagonal. En el *Boletín* de las Leyes Patrias se registra un decreto del Congreso de 1818 que dice el color azul; pero tengo a la vista el Redactor del Congreso de Tucumán original y en las sesiones se registra esta acta:

DECRETO DEL SOBERANO CONGRESO DE TUCUMAN

Sesión del día 25 de Julio de 1816

Elevadas las Provincias Unidas en Sud América al rango de una nación, después de la declaración solemne de la Independencia, será su peculiar distintivo la bandera celeste y blanco de que se ha usado hasta el presente, y se usará exclusivamente en los ejércitos, buques y fortalezas, en clase de bandera menor, ínterin, decretada al término de las presentes discusiones, la forma de gobierno más conveniente al territorio, se fijen conforme a ella los jeroglíficos de la bandera nacional mayor. Comuníquese a quienes corresponda para su publicación. -*Francisco Narciso Laprida*, Diputado Presidente. -*Juan José Paso*, Diputado Secretario.

La costumbre, pues, está en nuestra tradición y si faltaran otros medios de verificarla, bastaría reunir un consejo de antiguos generales de la República e interrogar a Chile, el Perú y Bolivia para fijar esta cuestión importante. Pero tenemos un padrón por fortuna que nos ahorra tantas diligencias; a saber, la banda real de los Reyes Católicos de España, insignia de la soberanía castellana, y que fue la que tuvieron la sublime audacia de adoptar como bandera nuestros ejércitos revolucionarios en 1810, en que la Junta Gubernativa se instaló en nombre de Fernando VII, no queriendo reconocer la autoridad de las juntas españolas. Esta banda se compone de dos listas celeste claras y una blanca. Todo lo demás que se ha dicho sobre el origen de nuestros colores nacionales es puro mito: el hecho práctico es aquél, y si alguna vez se altera nuestra bandera no hay más que ir a retocarla en su noble origen, la soberanía popular representada por una bandera, copiando la soberanía real representada por una banda. Hay en esta versión hecho histórico, verdad lógica, y propiedad que nos envidiarían muchas naciones. El ejército, pues, es el depositario de aquella gloriosa tradición, y aún hay documentos que pueden acreditarla. En el *Monetario de Vosgien*, publicado en Francia, en 1825, la bandera y la cucarda argentina están pintadas con colores celestes, a diferencia del azul, que predomina en todos los otros pabellones. Más adelante veremos la importancia y oportunidad de estas indicaciones.

DÍA 19

Empieza a animarse el paisaje con grupos de árboles negros aquí y allí en el horizonte, decorando una casa de azotea que, por su blancura, contrastaba

graciosamente con el ocre verdoso de la Pampa, el macizo de vegetación, y el azul del cielo. Llegamos la noticia de la derrota de Arnold, jefe de Echagüe, que se retiraba a Buenos Aires con los restos de la división de Santa Coloma desde Santa Fe. Ya habíamos tenido antes la derrota de Cortinas cerca de San Nicolás. Pero estas derrotas y muchas otras que ocurrieron después eran sin combate. El enemigo veía acercarse nuestras divisiones de avanzada, y fugaba. La derrota de Arnold tenía además un carácter peculiar a esta campaña. La víspera había domido la división del general López, nuestra, al lado de la de Arnold, ambas fuertes de ochocientos hombres y no se habían sentido la una a la otra, no obstante estar acampadas a una legua. Es muy engañadora la Pampa; pero tenía a quien engañar esta vez. La corrida se emprendió al alba, y el general López mostró sagacidad y valor.

DÍA 20

Pergamino

El veinte llegamos al Pergamino, adonde tuve que entrar a preparar una carpa para la imprenta. Éste es un villorrio miserable, desaliñado cual no había visto ninguno hasta entonces, camino de las Provincias a Buenos Aires. Los cercos de las casas y solares de cactus forman un valladar impenetrable. Toda la población varonil había sido forzada a retirarse, incluso los comerciantes, excepto los *extranjeros*, españoles, franceses, vascos y portugueses, todos en corto número. Esta vez se me presentaba por la primera vez el hecho que veía desde Chile claro, las garantías civiles existiendo en la República Argentina para los *extranjeros*, al mismo tiempo que a los *titulados* nacionales, se les esquilma, mata, y arrea cual ganado en las guerras de los naturales. Como en Entre Ríos no había quedado un varón si no era vasco o carcamán, así en el Pergamino no había sino franceses o españoles con quien entenderse. A un vasco comerciante compré las telas de que había menester, un francés me labró los palos para amar el toldo, y muy bien les supo el dinerillo que no esperaban tocar de mano de gente amada.

Había pavor, y el dueño de casa me preguntaba con inquietud qué gente traíamos, hasta que lo hube remontado un poco y osó manifestármeme. Por allí había pasado hacía diez días el escuadrón de Homos, y más tarde Gainza, Robledo (Pillico) con los caballos y despojos de Aquino. Estas apariciones siniestras habían hecho caérseles el alma a los pies a todos, y nadie hablaba conmigo, sino con una prudente reserva.

A poco se presentaron tres jóvenes del Pergamino que se habían escapado de las fuerzas que iban reconcentrándose para Buenos Aires, y los mandé a sus casas. Más tarde se me apareció un viejo de setenta años, blanca la cabeza y cerrada de cabello como un faldero, y como un faldero tenía los ojos de lacrimosos. Contaré la escena por lo cómica, y para mostrar el disparate de Rosas en las reclamaciones a son de tambor mandadas a Chile contra mí. -¿De qué Sarmientos es U., señor? -De los de San Juan, señor. -Sí; ¿pero de cuál de ellos? Yo conozco a Tomás, a José, y muchos otros que ya han de haber muerto. -Soy hijo de don Clemente. -¡Clemente! Clemente, ¿uno alto, que tenía una quemadura en la frente? Hace muchos años que viaja para Buenos Aires. -Ha muerto. -¡Pobre Clemente! -Y (*acercando la silla y echando una mirada en torno*) ¿qué es del otro? (*haciendo señas para el lado del Oeste*). -¿Cuál otro, señor? (*acercando la silla y marcando las palabras*). -¡El de Chile! -Soy yo, señor (*meneando la cabeza en señal de no haber sido comprendido y acercando la silla*). -¡El que escribe! -¡Bien señor soy yo! -Su paciencia se agotaba, acercó más la silla y me lanzó en el oído la bruta parola: -¡El que ataca a Rosas! -Tampoco pude contenerme de reírme. Explicándole menudamente el caso, cómo había venido, etc. Entonces el anciano empezó a retirar su asiento y mirame con ternura; pero creo que con menos interés; ¿Le sucedía lo que a Galán?, jera yo un pobre diablo!

En la tarde se movió el campo y tuve que alcanzarlo desde el Pergamino donde yo había quedado. Esta vez el incendio de los cardales, que por todo el horizonte nos precedía, sucedió al ejército, y tuve ocasión de pasar un minuto al menos entre las llamaradas de uno y otro lado del camino. Rosas hacía quemar los campos para desemboscar los desertores que se escondían por millares entre los cardos y caballos que ocultaban los propietarios. El calor era sofocante, y las bocanadas de humo venían por momentos a cegarme.

El ejército acampó en la Florida, estancia que fue de los Rojos, hoy del general Mansilla. Dos o tres paraísos sombreaban la casa compuesta de dos habitaciones. ¡Qué barbarie en la explotación de la propiedad rural! Sin exageración ninguna la campaña de Buenos Aires es el país más atrasado de la tierra, si no se le compara con las otras provincias pastoras.

Los caballos de todo el ejército durmieron esta noche sin cenar, porque no había una mata de pasto en los alrededores de las casas.

DÍA 21

Apenas se inició la marcha entramos en un campo pastoso, que desde veinte cuadras de las casas se extiende hasta el Arroyo Dulce. ¿Por qué pasaron tan mala noche los caballos? Porque no había Estado Mayor que se adelantase a hacer la vista de ojo para disponer el campo, ni una descubierta que presidiese de veinte cuadras las cabezas de las columnas. Este hecho se repitió tres o cuatro veces en el discurso de la campaña. Y veníamos pésimamente de caballos. A las siete de la mañana paramos a bajar un rato los frenos, y a poco llegamos al Arroyo Dulce, en los campos que en la carta topográfica están marcados con los nombres de D. Juan Cano y D. Miguel Echegaray.

DÍA 22

Marcha el ejército hasta la Salada, haciendo una jomada continua de siete horas por entre los cardales. En el camino nos salió al encuentro el jefe del detall de la División López de la vanguardia, que se había quedado atrás por no haber sentido pasar a su lado al general Urquiza con el resto de las divisiones. Siempre las violaciones gratuitas de las reglas más vulgares de la estrategia. Afortunadamente que teníamos que habérmola con militares de la misma escuela. En la Salada el general Virasoro y Galán desean consultar mi carta para averiguar la distancia del Salto, donde se decía estar Lagos; pero las marchas siguen arreglándose según el baqueano. Este día tengo una pierna de gamo a la mesa y tres perdices. Yo afecto en el recinto de mi tienda un epicureísmo refinado.

DIA 23

Acampamos diez cuadras al Sud Oeste de las casas de la estancia de D. Luis Dorrego. Sábese que la vanguardia está a media jornada. Díceseme que la División La Madrid está de avanzada, y mando a Paunero la *Petite Guerre* de Becker para que, estando dueño de sus actos, organice la vanguardia de la vanguardia de manera de ponerse a cubierto de los accidentes, que veía surgir a cada momento, tanto más

peligrosos cuanto más nos acercábamos al enemigo. Desgraciadamente el avance de la División La Madrid era él mismo un simple accidente. Córrense rumores de proximidad del enemigo, que salieron falsos.

DÍA 24

Cañada de los Toros

Favorecidos por un día nublado llegamos a las diez a la Cañada de los Toros. La misma niebla había contribuido a desorientar a los baqueanos de la Vanguardia y se dirigen al Sud, teniendo que describir un rodeo para buscar las lagunas del Juncal Grande. Una descubierta sorprende dos escuadrones enemigos y les toma ochenta caballos, doce monturas, valijas y armas. ¡Y va de sorpresas! Toda la campaña se reduce a esto; de repente, ahí están, o se les escapan de entre las patas de los caballos, como las perdices que anidan en el pasto. Súpose que en un rancho vecino se encontraban dos heridos. Un alemán se suicidó ese día, cansado sin duda de las fatigas de aquellas marchas tan pesadas. La de la Salada fue horrible. No dando un momento de reposo a los infantes cada tres cuartos de hora, los batallones se desbandaban, abrasados de sed, fulminados por el sol, sofocados por el polvo, y sangrando los pies, desgarrados por las espinas. Habíase recibido orden del general en jefe de avanzar en la tarde hasta las lagunas del Juncal Grande. La carta daba tres leguas largas y el campo no se movía a las tres y media. Yo me acerqué al Mayor General, y le previne lo que había notado. -El baqueano dice que hay legua y media-. Yo no insistí sabiendo lo que era la autoridad del baqueano, y el descrédito de una carta topográfica, que había costado diez años de trabajos y de verificaciones.

La marcha principió tarde, el sol declinó en el horizonte, el crepúsculo se disipó, y el ejército se halló marchando en las tinieblas. Los baqueanos se adelantaron a cercar con los deseos las inencontrables lagunas, y la noche avanzaba en tanto y no había esperanza de dar con ellas; y carretas y trenes de artillería rechinaban abriéndose paso por pajonales, y campo abierto. Nosotros llegamos a la laguna a las nueve de la noche; pero aún a los once se oía todavía el chirrido de las carretas, los gritos de los rezagados preguntando por sus batallones. El enemigo había quemado el pasto en torno de las lagunas y toda la caballería pasó sin cenar. Era sublime aquella noche por el desorden y confusión de un ejército, apiñado en torno de una laguna, en que se metían los soldados y los caballos a apagar la sed: el suelo estaba negro como luto con los restos del pasado incendio, y las gaviotas, asustadas, volando en masas de millones hacían retemblar la tierra como si se desplomara una montaña, y por lo pronto tenernos de pie a nosotros, temiendo fuese disparada de caballos, y toda esta escena nocturna alumbrada a lo lejos por el fuego del incendio eterno de la Pampa, que nos venía precediendo, como aquella columna ígnea que dirigía las marchas de los hebreos en el desierto.

Yo no armé mi tienda esta noche extendiendo mi cama de campaña debajo de una carreta, temeroso de ser cortado en dos en algún enredo de caballos. Los pájaros volvieron a espantarse a la media noche; todo el mundo se puso instintivamente de pie; y lo que se temía sucedió al fin. Hubo una disparada de caballos en la División Ávalos. Nada hay más aterrador que este desorden tan frecuente en nuestros campamentos. Al día siguiente hubo otra en que mi tienda fue cogida entre los lazos, y mis caballos arrastrados en el torbellino que venía de un campamento contiguo.

DÍA 25

Las lagunas del Juncal Grande

Por la mañana del día siguiente se cambió el campo a pocas cuadras, y allí hubimos de pasar el día en dar de comer a las caballadas. Desde aquella noche triste, la carta topográfica empezó a merecer más respetos, y en adelante su dueño fue consultado en materia de distancias como cualquiera otro baqueano. Así pasamos todo el día 25.

DÍA 26

La laguna de las Toscas o del Gato

La extenuación de los caballos se hace sentir por todas partes. El General en Jefe empleaba activamente la vanguardia en recoger yeguas chúcaras y potros, que nos dejaba en corrales para remontar la caballería. Uno de los espectáculos más novedosos que se ofrecían a la vista era el de una división entera, montada en potros indómitos, y aquella doma de mil quinientos caballos, cayendo, levantando, haciendo piruetas en el aire o lanzándose a escape por los campos, hasta que a la vuelta de dos horas de lucha los brutos vencidos, la División recobraba su orden de marcha cual si fuera montada en caballos domesticados. El paisano correntino o entrerriano, nadando o domando, es un prodigio de resistencia, de osadía y de fuerza. Sucedió empero, en la distribución de los caballos lo que en todas las cosas por falta de organización y de método. El jinete es insaciable de caballos, y los jefes de unas divisiones, más afortunados que otros, estaban remontados con profusión, mientras otros carecían de lo indispensable. Los brasileros sufrían más que nadie, y el brigadier Márquez mandaba reclamos día a día avisando la deplorable situación en que venía, falto de caballos para la artillería y lo más urgente. Últimamente su edecán vino de su parte a verme, y me encargó a su nombre formularse una protesta, diciendo que sólo pedía ciento treinta caballos; que sus oficiales marcharían a pie, que él marcharía a pie; pero que no podía ver los sufrimientos de los ingenieros europeos de las baterías de fuegos a la *congrève*; que la artillería venía a pie, y que no pudiendo comprar caballos, como lo había hecho en Rosario, reclamaba como un deber, como una atención y una deuda se le diesen los caballos que pedía. El Mariscal me hacía decir que deploraba el no poder venir a verme por consideraciones de posición de que no le era permitido prescindir.

Había en ésta verdadera escasez de caballos, como he dicho antes, desorden en la distribución, que estaba a merced de la diligencia de cada jefe; pero había además mala voluntad, y ese desprecio del paisano elevado a un alto rango, por el extranjero, y sobre todo por el brasiler. Yo oía en torno de mí reír de las quejas de los brasileros y remedar su idioma al exponerlas. Por otra parte yo me había propuesto un plan de conducta de que no me desvié durante toda la campaña, y era no apartarme un minuto del lugar donde estaba el Mayor General, a fin de evitar interpretaciones desfavorables. Al día siguiente, sin embargo, como se acercase, por accidente del terreno, la cabeza de la columna brasiler a la nuestra, me acerqué al Mariscal, quien a poco se explayó conmigo, y me expuso en los términos más sentidos la situación de su cuerpo de ejército, en lo que no dependía de sus propios recursos. Para nosotros, me decía, esta guerra tenía objeto más alto que echar por tierra a Rosas. Una de las calamidades de que somos víctimas argentinos y brasileros son los odios recíprocos de estas dos naciones fronterizas, y cuyos intereses son comunes en los ríos y en la política americana. Hemos solicitado formar parte del ejército expedicionario con el fin de que el contacto diario, la

mancomunidad de peligros y de fatigas, disipase estas fatales preocupaciones; queríamos ser estimados de los argentinos, como nosotros los estimamos a ellos. Este grande objeto de la política del Emperador ha quedado malogrado en la práctica. Nosotros fomamos aquí un grupo aparte, no nos comunicamos con nadie; nadie se nos acerca, y podríamos decir que veníamos en medio de enemigos. Somos descuidados, y mis reclamos de lo más urgente son desoídos. El Mayor General a cuyas órdenes vengo, no me imparte órdenes, y sea que sus ocupaciones no se lo hayan permitido u otra causa, no he merecido que me saludase al incorporarme a su ejército. No lo siento por mí, yo no soy nada en este asunto; pero, al fin, soy el Jefe de las armas imperiales, el representante de uno de los aliados, y a estos títulos merecía alguna consideración. No habiéndome visitado a mi llegada, el Mayor General, no he podido acercármele, y esto me ha privado de ponerme en contacto con los jefes superiores argentinos, y acaso allanar dificultades, que se hacen mayores cuando se tratan desde lejos, etc., etc. ¿Qué contestar a estos cargos, expresados con tanta dignidad y mesura, emanados de fuente tan alta, y dirigidos contra los que representaban por su posición, el nombre, la hospitalidad, la buena crianza de los argentinos? El General en Jefe de las fuerzas brasileras no había recibido al incorporarse a nuestro ejército, la bienvenida de un paisano que se llamaba Mayor General, y que en condiciones ordinarias no se había creído el igual del brigadier Márquez, hoy Mariscal, joven cumplido, de una educación esmerada y el más digno representante de una nación culta. Yo no tenía cara para mirarlo; pero ofendido como argentino del baldón que aquellos procedimientos inciviles echaban sobre todos nosotros, justifiqué a los argentinos, diciéndoles que el Mayor General era un pobre paisano sin educación, en quien eran encogimiento cerril, más bien que intención ofensiva, aquellas negligencias; y como yo veía desmoronarse ante la inspección diaria de nuestras marchas y de nuestra capacidad militar el antiguo prestigio de nuestras armas, me esforcé en hacerle comprender que aquello que llevaba el nombre de ejército argentino, era sólo levantamiento en masa de paisanos de las campañas; que nuestros ejércitos, los que habían llevado nuestro pabellón a todos los extremos de la América, eran otra cosa, y estaban ahí; pues ni la ciencia ni las tradiciones militares, ni nuestros jefes de línea habían desaparecido, no obstante que estaban oscurecidos por ese paisanaje arrebatado por los caudillos a sus ocupaciones, etc., etc. Contóme entonces, que tenía partes de la vanguardia en que el coronel Osorio, jefe del Regimiento núm. 2 de caballería, se lamentaba igualmente de ir casi a pie, mientras que todas las otras divisiones de caballería estaban con profusión montadas. Aquel regimiento se componía de misioneros, y nuestros jinetes se quedaron luego no poco sorprendidos al verlos cabalgar potros con más gracia que ellos, y enlazarlos indistintamente con la una y la otra mano, sin que sus arreos militares, su lanza, su espada y pistola a la cintura los embarazasen para nada.

Esforcéme, pues, en atenuar aquellas faltas indisculpables, y aun allanarle el camino, para que, sin dar valor a omisiones de civilidad que suponían intención, donde no había más que incapacidad, fuese al Cuartel General y se pusiese en contacto con el que hacía las veces de jefe. Aceptó con gusto la idea, y dos o tres días después, a pretexto de la victoria de los campos de Cabral, se nos apareció en nuestros reales, felicitó al general Virasoro, y aquella interdicción quedó allanada. Era lo más cómico ver a gente de chiripá y mugrienta, que no tenía ni listas de sus cuerpos, ni podía hablar dos palabras en orden, riéndose de los brasileros, cuyos oficiales subaltemos pertenecían a las familias más distinguidas del Brasil, cuyo equipo en campaña era el mismo de las ciudades y cuyas tropas eran un modelo de disciplina, de orden, y de ciencia estratégica en sus marchas y acampamentos. Yo me divertía en las marchas en hacer tirar piedras a los amigos militares paisanos de que venía rodeado. ¿Dónde acampan los brasileros?, preguntaba al bajarme del caballo: Pónganme la puerta de la tienda para ese lado, para disparar esta noche, si hay sorpresa; porque nosotros no sabemos más que sorprender o ser sorprendidos. -Digan lo que quieran, decía alguno, no hay soldados más valientes que los argentinos. -¿Cuáles, les preguntaba yo con sorna, los negros? -Más valientes son los

negros orientales que han tenido en jaque a nuestros batallones de negros en Montevideo nueve años. -Pero ¿y nuestra caballería? -Es mejor la francesa, que en África arrolla gauchos más de a caballo y más valientes que nosotros. -Con que hay gente más de a caballo que los argentinos. -Sí, los ingleses, que tienen mejores caballos, saltan zanjas de siete varas de ancho y cercas de dos de alto. -Pero un gringo no se tiene a medio corcovo. -Eso prueba su superioridad. Es preciso que seamos tan torpes, como somos para estar expuestos a cada rato a perder la vida o un brazo, porque no sabemos educar bien a un caballo: en Inglaterra no corcovean los caballos. En cambio corren más que los nuestros, y les son superiores en fuerza y belleza, porque los ingleses saben más que nosotros de caballos. Ellos mandan hacer los caballos a su gusto.

Y de éstas, cien paradojas, cuya extrañeza y absurdidad los enfermaba de rabia. La disputa sobrevenía, y no pocas veces concluía con persuadir de su verdad a los más testarudos.

DÍA 27

La tarde del 26 acampa el ejército sin agua, para acortar la jomada a la laguna del Tigre. El panorama de la llanura se anima cada vez más por la frecuencia de chacras con árboles. Veinte y cinco arboledas se divisaban a la vez en el horizonte. Esa tarde atravesamos una chacra de trigo sin cosechar: todo el séquito del general Virasoro se apartó a un lado para no pisotear y desparramar las gavillas, excepto el asistente, que arreaba veinte caballos blancos del General. Volvíme y le ordené salirse al costado de la chacra, sin ser obedecido. Entonces metí mi caballo y arrié la manada fuera. El asistente fue y la trajo de nuevo para hacerla pisotear el trigo. En un ejército esta falta de respeto a un oficial superior habría sido delito capital: en las hordas de caudillos el asistente del General y sus caballos participan de las inmunidades del Jefe. Ninguno de los mismos oficiales correntinos que me habían hecho notar el desorden con indignación se habría atrevido a poner remedio. Yo vine y le puse al General la queja de aquella insubordinación, a que el General respondió mandándole decir palabras severas, sin más consecuencia. Esta tarde traíamos por baqueano un gaucho vasco.

Al día siguiente a las nueve y media llegamos a la laguna del Tigre, hacienda de D. Pastor Gorostiaga, y posta de Chivilcoy, que es el departamento que allí principia. El General en Jefe había partido el día anterior. La víspera había pasado Echagüe, Santa Coloma y creo que Lagos, la antevíspera las partidas que andaban recolectando caballos, operación que se había practicado cuatro veces consecutivas. Pacheco se retiraba de la guardia de Luján, reconcentrándose sobre Santos Lugares. Nuestra posición estratégica era en este punto del círculo que describíamos excelente para el caso de prolongarse la guerra. El Norte quedaba barrido de caballadas, y el Sud de la campaña de Buenos Aires, centro de las caballadas y demás elementos, estaba en nuestras manos. Podía nuestra poderosa caballería embestir a Buenos Aires por el Sud, y en caso de desastre en un combate, retiramos sobre Quilmes, y por los vapores reforzarnos con las fuerzas brasileras acantonadas en la Colonia. Éstos eran al menos los comentarios que hacíamos Mitre, yo, y algunos otros sobre la carta suponiendo, para divertir nuestros ocios, que había otra cosa en nuestra marcha que buscar pasto y agua para los caballos. La verdad es que los medios de satisfacer esta necesidad suprema estaban en armonía con todas las exigencias de un plan estratégico de campaña.

A la altura de la laguna del Tigre estaba ya la vanguardia perfectamente montada, y el centro empezaba a completarse; la prueba es que hasta para los brasileros había caballos.

Don Pastor Gorostiaga es un amigo, como toda su familia, de Rawson; mi nombre le es familiar por su hermano el doctor., de quien Rawson me había hablado mucho, y somos a media palabra amigos antiguos. Gorostiaga ha tenido ocho mil vacas, de las que las requisiciones de ganado no le han dejado sino dos mil. Echagüe, la vanguardia y nosotros metemos hasta el fondo la mano en el resto, y Gorostiaga se consuela con la esperanza de la pronta caída de Rosas, para él segura desde que ha visto el terror de Echagüe y la fuerza y número de nuestras legiones. El día anterior se habían tomado comunicaciones del general Pacheco, ordenando replegarse a una fuerza del Bragado, y mostrando ignorar nuestra proximidad.

Gorostiaga había hecho frente a los malos tiempos para el ganado, sembrando trigo, y fomentando a los extranjeros que piden tierras para labrarlas. Hícele notar que de este sistema iba a nacer el inquilinaje, la plaga social más incurable y mas desastrosa. No estando en antecedentes, pareció no comprender la cuestión. El departamento de Chivilcoy va haciéndose agrícola con todas las ventajas que la explotación del suelo da a las poblaciones rurales. Muchos extranjeros están establecidos allí, y gozan de completa y absoluta seguridad, tanto que nos inspiraba recelos Gorostiaga sobre la lealtad del vasco que nos servía de baqueano. En el país donde el criollo no tiene garantía alguna contra la arbitrariedad de su gobierno, el extranjero, *garantido* contra esa arbitrariedad, se hace temido y tiránico. Ellos eran los que sembraban el trigo; ellos los que, arrastrados a Buenos Aires los chacareros, compraban las mieses en pie, o en gavilla por precios usurarios. En la mañana habíamos pasado por una chacra donde ¡fenómeno raro! cuatro gauchos a pie estaban mirando impávidamente desfilar nuestras divisiones. Acercámonos en busca de leche, y yo dirigí la palabra al primero. -¿Quién es U.? -Yo soy, señor, inglés. -¿Y U.? -Vasco, para servir a U. -¿Y U., amigo? -Español. -¿Y U.? -Francés. ¡Gauchos los cuatro, seguros de nosotros como de Rosas, viendo pasar a los criollos en busca los unos de los otros para degollarse entre sí! ¡Ah! decía, yo, ¡si fueran cuarenta mil, cien mil, un millón estos testigos impasibles de nuestras canalladas! Luego vinieron las mujeres y nos dieron mate. ¡Qué hablar una viejita, qué maldiciones a Rosas, y a ese sistema de iniquidades! Tomó parte el dueño de casa, que se le había ocultado al juez que quería llevarlo, y añadió su voz de bajo a aquel coro de imprecaciones. Oíle, a este hombre, un desahogo de arrepentimiento, de desengaño, que me ilumino y me llenó de consuelo. “¡Y tanto -dijo con voz reconcentrada- que hicimos los paisanos el año veintinueve para ayudarlo (a D. Juan Manuel) y el pago que nos ha dado! Desde entonces no hemos levantado cabeza en la campaña, nos han estrujado, nos han quitado poco a poco cuanto teníamos.” La mujercita tomó este tema, e improvisó variaciones de una volubilidad infinita. Este hecho y lo que venía observando desde el Rosario, San Nicolás, Pergamino, me mostró que había una opinión pública formada, incontrastable y no dudé más del cambio en los destinos del país. Éste era el sentimiento profundo de las masas en todas partes.

Al mismo tiempo que oía estas confidencias populares y que probaban el acierto del espíritu de los *Boletines* para inspirar confianza al paisano, supe que Galán reprobaba algunas alusiones del *Boletín* 22 al mismo asunto, diciendo que contrariaba las intenciones del General en cuanto a personas. Como lo sabía confidencialmente, hice rodar la conversación sobre el *Boletín* núm 12, y la carta de Elías que contenía aprobación expresa de su contenido.

La langosta hacía estragos en las campañas, y desde la Florida teníamos que hacerla extraer de los pozos a balde para beber el agua que cubrían con sus cuerpos y cadáveres.

Los prófugos nos traen noticias a cada momento de los movimientos del general Pacheco. Rosas, por la severidad del arreo de gente, se privaba en cambio, de saber nuestros movimientos, que a cada momento sorprendían desapercibidas a sus avanzadas. Nada se encontraba en las campañas a venta; y donde algún vasco tenía

harina vendíala a precios fabulosos. Nuestros vivanderos habían agotado todas sus provisiones, y no hallaban medio de refrescarlas.

DÍA 28

Partimos para el Arroyo de los Leones. No hay noticias, oficiales de la vanguardia hace tres días, excepto lo que sabemos por Gorostiaga. Cuando nada ocurre, no hay comunicaciones entre ambos cuerpos de ejército. Tengo de ello la prueba evidente en la imposibilidad de mandar los boletines a la vanguardia, de donde me los piden con instancias. En la tarde marchamos hasta las inmediaciones de la Guardia de Luján, centro administrativo, militar y comercial de esta parte de la campaña. Se reciben avisos de que la vanguardia está acampada a legua y media, sin novedad. Dos días antes se ha retirado el general Pacheco a las once del día, arrastrando el batallón de milicias, los comerciantes y las tropas de Echagüe, Arnold y Lagos, que se le han incorporado. Córrese que se preparan a damos la batalla en los campos de Álvarez. Mientras el enemigo se retira, las defecciones de los cuerpos de Buenos Aires toman cada día más incremento, y los comandantes de los cuerpos, mis amigos, o sus ayudantes me comunican sigilosamente el hecho, al mismo tiempo que el coronel Galán y el general Virasoro, por prudencia quizá lo disimulan, menos por el hecho que por su deseo de contar con el espíritu de estas tropas para la política.

DÍA 29

Guardia de Luján

Muy de mañana acampamos en sus inmediaciones. Yo solicité y obtuve permiso para pasar a la población, donde el mayor Conesa, que había sido destacado con una fuerza, viéndome entrar, me llevó a casa de un señor Laprida (su amigo) para que alojase. Como en el Pergamino todos los naturales habían sido forzados a retirarse a Buenos Aires, lo que no estorbaba que esa noche el cura, un vasco, hubiese organizado una guardia nacional de cien extranjeros vascos e italianos para guardar la propiedad. Supe del cura que había 700 nacimientos al año y quinientas defunciones, lo que da una población de 25.000 almas si los niños traídos a bautizar de los alrededores no aumentan demasiado las cifras.

El juez de paz sobrevino, y hablando de la iglesia nueva sin consagrar me dijo que, levantada a expensas de los vecinos, no se había podido conseguir jamás de Rosas que diese permiso de consagrarla, atribuyéndolo a designio maquiavélico. ¡Pobre Rosas, suponerle maldad en estas cosas! La vileza y degradación del país hacía que para estomudar se le consultase, y teniendo mil consultas al día, contestaba lo que cualquier hombre honrado hubiera hecho en su lugar. A nuestra llegada a Buenos Aires se encontraron en sus archivos de Palermo, causas contenciosas, con once años ha que estaban en consulta. Cread tiranos, dadles autorizaciones, consultadlos en todo, dadles gusto, y esperad las consecuencias.

La horticultura está muy desenvuelta, es decir relativamente a aquella barbarie inaudita de las campañas pastoras. Un italiano con su carretilla trae a venta tomates, choclos y qué sé yo qué otra verdura que excita mi codicia. Hago tomar con los asistentes, y demando el valor de la cosa. El italiano habituado, sin duda, a estas bravatas

de la gente armada, se deshace en excusas, y falta poco para que lo atropelle, y se pague, y me deje tranquilo con su donativo forzado.

En la población criolla reina el terror, nadie se atreve ni a desearle mal a Rosas, tan poca fe tienen en nuestro triunfo. La División Aquino había sido recibida allí en triunfo, y los soldados, felices de verse en su país, se aturdían sobre su crimen, inventando historias contra nuestro ejército, y anunciando la defección de todo el de Buenos Aires, con sus jefes antiguos a la cabeza. El Dr. Wilde, que se había fugado de Buenos Aires para incorporárenos en el Rosario y que venía a la Guardia de Luján a procurarse lienzo para vendas, y lo que se encontrase para formar un botiquín, habla con un su antiguo amigo boticario, quien le cuenta cómo dos soldados de la vanguardia le dijeron: “Hemos sido entregados como corderos; pero luego veremos las avanzadas y nos reuniremos a los nuestros.” Algunos oficiales del ejército de Rosas conservaban este espíritu en sus tropas, mientras Urquiza y sus secuaces creían hacerse en ellos un apoyo contra el espíritu de la revolución misma que encabezaban.

Una palabra sobre la sanidad del ejército. En esta masa de veinte mil hombres no había hospital, y los pocos remedios de un botiquín incompleto, tomado en el campo de Oribe, estaban agotados. Wilde, Ortiz y cuatro o cinco médicos que venían de aficionados, pero ninguno reconocido en su carácter de tal, ni afecto a un servicio organizado, iban de batallón en batallón, llamados de aquí y de allí a curar un enfermo en su campamento, y en su puesto de formación. ¿Qué remedio aplicarle a un infeliz tendido sobre la tierra, recibiendo de noche el sereno? ¡He aquí cómo se hacen campañas sin Estado Mayor! Por los reglamentos de la marina en Francia es prohibido a los balleneros tomar la alta mar sin un médico y botica, si lleva más de veinte hombres de tripulación.

DÍA 30

Mientras estoy en Luján, la carreta de la Imprenta, que se reconoce de leguas en las marchas por su bandera con la palabra IMPRENTA, legible con el anteojo, se quiebra al pasar un arroyo fangoso. Pido una nueva, y los impresores se proveen de otra más para subdividir la carga; mas no estando de regreso en el campo al alba, salgo en su busca, solo, entro en Luján, despierto al juez, sé que han sido despachados en la noche, y no teniendo cuidado por esta parte, tomo una calle hacia el oriente, salgo al campo, me extravío y dos horas ando perdido sin divisar ni polvos que señalasen la marcha del ejército. Al fin me le incorporo. La imprenta no había andado más feliz, y a las doce aún no se veía la bandera de la carreta aparecer en el horizonte. Al fin llegan, y el ministro Pujol viene a anunciarme una desgracia, y pedir indulgencia por el autor inocente de ella, que estaba desolado. Mi ayudante había perdido las maletas que contenían el plano topográfico, el diario de la campaña y otros documentos. Hicimosle el más sentido duelo a la carta, y el coronel Piran, el coronel Galán y el general Virasoro la sentían tanto como yo, pues que había tomado su rango y puesto en la dirección de las marchas, y como estábamos cerca del enemigo a cada paso se la consultaba, y por esto había dispuesto traerla a mano siempre. Recuerdo estos detalles por mostrar cómo los generales paisanos con su desprecio necio por las letras, y los medios cultos de los generales *fundillos caídos*, aprenden a respetarlas, cuando se les dan lecciones prácticas como las que les daba la carta topográfica.

DÍA 31

Derrota de la vanguardia de Rosas

Este día avanzamos una jornada y acampamos a las nueve de la mañana.

Pocos momentos después un comandante de los más ladinos, trajo la fausta noticia del encuentro de vanguardia sin conocer todo su alcance, pues el General en Jefe lo había enviado a los primeros anuncios de la victoria, diciéndole que habían sido acuchillados más de dos mil hombres. Pasamos todo el día en la mayor excitación esperando, como era natural, un parte verbal más circunstanciado, o alguno que viniese de la vanguardia. De todos los cuerpos mandaban por horas, por minutos, a saber detalles, y me pedían los jefes que publicase algo para satisfacer la curiosidad de los soldados. Pasóse el día en esta excitación, la noche sobrevino, y esperando la llegada de los partes di a componer a las once de la noche un encabezamiento de *Boletín*, pasé la noche en vela, y al alba del día siguiente, no obteniendo datos, hice tirar treinta o cuarenta ejemplares de lo compuesto.

DÍA 1º DE FEBRERO

Esa mañana nos incorporamos a la vanguardia en los campos de Cabral; por tanto volvíamos a ver al General en Jefe después del seis de enero en que se adelantó desde el Espinillo. Yo fui al Cuartel General a pedir órdenes y datos: felicité cordialmente al General por el brillante suceso de armas obtenido, y me preguntó qué me parecía el plan de campaña. El lector prevé fácilmente que aproveché la ocasión de desenvolver un poco mi pequeño caudal de nociones estratégicas y el resultado de nuestras observaciones con Mitre sobre el plano topográfico. El General se mostró satisfecho. Entramos luego en lo que al *Boletín* concernía, y le mostré lo que había escrito y dado confidencialmente a los jefes, que era el resumen de las noticias orales transmitidas por el comandante. Había un error; no eran dos mil los derrotados sino cuatro mil, que después se supo no eran cuatro, sino seis. El General me cogía en falso esta vez, y se desahogó: yo lo dejaba decir y abundaba en su sentido; mas llegamos a una frase que decía el “renombrado Fausto.” Fausto era uno de los jefes de su escolta, muy negado, terriblemente valiente, y que decían se había distinguido. “Qué renombrado Fausto” -me dijo el General. -Estos salvajes unitarios se alcahuetean unos a otros, se recomiendan y se elogian. Así me vino U. a recomendar a ese pícaro de Aquino que me perdió una división, ese borracho...”

Mientras este brusco y no esperado desahogo tenía lugar, mientras me lanzaban a mí el epíteto de salvaje unitario, por vilipendio, como estuviese inclinado leyendo sentado en una banqueta, me fui enderezando poco a poco, con tranquilidad, creo que con dignidad, entreabriendo los labios y esperando que se agotase aquel torrente de improperios contra mí, contra los que se reputaban míos, y contra la calumniada memoria de mi amigo.

El General se interrumpió, y levantándose me dijo: “¡Uh! ¡no lo digo por ofenderlo, hombre! Yo soy su amigo, así les he dicho a todos que U. es un patriota honrado. Yo lo quiero mucho a U.” Levantéme al mismo tiempo. Dile las gracias conmovido por esta satisfacción, dióme la mano, nos la dimos varias veces, y él me pidió que no hiciese caso de aquellas genialidades naturales en los hombres, acaso necesarias. Nuestra conversación siguió amigable y cordial, discutimos un poco la moralidad de Aquino, recibí órdenes, y me retiré a mi campo satisfecho de haber logrado, al fin, esta conciliación que

disipaba todas las nubecillas pasadas. Una media hora después un jefe vino a decirme: “el General está diciendo de U.: ‘Ahí está el *Boletín* escribiendo cuanto disparate le ocurre. Si no valen nada todos estos salvajes unitarios.’”

La hoja helada de un puñal en las entrañas no me habría hecho la impresión que estas palabras al oírlas; y si el lector duda que esto sea posible, el señor Villarino, que nada sabe de esta historia, viene a comunicarme una carta que por el correo recibe de Buenos Aires del joven Dr. Lagos, sobrino y edecán favorito del General, quien le dice: “démeme un fuerte abrazo al *Boletín*, ¡si no sabe quién es, es el señor Samiento!” Estas miserias son la biografía entera de un hombre.

La derrota de la caballería de Rosas fue la revancha de la defección de la División Aquino. Ese día cesó la deserción. Nuestro ejército se moralizó en la parte vulnerada que traía, y Rosas volvió a la desesperanza anterior, y sus soldados y Buenos Aires al júbilo de ver infalible y segura su caída.

¡Cómo sucedió esta catástrofe! Como habían sucedido todos los encuentros parciales anteriores.

El Cuartel General había tomado acantonamientos con los dos batallones de infantería. Las divisiones de caballería que formaban la vanguardia iban marchando en tres columnas buscando donde tomar sus acampamentos. Una o dos de ellas sucesivamente vieron la caballería de Rosas acampada. La caballería de Rosas a su vez, vio a la nuestra, y trató de salvarse. He aquí la historia.

De la División López salieron los partes que daban doscientos muertos; y sin poner el hecho en duda por muy natural, ningún cadáver vimos al día siguiente que pasamos por el campo del combate; siendo de notar que, teniendo el enemigo a la retaguardia el puente de Márquez muy estrecho, seis mil hombres de caballería no pasan en un credo, para que no hubiesen sido allí alcanzados y acuchillados, si la persecución hubiese sido muy viva. Muchos detalles oí de persecución activa y de muertos a lanza; pero esto ha debido tener lugar con rezagados o con alguna división aislada.

Nada puedo afirmar, sin embargo, porque nada claro supe, sino que fue una sorpresa y que de ningún lado hubo línea de batalla. He aquí el fruto de esta guerra de paisanaje, que consiste en forzar a las poblaciones en masa a tomar las armas para aumentar indefinidamente el número de los combatientes, asolar las campañas, reventar caballos, arruinar la industria, matar prisioneros, y darse aires de generales. La caballería de Rosas se dispersó, y hubo grupo de soldados nuestros que persiguió a otros enemigos hasta cerca de los Quilmes al Sud de Buenos Aires. Los *Boletines* de estos días anunciaron los hechos así:

Laguna del Tigre, enero de 25 1852

“El poder del tirano se disuelve a impulso de su propia inmoralidad. La población de San Pedro acaba de pronunciarse, dando asilo en sus murallas a los centenares de soldados que estaban refugiados en las islas del Baradero. Cien vecinos del Pergamino de los que arrastró López en su fuga se han presentado a deponer las armas ante el juez de paz de aquella villa. El conductor de las comunicaciones de las autoridades de San Pedro ha atravesado sólo el país intermediario hasta nuestro campamento, encontrando a cada momento grupos de a cuatro, de a diez, de a veinte soldados que abandonan las filas enemigas y vuelven a sus casas en busca del reposo que el Ejército Grande viene a asegurarles.

El Ejército Grande marcha como el Destino a llenar su misión de dar libertad a los pueblos, y acabar con el sistema de expoliación y degüellos que por tantos años los ha empobrecido y diezmado. Nuestra gloria está cifrada en soportar con valor las fatigas: nuestro triunfo, nuestra conquista será la cesación de esas mismas fatigas, restableciendo

la paz de la Confederación. El triunfo de Rosas sobre el Ejército Grande sería por el contrario el principio de nuevas guerras y de nuevas privaciones para el soldado; porque el Tirano guarda las recompensas para unos cuantos cómplices privilegiados, mientras que para el soldado sólo hay en sus filas pobreza, fatigas y destierro perpetuo.”

.....

Febrero 1º

“El Ejército Grande había marchado desde la Laguna del Juncal Grande hacia el Oriente, sobre terrenos que aún retenían el calor de las llamas del incendio, atravesando campiñas agostadas por el sol de enero, o desviándose de su marcha por no pisar las mieses, que el labrador ha dejado en pie, al obedecer la orden bárbara de seguir a sus verdugos y expoliadores. El soldado se fatigaba de buscar las huellas de Echagüe, Arnold, Lagos, Santa Coloma, que huían a su aproximación, y el General en Jefe se fastidiaba ya de la enojosa tarea de recibir a cada hora los prisioneros del enemigo, para enviarlos a sus casas a continuar los trabajos interrumpidos, y volver a sus familias la tranquilidad y la esperanza de volverlos a ver ya perdida.

Ayer, empero, la indignación del soldado encontró al fin digno y terrible desahogo. Las avanzadas de vanguardia dieron, en los momentos de acampar, vista al enemigo.

La nota adjunta, del Exm. señor General en Jefe, da idea abreviada del brillante hecho de armas, que en los campos del Puente de Márquez, ha puesto ayer de manifiesto la excelencia del plan de campaña adoptado, y ejecutado con tanta rapidez y precisión, como asimismo del arrojo irresistible de nuestros bravos soldados y del abatimiento moral de los satélites del tirano. Lagos, Bustos, Sosa, y Rubio al mando de divisiones escogidas han llevado en lugar de laureles para deponer a los pies del déspota el triste convencimiento de que para ellos no hay salvación sino en la fuga, y que la última hora de la tiranía ha sonado ya en la Confederación Argentina. Nuestros valientes soldados han llegado hasta Morón acuchillando al enemigo; el Sud está ya dominado por nuestras armas, asegurado el Norte, Santos Lugares amenazado, y las puertas de Buenos Aires abiertas a nuestras victoriosas legiones.”

DÍA 2 DE FEBRERO

La vanguardia avanza. Síguele el centro, y al pasar el Puente de Márquez hay una alarma: ¡el enemigo! El enemigo estaba en sus campamentos en Caseros, visibles desde allí, por la línea de cartas que formaban fortificaciones. El día se pasó en tomar disposiciones para la batalla. Distribuyóse la línea, según la colocación que debían tener los cuerpos al día siguiente, aunque vivaqueó haciendo martillo con la línea de Rosas, y defendida la nuestra por el Arroyo de Morón que cubría nuestro frente. A nuestra izquierda hubieron unos cuantos tiros en la tarde y la noche se pasó tan tranquila como en las marchas.

Al día siguiente todo el ejército tenía que desfilarse por un puentecito, no obstante que había dos, que si ambos hubieran sido usados, la operación se habría abreviado. Rosas no había hecho destruir el Puente de Márquez ni estos otros, sabiendo sin duda que todo

era inútil. ¿Para qué había avanzado su caballería al otro lado? El general Pacheco debe saberlo; pero yo creo que los interrogatorios de Jimeno a los pasados sugirieron este expediente para provocar y apoyar la defección esperada. El medio intentado curó el mal de raíz. El general Pacheco se retiró a su casa, cansado de soportar las chocarrerías de Rosas; Mansilla se había dado por enfermo, y yo creo que Rosas, aun en aquel caso desesperado, tuvo la vanidad de mandar también él una gran batalla.

EL DÍA 3 DE FEBRERO

Batalla de Caseros

El general Mansilla me ha asegurado que Rosas, desbandada la mitad de su caballería, no debió tener diez y seis mil hombres en el campo de batalla. Hombres, porque soldados no tenía dos mil: hombres, que como en el batallón del coronel Hernández, fusilaron a su coronel, antiguo mazorquero, al frente del enemigo; hombres, que como en el batallón que se le seguía, fusilaron once oficiales antes de desbandarse; hombres, en fin, recogidos por la fuerza, el batallón de policía de Buenos Aires, los serenos, los muchachos en número de más de dos mil, los sirvientes, los presos, hombres atormentados veinte años, y que habían jurado a riesgo de su vida, dejar caer al majadero, causa de tantos desastres.

No había, pues, batalla posible, aunque se iniciase como se inició, aunque hubiese de nuestra parte un plan de batalla, y el enemigo hubiese escogido sus posiciones.

No entraría en detalles, pues, sobre esta batalla si de uno y otro lado no hubiese habido la misma escuela militar impotente y nula. La batalla se inició sin guerrillas y por un fuego de artillería de poco efecto, desde que las baterías estuvieron al alcance. El abandono del Puente de Márquez y los dos de Morón, por quien tenía artillería de calibre, aquella línea inmóvil, y aquel silencio y soledad que precedió a la batalla, da una idea de la fuerza moral, estratégica y física del ejército de Rosas. El General en Jefe hizo cargar con su caballería el ala izquierda del enemigo, donde estaba la de Rosas, corrida en el Puente de Márquez. Ésta se desbandó y no aguardó que se acercase la nuestra. No vi en el campo un solo muerto de caballería. Ignoro lo que esta masa de regimientos nuestros, que traspasó la línea enemiga, entre la batería de Chilavert, que era la extremidad de la izquierda de Rosas, hizo después, porque entonces debió evolucionar a retaguardia de la infantería enemiga para tomarla de revés. Cuando yo pasé por los lugares, encontré al mayor Carril, de la División Burgoa, que iba a retirar una guerrilla avanzada. Todavía hacía fuego la batería de Chilavert. El General no tenía a su lado sino a un edecán militar, que era el coronel Chenaut, que prestó inmensos servicios.

El general La Madrid con una división de caballería de 1500 hombres se corrió al Este, se dejó ir, y llegó casi a San José de Flores. Esta división no vio el combate. Nuestra derecha de infantería mandada por Galán no alcanzó a entrar en línea, pues no avanzó desde la primera formación, cuando avanzó el centro. Por tanto, los batallones de Rosas se habían desbandado ya, antes que llegasen a tiro de fusil. El motivo que dio Galán de no avanzar fue la falta de orden. Sin orden avanzó el coronel Rivero con tres batallones de Buenos Aires, y al llegar a la proximidad del enemigo que tenía al frente, se desbandó éste; un batallón sólo hizo una descarga.

Lo más característico de ambas formaciones de batalla era que no habían reservas de infantería ni en una ni en otra. Nosotros teníamos en línea diez y ocho batallones. La primera línea se formó a cinco cuerdas del enemigo, y ahí pasamos toda la mañana.

A nuestra izquierda los orientales hicieron martillo para tomar de flanco la casa fortificada, y más a la izquierda pasó la División Urdinarrain de mil quinientos hombres de caballería, y no tomó parte en el combate por falta de orden; ni estaba a la vista, por haber formado en un terreno más alto, de manera que al acometer la casa no hubo un escuadrón de caballería a mano que se pedía para amenazar la retaguardia. La artillería oriental no pudo hacer fuego porque las mulas que la tiraban, en su vida las habían visto más gordas tirando cañones; creo que eran mulas de arreo sanjuaninas. La artillería brasilera se hallaba al frente de batalla de las casas en el mismo caso; pero el brigadier Márquez mandó desatelar los cañones y obuses y los hizo avanzar a brazos. La artillería que mandaban Piran y Mitre fue la que sostuvo el cañoneo del centro durante toda la jornada.

El combate, pues, se redujo a la casa de Caseros, embestida por el frente y el costado de la derecha por diez batallones de infantería de línea brasileros y orientales; y aunque hubo resistencia de la artillería colocada en el patio que no veía lo que pasaba en todo el campo, y un momento de fuego muy nutrido de infantería, el combate era demasiado desigual para que durase largo tiempo. Con la mitad de estos batallones la artillería de Mitre y Piran, y la División Urdinarrain u otra cualquiera de caballería, no habría habido en qué empezar en despecho de sus posiciones fortificadas con la chusma que había puesto en línea Rosas.

Creo, pues, que la División Urdinarrain inutilizada en la posición en que la olvidaron, debió por la izquierda obrar a retaguardia de la casa de Caseros; y que las divisiones que disiparon la caballería de Rosas debieron, para utilizar su posición avanzada detrás de la línea de batalla de Rosas, tomar de revés la línea entera, en la parte que no estaba apoyada por puntos fortificados. Pero lo repito, esto, y cualquiera otra cosa, era inútil; no había enemigo que combatir, y todo se acabó así que nos acercamos por la izquierda y aun antes de acercarnos por la derecha. Ésta fue la batalla de Caseros para los de casa. La batalla para el público puede leerse en el *Boletín* núm. 26, novela muy interesante que tuvimos el honor de componer entre Mitre y yo, con algunos detalles que a su tiempo vendrán.

Mi papel de *boletín* me exoneraba de toda obligación militar con mis jefes, por lo que, así que hubimos de rompernos los cuernos, dejé al general Virasoro con sus edecanes y sus caballos blancos, yo que no andaba muy bien montado, y busqué el batallón oriental que mandaba el coronel Lezica y me coloqué donde no estorbaba, con mi ayudante, el capitán Dillon y uno de mis asistentes; pero en lugar bien aparente, precaviéndome, contra ciertas bromas que estaba seguro se harían valer contra mí, el militar con guantes, y con levita, si podían decir que me había perdido. Cuando tomamos la casa, vi venir al general Virasoro con su poncho blanco, y debo confesar que tuve la malicia de salir a la puerta a recibirlo, espada en mano, y darle el parabién por la victoria. Servíle media hora de edecán, tomé un guión, hasta que me mandó a hacer ocupar la batería de Chilavert, y después a buscar por esos campos de Dios una división de caballería que no pude encontrar: A los infelices infantes de Rosas, deparóles la suerte varios maizales en flor donde se acogieron, y de donde salían llamados por los jefes de batallón nuestros para garantizarlos. En honor de nuestros soldados, sea dicho, no hubo matanzas después del combate, oyéndose por todas partes el grito de hermanos, que era la predicación del *Boletín* desde el primer día, y el lenguaje de todos los comandantes de los cuerpos. Dentro de la casa de Caseros murieron ciento cincuenta, a causa de una recrudescencia de fuego por puertas y ventanas que hicieron los batallones encerrados allí, después que estábamos en el patio.

DESPUÉS DE LA BATALLA

Siguiendo a la aventura, inspeccionándolo todo, llegué a Santos Lugares, donde me incorporé con el General en Jefe, a quien un momento antes había tenido ocasión de felicitar. Un muchacho vino a preguntarme quién era el General, para decirle donde estaba Santa Coloma. Mientras yo se lo señalaba, otra alma caritativa lo traía en ancas y lo presentó al General, quien ordenó en el acto lo degollasen por la nuca, diciéndole con razón: “pague por los que U. ha muerto así.” No abusaré de mi posición actual para afeardar este acto, de que gusté en ese momento cuán irregular era porque era una satisfacción dada a la vindicta pública, castigando a uno de los famosos mazorqueros, que habían espantado a la humanidad con refinamientos de barbarie inaudita.

Llegamos al hospital de Rosas, el General rodeado de todo su séquito, ebrios de dicha nosotros, y felicitando al hombre para quien la República debía tejer coronas. Hubo de parte del General expansión, verdadera alegría y abandono, y aunque algunas de sus flaquezas se dejaron apercibir en cuanto a celos con otros militares, nunca le deseé más bien que aquel día, nunca lo creí más digno de la gloria de tan señalado triunfo. Rosas había llegado a fascinar de tal manera al mundo que el que lo derrocara adquiriría por el solo hecho una expectabilidad que el mérito personal no habría conseguido nunca. Era el Wellington del Napoleón de la barbarie y la tiranía. Comimos, charlamos, y harto de placer y de dicha, fuíme a buscar a mis gentes, pues ayudante, asistentes, equipaje, todo andaba cada cual por su lado. A poco de pasar por Santos Lugares divisé a Mitre, que de su parte me buscaba. Bajamos ambos de los caballos para abrazarnos en nombre de esta Patria que habíamos conquistado, y nos aplaudimos de la felicidad de haber tenido parte en acontecimiento tan memorable.

Regresamos a buscar el campamento del Mayor General, donde encontré cuanto de mí dependía sin accidente ninguno, y por añadidura el Diario de mi campaña y carta *topográfica*, todo ello atado con una cinta colorada, acaso por D. Juan Manuel mismo, que había leído el resumen la noche anterior, y que no preveía que había de volver a mis manos. Un oficial brasilero me trajo el oficio del general Pacheco, y los impresores alemanes me mostraron varias cartas sacadas de la galera de Rosas con mi diario, los interrogatorios de Jimeno, el cuaderno de las gratificaciones a la División Aquino, destruyendo, luego de imponerme de su contenido las cartas, por revelar una trama urdida entre nuestras fuerzas, y cuyas revelaciones podían comprometer algunas vidas.

Como me incorporé al Estado Mayor esa tarde, pude ver que no se tomaban disposiciones ningunas, ni se sabía en verdad el paradero de muchas divisiones de caballería. La División Susbiela había llegado hasta las inmediaciones de Palermo.

Las que se encontraron allí se ocuparon en descargar sus armas de fuego, y cargarlas de nuevo para tener segunda y tercera vez el gusto de descargarlas. Era un fuego graneado, y hubo heridos.

Algunos amigos fueron a visitar la tumba de Camila O’Gorman, y oyeron del cura los detalles tristísimos de aquella tragedia horrible del asesinato de esta mujer. El oficial que le hizo fuego se enloqueció, y en la vecindad quedó el terror de un grito agudísimo, dolorido y desgarrador que lanzó al sentirse atravesado el corazón. Pasamos la noche con Mitre, que no sabía donde estaban sus piezas de artillería, en aquella inagotable revista de las mil nada de los incidentes y pormenores de una gran batalla. Las emociones del día habían sido para nosotros vivísimas. Las masas enormes de jinetes y de tropas regulares, sin ejemplo en la historia de América; la inmensidad de las consecuencias de la batalla, aquella exposición teatral, poética y pintoresca que daban al campo la casa de Caseros y la rotunda del Palomar, todo era para prolongar las impresiones y tenernos en vela, esperando el día siguiente para lanzarnos adelante en aquel ancho camino que habíamos abierto a cañonazos.

DÍA 4

Palermo

El general Virasoro recibe aviso temprano de estar Rosas encerrado en el fuerte, y prepararse Buenos Aires a la resistencia. Hube de hacerle alguna objeción, y me replicó indignado: “¡Uds. (los unitarios sobreentendido) se han engañado miserablemente creyendo que Rosas no resistiría!” ¿Qué contestar a esta fascinación de sus antiguos servidores? Ya el General en Jefe me había dicho antes de la batalla: “¡Qué hombre de tanto prestigio (Rosas)! ¡Lástima que sea tan malo!”

El centro se puso en marcha; pasamos el sol en unas chacras, adonde me llevaron a vender cuadernos de música, provenientes del saqueo de algunas fincas contiguas, porque todo el país estaba saqueado por los dispersos de ambos ejércitos. En la tarde avanzamos y a la caída del sol llegamos a Palermo, la misteriosa mansión de Rosas, notable ya desde la distancia por la ficticia profusión de simulacros de chimeneas que coronaban el edificio. Ya le veía las orejas al lobo. Siempre barbaridades y mentiras y exageraciones. Un grupo de jóvenes se acercaba a encontrarnos. El que hacía cabeza se dirigió al general Virasoro preguntándole por mí; pedí venia para apartarme de la formación y recibir a aquellos amigos. Era D. Benjamín Gorostiaga, amigo de Rawson, y por tanto uno de mis prosélitos políticos en la época de la lucha.

Estaba, pues, entre los míos, y Buenos Aires salía a recibirme por el órgano de uno de sus jóvenes más distinguidos. El Dr. Gorostiaga, después de las primeras felicitaciones, necesitó desahogarse en el seno de aquella intimidad de correligionarios: Lo único que acibara -me dijo- el contento público, es esta exigencia del señor General de que nos pongamos la cinta colorada. ¡Oh! ¡Esto es imposible, jamás nos la pondremos! -¿Cree U. que Buenos Aires resista? - Resistirá, señor, ¡nadie soportará de nuevo este baldón! Entonces aproximé mi caballo, tomele la mano del chicote, y apretándosela y con mirada firme y voz decidida le dije: resistan, y se salvan. De esto depende, créamelo, la salvación del país.

El Dr. Gorostiaga es un joven estimabilísimo, de aspecto manso y suave, su voz revela la ternura y la blandura de su corazón. Poco después tuve ocasión de apreciar la influencia que tienen en la política estas voces lacrimosas y aquellas almas de cordero. El Dr. Gorostiaga fue, sin saber cómo, uno de los instrumentos más dúctiles y maleables de Urquiza, por la blandura de las ramas de sauce, de que pueden hacerse cestas, o lo que uno quiera.

Esta noche acampamos en el campo abierto que hay enfrente de Palermo, y puede decirse que esa noche a la puerta de D. Juan Manuel se terminó la campaña, que había emprendido entre tantos otros, para echarlo a empujones de su casa. Mi contacto con el ejército cesó desde entonces, y la vida civil principió a la mañana siguiente. Algunos de mis amigos deploraron aquí que yo fuese a meterme voluntariamente en el ejército, y exponer, más que la vida, mi persona en las vicisitudes y contrariedades de una campaña. Hay pocos hechos de los pasados, de que más me huelgue, sin embargo. Enrolándome en el ejército, tuve ocasión de conocer de cerca el personal de guerra de nuestro país, los jefes más acreditados, los medios de acción y cuánto interesa al publicista, al historiador, al viajero y al político argentino. Merecí de todos distinción y aprecio, y reconocí las virtudes, patriotismo, capacidades, y talentos de los hombres que han de figurar más tarde. Déboles a todos los jefes y oficiales el más profundo agradecimiento. Fui siempre atendido por los coroneles Urdinarrain, Palavecino, Basavilbaso y otros del Entre Ríos; considerado por Virasoro y Galán; y sólo

con el coronel Piran tuve reyertas, en que nos decíamos ambos las impertinencias de más grueso calibre. Viví un mes con los jefes y oficiales correntinos; los orientales eran casi todos mis amigos, y los argentinos me reputaban suyo, por afección y por estimación de mi pasada guerra con Rosas. Debo añadir que hice poco por estrechar amistades, pues desde que salí del Rosario no abandoné jamás el lado del general Virasoro en marchas y campamentos, a fin de obviar en cuanto de mi parte estaba a las dificultades de mi posición. Un círculo escogido de amigos pasaba sus ocios en mi tienda, el *Boletín* llevaba memorias a las divisiones diversas todos los días; los generales me mandaban sus ayudantes en busca de noticias; y emitiendo veinte y cinco *Boletines* y reimprimiendo varios en veinte y cinco días, tenía siempre demasiado en que entender para dar mi tiempo por perdido.

En la noche fui a Palermo, tomé papel de la mesa de Rosas y una de sus plumas, y escribí cuatro palabras a mis amigos de Chile, con esta fecha. *Palermo de San Benito, febrero 4 de 1852*. Era ésta una satisfacción que me debía, y un punto final a aquel alegato de bien probado que había principiado con la carta al general Ramírez, en 1848: “¡Yo me apresto, General, para entrar en campaña!” Había cumplido la tarea.

PALERMO

En Buenos Aires preguntan las gentes: ¿Ha visto U. Palermo? ¿Qué le ha parecido Palermo? Palermo es un monumento de nuestra barbarie y de la tiranía del tirano, tirano consigo mismo, tirano con la naturaleza, tirano con sus semejantes. Y ojalá que el tirano hubiera sido el hijo de una sociedad culta como Luis XIV, habría realizado grandes cosas. Rosas realizó cosas pequeñas, derrochando tiempo, energía, trabajo y rentas, en adquirir las nociones más sencillas de la vida, de que carecía.

Palermo está situado en la vega del río; a tres cuadras de la casa al Norte, son ciénagos los terrenos, ciénagos eran los cimientos del edificio. Propúsose corregir el defecto del suelo terraplenándolo, e invirtió un millón y doscientas mil carretadas de tierra. Plantó árboles; pero entonces dando en el agua las raíces a medida que alcanzaban a la tierra cenagosa que no había hecho más que ocultar, los árboles se morían y se replantaron en diez años cien mil naranjos para tener mil o poco más vivos. Entonces emprendía cavar pozos profundos de cuatro varas para cambiar la tierra en torno de cada árbol, y quedaron sepultados ahí millares de pesos. Derrotado en esta tentativa, zanjeó el terreno, construyendo de muchas cuadras de largo canales de cal y canto, para coleccionar las aguas estagnantes, y el terreno tomó los aires de una fortaleza foseada en todas direcciones. Sólo medraban sauces llorones, e hizo alamedas del árbol consagrado a los cementerios. Quiso cubrir de cascajo fino las avenidas y gustáronle las muestras de conchilla que le trajeron del río. La presión de los carros molió la conchilla, y sus moléculas, como todos saben, son cal viva; de manera que inventó polvo de cal, para cubrir los vestidos, pelo y la barba de los que visitaban a Palermo, y una lluvia diaria de cal sobre los naranjos a tanta costa conservados, por lo que fue necesario tener mil quinientos hombres limpiando diariamente una a una las hojas de cada árbol. He aquí el resultado de ignorar el gaucho estúpido las leyes del nivel de las aguas, y la composición química de la conchilla. La barranca del terreno alto está a pocas cuadras. Un edificio colocado allí habría dominado el río, y tenido a sus pies la vega, de manera que los sauzales no embarazasen la vista. Lo más es que los mosquitos aguijoneaban a

toda hora aquel presuntuoso sapo, habitante de pantanos, para castigarlo de su terquedad.

La casa es del mismo género. Cuando se habla de la habitación del soberbio representante de la Independencia americana, del Jefe del Estado durante veinte años, se supone que algo de monumental o de confortable, ha debido crearse para su morada. En punto de arquitectura, el aprendiz omnipotente, era aún más negado que en jardinería y ornamentación.

La casa de Palermo tiene sobre la azotea muchas columnitas, simulando chimeneas. En lugar de tener exposición al frente por medio de un prado inglés con sotillos de árboles, está entre dos callejuelas, como la esquina del pulpero de Buenos Aires; la cocina, que es un ramadón, está en la parte de la entrada principal, para que las reminiscencias de la estancia estuviesen más frescas. No sabiendo qué hacerse, sobre habitaciones estrechas, en torno de un patio añadió en las esquinas unos galpones de obra como el edificio, hechos sobre arcos que reposan en columnas sin base, ni friso, si no es aquel bigotito de ladrillo salido que ponen los albañiles en los arcos de los zaguanes. Así pues, toda la novedad, toda la ciencia política de Rosas estaba en Palermo visible en muchas chimeneitas ficticias, muchos arquitos, muchos naranjitos, muchos sauces llorones. Omito los detalles de la vida que tal habitación imponía. Manuelita no tenía una pieza donde durmiese una criada cerca de ella: los escribientes y los médicos pasaban los días y las noches sentados en aquellos zaguanes o galpones, y la desnudez de las murallas, la falta de colgaduras, cuadros, jarrones, bronce y cosa que lo valga, acusaban a cada hora la rusticidad de aquel huésped, por cuyas manos han pasado suyo, ajeno o del Estado, cien millones de pesos en veinte años. Cuando Rosas haya llegado a Inglaterra y visto a cada arrendador de campaña, *farmer*, rodeado de jardines y bosquecillos, habitando casas elegantes amuebladas con lujo, aseo y confort, sentirá toda la vergüenza de no haberle dado para más su caletre que para construir Palermo. ¡Oh! ¡Cómo va a sufrir Rosas en Europa de sentirse tan bruto y tan orgulloso!

EL PUEBLO

Permítame el lector recordar algunos antecedentes que necesito se tengan a la vista. Como he dicho en el discurso de esta narración, yo sólo hablé con el general Urquiza una vez en Gualeguaychú, sobre materias de hecho, salvo dos objeciones en dos entrevistas sucesivas, salvo algunas ligeras observaciones de paso en otras conversaciones. En el Diamante nos vimos poco, y hablamos menos. En el Espinillo una entrevista, y desde entonces hasta Cabral donde tuve la desgracia de mirarlo con la mayor compostura mientras me denostaba. Yo permanecí siempre al lado del general Virasoro; y no siendo ahora *boletín*ero, no tengo funciones, no tengo arte ni parte en lo que sucede, ni mi persona, ni mis ideas se mezclan en los acontecimientos. Ahora soy un mero espectador. Voy a Palermo por curiosidad, por no saber mejor que hacer.

En la mañana del cinco fui a Palermo a ver el palacio de Rosas, los decantados jardines, y saber lo que había de nuevo. El pueblo en Buenos Aires estaba entregado al delirio de verse libre, a la felicidad de poder maldecir a Rosas, y a cada momento llegaban noticias de que habían tomado y puesto en la cárcel a este o el otro mazorquero. Los mazorqueros existentes, es decir aquellos horribles criminales de 1840, eran como seis o siete, y el pueblo en Buenos Aires sólo tenía ojeriza contra los más criminales de entre ellos. Pero sabiendo que había sido degollado Santa Colonia, fusilado Chilavert y uno que otro más, se contentaban con

prender a los que habían a las manos y ponerlos en la cárcel, dando cuenta al General de estar a su disposición. La política no la hace la masa popular, que obedece siempre a instintos de justicia, de venganza, etc. Tomaron preso a Maza, y su mujer se presentó al General y pidió su vida, cosa que el General concedió mandándole poner en libertad. Trajeron a Pablo Alegre, que era el terror de Buenos Aires, y por desmanes recientes objeto del encono público. El General le dijo que saliese a la calle y le levantase la tapa de los sesos de un balazo a quien lo provocase. Esta irregularidad en los actos dejaba desconcertado al público; pero sin extenderse en comentarios. Creían que no se les hacía justicia y nada más. El General había llegado el 4 de febrero, y dicho en público que si los salvajes unitarios habían creído que él había triunfado para ellos, se equivocaban redondamente, que los buenos federales solos gobernarían en el país. Como los unitarios eran un mito, y los que llevaban este nombre estaban aún en Montevideo o en Chile, el público no daba valor ninguno a estas palabras, que, al parecer, no se referían a él, pues componiéndose de los habitantes de Buenos Aires y de la generación que se había creado bajo Rosas, en estos últimos veinte años, pocos se sentían afectados por estas exclusiones, sin embargo de que extrañaban mucho aquellas palabras. Los federales de Rosas estaban escondidos. El General publicó una proclama de olvido, en que exceptuaba, poniéndolos fuera de la ley, a los jefes que habían regresado de Montevideo, y Torres, Baldomero, Irigoyen habían dicho tan buenas cosas de Urquiza en Palermo, en el teatro, en la prensa y en la Sala, que el público los confundía en la misma proscripción, y se alegraba. Si no le habían entregado los mazorqueros se condenaban a los jefes y los sostenedores. La División Aquino fue igualmente proscrita, y el público aplaudía a esta enormidad, para vengar la muerte de Aquino. El pueblo, en su desahogo de tantos años de opresión, no se paraba por lo pronto en la horrible frialdad de aquella condenación a muerte de cuatro escuadrones de caballería con sus oficiales y jefes, sin juicio, sin oírlos, sin examen, y sin otra convicción de delito que haber pertenecido a la División Aquino. El General me ha sostenido y lo repetían sus secuaces, que Aquino solo era el autor del desastre, que la tropa y la mayor parte de los oficiales eran inocentes, que habían sido arrastrados en el movimiento, sin saber nada. Esto último era cierto. Sucedió otro tanto con los jefes de Montevideo, que no habían querido seguir a Urquiza, que habían pedido su separación, y de ninguna manera sido obligados a tomar parte en la guerra ni volver a tomar servicio bajo las órdenes de Rosas, su jefe, su gobierno. Ni Urquiza previo este caso, ni creo que ellos tampoco. Creyeron que Rosas triunfaría, fueron llamados de Buenos Aires y volvieron al servicio.

Una causa de malestar empezó a sentirse luego. Todo lo que era gente de condición inferior en Buenos Aires, había sido enrolado en la infantería, y toda la infantería de Rosas cayó prisionera, y se la tuvo cerca de un mes en los campamentos. He aquí, pues, las masas populares interesadas por los afectos por ocho o diez mil individuos, cuya suerte las llenaba de incertidumbre por lo menos.

Las clases acomodadas de la sociedad acudían por millares a Palermo, a visitar, a ver, a aplaudir, a admirar al General vencedor, objeto del amor y del entusiasmo públicos. A los que le felicitaban el General respondía invariablemente: Si yo no he hecho nada. Aquí he venido a encontrar con que los escritores de Montevideo y de Chile lo han hecho todo. Los salvajes unitarios son los que han vencido a Rosas, y cosas así. Aquí encuentro que nadie quiere ponerse la cinta colorada. Yo he de entrar a Buenos Aires con esta cinta, etc. Esto repetido con variantes a cada uno, a comerciantes, a jóvenes, a extranjeros, a hacendados. Todos salían desconcertados, preguntándose unos a otros, ¿qué le ha dicho? -A mí lo mismo. -A mí lo mismo. ¿Qué significa esto?

Don Manuel Guerrico, amigo desde París conmigo, vino a verme, y cuando hubo de hablar con el General, le previne que no le dijese que me conocía. Guerrico salió luego y me contó la misma historia que oía repetir a todos.

Mientras tanto se oían a cada rato las descargas de los soldados de Aquino que estaban fusilando, en las zanjas de Palermo. Nadie se ocupaba de ello. Buenos Aires no se aterra con ejecuciones de centenares de hombres; pero empezaban a fastidiarles, y hallar la cosa fea. La concurrencia de curiosos entusiastas era cada día más numerosa, el tema de la cinta colorada más apremiante, y sin embargo nadie se la ponía. La desazón crecía por momentos, y cada uno repetía lo que había visto, oído o conjeturado. Sobre todo, lo peor era la desorientación de los espíritus. Degollaban a Santa Coloma, y Maza y Pablo Alegre se paseaban insolentemente por las calles. Se proscribía a los jefes de Rosas y andaban buscando a Torres, y se repetía con odio la frase de *salvajes unitarios*. Lo que sucedía en la opinión sucedía en el ejército, en la casa misma de Urquiza. Salvo Seguí, Elías, todo el séquito del General eran *salvajes unitarios*, y allí se hacían comentarios, se cuchicheaba, se llamaba aparte, a contar las raras ocurrencias del día.

Es natural creer que yo, como escritor muy conocido, muy odiado y perseguido por Rosas, debía ser un objeto de curiosidad, por lo menos en Buenos Aires. Por las tardes iba a Palermo y las gentes que solicitaban ver al General, después preguntaban por mí y aun al mismo General, y no era raro que se reuniese en torno mío un grupo igual de gentes que las que rodeaban al General. Así que noté esto dejé de asistir a Palermo en las horas de concurrencia, y pedí a Holmberg su quinta para establecer mis reales.

El Gobierno provisorio empezaba a organizarse. El anciano López puso de Jefe de Policía al anciano Pico, y de Ministro de la Guerra al anciano Escalada. Era una especie de exhumación de la vida de ahora treinta años. El joven Gorostiaga era el intermediario entre Urquiza y el nuevo Gobierno, y Urquiza empezó a aficionarse a este joven simpático, tímido y benévolo.

Los fusilamientos continúan, los prisioneros permanecen en el campamento, el epíteto *salvaje unitario* lo repite el Gobierno provisorio, la insistencia sobre la cinta va haciéndose más exigente, a medida que la resistencia es más visible, y que los que ceden, poquísimos en número, revelan por sus figuras que son gente de poca consecuencia, o por sus antecedentes rosistas muy comprometidos. En la ciudad y en el ejército no se habla de otra cosa que de lo que el General dijo, y lo que éste o el otro vieron. El entusiasmo va pasando, porque hay poco que lo sostenga y mucho que lo resfríe; y mil bagatelas, como sucede siempre, prestan asidero a los comentarios. El General permanece de ordinario con su sombrero de paisano con cinta puesto; otra vez se presenta con chaleco colorado, aunque dice que eso no lo exige de nadie. Una tarde recibe a los millares de ciudadanos en manga de camisa. Recuerdan que Rosas se tomaba estas libertades groseras; y si alguien les objeta que el calor excesivo lo fuerza a ello, responden: ¿pero qué nosotros que venimos de Buenos Aires vestidos de paño, sofocados por el polvo, no tenemos calor? Y de estos incidentes insignificantes las analogías y las asociaciones de ideas empiezan a despertarse. La corte de Palermo como antes, el chaleco y la cinta como antes, los salvajes unitarios como antes, las matanzas de hombres en los alrededores como antes.

La familia de los Ortigas, como parientes, fue a visitarme a mi escondite de Holmberg. Uno de ellos (supongo que es el que ahora es representante) me dice: señor, quiero consultarlo. He sido nombrado a un destino, y estoy resuelto a no aceptarlo, por no verme forzado a llevar una *cinta* colorada. He vivido once años en Buenos Aires sin ver las calles de día, saliendo a mis barracas al alba, y volviendo

a casa a la noche... -Mi parecer es que acepte. Esto pasará luego, y el destino que U. no ocupe, lo ocupará otro menos digno.

El nueve de febrero procuré ver al General. Hasta entonces él me había visto rondar por los patios sin hablarme: alguna vez entró en alguna pieza, y salió luego de haberme visto. Hícele presente que los impresores ganaban sueldos muy subidos y que era tiempo de despedirlos, sugiriendo las disposiciones que debían tomarse para guardar en Buenos Aires la imprenta. Convenidos en esto añadí: Yo creo que mis funciones están concluidas en el ejército, y si no hay inconveniente, Su Excelencia me permitirá dejar el servicio, para regresar a Chile. El General hizo un movimiento de sobresalto... a traer mi familia, añadí; y con la candidez de aquella alma infantil, sin decirme: ¿por qué se va tan pronto? ¿por qué no aguarda algunos días para que organicemos esto, o lo otro? me preguntó a renglón seguido: ¿por dónde piensa irse? Aquí fue mi turno de reprimir un vuelco de la sangre. No sé todavía. General, le contesté con bobería. Mi ánimo es pasar algunos días en Buenos Aires; quiero conocerla, pues nunca he estado en esta ciudad. Después, si hay un vapor me iré por mar, si no por tierra. -¿Qué estará abierta la cordillera todavía? -Sí, General, hasta mayo. -Está bueno, me contestó, sin una de esas palabras vulgares con que se despide a uno que se ha llamado amigo, y que bien o mal nos ha prestado servicios.

Pienso hacer quitar a Saravia, me dijo casi en seguida, por una ilación de ideas, que no era fácil seguir. -¿Y Benavides queda, señor? -¡Es tan despreciable! -Pero el pueblo de San Juan, que oprime hace diez y seis años, no es despreciable, señor, y allí tenemos amigos entusiastas. -¡Si no vale nada Benavides! -La conversación terminó ahí, y me despedí del General saltando de gozo, de poder ir a conocer a Buenos Aires, cuyas campanas oía, cuyas torres divisaba, sin poder, por prudencia y evitar interpretaciones, ir a verla.

El Dr. Pico recién llegado estuvo a poco con el General, y éste le dijo. ¡Pero no ve este Sarmiento que quiere que yo vaya a hacer la guerra a los gobernadores del interior! Yo no he venido a eso. A la tarde uno de sus comensales me contó que el General había dicho en la mesa: Aunque Saravia me traicionó, al fin ese Santibáñez que fusiló era un salvaje unitario; hizo bien. No lo he de quitar de su gobierno. Yo junté estas tres versiones y estos tres movimientos de aquel espíritu, y los agregué a la historia ya observada.

EL BOLETÍN NUM. 26

Cuando yo creía verme para siempre libre de escapar de aquella vida de congojas y de sujeciones, Elías me dijo: ¿cómo se va sin hacer el parte de la batalla? El General me ha dicho que lo hagamos con Seguí; pero yo no sé ni los términos militares. -Bien, lo haré, denme los partes de la División. Entregóme el plan de formación del 2 de febrero, que me dijo era la misma que tuvieron los cuerpos en la batalla. Yo conocía el del brigadier Márquez, que mandó el centro, y estando en la izquierda con los orientales: yo había redactado el del coronel Riberos que mandaba la izquierda de la derecha, y por él sabía la parte que en el combate había tomado la derecha mandada por Galán. Fuíme, pues, a mi alojamiento, empecé a borrar papel, sobrevino Mitre y pusimos manos a la obra de manera de dejar contento al General. Al día siguiente vino enviado por éste el coronel Galán, le mostré lo hecho, me indicó lo que faltaba, y luego fuimos a ver al General para leerle los borradores. El General los aprobó, excepto un incidente que se refería a él; Galán hubo de hacer una observación, y entonces vi confirmado lo que me había dicho en Cabral, disculpándose de haberme llamado salvaje unitario: “¡Con que a

Galán, que lo quiero tanto, suelo echarle unos caballos!...” Le echó esta vez uno que nadie se atrevería para con su cochero: “¡Cállese la boca! siga, Sarmiento.” Yo seguí, por no levantar la cara y no ver la confusión del Ministro, que no me hallaba en el Diamante digno de la reputación que tenía a lo lejos.

Mientras nos ocupábamos de arreglar el *Boletín*, la Corte Suprema vino en cuerpo a felicitar al General; el señor Lahitte, presidente, le dirigió una arenga, y al terminarla les hizo seña de que se sentaran. Cuando se retiraron me dijo: ¿Por qué no les contestó U.? -Si me lo hubiese indicado, no habría sabido qué decirles. Mejor ha estado así, y lo echamos a la risa.

En los diarios de Valparaíso he leído que el General ha estudiado en Universidades por donde sus detractores no han pasado. Creemos que equivocan al Dr. Urquiza hijo, con el padre que fue tendero, o que se le quieren atribuir los títulos del Dr. Francia, lo cual no excluye ni los errores, ni el despotismo. Pero se dice que ha estudiado con el que ha dicho *ubi patria, ubi bene*, mientras que los que no hemos estudiado solemos decir *ubi bene, ubi patria*, que dice lo contrario aunque no profesemos la doctrina.

Una de las dificultades para el Gobierno constitucional y ordenado, que Urquiza había indicado a López, era el embarazo que experimentaba para hablar en público y en actos oficiales. López había tratado de tranquilizarlo sobre este punto, indicándole que todo eso podría obviarse por el intermedio de ministros. Al efecto López le decía que Washington había sido un paisano de la Virginia, ocultándole, por supuesto, que era ingeniero, agrimensor sobresaliente en el estudio de las matemáticas. El General le pidió una vida de Washington, el esclavo de las órdenes del Congreso, que no se pudo obtener en español. Cuando fui al Entre Ríos me recomendaron mucho que no brindase delante de él, pues esto lo ponía de mal humor, cosa que no pude evitar en la isla de Fragas, donde me compulsaron a ello, y hube de probar la bondad del consejo, aunque sin razón. Forzado a hablar dije que las diversas secciones de la República habían tenido una parte gloriosa en la formación de nuestra historia. Buenos Aires, había dado el grito de Libertad. Salta, Jujuy y Tucumán, detenido la invasión y lanzado a los enemigos, de sus cañones el acta de la Independencia. San Luis, Mendoza y San Juan llevado la gloria de nuestro pabellón al Chimborazo, y ahora Corrientes y Entre Ríos, las últimas, venían a constituir la República y dar leyes al país. Aquella palabra *últimas*, fue materia de comentarios ahí en la mesa misma, no obstante que el orden de las fechas 1810, 1816, 1818 y 1851 precisaba el sentido. Cuando quisieron explicarle al General la cosa, dijo: sí, pero estas gentes no comprenden. El segundo brindis ha estado mejor. En el segundo había dicho: Entre Ríos es la patria de San Martín, el héroe de Chacabuco y Maipú. El Entre Ríos no ha perdido aún su fuerza prolífica de héroes. De su seno parte hoy el que va dar a la República lo que San Martín no pudo darle: instituciones.

Pasé en seguida de orden del General a consultar el *Boletín* con el Mayor General que debía firmar ostensiblemente el parte, y me fui a Buenos Aires a ponerlo en limpio e imprimirlo. Corregírnoslo con Mitre en la imprenta del señor Barra, hice tirar diez pruebas y di orden de suspender hasta segunda orden. Envíelas el 13 a Palermo, no me contestaron ni ese día ni al siguiente. El público se había olvidado de la batalla esperando diez días el parte, un diario se había procurado una prueba, y la reprodujo y yo ordené que se tirase. Al día siguiente supe que el General había dicho en la mesa: El *Boletín* es inexacto, y yo sé por qué lo ha hecho Sarmiento. Esto con tono de hombre ofendido. El *Boletín* está ahí para juzgar mis intenciones. Yo le escribí al General dos palabras diciéndole que, como no hubiesen reprochado nada a las pruebas, me había creído autorizado a tirar. Más tarde volví a ver a Elías, le hablé de la cosa y supe que el haber mandado diez pruebas había hecho creer que ya estaba tirado; que había un error de colocación

de una división; pero que no era esto, sino que el General decía *que todo el parte no le gustaba*. ¿Por qué no le habla al General? -Para qué, si es todo lo que no le gusta, no hay qué decir a ese respecto. Esta vez el compañero de Purvis me hablaba con un tono de autoridad que no había usado hasta entonces conmigo. Más tarde le habló el General a Mitre de hacer una especie de reseña de la campaña “porque esa que ha hecho Sarmiento en el *Boletín* no es completa.” Mitre se hizo el desentendido, sabiendo qué clase de méritos buscaba el General en los escritos, que era no la verdad, sino la lisonja; no el encomio, sino las prostituciones. Mi manera de elogiar no se parecía a la de la *Gaceta*, en cuya lectura se había educado.

Cuando el *Boletín* se hubo publicado, el enviado del Brasil se me quejó amargamente de haber omitido en el parte todos los actos que honraban a las armas brasileras, y las operaciones ejecutadas por el brigadier Márquez, las cuales constaban del parte que había pasado. Contéstele, para satisfacerlo, que no se me había entregado parte ninguno, no obstante haberlos pedido, y ofreciéndole, en lo que a mí respectaba, darle testimonio escrito de constarme personalmente lo que en el *Boletín* estaba suprimido, y declarar que el batallón de la derecha de la División Oriental había pasado sobre cadáveres brasileros, lo que probaba que brasileros nos habían precedido por ese lado, pues el brigadier Márquez sostenía que sus tropas llegaron a las puertas de Caseros momentos antes que las orientales.

La verdad del caso era que se conspiraba por oscurecer a los aliados, por codicia y monopolio personal de gloria, que se me habían hecho suprimir palabras, y que por mi honor y la dignidad de la República estaba en el deber de reparar en mi nombre aquella injusticia de que se me hacía instrumento. Los brasileros, jefes y soldados, se condujeron admirablemente, y en la ocurrencia de los cadáveres, de que he hablado, hubo tal prisa de su parte en tomar posiciones que estorbaron en efecto el paso a un batallón Oriental. Los brasileros nos creían sus jueces en aquel momento supremo y se habrían hecho matar porque no los creyésemos cobardes. Di pues, con gusto la declaración firmada que se le envió al Emperador con el parte oficial de sus fuerzas, que tomaron parte en la acción. El coronel Osorio de caballería había pedido que le encargasen romper cuadros con su regimiento; pero fue arrastrado en el movimiento desorientado del general La Madrid, y ni el placer tuvo de ver la batalla.

BUENOS AIRES

El diez o el once llegué a Buenos Aires y a poco me vi rodeado de los sanjuaninos residentes allí. Visitáronme centenares de personas, cuyos nombres y fisonomías he olvidado, por confundirse con otros centenares que había conocido en Palermo, porque en estos días de agitación las personas vivían en las calles, atraídas por los más leves incidentes. Los amigos antiguos, cual de Chile, cual de Montevideo, cual de Europa, eran el objeto de mis predilecciones, y salvo los primeros días que me absorbió el *Boletín*, los seis restantes los pasé en la beatitud suprema de recorrer calles, visitar cuatro o cinco familias, y sobre todo conversar de todo, y salir como mejor podía de los aprietos en que me ponían hombres respetabilísimos, pidiéndome mi parecer sobre la equívoca y extraña política del General. ¿Qué quería?, ¿qué pensaba?, ¿quería suceder a Rosas? Como nadie supiese las interioridades que yo

disimulaba, me era posible para los indiferentes asumir el aire de hombre de gabinete, atenuando las faltas gordas como el puño, pidiendo que esperasen, ofreciendo para luego una marcha más regular. Con mis amigos, ya se concibe que tenía otro lenguaje. Alsina, López, Mármol, Pillado y varios otros llegaron por entonces, y López y Alsina venían ya, por los rumores llegados a Montevideo, desencantados, recelosos, y casi resueltos a volverse. López me pidió su parecer sobre si se ponía la cinta para ir a ver al General; porque se había dado orden en Palermo de no dejar entrar a quien no trajese la señal de adhesión. Yo escamoteé una respuesta categórica. Alsina y López fueron juntos a Palermo, se introdujeron sin cintas, hablaron de cosas generales, y al despedirse el General provocó a Alsina a una entrevista.

Alsina volvió a los dos días sin *cinta*. Es de advertir que en Montevideo había convenido, a pedido del General, que así que entrásemos a Buenos Aires, viniese a organizar el nuevo Gobierno. La entrevista, pues, tenía este objeto, y para entrar en materia, el General significó la necesidad de llevar el *centillo* colorado. Alsina se había preparado para este ataque; y es excusado repetir sus ideas aquí, que estaban en el corazón de todos; pero que dichas por Alsina tenían el valor de una súplica, de un consejo, de una protesta, y de una admonición amigable y desinteresada. El General mostró el mismo empecinamiento inflexible que le hacía arrostrar todos los días la resistencia de la población en masa, y aumentar las exigencias en razón de la reprobación. Alsina insistió, levantaron la voz, y por fin le dijo: General, yo me retiraré a mi casa, pues no suscribo a esta condición por creerla perjudicial, impopular, y sin objeto práctico. El General le replicó que no faltaría quien aceptase el Ministerio en su lugar, y la conversación terminó ahí. Entonces Alsina le habló de cosas indiferentes, de la batalla, de Palermo, etc., y cuando la serenidad de ánimo estuvo restablecida, requirió su sombrero y empezó a ponerse los guantes. El General le dijo entonces: Veamos, ¿no habrá un medio de conciliarlo todo? -No faltaría, General. El Gobierno puede tirar un decre... -Nada de decretos -Bien, hacer una manifestación en que se explique el uso de la cinta: pero dejando a cada uno en libertad de usarla. Yo estoy seguro, General, que nadie se la pone, tan seguro, que prometo ponérmela yo, si Buenos Aires lo hace. -Bien, hágalo así y todo se allanará.

El Dr. Alsina salió contento en su sinceridad de este arreglo, colmado de atenciones por el General, y se vino a Buenos Aires a hacerse cargo del Ministerio.

Ese día o el siguiente presentóse en Palermo el hermano del Dr. Alsina, y el General le afeó malamente ir sin la cinta colorada.

Mandáronle a poco el borrador de la manifestación a Elías para que la presentase al General, y Elías confesó que se publicase, que el General la aprobaba. Poco después vino a Palermo un señor Villarino, y el General lo trató mal por la misma causa, dando orden, creo que el comandante Báez, de colgarlo de un pie en un árbol en el patio si volvía a presentarse sin *cinta*.

La manifestación se publicó, y lo que debía suceder sucedió, los pocos que por ceder a tan tenaz exigencia se la habían puesto volvieron a abandonarla, y los exaltados tuvieron a mal a Alsina el haber usado palabras de atenuación sobre su uso y significado.

Como el General no disimulase su desagrado, los visitantes a Palermo empezaron a escasear y en la ciudad se repetían sus desahogos. El Gobierno empezó a organizarse. Tiróse el decreto de embargo de los bienes de Rosas, que debieron declarar simplemente en concurso, para responder a expoliaciones probadas, ejercidas sobre individuos. Urquiza desaprobó la generalidad de la medida, diciendo que debían haberle dejado los bienes heredados. ¡Cómo! dijo Alsina, ¡si él me ha ordenado dictar este decreto! Pues qué, añadió Gorostiaga, ya Ministro por recomendación suya, si tres veces me ha repetido que esta medida

debía tomarse cuanto antes. ¡De qué están hablando, añadió el anciano López, si cada vez que nos hemos visto me ha indicado eso mismo! Sé estos detalles de boca del Dr. Alsina mismo, cuya veracidad nadie pondrá en duda.

Mientras tanto el desconsuelo, la aflicción ganaba todos los ánimos; los unos se abatían, maldecían los otros, mil rumores circulaban, nadie justificaba al General, y la duda se infiltraba en todos. La población obrera y pobre continuaba prisionera en Palermo, como si se hubiese querido hacer de intento que las masas populares por las madres, por las esposas, por las hermanas, tomasen su parte de aversión, de desengaño, de reminiscencias de lo pasado; para agravar más las semblanzas las señoras que iban en sus carruajes a Palermo tenían que cubrirse la vista al entrar en las calles de sauces por no ver los cadáveres colgados en ellos, en el paseo público, no para escarmiento de los soldados que no transitaban por allí, sino como un cartel puesto a los ciudadanos, y a las señoras. ¡Pero qué es esto! volvían diciendo las madres, las niñas. ¡Qué indecencia! ¡Qué asquerosidad! ¡En tiempo de Rosas, no nos han colgado cadáveres en el paseo público! Añadíase, para completar el disgusto, que los alrededores de Palermo estaban infestados de restos de ganado muerto, las zanjas casi llenas de caballos podridos y, más allá las que no tienen agua, de cadáveres humanos insepultos; lo que traía a la memoria que aún no se habían enterrado los muertos en la batalla de Caseros. ¡Atila! se pasaba de boca en boca en Palermo.

Y mientras tanto ese pueblo, que presenciaba todo esto, no se apasionaba todavía, no desesperaba, mirando todo como el resultado de la guerra y los males que Rosas les había legado; pero al fin iba a elegirse Gobierno; el General se retiraría con su ejército, y todo pasaría luego. Todos creían, en efecto, que el General se retiraría, y el coronel Melián y el señor Azcuénaga se sorprendieron mucho de mis dudas a este respecto.

El triunfo se demoraba de día en día esperando que lloviese, decían, para mitigar el polvo, hasta que todo fue dispuesto para el diecinueve o veinte. Yo acudí al Cuartel General por no hacer notable mi ausencia, entré en una pieza en busca de los edecanes y encontré al general Urquiza allí. Correspondió a mi salutación con marcada seriedad, continuó conversando con alguien y se retiró. Para mí esto nada tenía de nuevo, habituado desde el Diamante a tales desigualdades. Oíle decir, riéndose con intención. “Esto es como el segundo tomo.” No estando yo en antecedentes no hice alto en ellos; pero después supe era un dicho que circulaba, *el segundo tomo de Rosas*, y entonces comprendí que era una indirecta.

Yo faltaba de Palermo ocho días, y edecanes, oficiales y jefes me recibían con interés; y contábanme las ocurrencias de esos días; habían cuchicheos, y viendo a este o al otro jefe del ejército, me decían: no hay cuidado, son de confianza. El coronel Chenaut es un hombre vivacísimo que acompaña de sales, gesticulaciones y movimientos cómicos cuanto dice de broma. Estábamos en la sala de billar; y cuando ya me habían contado las ocurrencias del día, llegó mi turno, y entonces con aspavientos a la manera de Chenaut, dije con misterio: “tengo que contarles cosas muy importantes. ¡Vean que no nos oigan!” Mitre mismo, que venía conmigo y nada me había oído, prestó atención. Chenaut se levantó en puntillas de pie, abrió las puertas que daban al patio, asomó la cabeza, volvió a cerrarlas; recorrió las otras, abrió ventanillas, y de par en par la puerta de la capilla de Rosas, cuyo altar e imágenes quedaron a la vista. Concluida esta ceremonia, les dije, “síentense y... oigan...” Pero un joven de Buenos Aires que estaba ahí y me habían presentado, se paró de súbito, el pelo erizado, las manos crispadas, y con voz hueca y sepulcral me apostrofó diciéndome: ¡pero señor Sarmiento! ¿Qué es lo que va a decir U.? ¡Yo no quiero comprometerme! yo... -¡El terror de Palermo! exclamé yo, señalándolo con el dedo, y echándome a reír. Rieron todos, y rió él mismo, avergonzado de aquella sublevación de la

carne, del terror como en tiempos de Rosas; y cuando hubimos reído bien, fue preciso decir que yo nada tenía que contar, y que sólo había querido hacer una broma a Chenaut, mi antiguo jefe, por sus aspavientos. Pero al paso, saltó aquella singularísima manifestación del estado de los espíritus.

EL TRIUNFO

Buenos Aires se preparaba a recibirnos dignamente, y el General esperaba hacer sentir ese día el peso de su poder. Esa noche fueron arrestados en Palermo ocho jóvenes que habían venido sin cinta colorada, siendo varios de ellos hijos de extranjeros, que en tiempo de Rosas no la habían llevado. En Buenos Aires tenían eco instantáneamente las ocurrencias de Palermo. El día de la grande exhibición amaneció. Había llovido la noche antes, y principiado el movimiento de las tropas, me reuní al séquito del general Virasoro, pues éste era mi puesto. El General me dijo que había recibido indicación de ir con sombrero redondo, y que recién esa mañana se había dado orden a la caballería de entrar en la ciudad, pues antes se había dispuesto que formase en el bajo solamente. Cuando nos incorporamos al General en Jefe, uno de sus edecanes me dijo: acaba de hacerle quitar la bandera a un batallón de Buenos Aires, diciendo: *esa bandera es la de los salvajes unitarios*.

Entramos en la calle de la Florida, ambos Generales a la cabeza y los edecanes y séquito en seguida. Iba el General en un magnífico caballo, ensillado con recado, cuya carona de puntas tenía pinturas y adornos de mucho gusto, pero de mal género, como son todos estos arreos provincianos. El fiador, manea, pretal, cañas de los estribos, estribos y espuelas eran de plata, recamados de oro con arte exquisito. Llevaba el General una rica espada; vaina dorada de las tomadas a Oribe, casaca con bordado en el cuello, banda roja, sin charreteras y con sombrero de paisano con cinta y un poco inclinado hacia adelante. Buenos Aires es, como se sabe, una ciudad muy elegante. Rosas fue vencido en este punto, y Manuelita misma había acabado con los chapeados de plata, espolones y todas esas zarandajas que hacen parecer un mameluco o un árabe a nuestros jinetes de campaña, haciendo malbaratar a hombres que nada poseen doscientos o quinientos pesos en estos arreos. Toda la población de Buenos Aires monta en silla sin mandil con el rigorismo inglés, que es el tipo dominante. El general Guido, que había salido a recibir al General, iba con sombrero apuntado, charreteras, casaca bordada, y un rosario de medallas, y sus edecanes vestían traje militar más completo que el General, aunque no llevasen tanto chapeado en su caballo. Apunto estas pequeñeces para indicar el estudio exquisito, o el candor, que había en estos hombres, para sublevar contra ellos hasta el buen gusto, hasta las maliciosas pullas de las niñas, espirituales siempre en las capitales, espiritualísimas en Buenos Aires. El General además, por gravedad o encogimiento, afectaba una tiesura imperturbable, sin volver la cabeza a este o al otro lado. El suplicio de los soberanos en Europa lo hace la necesidad de saludar a derecha e izquierda, y a mí me ha sucedido que el Emperador del Brasil me haya saludado, yendo de gran ceremonia el Jueves Santo, y yo medio oculto en un rincón para evitar su encuentro; porque ésta es la práctica de los soberanos.

Entramos, pues, en la calle de la Florida, y cuan larga es, a distancia de varas, en los primeros y segundos pisos, estaba decorada de banderas *celestes*, que las familias habían hecho teñir, por no encontrarse tela en Buenos Aires, después de veinte años de tiranía. ¿Había designio en esto? No: era la tradición argentina la tradición nacional que se levantaba instintivamente en las madres de familia: era la reacción contra los caprichos de Rosas; era en fin el antiguo símbolo de la libertad y de la gloria. ¿Qué había impuesto Rosas? La *cinta*. ¿Qué había perseguido? Los colores nacionales. Ahora todo volvía a su

antiguo ser, y el pueblo se envanecía y hacía ostentación de ello. El General, pues, que acababa de desairar a un batallón, arrancándole la bandera con que había peleado en Caseros, tenía que pasar por las Horcas Caudinas, y pasó.

La población de toda la ciudad estaba aglomerada sobre las azoteas de las casas, apiñada a las ventanas, y los hombres en las veredas. Las niñas ostentaban chales, corbatas, o vestidos celestes, con la pasión que nuestras mujeres tienen por este color, y con el deseo despertado por una privación de veinte años. Cada casa se había vuelto desde la caída de Rosas una tintorería, mientras de Montevideo y Río Janeiro traían géneros celestes. La aversión al colorado era tal, que la casa de los Dragos, habiendo recibido dos años antes tres cajones de groses de aquel color, los había devuelto a Francia, pues ni en el martillo tenían precio. Los millares de ramilletes, que sólo al General se echaban desde azoteas y ventanas, estaban amarrados con cintas celestes y blancas. Ningún hombre tenía *cinta* colorada en el sombrero, y si algunos la llevaban, era para peor, por la insignificancia de las personas.

¡Este día Buenos Aires fue sublime! Era un monumento de la grandeza humana, evocada de entre la sangre y las ruinas. Parecíame que el genio de la República estaba ahí, lleno de andrajos, de cicatrices, de heridas; pero sereno, tranquilo, sin humillación como sin jactancia. Este día medí toda la profundidad de la reacción, toda la ineficacia del despotismo de Rosas para educar al pueblo, toda la enormidad de las faltas inútiles que se estaban cometiendo. El triunfo llegó a la plaza donde, en el frontis griego de la catedral, se había elevado una gradería para dar asiento a ochocientas señoras, de lo más distinguido. Los vivas al General, al Libertador eran cordiales, entusiásticos, incesantes; pero la fatal cuestión de mal *gusto*, capitalísima donde hay mujeres elegantes, disminuía la seriedad de los sentimientos. Pasaron batallones entrerrianos, pasaron batallones correntinos, pasaron batallones de Buenos Aires con los chiripá y camisetas rojas, desaliñados, y fatigantes por la monotonía de este color tan ofensivo a la vista. Dios ha hecho verdes las hojas de los árboles; si las hubiera hecho rojas, nos habría dado otra clase de ojos; porque tal como los tenemos, la vista sufre y se fatiga.¹³ Llegaron los batallones orientales, precedidos por el coronel D. César Díaz, vestido con gusto, y rodeado de un pequeño estado mayor de jóvenes apuestos y elegantes. Desfilaron las mitades de aquellos batallones con pantalón, casaca y quepí manufacturados en París, de colores oscuros y con todos los arreos de tropas europeas, y un movimiento de placer, de dicha, de entusiasmo nuevo estalló por todas partes a su tránsito. Veían al fin tropas *decentes*, ésta era la palabra, y en el recuerdo de las madres se evocaba la memoria de nuestros antiguos ejércitos, de los veteranos de la guerra del Brasil, de aquellos coraceros terribles de Lavalle, de aquellos penachos, morriones, cordones y medallas de los héroes de cien batallas.

Llegaron los brasileros, y entonces el sentimiento público se exaltó por otra cuerda. El general Mansilla había, por un sentimiento mal colocado en las circunstancias, hecho indicar al General vencedor que no entrasen los brasileros a la ciudad por no humillarla; y el general Urquiza mismo, había tratado de amenguar su parte de gloria en Caseros. Los brasileros se quejaban, y el pueblo quiso satisfacerlos. De todos los buques surtos en la bahía se habían pedido las banderas brasileras para ponerlas en las calles, y la aparición del brigadier Márquez tan joven, tan culto, tan simpático, fue la señal de una nueva recrudescencia de entusiasmo. Yo encontré después a mi digno amigo por la Recoleta, retirándose a su campo con su estado mayor, y apenas podía hablar de enternecido, de gratitud, de satisfacción. “¡No esperaba, amigo, me dijo, estas manifestaciones! ¡Qué pueblo éste, y qué felicidad haberlo conocido!” Veinte días

¹³ Observaciones de Paley, en su Teología Natural, o pruebas de la existencia de un Dios.

después, cuando se embarcó, la población de Buenos Aires, las señoras y los jóvenes, llenaron los alrededores del muelle, lo hicieron llorar esta vez de placer, y los vivas y los pañuelos agitados en el aire lo acompañaron hasta que llegó su bote al buque que debía llevarlo.

El General permaneció serio y como empacado, presenciando el desfile de las tropas en la portada de la Recova, que divide las plazas de la Independencia y de 25 de Mayo. El Gobierno presidido por el octogenario Dr. López, el cuerpo diplomático en que se hallaba el mal avenida Carneiro Leão, aguardaban al General de pie para recibirlo y honrarlo en unas piezas contiguas a la plaza. El Dr. Alsina me dijo que creía había habido un malentendido en la cosa, y no intención dañada. El hecho fue que el cortejo de las autoridades aguardó en vano al General cinco horas; el General no se acercó. El público tradujo a su modo este acto, y en daño del General.

El General había dispuesto al principio que no entrase la caballería; pero esa mañana dio orden de hacerla seguir a los cuerpos de infantería. Los soldados permanecieron catorce horas a caballo, desde las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde en que regresaron a sus campamentos.

¿Qué objeto tuvo este cambio? ¿Mostrar a Buenos Aires todo su poder material? El efecto fue todo lo contrario. El entusiasmo de la población iba aumentando por horas. Mucho por el General, muchísimo más por el vestido de los orientales todavía más por los brasileros, sus dignos huéspedes. El General se retiró y la caballería empezó a desfilar. El general La Madrid venía a la cabeza de una división, la momia de los antiguos guerreros, el enemigo de Rosas, el antiguo jefe derrotado en Mendoza. El pueblo se lanzó sobre él, lo pasearon casi en brazos por las calles, y gritaron: ¡viva la libertad, vivan los viejos defensores de la Independencia! La caballería entró hasta las cuatro de la tarde y el pueblo se sació al fin de vivas y de emociones.

El General volvió a Palermo, yo me despedí de mi jefe, y volví a comer a Buenos Aires, pues debíamos volver a reunirnos para los fuegos artificiales de la noche. Cuando esto sucedió supe por los edecanes que en la mesa había dicho, sin prevención: ¿conque no quieren ponerse la *cinta* en Buenos Aires?

Sus edecanes soltaron el trapo, y cada uno le dijo en los términos más amigables, lo que había en el caso; que la prevención era invencible por los recuerdos odiosos de Rosas, etc. Muchos de entre ellos obraban tanto, animados por la indulgencia del General, como por una fuerte reconversión, que yo les había hecho el día anterior. D. Diógenes, encontrándose conmigo la víspera en los corredores de Palermo, me dijo: ¿qué le parece esta tenacidad del pueblo de Buenos Aires? ¡Si mi padre le arruga la frente, no han de saber dónde meterse! Yo me había propuesto no provocar manifestaciones; pero provocado, no retroceder por una prudencia egoísta. Llamé, pues, a los que estaban cerca, para precaverme de calumnias, y le dije a D. Diógenes: ¡Me pide U. mi parecer, y quiero dárselo! U. U., dirigiéndome a todos, U. que es su hijo, tienen la culpa de que el General se extravíe, y pierda el prestigio que necesita para gobernar la República. Esta cuestión de la cinta subleva resistencias que van a ser fatales. En Buenos Aires, U. lo sabe, la cinta son los degüellos, los parches de brea puestos a las señoras por la mazorca. -Sí, pero son U. U. los que se oponen. -Acepto el *ustedes*. ¡Los salvajes unitarios! En hora buena. Las negras de Buenos Aires no llevan la cinta colorada ahora, y a ninguna mujer, ni a la de Baldomero se la harán poner, U. lo ha visto, U. lo sabe eso. ¿Quiere U. una prueba más clara de que la aversión es general, instintiva? Pero vamos a los salvajes unitarios. En cuanto a mí, D. Diógenes, nadie hay aquí que tenga derecho de llamarme salvaje; y por lo de unitario, U. lo sabe, que soy quien se encargó de explicar la federación, y darle significado económico. No acepto ni uno ni otro cargo, por necios. Pero hablemos

de hechos. El 4 de febrero todo Buenos Aires pisoteó la cinta colorada en las calles, se la arrancaron del pecho a Mansilla, en presencia del coronel Virasoro, y ese día como hasta hoy no se vio más ni cinta ni chaleco colorado. Alsina, López, Mármol y los unitarios no han venido hasta el 10 de febrero. Son, como U. dice, unos cuatro ¿y U. conviene que cuatro hombres sin medios, sin poder tienen más influencia que su padre con treinta mil hombres? ¿Dice U. que se la pondrán si su padre le arruga la frente? La pondrán hasta en las murallas como en tiempo de Rosas, ¿pero y las consecuencias? Su padre está destinado a gobernar la República, y si en estas bagatelas muestra tan poco miramiento con la opinión, ¿qué cree U. que esperen para después? -¿Entonces U. quiere que mi padre ceda? -Sí, pues, amigo, -¿Entonces U. desapruueba su conducta? -No se olvide, D. Diógenes, que estoy hablando con el hijo del General, desapruobo todo lo que le perjudica, todo lo que le prepara resistencias, todo lo que trae desafecciones y división en la opinión. -Mi padre lo que quiere es uniformar la opinión. -¿Pero no ve, amigo, que uniforma los sombreros y divide los espíritus? El 4 de febrero todo Buenos Aires estaba de acuerdo en un sentimiento de gratitud para con el General; hoy la opinión está dividida. Unos que se ponen la cinta, y otros que no. -Alsina tiene la culpa porque no se la pone siendo Ministro. -Alsina ha aceptado el Ministerio a condición de que se abandonase esta exigencia. -Mi padre lo hace por las provincias. -Pero yo soy juez, en materia del espíritu que domina en las provincias, y le aseguro que las mismas resistencias va a encontrar en todas partes.

D. Diógenes empezó a ceder, si bien muchas veces tuve que recordarle que era a él a quien le manifestaba mi opinión, para que se la trasmitiese a su padre, en obsequio de los motivos de interés por su persona que me inspiraban aquella franqueza. Nos sentamos en seguida, y el joven ya desconcertado y sin saber qué replicar me escuchó media hora de consejos, de explicaciones, de súplicas, lamentándome de que el General hubiese esquivado la cuestión conmigo, etc., etc.

Tres días después de esta conversación, y dos después de la manifestación de Buenos Aires, salió la famosa proclama, insultando al gobierno de Buenos Aires por ajar a Alsina, a la población, a quien se le decía que *unos cuantos salvajes unitarios* eran los que no llevaban la cinta; revelando que los dichos eran *odiados*, quién sabe por quién, y que le habían pedido sangre y venganza, que sólo él había consignado en proclamas de exterminio y derramado diariamente quince días en Palermo.

No es necesario haber estado en Buenos Aires el día de la aparición de la proclama; basta el buen sentido para presumirlo. El efecto que produjo en la opinión aquel desahogo innoble, fue como si en una tertulia de damas se introdujese un ebrio profiriendo blasfemias y asquerosidades.

El anciano López gemía, Alsina se encerró en su casa, el pueblo, los extranjeros, los jefes del ejército tenían en la cara una expresión indefinible no de rabia sino de disgusto, de zozobra, como cuando se descubre que la casa en que vivimos está desplomada. Centenares de ciudadanos escribieron a Alsina o le mandaron agentes, conjurándolo en nombre de la salvación de la patria, a que se sacrificase, que no abandonase el Gobierno a manos prostituidas. Y para que algo hubiese que diera su significado especial a esta medida, no los federales, sino hombres comprometidísimos en la administración y actos de Rosas y que estaban avergonzados, pusieron la proclama bajo vidrio y marco dorado, para derisión de ese pueblo que habían pisoteado antes, y creía un momento que estaba libre de nuevos vejámenes.

He visto carta de alguno en explicación de los sucesos de junio que dice: "Alsina ha tenido la culpa de todo, dando a este pueblo instituciones para que no estaba preparado." Los que no poseen tanta elevación de miras creían al contrario que el general Urquiza venía desde su provincia poco preparado para el papel que le daban las circunstancias. Un jefe de gobierno sabe donde quiera que cuando se llama a un hombre al Ministerio es para que ese hombre dé a la política y a la administración el espíritu y el personal de sus ideas conocidas. Alsina no se introdujo furtivamente en el Gobierno, sino que el general Urquiza desde Montevideo lo buscó para este objeto. No aceptó la cartera del Interior sino después de haber convenido con el General en que no había de llevarse la cinta colorada. Si Alsina hizo otra cosa que lo que el General deseaba, el reproche recae sobre el que desea lo contrario de lo que debe esperar. Si U. echa agua en la leña, ¿se quejará de que no arda? Eche fuego y arderá.

Yo había sido desde el principio alejado de toda ingerencia en la política. Esto era perfectamente hecho. El General me había tomado el pulso, y sabido a qué atenerse. ¿Por qué poner a Alsina en el Gobierno? Alsina se apoyaba en la masa general de la población de Buenos Aires con su prestigio de patriotismo, honradez, ilustración, candor y energía. El general Guido pudo ser sin desdoro, sin extrañeza de nadie, el Ministro de aquella política de exclusión de los unitarios; pero poner al frente del Gobierno al jefe, al órgano, al publicista de los titulados salvajes unitarios de Buenos Aires, es lo que a nadie le ha ocurrido hasta hoy. El General no cree que hay opiniones en los hombres, ni caracteres ni nada. Seguí, Elías, Galán lo han confirmado en este error. Alsina debía ser lo mismo que ellos, y no era.

El momento era crítico, pues, cuando apareció la prodama. Todo el personal de Rosas estaba aún en la administración, en la ciudad y la campaña; si no se cambiaba, cada uno puede medir la gravedad de las consecuencias. Alsina se puso la *cinta*, devorando la afrenta, comiéndose las lágrimas, y puso mano a la obra. Se nombraron jueces de paz, hombres de probidad y de antecedentes. El General aprobó la lista, excepto uno. Propusieronle una lista de comandantes de campaña, y contestó, casi burlándose, que eso lo dejasen a su cuidado, y nombró más tarde al coronel Flores (que no había querido seguirlo), a Lagos, creo, y a otros; pero los jefes subalternos eran todos muy del agrado de Buenos Aires. La obra de la recomposición del Gobierno continuó a paso acelerado. A la cabeza de la policía se puso a D. Manuel Guerrico, con cuñado de Alsina, hacendado acaudalado y muy querido y simpático a todos los partidos, el apoyo de la familia de Rosas, de Terreros y el amigo de todos. La circunstancia de tener que entregar diariamente 600 cabezas de ganado para el ejército hacía necesaria su elección para negociarlo; porque al fin 600 cabezas diarias ofrece sus dificultades, después de las pasadas requisiciones, a un tiempo con los frescos estragos de la guerra. Los ciudadanos más acaudalados de la ciudad pidieron que se les confiaran los destinos subalternos como *subdelegado*, y se les acordó por cuatro meses. Breve, no quedaron ni porteros del antiguo régimen, y en un mes o dos la administración de Buenos Aires no era más que la plana mayor, oficiales, cabos y sargentos de la opinión en masa.

No sucedía lo mismo en el Ministerio. Urquiza propuso al Dr. Gorostiaga que entrase en el Ministerio de Hacienda. Consultémelo mi joven amigo, por política y obsequiosidad, y le insté a que lo aceptara. Propuso Urquiza al clérigo Peña Ministro de Relaciones Exteriores, y aquí hubo ya dificultades. El anciano Dr. López, incapaz de oponerse a nada, por una proverbial debilidad de carácter, por suma senectud, y por convencimiento, pues a su hijo le había dicho delante de mí que no había más que hacer que dejar al General salirse con todo, esta vez tuvo valor para resistir dos días, y por lo menos negarse a firmar el nombramiento del Ministro. El clérigo Peña había sido catedrático de filosofía antes de emigrar de Buenos Aires. Allí era desconocido, y antipático por desarreglos de conducta ostentados, en desdoro de su carácter sacerdotal. Los enemigos de Rosas lo conocían de otro modo. En 1846 había dirigido en la plaza de Montevideo las

intrigas que elevaron momentáneamente al caudillo Rivera, regaron de sangre las calles, pusieron a un dedo de su pérdida la plaza, y concluyeron con la expulsión de la legión argentina, la muerte de varios de sus compatriotas, al grito de Rivera y de Peña por adhesión: ¡mueran los argentinos! Este clérigo sin sotana, ausente y olvidado, este argentino instrumento de Rivera para perseguir a los argentinos, de los cuales ciento estaban en el ejército, y el resto en Buenos Aires, fue el Ministro que impuso Urquiza al Gobierno, y a quien mandó al Brasil, etc. En el Brasil no sabían que era clérigo porque jamás lo habían oído nombrar. Galán, Elías y Seguí, tenían un cofrade más; pero los federales de Buenos Aires, como los antiguos unitarios, como el Gobierno, no vieron en él sino un enemigo, un espía, un agente, y un delator. Los ministros se guardaban de él, y él trataba de penetrar en sus miras, para pasar partes a Palermo. Él se puso la cinta colorada, y siguiólo Gorostiaga, que es aquel Gorostiaga mismo que me había salido al encuentro en Palermo. Este joven no sabe hasta dónde puede llevarlo la blandura de su carácter y su voz enternecida.

OCUPACIONES

Yo estaba, como se ve, fuera de todo el movimiento de la Política. Me insinuó Gorostiaga que me encargase de un diario ministerial. No dejaba de hacerme cierta gracia mi rol de periodista de ministros de la altura de Peña y de Gorostiaga; pero, escribir por mi cuenta, como lo he hecho siempre, habría sido cosa a que no me habría resuelto, tan espinosas eran las circunstancias. Como una muestra de las ideas que me ocupaban a mi llegada a Buenos Aires inserto aquí la carta que, en respuesta a mis cuestiones, me escribía el 13 de febrero el ingeniero del Departamento topográfico D. Saturnino Salas:

“Señor D. Domingo F. Sarmiento. -Paisano y amigo de todo mi aprecio. -Aunque con alguna demora, es con el mayor gusto que le remito a U. el dato estadístico que me pidió respecto a la extensión que actualmente ocupa la población de esta provincia en toda la comprensión de su territorio. A este dato debe agregarse la porción que se está poblando sobre las márgenes del Río Colorado, pero sin ningún conocimiento en cuanto a su extensión. Otro tanto debo decirle respecto de la población de Patagones.

La superficie calculada, considerándola plana, por supuesto, es la que se comprende bajo la figura de un semicírculo, cuyo arco lo forman el Océano Atlántico del Sur, la costa Occidental del Río de la Plata y el Río Paraná hasta el punto donde confluye el Arroyo del Medio divisorio entre ésta y la provincia de Santa Fe, y donde, apoyando su extremidad Norte el diámetro de este semicírculo, principia a correr hacia el Sur próximamente hasta terminar en el Fuerte Protectora Argentina en Bahía Blanca, donde apoya su extremidad opuesta, con una longitud de ciento veinte y dos leguas. Este diámetro puede considerársele, si se quiere, como la línea quebrada que une entre sí al Arroyo del Medio, por sus vertientes con el Fuerte de Mercedes, la Laguna del Chañar sobre el Salado, el Fuerte Federación sobre el mismo río, el Fuerte de 25 de Mayo, íd. de la Laguna Blanca, extremidad Oeste de la Sierra de la Ventura, Oeste de la Curamolal y Fuerte Protectora Argentina en Bahía Blanca, que son los puntos principales que determinan la parte poblada en la dirección Occidental, y sabiendo como usted y yo sabemos que el límite por el Sur y Norte es el Atlántico, el Río de la Plata y el Paraná desde su embocadura en aquél, hasta el Arroyo del Medio.

Si he acertado a llenar el deseo que U. se haya propuesto con el dato que le remito, será para mí del mayor placer.

“Inter tanto, con él mismo, tiene el gusto de ofrecerse de usted muy atento servidor. - Su paisano y amigo. - Saturnino Salas. - Casa de U. - Febrero 13 de 1852.”

Yo traía desde Chile en mi cartera la mensura ya practicada de este modo. “La provincia de Buenos Aires forma una figura irregular, cuyos puntos extremos son: 1° Al Norte el Arroyo del Medio, que se echa en el Paraná por los 33°15 de latitud. 2° Al Sur la ribera del mar, por los 39°, cerca de Bahía Blanca. 3° Al Este la orilla del mar por los 1° 40 de longitud de Buenos Aires, cerca del Cabo San Antonio. 4° Al Oeste una línea que pasa por la orilla izquierda del lago del Chañar, de donde sale el río Salado por los 3°12 de longitud de Buenos Aires. Deduciendo los vacíos contenidos en el rectángulo que podría formarse tirando sobre los puntos indicados paralelas y perpendiculares al meridiano que pasa por Buenos Aires, se encuentra que la superficie es de 57.000 millas geográficas cuadradas, o cerca de 20 millones de hectáreas, o 200.000 kilómetros cuadrados”, etc., etc. La mensura del Departamento Topográfico me daba 52.300 millas. Cuatro o cinco mil millas más o menos no importan gran cosa. En la Pampa hay paño en que cortar.

Pero es esta misma abundancia de paño y la falta de gente para vestir con él lo que en Chile me había hecho solicitar del Ministerio de Relaciones Exteriores la colección de diez años de la *Gaceta* para buscar datos, y en Buenos Aires del señor Gorostiaga, Ministro de Hacienda, estados de importación y exportación que él creía dejarían satisfecha mi curiosidad. Nunca me los facilitó. La política *práctica* hacía olvidarse de todo lo *vaporoso*, de que sólo yo me ocupaba.

Diré dos palabras sobre el objeto de estas investigaciones. La provincia de Buenos Aires consagra su terreno a la cría de ganado, que estorba el cultivo de la tierra. Aquella industria debe ser muy rica para suplir a todas las otras cuyo desenvolvimiento estorba. Se sabe en Buenos Aires el ganado que admite la legua de terreno, y desde los tiempos de Azara es cálculo pasado a axioma que el ganado produce anualmente un tercio de su número. ¿Ahora cuánto ganado hay en Buenos Aires? Esto es lo que quería averiguar sobre el terreno; averiguando la exportación de cueros. En 1801 Azara comprobó que se exportaban 800.000 cueros. En tiempos de Rivadavia se exportaba la misma suma: el año 1837 la misma, y por algunos meses que alcancé a examinar de la *Gaceta*, creo que no se exporta ahora un millón. De donde resultaría que el ganado tiene un límite que no pasa desde principios del siglo, compensándose el acrecentamiento de unas haciendas con la disminución de otras. Resultaría también que no pasa de cuatro millones el ganado, a ser exactas aquellas cifras.

Nuestros campesinos están creyendo que nosotros somos los propietarios de la mayor suma de ganado del mundo, y algunos suponen que, vista la tierra desde la luna, se ha de ver *overeando* el ganado argentino.

Sin embargo, alguna luz deben arrojar los datos estadísticos siguientes:

La Francia tiene:

Diez millones de cabezas de ganado vacuno.

Tres millones de caballos y yeguas.

Cuarenta y siete millones de ovejas.

Seis millones de cerdos y

Treinta y seis millones de bípedos u hombres.

Su territorio mide ciento veinte y cuatro mil millas cuadradas de terrenos cultivados, con veinte mil villas, villorrios y ciudades, lo que no estorba que haya allí más ganado mayor y menor, relativamente al suelo que el que hay en Buenos Aires.

Y la Francia es el país que en Europa contiene menos ganado vacuno relativamente a la población, pues hay sólo veintinueve cabezas por cada cien habitantes, mientras que en Dinamarca hay cien cabezas por cada cien habitantes, en Suiza ochenta y cinco, en Escocia sesenta y dos, en Lombardía cincuenta, etc., debiendo añadirse que cinco millones y medio de vacas que hay en Francia, producen unas con otras, en leche, quesos, mantequilla, etc., la friolera de unos mil millones de pesos fuertes al año, cantidad

que no vale todo el ganado de Buenos Aires, incluso los caballos y los bípedos que los cuidan.

Esta clase de trabajos son para poner serias a muchas gentes, y otras comparaciones servirían todavía para ilustrar la cuestión que yo me proponía resolver, apenas llegado a Buenos Aires. Por ejemplo: El Estado de Massachusets en los Estados Unidos mide 7.500 millas cuadradas, es decir, la séptima parte del territorio de Buenos Aires. Poblados a un tiempo fueron estos dos Estados de América: la situación comercial de Buenos Aires a la boca de un grande estuario de ríos es superior para el desenvolvimiento y acrecentamiento de la población a la de Boston.

Sin embargo, Boston tenía en 1800 una población de sólo veinte mil habitantes, y Buenos Aires más de 40.000 según Azara. Hoy tiene Boston 140.000 habitantes; es decir, siete veces más. ¿Tiene la ciudad de Buenos Aires 200.000 habitantes? La provincia o Estado de Massachusets tenía en 1800 cuatrocientos mil, hoy tiene 796.000 habitantes. Buenos Aires con siete veces más territorio ¿tiene siete veces esa población, es decir, seis millones de habitantes? La propiedad de Massachusets está avaluada en tres mil millones de pesos o dólares. ¿Posee Buenos Aires siete veces esa cantidad, es decir, *veintiún mil millones de pesos*? La producción anual está allá avaluada en agricultura, fábricas y salazón de pescado en setenta y cinco y medio millones de pesos fuertes. ¿Está la de cueros, lana, astas, de Buenos Aires, avaluada siquiera en diez millones anuales?

¿Cuánto produce la cría de ganado al año en Buenos Aires? Ya hemos visto que la agricultura y la excesiva población de la Francia no estorba que mantenga diez millones de vacas, tres de caballos y cuarenta y siete de ovejas. Veamos la producción agrícola de Massachusets, comparando con la que debiera producir Buenos Aires, sin disminuir el ganado:

<i>Terreno en Massachusets</i>	7.500 millas cuadradas
Trigo.....	190.726 bushels
Maíz.....	2.347.451
Papas.....	4.175.251
Porotos.....	1.468.361
Centeno.....	600.239
Cebada.....	<u>134.655</u>
	8.916.683

Cuya suma comparada al territorio de Buenos Aires, siete veces mayor, daría para esta provincia sesenta y dos millones de bushels de granos, cuyo valor anual constituiría el valor de ciento veinte millones de pesos anuales, porque el de aquella producción agrícola de Massachusets valía dieciséis millones.

Pero volvamos al ganado. Una vaca consume el producto de una hectárea de tierra cultivada en granos (como dos tercios de cuadra cuadrada), lo mismo los caballos; menos aún los bípedos, dejando lo suficiente para semilla; diez ovejas o tres cerdos consumen lo que una vaca. Averiguados estos hechos pueden reducirse los cuadrúpedos y los bípedos de Francia a vacas.

Vacas.....	10.000.000
Caballos.....	3.000.000
Bípedos.....	36.300.000
Ovejas.....	4.700.000
Cerdos.....	<u>2.000.000</u>
Equivalen a vacas.....	56.000.000

La Francia puede mantener, pues, cincuenta y cuatro millones de vacas con dos millones de cuidadores.

La República Argentina entera, incluso el Paraguay y el Uruguay, que formaban parte del virreinato cuando Azara hizo sus cálculos no puede, con el sistema actual de cría de ganado por el pasto natural, alimentar más que cuarenta y cuatro millones de vacas con ciento setenta mil apacentadores; y Azara, que poco se cuidaba de que hubiese una nación, en esta inmensa estancia se extasiaba en la riqueza inmensa que explotaría la España. Porque han de saber nuestros consentidos estancieros que fue un naturalista, un plumario, como si dijéramos un boletínero, quien les trazó el plan de cría de ganado que con tan fatales consecuencias siguen hasta hoy. Por supuesto que en estos cálculos no entran los mulos y los borricos, de cuyas especies hay más entre nosotros que lo que echamos de ver.

He aquí las graves cuestiones que quería ilustrar durante mi residencia en Buenos Aires, pues que a estas simples bases, que no hago más que extractar, se refieren muchas cuestiones económicas, sociales y políticas que quería elucidar. ¡Políticas nada menos! ¡Las vacas dirigen la política argentina! ¿Qué son Rosas, Quiroga y Urquiza? Apacentadores de vacas, nada más. Todos esos títulos de Gobernador General, Restaurador, Director son consecuencia de la manera estúpida, pobre, ruinosa de criar las vacas, malogrando el terreno, impidiendo la población y la industria que hará imposible el que reúnan chusma y atraviesen la Pampa con un baqueano, para ir a sorprender a otros criadores de vacas, que están por ahí y nos hagan poner chiripá colorado.

Durante los fuegos artificiales en la noche del día del triunfo a que estábamos invitados, y que veíamos desde los altos del cabildo, yo me aparté con el joven Posadas a un lado solitario de la galería, donde encontré al Ministro de la Guerra el coronel Escalada, y entramos luego en conversación sobre puntos diversos, recayendo al fin sobre la necesidad de organizar la guardia nacional, punto en que insistí media hora, y que al viejo veterano de la revolución de 1810 le hacía vibrar las fibras. Yo había visto en el triunfo evocada la tradición nacional sobre la bandera, y echaba de menos su poderoso brazo los *Patricios*, aquella milicia de la ciudad de Buenos Aires que había rendido a los ingleses en 1806, sostenido a la Junta Gubernativa en 1810, en presencia de diez mil hombres de línea españoles, y que Rosas había desorganizado y desvirtuado para hacerla servir en las paradas. Pero aún así la tradición se había mantenido, todos los ciudadanos reconocían cuerpo, y no había más que ponerles a la cabeza unos doscientos muchachos muy almibarados que hay en Buenos Aires, que consumen muchos guantes de cabritilla y mucha agua de colonia, pero que se han endurecido en el sitio de Montevideo, y son sordos al fuego de la artillería, y poco respetuosos para la gente de chiripá y de a caballo. En el ejército venían ciento más de estas preciosas criaturas; los vecinos de Montevideo habían dejado un ejemplo glorioso, y los doctores en jurisprudencia y medicina mostrado, desde el escuadrón Mayo de Lavalle, y la legión argentina de Montevideo, lo que hay de buena sangre argentina en sus venas. A los viejos que venían a ponerme la queja de la *cinta* colorada, como si yo fuese juez de paz, les decía lo mismo. ¿Cuántos hijos tiene U.? Ponga dos en la guardia nacional y otro en el ejército. A los jóvenes decía otro tanto, y como se podía hablar de guardia nacional sin alusión a la política militante, empleé esos pocos días en hacer la propaganda de esta buena idea.

También tuve ocasión de hablar con algunos ingleses para sondear la opinión de los extranjeros residentes sobre su incorporación a la *ciudad*. Un señor casado en la familia de Vernet me dijo que habían hablado entre varios de tomar carta de ciudadanía; pero que el rumbo que iban tomando las cosas los había resfriado -¿Aceptarían U.U. la ciudadanía conservando la nacionalidad inglesa? -¡Pues toma si la aceptaríamos! Lo único que nos arredra es el temor de ser ajados -Pues ese temor queda inmotivado desde que queden garantidos contra nuestras violencias. -En Buenos Aires sucede una cosa

original. Los nacionales son ciento y los extranjeros mil: la plebe es vasca y en mayor número, con españoles e italianos, que los criollos. Éstos gozan del derecho de que los maten, acuartelen por años sin salario y arreen en las retiradas: los otros tienen la carga de trabajar en los saladeros y en las campañas, con doble sueldo que los criollos, porque están garantidos de tropelías, y los comerciantes y artesanos de ganar dinero cuando todos lo pierden. Los criollos disminuyen llevados a Montevideo, a las provincias a hacerse matar, y los extranjeros aumentan de día en día por la inmigración y la seguridad del trabajo. ¿Qué va a suceder? Que el Estado va a ser gobernado por una minoría paciente, en favor de una mayoría expectante y garantida. Tal es el desorden introducido en aquellos países, y tal la cuestión que pide, en Buenos Aires al menos, inmediata solución. La ciudad (*la cité*) deben componerla los que la habitan: defenderla los que vida y propiedad tienen; gobernarla todos, y sufrir sus cargas a la par de las ventajas de que gozan. El Gobierno provisorio exoneró a los españoles del servicio a poco de su instalación.

En conversación confidencial con Alsina le indiqué el deseo que tenía de ser administrador de correos, para secuestrarme de la política y empezar a desarrollar un sistema de comunicaciones con las provincias que, ligando el vapor de Europa con el correo de Chile, terminase con el establecimiento de la posta diaria, por la aplicación del *penny-postage*, la de diligencias a Mendoza, y por fin la de casas de posta fuertes que atravesasen la Pampa, contuviesen a los bárbaros, fuesen hoteles y posadas para los emigrantes a pie, y un vínculo de eslabones de edificios y habitaciones, para estrechar las relaciones de las provincias entre sí. Alsina aceptó la idea, proveyóse el pase de un anciano Luca, que es el administrador a otra oficina más en armonía con sus años y su falta de idoneidad para trabajo que requería años, estudios, viajes y trabajo diario para su realización; pero al ir a ponerse la cosa en planta tocóse con una pequeña dificultad. La administración de correos depende del ministro de Relaciones Exteriores Peña. ¿Por qué no lo ve U.? - ¿Y U. por qué no lo ve? Yo no veo a nadie; y no pasamos de ahí.

El Dr. Pujol vino por entonces a verme, y lamentándonos de los desaciertos del General, y del rumbo fatal que iban tomando las cosas, ¿y qué hacer para sacar a este hombre de aquí? ¿Cómo hacerla que acelere la reunión del Congreso? -El Congreso ha de ser lo mismo. -Déjelo que se lo lleve al Entre Ríos. -Al Entre Ríos no iré yo por lo menos. -¿Y en Santa Fe? -Pase en Santa Fe. Hay campo para poder fugarse los diputados. -La conversación tomó un carácter más serio. Entonces indiqué a Pujol una idea. El Pacto Federal fue hecho por cuatro gobiernos. Esos mismos gobiernos, por medio de diputados reunidos al efecto, pueden nombrar Presidente efectivo al General. Asegurada así la Presidencia, confirmada por las Juntas provinciales, se aquietará y no teniendo ya temores, ni recelos, dejará reunirse el Congreso, y discutir libremente la Constitución. Si no, va a enredarlo todo, a meter su mano puerca en todo, y esto va a volverse un caos, como lo ha hecho de Buenos Aires en veinte días. Pujol aceptó la idea como un expediente feliz; fue a Palermo, habló con el General, que lo halló famoso; pidió a Elías que trajese el Pacto Federal, que a tanto se prestaba, y al día siguiente, Pujol me traía la noticia de que todo quedaba arreglado.

Poco después se publicó el convenio entre él, su Jefe de Estado Mayor, su Gobernador de Buenos Aires y el de Santa Fe, que lo nombraban *Encargado de las Relaciones Exteriores*, es decir, el sucesor de Rosas, en aquel fatal empleo que se prestaba a todas las usurpaciones de poder, cuando la palabra Presidente era ya definitiva, y curaba el mal, que era satisfacer aquella ambición inquieta, sin miramientos. Como le quedaba hacerse Presidente, como el convenio de los cuatro Gobernadores no resolvía nada, fue necesario otra reunión de Gobernadores para darse el título de Director, y atropellar todos los principios, y vengarse de Buenos Aires, que no quería, que no deseaba más que el general Urquiza fuese Presidente para que lo dejase en paz.

En este estado de cosas la cuestión personal para mí venía apremiante por horas. ¿Qué hacer, casi señalado en la proclama del General, qué hacer cuando en

Gualeguaychú y la víspera de la entrada triunfal había dicho a su Secretario y su hijo que no me pondría la cinta? Hubo la noche del 21 baile de máscaras en casa de Guerrico. Tiene dos salones de recibo tapizados de cuadros de pintura desde el techo hasta el suelo. Hay entre ellos varios lienzos de mérito. Las máscaras se agitaban en estas salas y rebullían en torno mío que ocupaba como mirón un sofá. De cuando en cuando me dirigían la palabra algunas máscaras, me decían cosas muy serias, o muy amigables. Un viejo se me acercó al oído y me dijo: Vengo en comisión de los jóvenes de Buenos Aires, para saber qué deben hacer en estas circunstancias. -Bailar, -le dije, no queriendo entrar en la cuestión. -Diga U. que no llevemos la cinta, y dos mil jóvenes nos hacemos matar antes de llevarla. U. U. han sufrido mucho; ahora llega nuestro turno de reemplazarlos, y U. U. verán que hemos aprendido sus lecciones. -Yo llevo la cinta, le contesté, y se la mostré en mi quepí para desconcertarlo. Un gaucho de tirador de gros blanco vino en seguida a decime paisanadas que no carecían de gracia; pero después de esta introducción de farsa entró en la cuestión del día, y me dijo que él y ciento más se iban a sus estancias para prepararse para el momento necesario. Yo me escabullí de aquella escena veneciana por los cuadros, por las máscaras, y por los conatos de conspiración.

Teníamos una entrevista con el Sr. Carneiro Leão, y de paso por el teatro encontré coroneles del ejército, y la preocupación de los ánimos era la misma. No nombro uno que me dio la proclama porque no sé dónde está.

Todo esto era el sentimiento espontáneo, pero nadie lo estimulaba, nadie sabía ni preveía cómo este sentimiento se habría convertido en hecho. Y, sin embargo había medios sencillos y legítimos que no quisieron tocarse, porque dominaba hasta entonces y mucho tiempo después, una especie de *decencia*, pues que no tiene otro nombre. “¿Cómo oponerse, decían, al libertador? ¿cómo mostrar que hay desconfianza, división? ¿cómo poner de manifiesto la torpeza o la necedad de sus actos? Esto le perjudicaría para gobernar la República. Esperemos, que todo se ha de arreglar.” El Brasil había hecho un tratado de alianza, en que se estipulaba la libertad de Buenos Aires. Cada operación de guerra había sido precedida de un tratado. Las fuerzas brasileras debían retirarse; las orientales también. ¿Quedarían las entrerrianas y correntinas? ¿Por qué? El General se llamaba Jefe del Ejército Aliado Libertador. Pero retirado el Brasil y el Uruguay, no había ejército aliado, no había título. Si, pues, el Gobierno de Buenos Aires hubiese pedido al enviado extraordinario del Brasil que, en cumplimiento del artículo 2° del tratado, estipulase la disolución de la alianza, estableciendo la época y la forma del retiro de cada una de las fuerzas aliadas, el General, no ya Jefe del Ejército Aliado, quedaba Gobernador del Entre Ríos; la discusión entraba en los cuerpos de ejército, y se disipaba el ensalmo de aquel nombre colectivo de *treinta mil hombres* que pesaba sobre todas las cuestiones. Buenos Aires recibía o pedía sus tres mil hombres de línea, y Urquiza y Virasoro tenían que decir por qué y para qué se dejaban estar allí con sus diez mil hombres de milicias que nada más deseaban que volver a sus casas. Una cuestión de forma suele ser a veces el agente químico que disuelve estos cuerpos que resisten al cincel. Un poco de vinagre basta para descomponer el mármol. La cuestión de forma, de someter el pacto de San Nicolás a la ratificación de la Sala de Representantes de Buenos Aires bastó, provocando los desmanes ya conocidos de Urquiza, para quitarle el ejército, único elemento de poder que tenía, y acabar con aquella grosera comedia.

Hablamos de todo esto con el señor Carneiro Leão, pero también él tenía a su turno razones de decoro para oponer a todo lo que tuviese aires de ser provocado por él. Comprometido el Imperio en aquella lucha, expuesto a las miradas mal dispuestas de la Inglaterra y de la Francia, monarquía influyendo en los destinos de una República, creía que aunque los hechos eran enormes, la evidencia exterior de ellos aún no era suficiente para dejar justificados actos, que podrían prestarse a interpretaciones desfavorables. Porque el Brasil ha hecho alarde en esta cuestión de un desinterés, de una justificación que le honra, y que debe prodamarse altamente, puesto que no siempre los Gobiernos obran con tanto desinterés. Ojalá que el joven Emperador se conduzca siempre con la

elevación de miras y sanidad de propósitos que ostentó en la caída de Rosas. Yo pedí al señor Carneiro Leão un camarote a bordo de un buque de guerra brasileiro para el día siguiente, diciéndole el objeto, y al siguiente día estuvo en tierra el comandante del *Golphinho* para conducirme a bordo.

MI FUGA

Porque fue una verdadera fuga mi salida de Buenos Aires, de que no tuvieron noticia anticipada sino Alsina, López y Guerrico, y dos o tres amigos en el momento de embarcarme.

Quería decir a los hombres que tenían fe en la sanidad de mis intenciones: nada hay que esperar en este momento. Quería decir a las provincias: las engañan, puesto que yo, provinciano, no creo conciliable con nuestros verdaderos intereses la elevación de un nuevo caudillo, más voluntarioso, menos inteligente si cabe que Rosas. Quería en fin que mi retirada fuese una protesta, y la dirigí por cierto al General, sin ostentación, sin frases estudiadas. ¿Obré bien? ¿Obré mal?

Después de dos días de permanecer anclados enfrente de Buenos Aires el señor Carneiro Leão y su Secretario de embajada, el señor Paranhos vinieron a bordo para transportarse a Montevideo, e hicimos el viaje juntos, haciendo más confidencial nuestras relaciones. Venía a bordo otro asilado conmigo, un coronel García, hermano de Baldomero, quien había tomado el mando de la División Aquino en Buenos Aires, y como jefe sitiador de Montevideo, puesto fuera de la ley en aquella famosa proclama de olvido que condenaba al exterminio un regimiento de caballería.

El señor Carneiro Leão lo había asilado, y para ello tenido que compulsar la conciencia de Urquiza. En una conferencia en Palermo tenida el 22 creo, el señor Carneiro Leão, haciendo valer ofrecimientos personales del General, se interesó por la vida de dicho coronel. Urquiza se negó redondamente, y para justificar su negativa añadió: "si perdono a uno de los de Montevideo me veré obligado a perdonar también a la División Aquino." Desde luego téngase presente que el coronel Maza había sido perdonado antes, por el empeño de su mujer, y que el señor Carneiro Leão hacía uso de un ofrecimiento personal del General, que hacía valer en favor de un extraño, por motivos de humanidad. La negativa ocurrió delante de gentes, y el señor Carneiro se abstuvo de hacer observaciones sobre aquella condenación de la División Aquino, que el General en su candorosa inocencia de toda la monstruosidad de aquel acto creía un obstáculo para conceder una gracia.

El señor Carneiro, desairado así, escribió una carta al General, en la que, con los términos más graves, le explicó cómo la condenación en masa de la División Aquino, sin juicio, sin sentencia, sin distinción de grados de culpabilidad en sus miembros, era un acto sin ejemplo en los tiempos modernos, e inaudito entre pueblos cultos. El señor Carneiro Leão mostró en Montevideo la carta a dos sujetos, sabíalo el coronel García, y sin eso, siendo un acto de dignidad, de protesta personal en favor de la humanidad y las formas legales hechas por el señor Carneiro Leão, no vacilo en publicar este acto que le honra, tanto más que no se negó a mi deseo de tomar copia del párrafo final, que por distracción no tomé en Montevideo.

El almirante Grenfell, aturdido a su turno con aquella condenación, fue a Palermo a interceder; pero no pudiendo hablar con el General se insinuó con Elías, indicándole que podían ocurrir equivocaciones. -¡El General no se equivoca nunca! fue la réplica con que el Secretario dejó más aturdido todavía al intercesor. ¡Y en efecto! Nunca se había equivocado el General en las condenaciones a muerte sin juicio. Esta vez, si toda división perecía, era claro que criminal alguno escapaba. No pereció toda, y entonces los autores del crimen pudieron quedar impunes.

Las consecuencias de la carta del señor Carneiro fueron la revocación inmediata de la proscripción de los jefes de Montevideo, dándole los aires de un acto de clemencia; jefes a quienes no obstante achacaba haber faltado a las leyes del honor a que no faltaron, y la subsiguiente absolución en masa de la División Aquino, dejando así impunitos a los cuatro o seis verdaderos criminales y promotores de la rebelión con asesinato de los jefes. Téngase presente esta serie de actos violentos, y de revocaciones subsiguientes, porque es mi ánimo mostrar por ellos cómo se iba por horas, por minutos desprestigiando su autor en Buenos Aires, por falta de carácter, de principios, de plan, de ideas, de partido.

Mi brusca separación, y sobre todo la manera de hacerla, habían desconcertado al General, por la primera vez, en aquella marcha ascendente de arrollar obstáculos, porque al fin el Dr. Alsina se había puesto la cinta, que le había jurado a él mismo no ponerse. El coronel Mitre me escribió desde el campamento: "La desaparición de U. del retablo en que jugamos de veras con sangre y con lágrimas a los títeres de la política, aunque esperada, no ha dejado de sorprenderme. Ayer fue entregada su carta al General, de resultas de lo cual no recibió a nadie, y amaneció con dolor de cabeza. ¿Qué diablos le mandó decir? Esta mañana me mandó llamar para decime que me iba a hacer extender los despachos de Coronel de la artillería de Buenos Aires..."

Lo mismo que en el Espinilla y en Cabral, atropellar sin miramiento; retroceder sin dignidad. Mitre era mi compañero, él lo sabía, y le daba un ascenso en respuesta a mi protesta.

La misma escena había tenido lugar con el señor Cameiro Leão, a quien con gritos desmesurados había dicho que el emperador le debía a él la corona, etc. Contenido dignamente en estos desahogos de una jactancia y de un amor propio pueriles, salió hasta la puerta, y no atreviéndose a disculparse ante el enviado ofendido, abrazó al Secretario, el joven Paranhos, diciéndole y golpeándole el hombro: "no me haga caso U. por mis gritos... yo soy así." Así es en efecto Urquiza. Si aún quedase duda, la siguiente carta confirmará en ello: - *"Buenos Aires, marzo 3 de 1852.* - Estimado señor y amigo. He sabido por persona fidedigna que se han impartido órdenes secretas para que U. sea fusilado en el acto de pisar el territorio argentino. D. Bernardo de Irigoyen, que marchó hace tres días para las provincias de Cuyo, será probablemente el que lleva para allá semejantes órdenes... Su partida ha sido lamentada por todos los buenos, pues todos han comprendido la absoluta necesidad en que se hallaba de emigrar segunda vez."

Creo que hay error en suponer que hubo órdenes para esta zoncera, aunque Benavidez, después de que Irigoyen llegó a San Juan, dijo muchas veces: "que venga ese salvaje unitario, yo le mostraré las órdenes que tengo", y no hace veinte días a que oyendo que se corría que yo estaba en camino dijo, "que venga, yo le he de mostrar un camino que él no conoce." Es preciso ser muy candoroso para que conociéndolos a todos ellos, como los conozco, y teniendo patriotismo y honradez, ignore los caminos que pueden mostrarme. Pero volviendo a Urquiza, nada de serio había en este primer movimiento instintivo. Al coronel D. Lucas Moreno, que vino en esos días de Montevideo le dijo, en la puerta delante de ocho personas: "dígame a su Gobierno que fusile unos cuantos doctores"; y ya le había insinuado que no reconociese los tratados del Brasil. Sabiendo que el general Paz había llegado a Montevideo, y pasaba para Buenos Aires dijo, con la misma indiscreción que en todos los casos: "si viene le hago pegar cuatro tiros." ¿Por qué? Por nada, por ojeriza personal, por envidia, por zafarse del respeto que sus virtudes le merecen. A Irigoyen pues, debió decirle: "dígame a Benavidez que lo fusile si va..." Me parece que oigo la voz, que veo la guiñada del ojo, y la risita con que acompaña estas bromas.

¿Cómo se puso en contacto con Irigoyen?

Un antecedente tengo. Por La casa de Lavallol supe que se habían entregado el 19 de febrero a D. Fermín Irigoyen, dos mil onzas de oro para remitir a Benavides por cuenta de Rosas. ¿Alcanzó a mandar las onzas D. Fermín? ¿Las recibió Benavides?

Yo en posesión de este dato, debía dar cuenta al General, y se lo comuniqué en una carta. Después Irigoyen fue nombrado "Enviado diplomático" como él decía, cerca de ese mismo Benavides. Pregunta siempre mi curiosidad indiscreta: ¿qué se hicieron las dos mil onzas? ¿Le habían sido mandadas a Benavides? ¿Las recogió el General? ¿Negó el hecho Irigoyen? ¿Compulsóse el origen de la noticia en las fuentes donde la tomé y que indicaba al General? Así pues, el acto por el cual informaba de la existencia de un caudal público que podía extraviarse, me trajo el aunamiento de tres enemigos. Pregunto: ¿Cuál de los tres tiene el pecado?

EL GENERAL PAZ EN MONTEVIDEO

Encontréme en Montevideo con el viejo soldado de la Independencia, el General estratégico, el brazo que se ha alzado en veinte años a parar los golpes dirigidos a la libertad argentina, el salvador de Montevideo, el maestro, en fin, que enseñó a la parte civilizada de la República Argentina a pararse firme ante el caudillaje y dejar con eso sólo en descubierto su arrogante impotencia. El político ha sido vencido, el General nunca. Su persona puede desaparecer, pero su obra es imperecedera, y ella acabará de salvar la República.

Había ceñido la espada en mi juventud, bajo sus órdenes, y pertenecido a su escolta, sin conocerlo. Habíamos escrito desde 1848, y nuestra entrevista, y nuestro encuentro en Montevideo, tenía el interés de un reconocimiento personal deseado, y de una similitud de posición originalísima. ¿Con qué se viene U.? - ¿Con qué le estorban llegar a U.?

El general Paz había permanecido en Río de Janeiro cinco años, dando el ejemplo de la resignación en la desgracia, de la pureza de costumbres que debe caracterizar al patriota, y de la dignidad humilde del hombre público. Rodeado de su familia, no habiendo perdido su esposa sino en este último año, el General vivía oscuro en Río de Janeiro por modestia, por pobreza y por gusto. Había comprado uno o dos negros, seis vacas americanas y una inglesa del Cabo de Buena Esperanza, que producía veinte y seis botellas de leche diarias, y con la de todas, cuidadas por un negro y el otro sirviéndole de doméstico, mantenía su familia con una mediocridad humilde. Tenía además un bodegón de miniestras, mal situado, peor administrado, que conduyó al fin por llevárselo el diablo. En la ruta de San Clemente, cerca del Jardín Botánico, a casi una legua del centro de la ciudad, a la puerta de aquel descuadernado bodegón, veíase casi todos los domingos, un magnífico coche, con cuatro lacayos de gran librea, y con las amas de la embajada Oriental apostado todo el día. Era el Enviado Plenipotenciario de la República Oriental, que, con el general Pacheco y Obes, y algunos argentinos, venían a comerle al general Paz sus malos porotos con fariña, y honrar así las virtudes austeras del invicto General y del desgraciado jefe político.

Algún tiempo después de establecido en Río de Janeiro el General recibe por la estafeta dos contos de reis en billetes de banco (1000 ps.) y una carta anónima en que se le hacía depositario de esta suma por algunos años, con encargo de no indagar el origen y otras menudencias. He aquí al pobre General en conflictos, lleno de escrúpulos, queriendo protestar contra aquel avance ¿pero, ante quién? Convoca a consejo de guerra a sus amigos, expone su tribulación, y se resuelve, lo único que podía resolverse, que se calle y aguante el depósito, dádiva o lo que fuese. Al mes siguiente recibió sin carta por el correo doscientos mil reis (100 ps.) y todos los meses tuvo la misma incumbencia. ¿Quién le mandaba esta suma? ¿Quién podía mandarla? Y una terrible sospecha pesó sobre su conciencia. ¿Será el emperador? Puedo sin desdoro; aceptar el don, si realmente viene

de sus manos?... Hasta hoy no se ha podido traslucir nada; pero el Emperador ha hecho muchas de éstas en su vida, y la suposición no tendría nada de gratuito.

La época de la regeneración argentina llega, y el general Paz consagra todo el ardor de su alma, toda la capacidad de su espíritu a allanarle el camino, al hombre más feliz aunque cien veces menos digno que él, a quien va a caberle la honra de salvar la República. Escribe a Chile, me escribe a mí, y en todas sus cartas, cartas de pliegos, el nombre del general Urquiza es alzado a las nubes, bendecido, aclamado.

En setiembre 24 de 1851, el general Paz me escribía de Río de Janeiro: "Al ver el incruento desenlace que va a tener la cuestión Oriental, en donde casi no ha corrido sangre, nos es permitido esperar que lo mismo suceda en la República Argentina. Pronto va a hacer la prueba el general Urquiza, pues se propone pasar el Paraná tan luego como concluya su rápida campaña al Estado del Uruguay. Su programa, que ya conocerá U., merece mi más completa conformidad. Ni puede ser de otro modo, habiendo sido el mío en los tiempos en que tuve influencia en los negocios públicos, Congreso, Constitución, Organización Nacional.

"Aunque nada nuevo diga en la carta a que me refiero, no quiero que U. ignore mi modo de pensar. Me contentaré ahora con reproducir lo que en ella expreso, y añadir que su réplica al *Archivo Americano* (nacionalización de las aduanas) que he visto después, me ha confirmado en mi opinión. No me parece menos acertada la prescindencia de personas, cualesquiera que sean sus antecedentes políticos, con tal que hagan el bien, se harán acreedores al reconocimiento nacional. Yo desde ahora, le ofrezco al general Urquiza el muy sincero tributo de mi gratitud."

Interpelada la religión del General, por los ministros del Brasil, en consejo de ministros a que fue llamado, en el momento supremo de echar el peso del Imperio en la balanza de la lucha argentina, sobre la capacidad, idoneidad y sinceridad del general Urquiza, para arriesgar en sus manos la gloria, el honor y los intereses del Imperio, el general Paz da a su turno la garantía de su probidad, y responde de Urquiza. El Brasil no vacila desde este momento.

Triunfa éste, y Paz pierde su austeridad, vende negros y vacas, quema todas sus pobreza, embárcase y vuela a dar un abrazo al libertador, y volver a aquella patria que no fue segura para él, sino en los campos de batalla. Llega a Montevideo, y al trasladarse de un buque a otro para continuar a Buenos Aires sabe que el General victorioso ha dicho que lo fusilará en el acto de desembarcar.

Sus amigos le escriben que regrese a Río de Janeiro, y el antiguo proscrito, el preso de diez años consecutivos, dice: "¡pero los que tal me aconsejan no saben lo que es el destierro sempiterno para un viejo, cargado de hijos, sin fortuna, que ha perdido en él su mujer...!"

El 4 de mayo me escribía a Río de Janeiro:

"Las prevenciones contra mí, en lugar de disminuir, aumentan, según me escriben personas bien informadas. ¡Es muy singular mi posición! Pero qué extraño si la de U. es la misma. ¡Qué países y qué hombres éstos!"

Ahora ha sido nombrado agente del gobierno de Buenos Aires para las Provincias. Su reaparición en la escena política es providencial. Provinciano, honrado y patriota sin tacha.

Encontréme en Montevideo con el Dr. Pico, mi antiguo amigo y corresponsal desde 1845. Había regresado de Buenos Aires, y en conversación me dijo que sentía mi separación, y que aún le parecía indiscreta. Yo me he puesto el cintillo, añadió, y estoy resuelto a recibir lo que nos den, aludiendo a la libertad. Yo le contesté que no vituperaba su conducta, y que me había guardado de aconsejar a nadie, en materia de pura conciencia. Poco después me encontré también con el coronel Pirán, uno de los del círculo íntimo de Urquiza, y esta vez, la reyerta se trabó sobre los motivos de mi separación. Desahuguéme a mis anchas contra Urquiza, diciendo cuanto creía de él. Sostúvolo Pirán; pero al fin, con interés y en tono amigable me aconsejó no escribir con

acrimonia, y decirle al general en vía de consejo, eso mismo que a él le decía, instándome para que me quedase, y redactase un proyecto de Constitución.

Mi partido estaba tomado, y calentando a poco sus calderas el *Prince*, vapor que hace la carrera entre Montevideo y Río de Janeiro, me embarqué en busca del *Quito*, que se aguardaba de paso para el Pacífico. Entre las singularidades de esta excursión, era una la de haber tenido ocasión de tratar de cerca, con intimidad a algunos, a casi todos los personajes que han figurado, o habían de figurar, en el drama argentino. A bordo del *Prince* me encontré con el general Mansilla, cuñado de Rosas, su hijo, el señor Terreros, y el comandante Magnan, que se decía el confidente de Rosas, y que fue quien lo embarcó en el *Locust*. Estaba, pues, en medio del séquito de Rosas. Los primeros días se pasaron en tentativas de aproximación, hechas con decoro de parte del General, de la mía aceptadas sin esquivar como sin prisa. A bordo las ocasiones se presentan a cada momento. El General había hablado de mí ante los pasajeros, atribuyéndome una parte exagerada en la caída de su hermano. Al fin me habló, preguntándome de Oro, si lo conocía. El terreno era bien escogido, y media hora después las paces estaban firmadas. El General había permanecido un mes en las balizas de Buenos Aires, solicitando en vano se le permitiese desembarcar. Prudencio, Gervasio Rosas, el general Pacheco no habían sido molestados. Mansilla no había servido después de Tonelero; habíase justificado victoriosamente del cargo de haber ordenado el saqueo con que la opinión lo había manchado. ¿Por qué no se le permitía volver a su casa? El general Mansilla me dijo que creía que era porque había sido antes gobernador de Entre Ríos, y dejado simpatías, olvidadas para todos, menos para el celoso General. Nuestras relaciones fueron haciéndose más fáciles, nos hablamos con Terreros y Magnan, más tarde con el joven Lucio Mansilla, muy estimable, muy bien educado, y que creía tener motivos de queja personal contra mí, y me lo manifestó con cordura, delicadeza y dignidad superior a sus años. Acababa de regresar de un largo viaje: había visitado la India y el Egipto, y volvía a salir para España acompañando a su padre.

RIO DE JANEIRO

Sería prolongar demasiado este escrito, entrar en detalles sobre los mil incidentes que precedieron y sucedieron a mis entrevistas con los ministros y el Emperador. El señor Carneiro Leão se había interesado muchísimo, y escrito a su Gobierno para provocarlas.

A Río de Janeiro me llegaba el rumor de las cosas que se desenvolvían en Buenos Aires. El General seguía su política de reacción, Guido había sido nombrado Enviado Plenipotenciario al Brasil. Guido, el que había provocado la guerra: el enviado de Rosas vencido, volvía a continuar su tarea en nombre de Urquiza vencedor. ¿Qué había entre uno y otro caso? Nada: una guerra.

Irigoyen, Enviado a las Provincias de Mendoza, San Juan y San Luis a confirmar en sus gobiernos a Mallea, Lucero y Benavidez. Mármol enviado a Chile, Mármol desconocido en este país, Mármol, poeta, escritor. Una carta explicaba esta anomalía: "Su pluma es para Urquiza, lo que los laureles de Milcíades para Temístodes, no lo deja dormir. Mármol ha sido nombrado Encargado de Negocios en Chile, y el objeto de su misión es cortarle las puntas de su pluma. Todos sus amigos, y entre ellos López, han asegurado al General que U. no lleva el proyecto de escribir contra él. El otro día dijo que le encontraba dos defectos, muy aspirante y muy engreído. Después añadió: Yo sé que Sarmiento piensa escribir contra mí; pero yo lo he de confundir con mi conducta."

Parece que esta vez no hallaba que hubiese de chillar en vano la prensa de Chile. Sin embargo, entre aquellos cargos, más ligeros que infundados, se reconoce cierto

aprecio de mis motivos, cierta mesura en los cargos. Confundime con su conducta era a propósito para hacerme caer la pluma de la mano.

El cargo de engréido es muy paisano para que deje de tener fundamento. El general Urquiza es juez competente en materia de servilismo. En cuanto a ambición: debe ser muy infeliz la mía que da ciento en la herradura y ninguna en el clavo. Ambición que principió el año 1829 cerrando una tienda y alistándome soldado; ambición que en 1836 me hizo sordo a los buenos oficios de Benavidez para obtener en cambio la prisión, y la amenaza de muerte, violencias y el destierro: ambición que me hizo el órgano, el apóstol diez años de las ideas consignadas en las Bases del Dr. Alberdi: ambición que, cuando todos los escritores argentinos domían en Chile, me tenía solo en vela contra la tiranía: ambición que cuando aún no asomaba en el horizonte Urquiza le ofrecía su concurso para elevarse: ambición que, a penas declarado contra Rosas, me llevó a su lado como político y como soldado: ambición que, por una bagatela de conciencia, se cerró el camino a los honores, abierto de par en par para los que, sin ambición y sin darse tanto trabajo, llegaban a ellos sin más que ceder a lo que yo me negaba: ambición que, cuando el mal triunfa y los buenos se dividen se esconde en un oscuro rincón, mientras las carteras pasan por su cabeza enviadas a los que no tienen aquella mala pasión. Ambición en fin que, cuando la lucha comienza de nuevo, sale a la palestra defendiendo a Buenos Aires en las Provincias, olvidando que son trece contra *uno*, y que la política práctica aconseja estar siempre, no a lo recto y justo, sino a lo conveniente. Fueron ministros Gutiérrez, fueronlo Alsina, Gorostiaga, López, Peña, Cáceres, Pirán, Galán, y embajadores D. Diógenes, Alberdi, Irigoyen, Guido y otros; y yo que había hecho todo lo posible para que no me hallase bueno para nada el dispensador de empleos, soy el ambicioso más *engréido* y como tal el más inhábil de la tierra. Van veinte años de *fiasco* permanente para esta ambición tan desaprovechada, y temo que le quedan otros veinte para su eterno escamamiento. De paso la República, la moral, la civilización, y hasta los constitucioneros, como diría el general Urquiza, han de, lo espero, recoger algo de las indiscreciones del ambicioso, que no sabe jota de política práctica. Hay, empero, otra cola del perro de Alcibíades que el General no vio; mi vanidad, muy conocida en Chile y muy explotada.

De manera que a esta malhadada e indiscreta ambición se le puede cantar aquel chistoso versito de la Zambacueca:

*¿Para qué vas y vienes,
Vienes y vas,
Si otros con andar menos
Consiguen más?*

¿Pensaba yo escribir? Valdría tanto preguntar: ¿Pensaba obrar? Esto dependía de esa misma circunstancia señalada por el General, de su conducta. Temblaba de extraviarme, exigiendo demasiado, y vacilaba. Quería publicar esta misma campaña, y temía ser asaz severo en el juicio de las cosas y de los hombres.

En una entrevista en Petrópolis con el señor Lamas tocóse este punto, y él me aconsejó aguardar y sobre todo deponer toda acrimonia. Sospecho que él escribió a alguno de los ministros de Urquiza, comunicándole estas disposiciones de ánimo, y creo que aun dio pasos para buscar un acomodamiento. Yo mismo los di, por medio de mis amigos, sin aventurar nada, sin embargo, sin ceder en lo que a mi dignidad afectaba.

Después, en presencia de nuevas enomidades de su política, di contraorden, al tiempo que todos me escribían que era voz general en el ejército y en la ciudad que yo volvía. En el vapor de Mayo tomé mi pasaporte para Buenos Aires, y habiendo en la noche leído todos los diarios venidos de esta ciudad, cambié de resolución, y me vine a Chile. Tan lejos estaba del cargo de prevención ni animosidad. Mi silencio de un año es un seguro garante. Yo no quería extrañarme de la República. Desechado en el período constituyente, podría tener mi lugar en la época más tranquila de la legislación.

Pero volvamos a los hechos. Río de Janeiro y los ministros del Brasil se quedaron fríos al saber aquel nombramiento de Guido. ¿Era un insulto? ¿Era una burla? No era ni lo uno ni lo otro. El general Urquiza quería poner en evidencia el personal de Rosas. Embajador al Brasil o París, era cuestión de nombre. La corte supo por entonces que Urquiza aconsejaba al Gobierno de Montevideo ofreciéndole el apoyo de sus armas, rechazar los tratados, en cuya virtud el Brasil había entrado en la liga.

Urquiza, al revocar aquel nombramiento incongruente, dio por motivo que el Brasil no lo aceptaba. No es exacto. Los ministros del Brasil se obstinaron, contra todas las solicitudes en contra, en recibir a Guido. La razón era sencilla. Los había humillado y hecho sufrir seis años, y querían que volviese a la puerta de los salones de palacio. ¡Es tan dulce la venganza! Creo que el señor Lamas, acaso impulsado por el disgusto de encontrarse de nuevo con el hombre con quien había bregado cuatro años, hasta vencerlo en esos mismos salones; acaso por interés por el general Urquiza, cuyos actos no debían afectarlo por el lado que a nosotros, escribió al ministro Peña en su carácter de amigos antiguos, haciéndole sentir la impertinencia de aquel nombramiento. Una carta particular del señor Lamas, pues, fue la causa única del desnombramiento.

Las provincias de Cuyo se quedaron igualmente lelas con la misión Irigoyen. La elección del sujeto era en sí un cartel; no tenía necesidad de hablar. Llegó a Mendoza, estando el señor Segura de Gobernador, el mismo a quien Irigoyen había hecho una revolución para poner a Mallea como más manejable. Benavídez no sabía lo que pasaba, y se restregaba los ojos y se palpaba para convencerse de que estaba despierto. ¡Aprobado por Urquiza, a quien había declarado traidor, loco, salvaje unitario; y los partidarios de Urquiza en San Juan, a quienes había quitado contribuciones, aprisionado y amenazado degollar, declarados *salvajes unitarios*! Se ha dicho en Chile que estas medidas eran tomadas para paralizar la oposición que yo hacía al General. Les alabo la sagacidad. La verdad, es que no escribí a nadie en San Juan una palabra desde Buenos Aires, hasta un mes después de estar de regreso en Chile; y la carta que escribí el 6 de julio al gobernador Yanci está hoy en poder de Benavídez. Yanci lo ha desafiado a que la publique. Es mi justificación y un desmentido a los cargos, y se guardará bien de publicarla.

PETROPOLIS

Sobre la montaña *Das Orgas*, con un clima dulce en verano, en medio de picos de granito revestidos de vegetación tupida, en las hondonadas que los dividen, y a lo largo de calles terraplenadas en los bajos, o cortadas en los declives, se ha fundado la colonia de Petrópolis, en propiedad del Emperador, que la cedió para este ensayo de colonización. El camino que de Río de Janeiro lleva a Petrópolis es pintoresco y variado, atravesando en vapores la bahía, ascendiendo las montañas en vehículos conducidos por alemanes, por un camino cortado en el flanco, y parapetado por el lado de los precipicios con un balaustre corrido de granito labrado. Esta obra cuesta más de un millón de pesos con los terraplenes de la población. El emperador reside en un palacio que aún continúa en construcción, y su residencia sola es un fomento para el progreso de la colonia que, no obstante la escasez de tierra de labor, prospera y aumenta. Hay seis hoteles, algunos capaces y cómodos, dos capillas, una católica y otra protestante, tres colegios, y una población de dos mil habitantes alemanes y brasileiros.

En Petrópolis encontré al señor Lamas, y dejando a un lado todas aquellas cuestiones en que su posición oficial le imponía una prudente reserva, nos abandonamos a una eterna transmisión de ideas, de datos, y pasar en reseña los acontecimientos pasados, los detalles de los primeros tiempos de la defensa de Montevideo, de que había sido actor muy prominente, y de aquella epopeya diplomática que había traído por

resultado acabar con un estado de guerra crónico, incurable. Hemos hablado veinte días desde las once del día a veces hasta las once de la noche, sin que nuestros tesoros de reminiscencias, ideas generales, y vistas y aplicaciones prácticas se agotasen.

He dicho de mis conferencias con el Emperador lo más notable, siéndolo sobre todo la indulgencia con que siempre me acogió, haciéndome comparar no pocas veces aquella afectación, cuando más no fuere, de interés con que se dignaba escucharme y pedirme mi opinión en ciertos puntos prácticos, como colonización, etc., y aquella petulancia aturrida con que el general Urquiza esquivó oírme en cosas que a haberlas examinado con detención le habrían ahorrado, si no todos, la mitad de los errores que lo precipitaron.

A Petrópolis concurrían las gentes elegantes y los extranjeros que huían cómo yo de la fiebre amarilla. Encontrábase allí Mma. Stolz, cantarina célebre que había oído en París, Alexander y accidentalmente personajes que venían a visitar al Emperador. El general Rivera fue uno de éstos, habiendo solicitado con infatigable instancia este honor. Es una cosa curiosa a la par que triste ver a estos caudillos, despojados del poder de que abusaron, en la desnudez natural de su verdadero valer. No sé qué filósofo antiguo, preguntándole cómo se conocería lo que un hombre vale: jechadlo a país extraño sin fortuna, decía, y allí lo veréis tal como Dios lo crió! El general Rivera realizaba este pensamiento. Había venido con un amigo mío y díchome éste que el General le había hablado de mí, como que me había conocido en Río de Janeiro. Cuando me presenté en el almuerzo el General me dijo: creo haberlo conocido en Buenos Aires. No, General, le dije, y a poco me despedí.

Pero encontré allí un personaje más curioso, más raro, y de cuya catadura no hay otro ejemplar en la tierra. Un Vice Almirante de una república, de edad de quince años, y que había merecido tan alto honor desde la edad de trece años. Con este título se había presentado en el Brasil, solicitando entrar en una escuela náutica, de cadete, y empeñado en hacerse uniforme de su rango. Se le hizo sentir lo poco decoroso que sería el aplicarle el guante al señor Vice Almirante, estando de grande uniforme. En aquella fisonomía infantil se podía estudiar los estragos que hacen estas posiciones altas, a que se elevan muchachos imberbes, y por su capacidad y prendas naturales insignificantes. Imagínese el orgullo de un niño, que habla con la gente grande, que vive libre de toda sujeción, que charla de todo, y se cree él igual de todo el mundo. Sabiendo quien yo era, se me acercó en la mesa, y a poco pudo entablarse un diálogo de este género, principiado por él con tono de hombre que juzga de la altura de su posición estos pequeños sucesos que alteran la faz de los pueblos. ¿Qué le parece a U. la conducta del general Urquiza? ¿Cree U. que haga algo de bueno? Yo creo que no ha hecho más que sustituir a Rosas. -Tiene mil dificultades con que luchar; pero aún no hay nada que se oponga a su marcha. -Veo (*esto con un sentimiento de desprecio y de lástima*) que hay muchas ambiciones en la Confederación: todos han de querer mandar. -No deja U. de tener razón. Sin embargo son siempre los que se han elevado por el capricho del acaso los que hallan muy ambiciosos a los que serían dignos de reemplazarlos. -Sí, pero... hablo de las ambiciones despreciables. -Tales para cuales, no suelen ser menos despreciables los que hallan despreciables el deseo de otros de remediar absurdos que chocan al buen sentido.

El niño estaba en espinas, y bajando poco a poco el tono de suficiencia en que había principiado habló de cosas más conformes a su edad. Después, refiriéndose a mí, había dicho: "me parece poca cosa este hombre."

Creo que he olvidado decir al lector quién era este Vice Almirante. Era nada menos que el hijo del señor Presidente de la República del Paraguay. Su otro hermano, de veinte años, ahora es de tiempo atrás, generalísimo de los ejércitos de su padre, y la república por mar y por tierra está gobernada por estos personajes.

Sin embargo, este joven educado en el Brasil en medio del espectáculo de una sociedad culta, y bajo un Gobierno morigerado en sus actos, llevará a su patria, donde el aislamiento de medio siglo ha hecho olvidar las tradiciones civiles y políticas, hábitos e

ideas nuevas que harán desaparecer las prácticas extrañas, absurdas y ruinosas que ha dejado la administración del Dr. Francia. Es un joven entendido.

Cada buque que llega a Río de Janeiro nos trae la continuación del drama que yo dejaba representándose en el Río de la Plata. Habíase para el 11 de abril invitado a la población de Buenos Aires a elecciones de diputados, para formar la nueva Sala de Representantes. El Gobierno de acuerdo con el general Urquiza, había hecho una lista, compuesta de ciudadanos muy aceptables, tolerando a Irigoyen, Baldomero y otros que Urquiza introducía. Las listas no eran malas por eso. La parte más animada de Buenos Aires, por el deseo tan natural de todos los pueblos largamente oprimidos de hacer uso de su libertad, hicieron sus listas, cuatro o cinco distintas, compuestas de la mayoría de los que entraban en las del Gobierno y, en cambio, de los diez que reputaban de mala ley, los que a cada parcialidad le vino a cuento. La mayoría de la población, empero, los amigos del general Urquiza, es decir, de la contemporización, de la paciencia, y los de Alsina, la gente prudente, estaba por la lista del Gobierno, como que tenía el apoyo de Alsina, y el de todos los que confiaban en su discreción. Llega el día de las elecciones, y el General manda tres mil hombres de tropas de chiripá colorado, con sus jefes a la cabeza, a hacer triunfar, mostrando los cuchillos, las listas del Gobierno, que sin eso iban a triunfar. Los ciudadanos que venían a las mesas a votar por la lista de Urquiza, al ver este innoble y cínico descaro, rompieron sus listas y tomaron las otras, y se perdió la votación por cuatro mil votos en sólo la ciudad, no obstante no diferenciarse unas y otras listas sino en diez nombres, de los cuales no había cuatro que fuesen enteramente odiosos.

Este hecho de una notoriedad que el lector concibe, por la clase de coacción usada, y por los millares de personas que en él tomaban parte, puso el sello a la aversión que las medidas anteriores empezaban a despertar. Dos efectos fatales dejaba desde luego para la política futura del General. Violada así, no diré ya la elección popular, único recurso que los ciudadanos tenían para morigerar las pasiones del vencedor, sino el velo de pudor con que la coacción se disimula siempre, difundióse un sentimiento invencible de desconfianza, o, más bien, la evidencia de las miras violentas del General, y su desprecio de la opinión y de las formas gubernativas. El convenio futuro de San Nicolás, el Congreso, la Constitución que debía emanar de sus discusiones, la ejecución de esa Constitución, confiada inevitablemente al general Urquiza, todo quedaba de antemano irrevocablemente condenado en la opinión. Pero no era esto lo peor, sino que habiendo sido vencido el General, no obstante el odioso cinismo de sus medios, el pueblo de Buenos Aires, lejos de abatirse en presencia de la fuerza, empezó a analizarla y a sentir que podía ser vencida, dislocada, y desmoralizada por el uso frecuente de estas resistencias civiles, pero enérgicas, que tienen su rebote sobre los jefes mismos del ejército, que se sienten envilecidos, con el uso a que sus armas son destinadas. La mitad de los oficiales tomaron parte en favor del pueblo. Los otros se contuvieron en los límites de un deber impuesto y cuando la prensa, en aquel sistema hipócrita usado en toda la República de condenar la violencia elogiando al autor de ella, dijo que los jefes del ejército eran los únicos responsables del acto, estos jefes que se sabían, como los sabía el público, inocentes, y sólo víctimas expiatorias inmoladas a la vindicta pública, deploraban en silencio su triste papel, y verbalmente justificaban sus actos, haciendo conocer la evidencia. La sesión de junio estaba, pues, preparada desde entonces. El 11 de setiembre no se haría esperar, pues uno y otro hecho no son más que consecuencias.

“La Providencia, decían en cartas de Buenos Aires, guía los pasos de este hombre; lo que los pueblos son incapaces de hacer por la libertad, él lo hace.”

En la provincia de Córdoba se llevó a cabo el convenio hecho en los Cerrillos. El hijo sucedió al padre en el Gobierno. La desesperación de Córdoba había llegado a su colmo. Mandáronle una diputación al General para hacerle sentir lo odioso de aquel traspaso de la provincia de un tirano caduco a uno joven de aquella dinastía que había principiado en 1835 e iba a continuar indefinidamente. El general dijo que él dejaba a los pueblos en libertad de obrar; que él sostenía las leyes y los gobiernos legales y la voluntad de los

pueblos, etc., y todas esas frases sin sentido fijo para él; pero que para los que sufrían tenían el que sus deseos les inclinaban a darle. Los vecinos de Córdoba se resolvieron a deponer a sus caudillos de veinte años.

Reunida la Sala en Buenos Aires, por su primordial función, según la ley y la práctica constante de la provincia, debía proceder a la elección de Gobernador propietario.

Éste es el caso de corregir un error que se hace prevalecer fuera de la República, por hombres que no han vivido en ella, o tienen necesidad de suponer el vacío, para que su política de amaños sea admisible. Dícese que no hay constitución escrita en las Provincias. Esto es cierto; pero no es menos cierto que hay una práctica, una escuela invariable, constante, en todas ellas, que ni en tiempo de Rosas ha sido violada. Las atribuciones de la Sala, la responsabilidad de los ministros, la ley electoral, la dependencia del Ejecutivo, todas estas formas constitucionales están en práctica. Rosas ha sido el más escrupuloso observante de las formas, lo que dio a su Gobierno esa pretensión de *legalidad* que él creía intachable, aunque la *ilegitimidad* fuese chocante. Ningún poder nuevo podía, pues, violar estas formas, que son las de todos los países constituidos. La Inglaterra no tiene constitución escrita; pero la práctica constitucional es tan severa que pasa ante las otras naciones como el tipo y el modelo del Gobierno constitucional.

El general Urquiza convidó al Gobierno provisorio a un almuerzo en Caseros, que supongo, debía estar ya despejado de los restos humanos, pero no borradas las manchas de sangre. La Fontaine ha hablado en sus fábulas de estas reuniones de animales pacíficos, provocadas por el león en su cueva, y viendo los huesos de sus hermanos. El general Virasoro brindó diciendo que los federales eran valientes y los anarquistas cobardes. ¿Quiénes eran los federales, los caudillos de Rosas, todavía gobernando? ¿Quiénes los anarquistas? Hasta ese momento, una sola protesta no se había manifestado contra los hechos dominantes. ¿Y cómo probar que todos los valientes eran federales? ¿Y de dónde sacaba aquella idea de que los anarquistas son cobardes, cuando suele ser lo contrario en todas partes? ¿Esta era la *fusión*?

Pero el ultraje de estas palabras iba a Alsina y a López, ministros que estaban presentes, y al pueblo de Buenos Aires que había Ganado las elecciones. Alsina y Gorostiaga proclamaron en un brindis, en contestación a esta buena majadería, la presidencia del general Urquiza. El General contestó indicando que el anciano López debía ser el Gobernador propietario de Buenos Aires, por estas razones o las otras, pero porque ese era el *voto del ejército*. Así, pues, se escogía la altura histórica de Caseros para anunciar la candidatura del Representante de la fuerza. Esto no es absurdo en política. El poder de las armas es un título valedero; pero aquel voto del ejército expresado por Urquiza en presencia de la Junta de Representantes, elegidos por el pueblo, contra el *voto del ejército de línea*, era de una grosería, de un descaro de que Rosas no había dado ejemplo. ¿Y qué iba a ser de esa Constitución y de esa voluntad pública cuando fuese Presidente? ¿No opondría siempre el *voto del ejército*, a la voluntad nacional? ¿No se le había visto ya imponer la *cinta* contra la voluntad expresa del pueblo en masa, manifestada por los actos más solemnes, más inequívocos?

La Sala se reunió, pues, ¿y qué iba a hacer? La expresión de su voluntad, de su conciencia, ya estaba subrogada por voluntad del general Urquiza. No elegir al anciano López era dejar desairado aquel amor propio indisciplinado, aquella petulancia sin reposo, que atropellaba todo sin necesidad, poniendo a cada instante por bagatelas, en el disparador a todos los hombres.

Tratóse en la Sala de la renuncia del obispo de Aulón, y el diputado Albarracín se opuso a su admisión, diciendo que no sabían las *tribulaciones* que la Providencia deparaba para en adelante a la Sala, y que se conservase en su seno al obispo que en tiempo de Rosas había mostrado entereza y dignidad. Llegado el momento de la elección del Gobernador, el Dr. Seguí dijo que votaba por el anciano López, no por la sugestión del *Progreso*, sino porque era esa su voluntad. El diputado quería al menos protestar contra

la vergüenza de nombrar al que les había *ordenado* el brindis de Caseros. Pero el público caía en una preocupación fatal; y era la similitud, la continuación del papel deshonesto que Rosas había hecho hacer a la Junta de Representantes, en todas sus farsas de *legalidad*, agravada ahora con la grosería y la publicidad de los medios de coerción.

Creo que el señor Seguí necesitó todavía justificarse por la prensa de su reserva, revelando que se había hecho correr el rumor de que mientras la Sala deliberaba se habían amunicionado las tropas en Palermo. El informante del hecho lo atribuía a los enemigos de Urquiza, como se había atribuido a sus coroneles el desacato de rodear las mesas electorales de soldados con cuchillos; pero Buenos Aires sabía a qué atenerse a este respecto, y nadie se hacía ilusión sobre el origen y la verdad del rumor. ¿Qué quería, pues, el General? Estaba propuesto y aceptado presidente de la República: toda otra candidatura a más de imposible no era ni soñada entonces. ¿Cómo iba a gobernar? ¿Quería también que no hubiese otra voluntad, otro poder que lo que él llamaba el *voto del ejército* en las cuestiones provinciales, administrativas que habían de concurrir a la confección y ejecución de las leyes? ¿Iba a reproducirse en toda la República su gobierno del Entre Ríos por compañías de comercio con los jefes, por la impulsión única de su voluntad?

Agravaban estas preocupaciones su manera de pedir fondos del General. Las órdenes llovían sobre el tesoro nacional; millones en pos de millones salían por mes, sin otro presupuesto que la ordencita, de palabra o por escrito, de entregar tal cantidad. Rosas tenía una Contaduría esmerada; el ejército pasaba revista de Comisario, y la inversión de las rentas se hacía en presencia de las listas de los cuerpos y se verificaban por la alta y la baja del mes anterior. Ahora, no habiendo listas en el ejército de Urquiza, no habiendo revista, él pedía dinero y ganados, a ojo de buen varón: más bien que sobre y no que falte, y el Gobierno de Buenos Aires, abrumadas las cajas de pedidos, en cuya inversión sólo el General intervenía, no sabía ni con qué pagar a sus ordenanzas.

Un hecho o más bien una serie de hechos tenían lugar mientras tanto en la ciudad, que traía reminiscencias terribles, pero siempre con agravación de circunstancias. Ya hemos visto la queja de las señoras: "en tiempo de Rosas no nos ponían cadáveres colgados en los sauces del paseo en Palermo"; la de los ciudadanos era: "en tiempo de Rosas no se intimaba a la Sala públicamente a quién debía nombrar, pues Rosas lo hacía todo por medio de renunciaciones." Rosas era y será siempre el tipo del mal, de la iniquidad y de la violencia. Para Buenos Aires era el grado cero del termómetro con que medía los actos de Urquiza, que estaban mucho más abajo.

Una noche de éstas, un joven alemán, profesor de música es asaltado en las calles de Buenos Aires por seis soldados amados: se les escapa, lo persiguen, lo toman, brega, da gritos, lo estropean por amarrarlo y ceñirle un pañuelo a la garganta, acude gente, y logra escaparse. La alma se esparció como era natural en Buenos Aires, y entonces decían los ciudadanos aturcidos: ¡Esto sólo faltaba! ¡Tenemos ya la mazorca! *Dos extranjeros* firmaron un comunicado en la prensa refiriendo el hecho. *Dos extranjeros*, parecía decir, como en tiempo de Rosas; ¡para los nacionales no hay garantías! Los extranjeros se presentaron a la policía, y no pudieron hallar en cinco veces consecutivas al señor Guerrico. Los oficiales de policía les decían maten U.U. a quienes los asalten -los extranjeros replicaban: dennos por escrito esa declaración; pero pedimos justicia regular, averiguación del hecho. -¿y qué quieren U.U. que se haga? -que nos tomen declaración escrita de nuestros dichos, y que se proceda a la averiguación del crimen. La policía tuvo que aceptar por fuerza la deposición; pero una vez hecha, los extranjeros dijeron: Falta una circunstancia, nuestras firmas al pie, y se les permitió firmar.

Mientras se seguían estas tramitaciones, la policía tuvo aviso en la noche siguiente a las once que un sereno había sido asaltado por otros seis hombres amados; los vecinos acudieron de todas partes, y cogieron a los soldados y los trajeron a la policía. Esta vez no había escapatoria; fue preciso interrogarlos. ¿Cómo han salido U. U. de sus campamentos a esta hora desusada de la noche? -En comisión. -¿En qué comisión? -En

una comisión. -Estaban en esto, cuando el pito de los serenos de alama por otra parte, acuden los vecinos armados de trancas, pistolas, cierran las calles y cogen otros seis soldados que llevados a la policía declaran andar en comisión. La policía pasó parte al Gobierno, el parte se publicó, y toda indagación quedó ahí por este lado; pero no así de parte de los dos *extranjeros*, que prosiguieron con calor su demanda; hasta que les indicaron el jefe del cuerpo a que pertenecían los agresores. Era el coronel Pasos, el comandante de policía de Gualeguaychú, donde lo había conocido yo, el favorito del general Urquiza. El coronel Pasos respondió a la demanda diciendo: ¿Qué quieren U. U., señores, estos soldados son muy brutos? -Pero señor, ¿qué andaban haciendo soldados tan brutos a las doce de la noche en Buenos Aires? -En una comisión. -Pero ¿para qué comisiona soldados tan *brutos*?...

La alama era tal que los diarios publicaban en los días subsiguientes: El pueblo está alerta. Anoche habiéndose oído una detonación, los ciudadanos, las patrullas, los serenos acudieron de todas partes. Afortunadamente era un niño que había disparado un cohete.

Los comunicados de la prensa dejaron bien transparente el origen de aquella tentativa abortada de establecer una mazorca entrerriana con tercerola y sable, con el uniforme del ejército. El autor de todos estos amaños, ya impotentes, pues Rosas mismo había desde 1845 adelante negado que hubiese habido jamás tal mazorca, se olvidaba, sin embargo, que ese ejército no se componía todo de entrerrianos, que la fuerza de línea era porteña, y que la generalidad de los jefes eran *salvajes unitarios*, poco dispuestos a dar el *voto del ejército* por regla de conducta a los Representantes del Pueblo.

En este estado de la opinión se manda a las provincias la circular de convocación a los Gobernadores de Rosas, para echar las bases de la reunión de un Congreso. Desde luego era chocante, inmoral, impopular reunir a los mismos que habían sostenido la tiranía y apoyádola contra Urquiza mismo para dictar las bases de una Constitución; pero había además aquella desnudez de todo velo, de todo recato, aquel abuso de las formas de que el General daba a cada paso tan tristes y groseras muestras. Nunca se había visto una reunión de Gobernadores para tratar materias constitucionales. Cuando Rivadavia en ausencia de D. Martín Rodríguez, Gobernador de Buenos Aires, invitó a los Gobiernos a tratar de constituir la República, les dirigió una nota, para que sometido el asunto a la deliberación de las Juntas Provinciales, resolviesen lo conveniente, mandándola con el deán Zabaleta a fin de apoyar con el prestigio de su nombre, medida de tanta consecuencia. El general Las Heras que iba al Alto Perú, enviado cerca de los jefes del ejército español para tratar un arreglo, recibió también el encargo oficial de obrar en el mismo sentido en las provincias de su tránsito, y ponerse de acuerdo con el venerable Deán. Cuando se celebró el Pacto Litoral de 1831 se reunieron en Santa Fe enviados de los Gobiernos, y se estipuló la reunión de una comisión gubernativa, formada de *Diputados*; pero no se tuvo la desfachatez de reunirse los caudillos en persona, porque hasta entonces, y durante la administración de Rosas había el pudor de las formas, aunque hubiese el cinismo de la realidad que encubrían, que era el antojo de los caudillos irresponsables.

Alguien le hizo comprender al general Urquiza, después de expedida y mandada la circular, que los Gobernadores por las constituciones de todas las provincias, no podían estipular nada valedero, pues eran las Juntas quienes en todo tiempo, y aun bajo la tiranía de Rosas, daban consistencia de ley a lo que se quería. Que el General ignoraba este hecho o lo había olvidado en su *práctica* de diez años en el Entre Ríos consta del tenor de la circular misma, y de la posdata de otra circular de ocho días después destinada a remediar aquel olvido. La circular-alcance se expidió, pues, pidiendo a las juntas que autorizasen con carta blanca a sus Gobernadores para estipular lo que aquellos seides de Rosas, endurecidos en el abuso de la autoridad por dieciséis años de absolutismo provincial, y habituados a recibir ciegamente la inspiración ajena, hubieren de acordar.

Sin embargo, por una anomalía bien significativa, esta circular segunda expedida en Buenos Aires, firmada por sus ministros, no se notificó a la Junta de Representantes de

aquella ciudad, donde las formas constitucionales eran más arraigadas, puesto que Rosas se había hecho autorizar para todo, hasta para exterminar a sus enemigos, por la Sala de Representantes. Creo que si la Sala hubiese sido consultada, habría dado la autorización requerida, pues jamás debió ocurrirle que se iba a violar la ley en que reposaban todos los congresos del mundo, a saber, la representación de la población, acordada por leyes vigentes, practicada sin disputa ni alteración, desde 1810, en todos los Congresos reunidos. Todo lo demás lo habría aceptado, pues el poder que, por el convenio de San Nicolás se trataba de legalizar era el mismo que existía de hecho, y a cuyo sostén concurría Buenos Aires con todos sus medios, aun dejándole tomar injerencia en los negocios internos de la provincia, nombrar empleados, o proponerlos, y disponer de las rentas de aduana y las demás exclusivas de la provincia, etc., etc. ¿Para qué pues, esta violación inútil de la misma violación de las prácticas recibidas que imponía a las Provincias? ¿Era acaso una muestra de respeto a aquella legislatura? ¿Y por qué no tenía ese mismo respeto por las de las Provincias, a quienes forzaba a sancionar a fardo cerrado lo que sus *odiados* caudillos estipulasen? Pero otro era el origen de esta aberración. Si daba este paso en Buenos Aires, la Sala había de discutir, y en la discusión podrían indicarse bases, límites a esa autorización a su Gobernador, y esto podía ilustrar a las Juntas de las otras Provincias, y malograrse el golpe.

La convocación fue expedida el 8 de abril, y los Gobernadores debían estar reunidos el 20 de mayo. A Salta y Jujuy hay cuatrocientas leguas de distancia, y en cuarenta días debía llegarles la noticia, presentar a las Juntas la misiva, discutir éstas, aprobar, y salir los Gobernadores. A Mendoza llegó la convocatoria en la tarde, la Junta se reunió en la noche, y al día siguiente salió a escape el Gobernador. Consta de los diarios. A Salta y Jujuy llegó, como era de esperarse, tarde la misiva, y sus Gobernadores no tuvieron tiempo de concurrir. La Junta de San Juan no quiso autorizar a Benavídez y mandó la autorización a Urquiza: el Gobernador de Catamarca tuvo cortedad de concurrir, e hizo lo mismo. En fin, sólo diez Gobernadores se reunieron, de los cuales dos eran jefes del ejército acampado en Palermo; y el de Buenos Aires no estaba autorizado por la Junta para tratar. El General no se paraba en nada en su prisa de arribar a su objeto; pero mientras tanto las provincias de San Juan, Corrientes, Tucumán, deponían a los representantes de su voluntad en San Nicolás, de manera que de los caudillos de Rosas sólo Lucero de San Luis y el mismo general Urquiza quedaban sin deponer en medio del coro universal de vivas al general Urquiza, de autorizaciones al general Urquiza, de aprobaciones del Pacto de San Nicolás.

Estos incidentes eran fatales para la duración de la Constitución. Aunque Buenos Aires hubiese aprobado el pacto, ¿quién responde de que pasadas las circunstancias apremiantes en que cerraban los ojos a estas inconsistencias, un año después, dos, cuatro años más tarde, esos gobernadores, esas Juntas de Representantes, esos pueblos no consultados, no habrían puesto de nuevo en cuestión la base de arena en que la Constitución se fundaba?

En política se admite como valedero el hecho consumado; pero para que este hecho se reputé tal, es preciso que obtenga la sanción del tiempo. La carta otorgada a la Francia por Luis XVIII, por esta sola palabra *otorgada*, estuvo en cuestión diez y seis años, hasta que con la carta cayó la dinastía.

Me permitiré hacer notar, que no soy el publicista a quien pueda hacérsele el reproche de exigente en nombre de una política *práctica*, que se supone que yo no respeto demasiado. Este cargo está desmentido por toda mi vida pública en Chile. No he hecho la oposición, sino que he sostenido al Gobierno reconociendo, explicando hechos de dudoso y cuestionable carácter, como fundamento de hecho de las instituciones actuales, por ser aquellos hechos *consumados*. Mi conducta en los negocios actuales de la República Argentina, mientras nadie ponía en duda la autoridad del general Urquiza, muestra ese mismo respeto por el hecho absurdo, ilegítimo, esperando que aún de esas incongruencias podía salir un orden de cosas regular. Si no lo esperaba, al menos no

oponía obstáculos. Pero cuando el hecho no se *consume*, cuando una fracción poderosa de la República protesta amada contra aquella serie inaudita de desaciertos y de ilegitimidades, entonces todo ciudadano recobra el derecho de trabajar para acabar con la existencia del mal que toleraba, y fortalecer los buenos principios hollados, y que era el objeto de la lucha hacer triunfar. Esto explicará, a los que lo han preguntado, el por qué no he dicho nada en los meses transcurridos hasta la revolución del ejército de Urquiza, sobre la nulidad del Pacto de San Nicolás.

Hay algo más curioso que notar, y es que habiéndome abstenido de poner óbices a su legitimidad después de consumado lo había rechazado antes de haber sido hecho. Esto, que parece una paradoja está consignado en documentos. Por el vapor de 14 de mayo remití al Dr. Alsina un proyecto rechazo del futuro convenio de San Nicolás, encabezado así: "La H. Junta de Representantes de Buenos Aires, en uso de las facultades ordinarias y extraordinarias que inviste, teniendo a la vista el Pacto celebrado en San Nicolás, etc., y considerando, etc."

Dados los antecedentes de la convocación, los actores en el drama, las ideas y los fines para mí conocidos del general Urquiza ¿qué iba a faltar a ese convenio? Legitimidad. ¿Qué iba a faltar al Congreso? Seguridad. ¿Qué iba a faltar a Buenos Aires? Libertad. ¿De dónde podía venirle el remedio? De la evidencia misma en que se pusiese la coacción. Guiado por estas ideas, yo aconsejaba al Ministro entonces del Interior proponer se rechazase el convenio, y para que Buenos Aires pudiese dar garantías a las Provincias de la sanidad de sus miras:

Proponer y ofrecer la garantía del Uruguay, Brasil, Estados Unidos y Chile, de que pondría a disposición del Congreso las rentas nacionales y se sometería a todas sus disposiciones; pero protestando no enviar diputados al Congreso mientras las provincias permanecieren bajo la dominación de los caudillos, y mientras estacionasen en Buenos Aires tropas que no obedeciesen inmediatamente a las autoridades de la provincia. Allanados estos dos obstáculos a la expresión libre de la voluntad nacional en todas las provincias, el Congreso se reuniría en un punto, a su elección, del litoral de los ríos, que no fuese en Buenos Aires. -Dicho punto sería declarado territorio del Congreso, diez leguas a la redonda. -El Congreso nombraría las autoridades civiles. -Ningún Gobernador, jefe militar u otro empleado de provincia podría penetrar en este territorio. -Un buque de guerra de cada una o de algunas de las naciones garantes, estacionaría en el lugar del Congreso, y sus tropas, a pedido del mismo, servirían de guardia de honor de sus sesiones. -El Congreso tendría prensa, estenógrafos y posta a su disposición -El Congreso comunicaría directamente con las Juntas de Representantes de las Provincias.

El remedio era heroico, pero iba derecho a la fuente del mal. El general Urquiza se fue a instalar el Congreso, con su escolta, a Santa Fe, y no contento con eso se lo llevó a su cueva del Entre Ríos. Todavía lo desafió, que añada este codicilo al Pacto de San Nicolás, y veremos si se constituye libremente la República. El Dr. Alsina debe conservar entre sus papeles el original de que doy un simple extracto.

Los objetos de la convocación de los Gobernadores en San Nicolás fueron discutidos en una reunión que al objeto se tuvo en Palermo y a la cual asistió el Dr. Alsina. Copio las palabras de su carta comunicándome con fecha 29 de mayo ese y otros detalles: "Se anunció que se ocuparía de medidas (entre ellas la de capitalización) que eran leyes competentes sólo a un congreso; se combatió este desacierto, y el General se prestó. Se convino en que sólo debían ocuparse de lo concerniente a la pronta reunión de un congreso general, es decir, del cuánto y del dónde debía éste reunirse, y de la base de la representación, que yo propuse fuese la del último congreso, un diputado por siete mil quinientas almas, y se adoptó, y del viático y dietas. ¿Se ceñirán allá a ello sólo? Dúdolo. Lo veremos."

Como se sabe, otra cosa fue la materia de las conferencias de San Nicolás. No se fijó ni viático ni dietas, dejándolo al arbitrio del General. Se dieron dos diputados por provincia, y una dictadura real al general Urquiza, que no hizo más que sublevar

resistencias en proporción de los temores que inspiraba aquella inútil y extemporánea absorción del poder.

LAS PROVINCIAS

Después de dos meses de residencia en el Brasil, ya en Río de Janeiro, ya en Petrópolis, resolví, casi a la víspera de regresar a Buenos Aires, partir para Chile en el *Bogotá*, y después de veinte días de navegación, atravesando el Estrecho de Magallanes, llegué a Valparaíso el 10 de junio. A propósito del Estrecho, tuve en Buenos Aires varias conferencias sobre la cuestión suscitada por Rosas sobre su posesión. A consecuencia de la defensa de los derechos de Chile que emprendí en la *Crónica*, Rosas había encargado a Angelis, estudiar la cuestión y presentó éste una memoria en que más que de esclarecer el derecho, se trataba de concitar contra Chile prevenciones, atribuyéndole un sistema constante de robo de ganado, estimulando las invasiones de indios. Rosas mismo sintió la inconsistencia de aquella diatriba contra Chile, y encargó al Dr. Vélez un trabajo más serio y más fundado, en el que el doctor creyó dejar esclarecido el derecho, y de que por orden de Rosas, se sacaron ocho copias. Cuando Urquiza supo lo ocurrido, acaso para motivar la embajada de Mármol, hizo publicar por la prensa la Memoria de Angelis, más agresiva, y no la de Vélez, más fundada.

A mi llegada a Valparaíso era mi ánimo pasar incontinenti a Santiago a descansar de las fatigas de ocho meses, en que no estuve estacionario en lugar alguno quince días; pero encontrando allí a mi familia tuve que permanecer cuatro o cinco, y hablar de lo pasado con los SS. Lamarca, Beeche, Sarratea, Alberdi y Villanueva. Díjeles lo que juzgaba, encontré los espíritus mal preparados a sentir los temores que yo abrigaba, acaso por el laudable deseo de mejor; no insistí sino provocado; convinieron algunos en mi manera de ver, y los demás quedaron persuadidos de que motivos personales me hacían mirar las cosas bajo un aspecto desfavorable. Llegado a Santiago vi a pocas personas, al general Las Heras en la calle, al Dr. Ocampo cuatro meses después de mi arribo, y a mis amigos de Copiapó rogué que me evitasen el desagrado de entrar en detalles sobre lo que había presenciado. A San Juan escribí al gobernador Yanci el 6 de julio, dándole algunos consejos de prudencia y de buen gobierno, anunciándole que era mi ánimo no tomar parte en las cuestiones actuales, y señalándole el camino que debía seguir en caso de conflicto, y pidiéndole no me nombrasen diputado al Congreso, a cuyo fin mandé al Dr. Rawson una declaración para dar a la prensa, fundando mi abstención en motivos personales; pero mostrándoles mi convicción de que la República se constituiría bajo los auspicios del general Urquiza. Yanci y Rawson me han contestado después, holgándose de haber obrado en el sentido que les indicaba, como si hubiese yo adivinado los hechos.

Desde Chile podía contemplar el espectáculo de las Provincias, y el reverso de la medalla de los actos que había visto prepararse en Palermo, y que motivaran mi separación. La conservación de los caudillos de Rosas y la cinta colorada eran la base de la política de Urquiza. Si alguna duda quedare a este respecto, no se olvide que todavía en julio entregaba en Buenos Aires, las oficinas públicas, los departamentos de campaña, y la guardia nacional a los jefes de Rosas, y que Peña al anunciar en setiembre a las Gobiernos del interior su intento de ir a castigar ejemplamente a Buenos Aires, anunciaba contar con el general Flores, el coronel Bustos, y el coronel Lagos, con sus fuerzas de campaña.

Irigoyen encontró en Mendoza, habiendo de paso por San Luis confirmado a Lucero, depuesto a Mallea, y desaprobó con el nuevo Gobernador, en nombre de Urquiza, el movimiento efectuado, requiriendo en vano una entrevista con el Gobernador actual, sin presencia de su ministro. Su orden de restablecer la cinta colorada fue rechazada, y no ha

sido hasta hoy obedecida. Confirmó a Benavídez, pero la Sala mandó que se abandonase la cinta colorada, y cuando Benavídez se ausentó lo depusieron, contra la voluntad expresa del general Urquiza, comunicada por una misión especial, enviada al efecto.

Córdoba depuso al Delegado que en el pacto verbal de Cerrillos y la Cañada de Cabral había sido aceptado por Urquiza, y el nuevo Gobernador no asistió al Congreso de San Nicolás, tanto era el recelo que le inspiraba al haber contrariado a Urquiza.

Corrientes depuso al Mayor General del Ejército Grande, y este hecho lo dice todo.

Jujuy depuso a su Gobernador, y el Fiscal de Estado pidió su condena a muerte, fundada en una exposición de sus delitos.

Urquiza, por medio de don Adeodato Gondra, enviado a Buenos Aires a confirmar a Rosas Jefe Supremo de la República contra Urquiza, y ahora diputado al Congreso de Urquiza a propuesta suya, aplaudió oficialmente el asesinato del coronel Álvarez, que en apoyo de Urquiza había invadido la provincia de Tucumán. Gutiérrez uniformó su política con la del Urquiza; y la Sala de Representantes lo depuso, así que se ausentó.

Con motivo de la aprobación dada por el General a la ejecución del coronel Álvarez, escribí desde Río de Janeiro para *Los Debates*, lo siguiente:

“Crisóstomo Álvarez ha muerto mártir de la libertad. ¡Que el éxito desgraciado no sea el paño mortuario que sepulte su nombre! Ud. es testigo de cuánto lo aguardamos para que se viniese con nosotros. No habiéndonos alcanzado a la partida de la *Médicis*, quedó allí para continuar la obra interrumpida. Cuando Benavídez faltó a sus antecedentes en San Juan, cuando Saravia se alzó con el poder, cuando el Gobernador de Córdoba propuso el nombramiento de Jefe Supremo dado a Rosas en lugar de retirarle el encargo de las Relaciones Exteriores, el *casus belli*, indicado por Albarracín en nombre del general Urquiza, había llegado. Cuando después de ocupada la Banda Oriental y deshecho el ejército de Rosas, no quedaba pretexto de miedo, y la seguridad positiva de pasar el Ejército Grande el Paraná dejaba libertad de expresar el pensamiento secreto, los Gobernadores citados, insistieron en su silencio y adhesión a Rosas. No había, pues, motivo de prudencia que estorbaba a todo patriota tomar las armas, y ayudar a la caída de la tiranía, en Buenos Aires o en las Provincias. ¿Qué, ignoraban lo gobernantes aquellos los principios que proclamaba el general Urquiza, y los medios de que disponía para hacerlos, triunfar?

Juan Crisóstomo Álvarez, el valiente malogrado, ha partido de Chile, equipado, armado por los amigos del general Urquiza, en defensa y en ayuda de su causa; pues las provincias y sus hijos querían también para sí la libertad que se ha dado a Buenos Aires. Aquí fuimos felices; allá desgraciados, ¡ésta es la sola diferencia! Pero que no se calumnien ni los motivos ni la memoria de los patriotas. Crisóstomo Álvarez no llevaba miras *personales*, ésta es una calumnia lanzada sobre el cadáver de un mártir. La carta de Crisóstomo Álvarez, que publico *ad memorandum*, las de Aberastain, Sarratea, Tejedor, prueban lo contrario; y la de Albarracín acredita que estaba autorizado para hablar en nombre del general Urquiza, a cuya causa y triunfo coadyuvaba.

Crisóstomo Álvarez proponía al Gobernador de Tucumán ponerse a sus órdenes si desconocía la autoridad de Rosas y escuchaba al pueblo en una elección legal. ¿Qué contesta el Gobernador? Que deponga las armas, y se entregue maniatado con su gente. ¿A qué hombre que tenga sangre en la cara se le hacen tales proposiciones? ¿Y en qué se funda para no admitir las racionales y prudentes de Álvarez? ¿En que el general Urquiza le ha escrito una circular, y no le ha dicho que Álvarez debía presentarse en su provincia? ¿Contestó el Gobernador a esa circular, como no había contestado a la del 1° de mayo, sino con mandar agentes a Rosas, y nombrarlo Jefe Supremo? Si contestó; ¿pero dos hombres que mandó con la contestación (dos paisanos, soldados, oficiales, ciudadanos o ministros), dos hombres que no tienen nombre, que no están en Tucumán, que no se han perdido, que *ahora* y sólo ahora sabe, que el uno por cobardía y el otro por enfermedad no llegaron con la carta al general Urquiza y están en Santiago? ¿Para rogar a Rosas que admitiese el cargo de Jefe Supremo de la República, hubo un ministro que

fuese en persona a llevar la misión, y ahora para adherir *tardía* y maquiavélicamente a la invitación segunda del general Urquiza, hecha desde el Rosario, al frente de treinta mil hombres, no hubo sino un peón cobarde y otro enfermo para mandarle el anuncio? ¡Oh! Bueno es que haya sido fusilado el valiente soldado Álvarez. Para el que muere por la patria el mismo tamaño tienen las balas del combate que busca que las del banquillo en que lo sientan sus verdugos, pero al menos que se respete el buen sentido de los que le sobreviven, y con las manos tintas en nuestra propia sangre no vengan a hacernos comulgar con ruedas de carreta, dando justificaciones mentirosas, por actos horribles. ¿Por qué no esperó el Gobernador de Tucumán, que había recibido cartas del general Urquiza del 10 de enero, para fusilar al coronel Álvarez y sus compañeros, a que transcurriesen los días que faltaban hasta el 3 de febrero que no podía tardar? Es que los malos antecedentes de Álvarez le estimulaban. ¿Cuáles eran esos malos antecedentes? Que había servido en 1841 a las órdenes de su tío el general La Madrid, que iba ahora al lado del general Urquiza en la vanguardia del Ejército Grande. ¿Y los antecedentes del Gobernador cuáles son? Al servicio del mismo general recibió dos mil pesos que le mandó Ibarra, por conducto de persona que vive en Tucumán y mediante dos mil pesos, contados peso sobre peso, y recibidos del jefe de otra provincia que invadía a su patria, hizo la revolución a espaldas de su Jefe y se apoderó del gobierno de su provincia. ¡No! no calumnien la memoria de los muertos ¡Santibáñez, Crisóstomo Álvarez no piden ya sangre! Piden sólo que cese el escándalo de esos profundos y criminales egoístas que habiendo traicionado al general Urquiza, y a los intereses federales de su provincia vendidos en cuerpo y alma a Rosas, vienen después de la victoria, enseñando las manos llenas de sangre, de los amigos nuestros, a pedir un premio más por su falsía y sus vicios. Soy provinciano, amigo, y me duelo de la suerte de las provincias del interior, que por recompensa de su martirio de quince años, bajo la férula de los que las entregaron maniatadas al poder de Rosas, se las deja en poder de esos mismos hombres, sin esperanza, sino en las revueltas, de verlos retirarse a sus casas a gozar del perdón que por sus extravíos pasados se les ofrece.

El señor Gutiérrez es un hipócrita que pide ahora uniformar su política con la del que triunfó, con que habría injuriado, calumniado y escupido la memoria y el cadáver mismo del general Urquiza si hubiese sido tan desgraciado como Álvarez, el héroe que viéndose traicionado por los jefes que había tomado prisioneros, siguiendo el mismo plan del general Urquiza, y que fue tan fatal a Aquino, se arroja a la muerte con un puñado de hombres, y vencido por el número pero respetado por las lanzas, halla un cadalso en su propia provincia, haciéndosele un crimen el que hubiese arrebatado a Saravia las armas que traía para sostener su declaración del 16 de junio contra el general Urquiza. ¡Este es un crimen que se le denuncia al mismo general Urquiza, como muestra de adhesión! ¿Quién pudiera hacer que no se diesen a luz tantas porquerías, que parecen como actos oficiales, en que la necesidad y el crimen, la falta de sentido común y la carencia de nociones de justicia, están expuestas a la contemplación de los que tales documentos leen, con un candor y una inocencia que asombran? ¿Qué diferencia encuentra U. entre la nota que Saravia pasó a Rosas, anunciándole haber fusilado al coronel Santibáñez, y la de Gutiérrez al anunciar al general Urquiza que ha fusilado al coronel Álvarez? Los motivos son los mismos, los pretextos iguales, y la causa idéntica, que trabajaban las víctimas por ayudar al general Urquiza en su empresa”.

En Salta, Saravia no esperó el perdón, anunciado por Urquiza. El general Heredia fue a verme en Buenos Aires para proponerme que Saravia, renunciando, quedase en su casa. Yo le hice sentir lo que había de inmoral en esta impunidad para el que había traicionado al general Urquiza, proponiéndole que le asegurasen sus bienes, y se ausentase por un año. Gondra solicitó, por medio de su hijo verme, y quedé en señalarle día, lo que mi repentina ausencia estorbó.

Sólo quedaron, pues, incólumes en el interior los gobernadores de San Luis,¹⁴ La Rioja y Catamarca, donde no hay ciudades populosas. Pero éstos tuvieron luego un rol que desempeñar. Al de San Luis y al de La Rioja se les encomendó restablecer a Benavidez en San Juan; y el de Catamarca, habiendo dado asilo a Gutiérrez, el de Tucumán, puso fuerzas a su disposición para recuperar su cacicazgo. San Juan no resistió y el caudillo de dieciocho años volvió a continuar por Urquiza la obra que con tanto acierto había dirigido por Rosas. Tucumán se preparó a la resistencia, y cuando Gutiérrez se ponía en movimiento, el joven Taboada, de Santiago del Estero, se presentó en la plaza de Tucumán con dos mil hombres, a defender las libertades públicas. Entonces Urquiza mandó a Gutiérrez que reconociese al nuevo Gobierno de Tucumán. Así pues, si la guerra civil no se encendió en el interior, no fue culpa del Director Provisorio que la decretó. Si San Juan hubiese resistido en agosto, como en septiembre ocurrió el desconocimiento de Buenos Aires de aquella autoridad, no se habría dicho ahora: las Provincias contra Buenos Aires, sino las provincias contra las provincias.

Una palabra más sobre San Juan, cuya crónica es hoy muy conocida. Este pueblo puede hoy dar una idea de lo que sería la autoridad de Urquiza restablecida por la fuerza en Buenos Aires, a no ser que se abandone a sus ímpetus de venganza, y riegue con sangre las calles de la ciudad. En el exterior no podemos formar una idea de esta resistencia en masa de la población, sin partidos, sin clases opuestas. Verdad es que es raro en la historia de los pueblos el fenómeno. Benavidez puso por condición previa de su entrada (*triumfal*, a puertas cerradas), que se desamase la guardia nacional compuesta de todos los habitantes de la ciudad. Luego de estar en el Gobierno acuarteló tropas de línea, en número de cuatrocientos hombres. ¿Para qué? Para hacerse respetar diz que. Pero no hay rentas para su sostén. El Gobierno daba boletos de pago para después, y atropellaba las carnicerías a fin de proveerse de carne. Los abastecedores dejaron de matar, y la población sabiendo tarde que no había carne a venta, salía desesperada de hambre en busca de corderos, gallinas, a las quintas de los suburbios. Este estado de cosas dura hasta hoy, y aún las tropas siguen acuarteladas.

El público sabe quiénes fueron los diputados nombrados por San Juan al Congreso. Benavidez restablecido, mandó practicar nueva votación y por cuarenta votos (votación unánime) fueron nombrados Irigoyen, Sánchez y Torres, el primero desconocido y odiado en San Juan, y porteño, los otros dos ausentes de la provincia desde la edad de doce años en que fueron a estudiar a Buenos Aires.

Pero apenas proclamados Representantes legales de la provincia en el Congreso se recibió orden de Urquiza de elegir diputados al Dr. D. Antonino Aberastain, a Carril y a Rawson, los dos últimos ya nombrados en las listas ilegales. Como se ve, sólo yo era eliminado de la primera lista, yo que me había retirado sin oponerme, yo que había guardado silencio, yo que no había escrito una palabra ni a mi familia a San Juan. ¿Y a quién se nombraba en mi lugar? A mi amigo íntimo, a quien yo había recomendado a Urquiza como hombre de probidad, y mostrándole las cartas de Copiapó en que me informaba del estado de San Juan, y de lo que podía hacerse para influir a Benavidez. Siempre el mismo hombre; el apretón de manos de Cabral, el abrazo a Paranhos, el despacho de coronel a Mitre, el reconocimiento de los derechos de Buenos Aires, el nombramiento de mi compañero y amigo, el Dr. Aberastain. ¿Iría Aberastain al Congreso? Cómo no. ¡Alsina había ido al Ministerio!

¿Para qué estos pasos falsos? Carril, mi suplente, está a su lado, Rawson está en San Juan o en Mendoza, y yo le tengo demasiado miedo al perro Purvis, para que vaya a descomponer la fiesta, con mi odiada presencia en el Paraná. Lo único que consigue el General es que Carril, destituido por Buenos Aires, no sea Diputado por San Juan, no obstante estar a su lado.

¹⁴ Ha habido posteriormente revolución en esta provincia para deponer al caudillo.

Antes de proceder a cuarta elección llega un comisionado de Urquiza ante el pueblo de San Juan a darle, dice, una satisfacción por el ultraje de imponerle un caudillo odiado. ¿Qué satisfacción puede dársele? Deponer a Benavidez y restablecer las autoridades legítimas. ¿Pero querrá Benavidez? ¿Si no quiere, se mandará a San Luis, La Rioja y Mendoza que invadan la provincia, para deponer al Gobierno *legal*, como se ordenó la invasión para restablecerlo?

El Gobierno de Mendoza apoyó la misión de Urquiza; los diarios de Mendoza aconsejaron a Benavidez renunciar, puesto que, odiado por su provincia, le faltaba el apoyo moral del general Urquiza. El efecto práctico de la misión de Urquiza no tardó en hacerse sentir en San Juan. Desairado el caudillo por Urquiza, abandonado por el pueblo, urgido por la comisión, de cuyos pasos se ocupaba el público y la muchedumbre, a las doce de la noche del 13 de noviembre se alzan las tropas que tenía acuartelada e impagas. Benavidez fuga, el pueblo se reúne y procede a levantar una acta de adhesión a Urquiza, que firman el Provisor del obispado, los curas, las comunidades y los ciudadanos, a quienes no les ocurrió que un caudillo que en tres meses no había podido gobernar, que era revocado por Urquiza que lo restableció, y lo abandonaban las tropas con que quería sostenerse, intentase volver a recuperar su Gobierno. El caudillo, para quien la opinión, y Urquiza le importan un ardite, sorprende a la población en su empeño de levantar actas; trata ésta de resistir, y desborda aquél el río de San Juan sobre la plaza, y entre abordar las casas inundadas y defender la plaza, sin víveres, sin nada previsto, el caudillo recupera su presa, y entrega al saqueo entre otras la casa y almacenes de D. Zacarías Yanci, el Gobernador que la población había nombrado y que Urquiza revocó. Así pues, un acto de arbitrariedad único, ejercido sobre San Juan, motivó aquel divorcio entre la población y el caudillo de diez y seis años; y otro acto de su inconsistencia acostumbrada, queriendo deshacer lo hecho, insolentó a la tropa, presentando a Benavidez como un réprobo abandonado de todos, y causó el alzamiento y sus consecuencias. La satisfacción tan pomposamente ofrecida por Urquiza a San Juan se redujo, pues, a hacerlo saquear, y entregarlo maniatado a merced de su caudillo. El caudillaje se presenta hoy en el interior sin máscara, la obra de Urquiza en la única parte en que pudo realizar su plan primitivo. Esto es lo que se llama política práctica, y merece la admiración de muchos.

LA SESION DE JUNIO

Apenas restablecido al hogar doméstico, el ruido de las consecuencias del Pacto de San Nicolás, que había previsto, empezó a llegarnos a Chile.

La noticia de las estipulaciones del convenio de San Nicolás llegó a Buenos Aires, y como era de esperarse, la ciudad se estremeció de indignación y de pavor. ¡Dos diputados al Congreso! Hay cuestiones políticas que dividen sin desdoro a un pueblo, hay otras que reúnen todas las disidencias y sofocan todo disentimiento. Tales son las de desmembración del territorio, o las que imponen una humillación pública a un pueblo. La Polonia ha peleado dos siglos y medio contra la Europa entera, como un solo hombre. La España, detestando a sus reyes absolutos, se enderezó en masa contra Napoleón por una falta de respeto a la dignidad nacional. En Buenos Aires puede haber rosistas, urquizistas y unitarios; ¡pero nunca un partido que ponga por lema de su bandera la humillación de la provincia! ¡Esto no puede apasionar a nadie! La exigencia opuesta tendrá de su parte todas las pasiones del corazón del hombre. Urquiza había sido en San Nicolás, como siempre, indiscreto en sus palabras. Para propiciarse a los Gobernadores provincianos, he de sembrar sal, decía, sobre Buenos Aires; y esta impertinencia de aldeano la había dicho muchas veces, y ante muchos en el ejército. Y mientras tanto

Buenos Aires gemía, agobiado bajo el peso destructor de aquel ejército que devoraba, en la inacción amenazante de Palermo, las rentas y el ganado de la provincia. Se había retirado, es verdad, la infantería entrerriana y la caballería correntina; pero quedaba caballería e infantería de ambas provincias, cuatro batallones de Buenos Aires, cuatro regimientos de caballería, habíanse creado dos más de esta arma, y llevándose al Entre Ríos setecientos negros tomados en Buenos Aires después de Caseros para disciplinarios. ¿Qué iba a hacerse con este enorme ejército que alejaba la esperanza de aquella paz prometida? ¿Constituir la República? ¿Pero quién se había opuesto hasta entonces, quién podía oponerse?

El gobernador López regresó, y la prensa, la opinión alamada, la Junta de Representantes esperaron en vano que se le sometiese el pacto celebrado. La conciencia del Gobierno mismo pugnaba contra su reserva, y Urquiza supo que no se podía prescindir de darle publicidad, someterlo a la aprobación de la Junta. El diario oficial lo publicó, y los otros hicieron esta observación: "Al cabo sabemos oficialmente que ha habido un pacto en San Nicolás." No pudiendo negar el Gobierno la legitimidad de las exigencias, se tuvo la indiscreción de ir cediendo de mala gana, de eludir la verdad y de dar tiempo a la opinión de fomarse. Rosas había hecho para sus trapacerías frecuente el uso del derecho de petición. Una que pedía a la Sala que no abdicase su derecho de revisión de lo pactado empezó a cubrirse de millares de firmas, de lo más visible de la población; opusieronle otra de veintidós ciudadanos, generales y otras personas de prestigio en favor de la calma y de la prudencia; pero veinte y dos firmas hacían un malísimo efecto; pues la opinión podía discutir las una a una.

El Gobierno anunció al fin su intención de someter el pacto a la Sala, y todo Buenos Aires se apercibió como para el día de la última batalla en que iba a decidirse la suerte de la Provincia y de las libertades públicas, que de concesión en concesión venía desde el 4 de febrero retirándose, abandonando toda posición que pudo ser ventajosa, hasta no quedarle hoy más trinchera que una simple cuestión de forma. En esa cuestión se parapetó, como Montevideo en 1842, detrás de una pared de ladrillos mal consolidados.

¿Urquiza qué hacía en tanto? Lo de siempre. Precipitar resultados, forzando, violentando la situación. La Sala se preparaba a usar de su derecho de discusión, Urquiza hizo entrar en Buenos Aires tres mil hombres de caballería y acuartelarlos en el Parque. ¡Qué hombre tan inocente, tan candoroso!

¡Oh! En estos momentos "de sublime peligro, de sublime angustia", como decía mi digno amigo Lamas, la prensa halló, en los arsenales de la antigua lucha contra Rosas el tambor de Kosciusko, y lo hizo sonar ronco y vibrante ante la opinión que desfallecía, ante la fuerza brutal que avanzaba a paso de carga. El *Debates* publicó íntegra la *Protesta* del núm. 48 de *Crónica*, en que la prensa argentina de Chile había analizado las condiciones de legalidad y de legitimidad que debían concurrir en la validez de una ley. Las semblanzas eran terribles aplastadoras.

"Las leyes ordinarias de todos los países, repetía la *Crónica* a los oídos de Urquiza, ahora establecen, para que los actos emanados de una autoridad tengan fuerza de ley, y sean obligatorios, que los individuos que la componen tengan el ánimo libre de toda coacción, de todo temor, porque, como dice D. Alfonso el Sabio:

Home forzada non es en culpa

La constitución en Chile ha consignado este principio una manera clara e inconcusa, a fin de apartar el riesgo que los representantes de la Nación pudieren dictar las leyes bajo la precisión* de la violencia.

Art. 158. Toda resolución que acordare el Presidente de la República, el Senado y la Cámara de Diputados a *presencia* o requisición de un ejército, de *un general al frente de*

* Posible errata en el original, léase: presión.

fuerza armada, o de alguna reunión de pueblo, que ya sea con armas o sin ellas, desobedeciese a las autoridades, es *nula de derecho y no puede* producir efecto alguno...

Él tiene un ejército y la Junta de Representantes ni el Gobierno tienen tropas. *Sospecha de intimidación*. Rosas renuncia el empleo de Gobernador, bajo pretextos frívolos, pero, en realidad, porque no le quería conceder la Junta de Representantes *facultades extraordinarias*...

En esta lucha de meses entre la Junta de Representantes y el caudillo del ejército que sitia a Buenos Aires desde San José de Flores (*el público leía Palermo*) no se escapa de la Sala de Representantes la concesión de las *facultades extraordinarias*, prueba evidente de que no era su voluntad concederlas...

La dictadura que quería arrancarse a la Junta de Representantes, y que no cedió sino después de nueve meses de resistencia, se pedía en el momento mismo que se estaba discutiendo *un proyecto de constitución*... por la que la Cámara de Representantes tendría derecho de acusar ante el Senado al Gobernador de la Provincia y sus Ministros... Ninguna ley tendrá fuerza retroactiva... Ningún ciudadano será obligado a hacer lo que no manda la ley (*llevar una cinta*)... ¿Hasta dónde puede llevarse la brutalidad de un Gobernador, que cree *legalizar* la violencia que hace a los espíritus, a fuerza de consignar en los actos públicos los medios mismos de intimidación que se propone disimular...?"

El general Urquiza debió sin duda, decir para sí al leer estos conceptos: ¡Siempre el *Boletín* chillando!

La sesión del 23 de junio se abrió bajo estas impresiones. El pueblo de Buenos Aires llenaba todas las avenidas y calles circunvecinas al local de las sesiones: las galerías de la sala circular estaban llenas. La discusión la sostuvieron los Dres. Pico, López, Gutiérrez, por un lado; por el otro, Vélez, Seguí, Ortiz, Portela y el coronel Mitre. El Dr. Vélez, cordobés, analizó el Pacto por el costado del derecho, Portela, por el de la libertad, Mitre, por el de la dignidad humana ajada en la violación del consenso y de la justicia.

La discusión se empeñó sobre el terreno escogido por los ministros. El Pacto, decían, es a todas luces defectuoso, pero la confianza que inspira el general Urquiza, es un correctivo de sus imperfecciones. Así pues, no era el Pacto lo que presentaban a la discusión, sino al omnipotente albacea testamentario de Rosas, y los oradores huían las manos de tomar esta tuna (cactus) que los ministros les presentaban para que examinasen. Era como decirles: firmen U. U. una escritura pública en que hacen donación *inter vivos* de sus bienes, y confíen en la generosidad del donatario, que no hará uso del don. La cuestión se mantuvo por horas en este terreno. Los oradores de la Sala daban vueltas en torno de la púa que los ministros les presentaban, y para mostrar cuál era la situación de los espíritus, baste decir que el argumento de réplica era éste: Tenemos la más completa confianza en el General, pero el Pacto supone su existencia, el Pacto y él son partes complementarias. ¿Y si llegase a faltarnos el General, lo que Dios no permita?

Un diputado precisó más la cuestión con una comparación naturalísima. Según los SS. ministros, "¿el fraque se ha hecho para los botones?" Pero la cuestión no salía de ahí. El Pacto era malo, absurdo, inconsistente, atentatorio; pero el beneficiado era todo lo que puede ser de bueno, quien tiene tres mil soldados a unas pocas cuadras, y seis mil en Palermo. Al fin un indiscreto lanzó esta pregunta dubitativa, que era toda la cuestión: ¿Y si el general abusa? La discusión empezó entonces a tomar color.

No era el caso de hacer un estudio profundo de la cuestión; pues, como lo ha dicho D. Juan Carlos Gómez con mucha perspicacia, era un pretexto de forma para precaverse contra la desconfianza que inspiraba la capacidad, la voluntad y las miras personales del general Urquiza para constituir la República.

Pero fueron vivísimas las réplicas y las frases en que en estos momentos supremos se reconcentra el pensamiento, y toda una discusión de horas se reasume en un dicho sencillo. Los ministros no justificaban el Pacto; pero apelaban a las frases conocidas: "alta política, hechos dominantes, influencias inevitables, hombres necesarios." "Es preciso tener el corazón en la cabeza", decía Gutiérrez. - "Dejémoslo donde Dios lo ha puesto",

contestaba el calmoso Mitre. -“Si el General quisiese hacerse un tirano nadie lo seguiría”, exclamaba Pico (que me había dicho en Montevideo, yo estoy dispuesto recibir lo que nos den). -¿Quién lo ha de seguir? respondía Ortiz, que se reía del Paraná por no haber podido ahogarlo el despotismo es una locomotiva desenfrenada que se lleva por delante cuanto a su paso encuentra. Los ministros jóvenes y poco ejercitados en la lucha se irritan e impacientan. Uno de ellos lanza a la barra una provocación. “¡Esos tenderos son los que en 1828 apoyaron a Lavalle!”

López dice casi con desdén: Es preciso no conocer nuestra historia, para sostener tales doctrinas. Este reproche sublevó una tormenta: Yo sé el significado de estas palabras. Habíamos hablado de ello en Montevideo, y aunque eran erróneas, eran menos ofensivas que lo que la exasperación del momento pudo dejar aparecer. “Es porque la conozco que temo encontrar un cacique a la vuelta de cada esquina”, replicó Ortiz riéndose, como si embromara a Irigoyen sobre su elegancia. “Veo, señores -añadió Mitre-, que se empieza a tirar a bala. Es muy disculpable que yo ignore la historia de mi país habiendo pasado mi vida en los campos de batalla, para echar abajo a cañonazos las puertas que conducen a los ministerios.”

Había en la cámara una figura original y que hacía la parte cómica de este debate. El Dr. Vélez Sarsfield, de edad de sesenta años,* con una voz aguda, con tonada cordobesa y una cara llena de animación, que hacen más picante modales paisanos, aunque sea una de las lumbreras del foro de Córdoba y de Buenos Aires. El viejo Vélez, sin entrar en las cuestiones, lanzaba pullas a los ministros, con una humildad bonachona de hacer desesperar al más calmoso, y los ministros habían perdido toda calma y mesura. “No olvidemos, había dicho el Dr. Portela, las palabras de Sismondi, que dice que los libertadores son siempre un peligro y una amenaza para la libertad de los pueblos, contra quienes vuelven su espada.” -No debe citarse a Sismondi en esta cámara, replica aturdidamente uno de los ministros, porque más de quinientos escritores de la Restauración han dicho lo contrario. -¿Podrá el señor Ministro, sugería el viejo Vélez, citar uno de esos quinientos autores? -La ley es terminante, dice un diputado. -No debe citarse esa ley vetusta, replica un ministro, y derogada por otras posteriores. -¿Podrá el señor Ministro citar esa ley *moderna*? dice Vélez humildemente. -No estamos aquí para entrar en esos detalles, replícale el Ministro a quien estas bromas sacaban de quicios. -Perdone el señor Ministro; creía que estaba ahí para indicar las leyes que cita. La Cámara rechazó el Pacto. El Ejecutivo comprometido en su formación, renuncia en cuerpo, y la Cámara procedió a elegir Gobernador incontinenti al que la ley de la provincia tiene designado para los casos de acefalía: el Presidente de la Sala, que lo era el general Pinto, quien había sido interino mientras el anciano López había concurrido a las conferencias de San Nicolás.

EL DRAMA TOCA A SU FIN

Urquiza permaneció el día aterrado bajo el golpe, pero al otro día despertó con la rabia en el corazón, y con ese tristísimo sentimiento de la fuerza, que se irrita contra las dificultades que oponen esas pequeñeces invencibles que se llaman formas, y que, como el clavo puesto en un rail de los caminos de hierro, hace desviarse a la locomotiva, y estrellarse aquella fuerza bruta por el poder mismo de la impulsión que trae; el General ofició al nuevo Gobierno que no lo reconocía, que se quitase del puesto que ocupaba, y que en virtud del Pacto de San Nicolás, reponía al gobernador López, que había renunciado espontáneamente. El suplicio de aquel débil pero honrado anciano,

* Halperín Donghi, en su nota de la última edición de la universidad de Quilmes menciona que Vélez Sarsfield apenas tenía más de cincuenta años. Creemos que la edad que le adjudica Sarmiento es parte del juego repetido entre ambos amigos de atribuirse mayor edad.

amenazaba quitarle la vida. Su papel de pantalla perdía esta vez todo decoro. Había renunciado, y se le volvía a poner a la cabeza del Gobierno como un maniquí. ¿Del gobierno de qué?... ¡Ah! ésta era una nueva faz de la lucha; los ministros quisieron tocar al entedado de la administración, y las teds ni daban sonido, ni cedían a la presión. La prensa había enmudecido, atropelladas las imprentas por las tropas de caballería. La Sala disuelta, Alsina, Portela, Vélez, Ortiz, Mitre, provincianos y porteños desterrados, en virtud de aquella *inviolabilidad de las personas* de los Diputados, proclamada en el Pacto de San Nicolás, salvo remoción; el pueblo estaba mudo; pero cuando digo pueblo entiendo la masa de la población: hombres, mujeres, pobres, ricos. El Gobierno sentía penetrar el silencio, el frío glacial de afuera hasta los salones del Fuerte, y temblaba de ver que no tenía enemigos. Una cuestión doméstica trajo el Ministro de Hacienda al Consejo. No había fondos en caja. El General había agotado, apurado, secado, estrujado con sus pedidos las cajas; y pedía fondos sin tasa por horas, acumulándose orden tras orden. ¿Qué hacer? ¿qué responderle? Él sabía que lo que la Aduana recolectaba en la mañana lo estaban esperando los acreedores de la víspera. El Gobierno renunció o dijo a Urquiza que no podía continuar. En fin, Urquiza, siempre por el camino más corto, asumió el Gobierno, en nombre del primer artículo del Pacto de San Nicolás que le vino a mano. Entonces el aturdido sintió lo que había sentido el Gobierno forzado de esos tres o cuatro días, al sentarse en aquella silla gubernativa profanada; el vacío en tomo. El General anduvo a tientas buscando en qué apoyarse, y todo se le alejaba en el momento de ir a tocarlo. Pero no vaciló por eso, nombró a Galán ministro y a Peña y se rió un poco de aquella presunción de la gente desamada de no hallar buenas todas aquellas bromas.

Pero al fin se necesita un partido en que apoyarse. Él no vaciló en buscar uno. Hizo restablecer en las oficinas del Gobierno a los que en tiempos de Rosas las ocupaban, para tener con quién hablar siquiera; a la guardia nacional compuesta de los vecinos, le puso al coronel D. Jerónimo Costas, partidario acérrimo de Rosas, y que antes que seguir a Urquiza en Montevideo, inutilizó la música y los fusiles de un batallón al embarcarse para Buenos Aires. Los coroneles Bustos, y otros condenados a muerte en su proclama de olvido, y absueltos en otra que los declaraba perjuros, fueron puestos a la cabeza de varias divisiones. Derogó el decreto de embargo de los bienes de Rosas que él había impuesto a Alsina, dándose aires de hacer una reparación a la justicia ofendida. Dio a Baldomero opción a llenar una vacante, cuando la hubiere, en la Corte Suprema de Justicia, en reparación de la destitución que le impusieron. En fin, para terminar este simulacro de restauración, formó un consejo de Estado, en cuyo seno debían figurar Anchorena, Arana, Baldomero, Irigoyen, Lahite, como rosistas, y por tanto urquizistas. La consecuencia era un poco forzada; ¿qué tenían de común Anchorena, Arana, Lahite con Urquiza? ¿La Federación -la Federación con dos diputados por Buenos Aires?

El Consejo de Estado funcionó una sola vez, para probar su ineficacia; y sus miembros hicieron un esfuerzo para ver si le podían limar las uñas al león, haciéndole firmar una abolición de la pena de muerte por delitos políticos; pero él huyó las garras y una uña no fue cortada. La ley exceptuó a los delincuentes que hiciesen armas contra las autoridades legales.

¿Hay otra clase de delitos políticos que tengan pena capital en nuestra legislación ordinaria? Ya había declarado *legal* a Benavidez. Pero en fin, en esta ley de abolición de la pena de muerte en que se la dejaba subsistente, como es la de olvido en que se demandaba el exterminio de un regimiento de caballería, se logró introducir una novedad en las costumbres del general Urquiza, en su conciencia misma, que debió sorprender su candor. Los reos políticos serían juzgados con arreglo a las leyes. ¡Gracias a Dios! esto era un mundo. Se iba a juzgar a los hombres: iba a haber consejo de guerra para los militares; defensor, proceso y convicción para los acusados civiles. Cómo se alegrarían en el Entre Ríos al saber este progreso inmenso que había hecho el General.

Pero uno dispone el bayo y otro el que lo ensilla. Esta costra rosista, aquel ennegrecer con polvo de carbón la faz de porcelana compacta y bruñida de la opinión, no

hacía ilusión ni a Urquiza mismo, puesto que ahora, dueño del Gobierno, pudo darle a Buenos Aires, como un codicilo del Pacto, todos los diputados que quisiese, que esos serían otros tantos instrumentos suyos. Los rosistas, si aún lo eran, y los urquizistas que lo habían traído hasta aquel punto, vieron que se tomaban sus nombres para jurar con ellos en vano. Jerónimo Costa con la guardia ciudadana; los otros coroneles con milicias de campaña; Baldomero con una vacante *in partibus*; Anchorena en el consejo de Estado, que no era rueda necesaria: Lahite al Congreso, y Carril, un sanjuanino, *de adlatere*, porque hasta esta exquisita barbarie tenía el General; escamotear un diputado más a Buenos Aires, poniéndoles un provinciano. Pero en los ministerios, en las embajadas, en las tropas de línea no entraba nadie de estos rosistas tan adulados, y lo que era peor, Pico, Gutiérrez, López o Gorostiaga, que se habían sacrificado por él, fueron también apartados y puestos en los segundos planos. El escándalo del Gobierno *enterreriano* era, pues, sin velo, sin ninguna atenuación.

Pero una extraña evolución se obró en la opinión en esos días. Los emigrados llegaban a Buenos Aires con toda la severidad de hombres que nada enorme tenían que reprocharse. López visitado por Barra, fue éste a darle la mano, y lo rechazó; yo provoqué indiscretamente a Mur, y fui injusto y abusivo en mis exigencias por agravios pasados, fruto de la lucha. Mármol mandó echar noramala a qué sé yo quién que le ofreció sus servicios. Los rosistas comprometidos se hallaban mal; temían y con razón, la intolerancia de sus enemigos, si no en sus vidas y propiedades, en esas insolentes y despreciativas manifestaciones que hacen un suplicio de la vida. Urquiza desterró a los que con él habían venido, y abatió a Buenos Aires, levantando un poquito a los rosistas. Esto produjo un resultado inesperado: los unitarios depusieron su altanería; los rosistas aprovecharon la ocasión de su aparente exaltación, y *ambos partidos se dieron las manos*, y confundieron sus corazones en el sentimiento de la humillación de todos, y del deseo de lavarla.

EL 11 DE SEPTIEMBRE

Setenta días mediaron entre la ocupación de la administración de Buenos Aires por el Gobernador del Entre Ríos, y el restablecimiento de las autoridades provinciales. Este corto lapso de tiempo muestra que un hecho continuo y cartas del 19 de julio que tenemos a la vista lo anuncian con claridad.

La política del general Urquiza había señalado el día y la hora precisa de esta simple reintegración de los poderes que había trastomado para remediar una falta suya. El Congreso debía reunirse en Santa Fe, y el ejército quedar comprimiendo a Buenos Aires, dos elementos que el General necesitaba presidir, para hacerlos concurrir al mismo fin. Sin el general Urquiza al lado del Congreso para inspirarlo, dirigirlo y comprimirlo, corría riesgo de asumir su Soberanía, no obstante la interpolación entre sus miembros de muchos individuos que estaban comprometidos en su política. Seguí y Elías, sus secretarios antiguos, Gutiérrez, Leiva y Gorostiaga, sus ministros ya probados, Huergo redactor del *Progreso*, Carril que vuelto a la República después de veinte y dos años de ausencia, había puesto su capacidad y su nombre a su servicio. Irigoyen era esperado por San Juan, don Adeodato Gondra por Tucumán. Estos nueve individuos, y cuatro más de menor cuantía, y los indecisos que son en todos los cuerpos deliberantes una fuerza que apoya a todas las mayorías y a todos los poderes, daban al Congreso de veinte y ocho individuos todas las garantías imaginables. ¿Por qué alejarlo tanto de la sede del Gobierno, y una vez alejado, por qué transportarse el general Urquiza a tanta distancia de su ejército? Pero en el carácter y en la política de Urquiza era esta división de atenciones y de compresiones necesidad inevitable. El Congreso en Buenos Aires, en Palermo, en

San Nicolás, en el Rosario, habría podido recibir la influencia de la opinión, examinar los hechos, buscar apoyo, y era preciso secuestrarlo. De Buenos Aires, por otra parte, respondía el ejército, compuesto de manera de contrabalancearse unas divisiones con otras. Jefes rosistas dominaban la campaña, Pirán respondía de las tropas veteranas, Madariaga tenía a sus órdenes correntinos, Galán acampaba en Palermo al Norte con divisiones entrerrianas, Urdinarrain al Sur en la Convalecencia con otras del mismo origen.

Túvose noticia que el General había llegado a Santa Fe, y la noche del 10 de septiembre empezó a desarrollarse con estas mismas fuerzas, otro orden de cosas, que partía de fuente diferente de aquella que había guiado al general en su distribución. En esta ponderación de fuerzas por nacionalidades y por odios había otra oculta sólo para el General, otra por sentimientos, por ideas, por patriotismo, por dignidad, por antecedentes.

Pirán, porteño y adicto al General a la par de Galán, igualmente porteño, había visto y palpado adónde iba Urquiza, y se detuvo. Madariaga, vuelto de la emigración después de Vences, había seguido al General hasta que lo vio pisotear las instituciones de Buenos Aires, y se detuvo. El coronel Homos, entrerriano, que desde febrero tascaba el freno, al ver las enormidades del expoliador de su fortuna y del degollador de dos de sus hermanos, se aprestó al combate, y este trío de jefes podía contar con todos los coroneles y oficiales superiores del ejército, cada soldado, cada capitán, cada cabo. ¿Qué había de común entre los correntinos y Urquiza? ¿Entre los jefes del ejército y Urquiza? ¿Entre los veteranos y Urquiza? Los unos habían venido a ayudarle en su odio común a Rosas, los otros habían sido tomados en el Campamento de Oribe.

A las doce de la noche del 10 de septiembre todo el ejército estaba de pie. Los dos batallones correntinos en la Plaza del Retiro. En el Parque formó el coronel Rivero que había mandado una ala del centro en Caseros, ahijado de Urquiza, y uno de sus agentes en las elecciones, y el coronel Solano, correntino, con la artillería. El resto de las tropas de línea formó en la Plaza de la Victoria.

Los batallones mandados por los coroneles Tejerina y Echenagucia acudieron al mismo punto.

Los coroneles Hornos y Ocampo recorrían las calles con los regimientos de línea de caballería.

Los generales Urdinarrain, entrerriano, y Virasoro, correntino, fueron traídos al centro de la ciudad por precaución. Al amanecer sonó la vieja campana del Cabildo que en 1810 había convocado al Pueblo; y reunido éste en la Plaza de la Victoria, el general Pirán, en una prodamación, expresó el objeto del movimiento, que era restablecer las autoridades provinciales. La Sala se reunió a las once del día y continuó sus deliberaciones, tan insólitamente interrumpidas a fin de junio, bajo la presidencia de D. Felipe Lavallol, antiguo comerciante, y consignatario en otro tiempo de los negocios mercantiles de Urquiza. Fue repuesto gobernador, según la ley de la provincia, el presidente de la Sala, el general Pintos, quien organizó inmediatamente el Ministerio. Continuó en su puesto de juez de policía D. Manuel Azcuénaga, y la tranquilidad pudo hemanarse con el entusiasmo de gentes que se hincaban de rodillas en las calles llorando, sorprendidos por aquella inesperada felicidad de verse lavados de la humillación. ¡La humillación! he aquí el grito que parte de todos los corazones. Las prodamas de los generales, los decretos del Gobierno, las deliberaciones de la Sala, las adhesiones de los rosistas, las congratulaciones de los jueces de campaña, repiten esta nota dolorosa: ¡humillación! ¡humillación!

Y la verdad sea dicha, el general Urquiza no había sido parco en herir esta cuerda del corazón humano. Habíalos humillado hartos Rosas, pero el sentimiento de la dignidad se había enderezado al faltarle el peso que lo tenía encorvado. Urquiza se empeñó en encorvarlo de nuevo, como conquistador, como fuerza, y lo irritó y exasperó sin poder doblarlo.

El 12 fueron las tropas de la capital a la Convalecencia, donde acantonaban entrerrianos, pero al acercarse éstas, el coronel Aguilar con trescientos hombres, se incorporó a las fuerzas del coronel Hornos, entrerriano también, y ciento y más soldados que permanecieron fieles a Urquiza fueron mandados a Buenos Aires.

Galán, con el grueso de las fuerzas entrerrianas, emprendió la retirada, y el ejército salió en su persecución. Con la infantería de línea marchó también su batallón de patricios, y los demás quedaron guardando la ciudad, auxiliados por partidas de caballería de ciudadanos. Los patricios durmieron sobre las armas en sus puestos de formación en las calles durante diez días.

Galán, alcanzado por una comisión, contestó dignamente. "No quiero pelear ni rendirme, déjenme retirarme" y lo dejaron. Urquiza contaba con el resultado de sus combinaciones de odios para asegurar la sumisión de Buenos Aires. En sus proclamas de Santa Fe anunciaba todavía contar con el coronel Bustos, con el coronel Lagos y el general Flores, jefes de Rosas a quienes había confiado tropas de campaña. Pero siempre preguntaremos: ¿qué había de común entre Urquiza y Lagos, Bustos y Flores que no habían querido seguirlo? Este hombre creía en la *cinta* colorada de un lado, y en los *salvajes* unitarios del otro, y esta fascinación de su espíritu, incapaz de penetrar en el fondo de las cosas, fue la causa única de todos sus desaciertos. Galán llegó a San Nicolás donde lo aguardaba Urquiza, después de haber, por el primer ímpetu de la cólera, proclamado el ejemplar castigo, no del ejército, sino de Buenos Aires. Urquiza cayó en el abatimiento momentáneo que le causa toda resistencia. Los apretones de manos, los abrazos, los golpecitos en el hombro no escasearon para Buenos Aires. El comandante Báez, un paraguayo, fue mandado a Buenos Aires a protestar de su respeto por aquel movimiento de la población en masa, reconociéndola en la posesión de sus derechos, y anunciando su intento de no provocar la guerra entre hermanos.

Buenos Aires aceptó con respeto y deferencia esta justicia rendida a sus derechos, y ofreció al General cuanto podía complacerlo. Buenos Aires ignoraba la tercera reacción de aquel espíritu. Atropellar sin medida, retroceder sin dignidad, vengarse de su propia impotencia, sin respeto de sí mismo. Cuando hubo repasado el Paraná, cuando estuvo entre Seguí, Galán, y Elías, cuando todo había pasado, llamó de nuevo *motín* al restablecimiento de las autoridades, y un *puñado de traidores*, al ejército y al pueblo de Buenos Aires, invocando a la discordia a aquel partido *rosista* en cuya existencia cree todavía, para que desgarrase el seno de su patria. Entonces aventuró la sugestión de organizar la República sin Buenos Aires, que es el eje sobre que va a rodar la crónica contemporánea, y los nuevos conflictos en que va a desangrarse la República.

Buenos Aires había sido testigo y actor desde 1810 de cambios, revoluciones, motines y alzamientos populares. Ninguno, empero, tenía el carácter del de 11 de septiembre. Aquí no había partido vencido, no había Gobierno dislocado, no había división de clases, ni la campaña, contra la ciudad, ni los rosistas contra los unitarios. Galán en retirada, todo estaba terminado; porque Galán era el Gobierno, Galán era Urquiza, Galán la conquista. ¿Cómo había podido ser arrastrado el General de falta en falta, de violencia en violencia a este extrañamiento de todo interés local, de toda afección personal en su favor? Así, pues, la revolución tenía la sanción del común asentimiento, la santidad de una ablución de las pasadas faltas y de la humillación presente, la satisfacción del amor patrio tan vulnerado, la vuelta a las antiguas tradiciones de libertad, el restablecimiento de las autoridades únicas legítimas, sin deposición de ninguna otra, porque Urquiza había disuelto la Sala, sin reemplazarla con otra espúrea, usurpado el Gobierno y dejándolo a su mayordomo, absorbido los ministerios, y alejado a sus sostenedores de Buenos Aires. Aquella suspirada y prometida rehabilitación, aquella regeneración social que Urquiza había ofrecido, y escamoteado, tenía su cumplimiento el 11 de septiembre, y recién el 11 de septiembre caía Rosas verdaderamente con su *cinta* colorada, sus *salvajes* unitarios, sus campamentos de tropas en todas partes, su corte, familia y queridas en Palermo. La *fusión* de los partidos, tan preconizada y tan contrariada

por Urquiza, se obró el 11. Alsina, el órgano de la prensa de Montevideo, y Lorenzo Torres, el orador de la Sala de Representantes de Rosas, se presentaron del brazo en un baile público, y pasaron la noche juntos. Los coroneles Sosa y Flores fueron electos diputados, y el general Pacheco, emisario enviado a Galán, tomó la inspección general de armas.

Tales son los hechos, y tales los antecedentes que los prepararon. Buenos Aires ha sido llevado por la fuerza, a pesar de todos, contra su interés y su deseo, a adherir a la separación del ejército, porque mal puede llamarse revolución una parada militar con los generales de las divisiones a la cabeza. Nadie quiso, nadie esperó, nada creyó poder oponerse a la dominación de Urquiza, hasta el día siguiente de la disolución de la Sala. La prensa toda principió por serle adicta, los pueblos lo aclamaban como Buenos Aires; pero el General, siguiendo sus instintos, sus hábitos de diez años de omnipotencia en el Entre Ríos, careciendo de las más simples nociones del Gobierno ordenado del derecho, de la justicia, no comprendiendo de la revolución que se había operado sino que Urquiza había vencido a Rosas, desde el primer paso empezó a deshojar la corona de gloria que le habían deparado las circunstancias, y a demoler, como el niño el juguete que lo apasiona un momento, el edificio a que su nombre servía de capitel; de capitel, porque reputar base de él al General, es abusar de las palabras. Rosas caía por su propia gravedad, por el sitio impotente de Montevideo, por la intervención armada del Brasil, por sus propias faltas, y por el desmoronamiento de la opinión desengañada, extrañada, educada, y hostil a su sistema. Urquiza fue un instrumento poderoso, necesario, indispensable quizá; pero nada más que instrumento. Iba a ser grande por lo que faltaba que hacer, pues lo que había hecho en la campaña contra Rosas era pequeño, vulgar, disipar con la presencia de un enorme ejército los restos inermes de un poder fenecido. Aquí faltó el hombre. La vanidad, la infatuación, su falta de carácter, de elevación de ideas, de miras, le hicieron entregarse a todos los instintos, a todas las reminiscencias de una vida entera de licencia moral y política y al hábito de ver un *trapo* colorado como un sistema, y el nombre de *salvajes* como una entidad consistente. He tocado de cerca todas las cosas, presenciado todos los hechos, tratado a los actores en el drama, y por una rara combinación de circunstancias, puéstome en todos los puntos de vista, desde donde los hechos pueden ser mirados; desde el lado Oriental, residiendo en Montevideo; desde el lado entrerriano, al lado del General; del lado militar, haciendo la campaña. Visto a Buenos Aires desde Palermo; a Palermo desde Buenos Aires, su política vista desde Río de Janeiro, y después desde Chile, los efectos obrados en las provincias. De todos esos puntos diversos sólo descubrí una cosa, y es al General obstinado en levantar obstáculos que no había, empeñado en desmoronarlo todo, y forzando todo, hechos, hombres y cosas a hacersele hostiles. El lector ha podido juzgarlo por los hechos referidos. No hay complicación presente o futura que no emane de su voluntad, no hay paso desacertado que no haya sido inspirado por motivos mezquinos y arbitrarios. Elías decía que el General no se equivocaba nunca, cuando condenaba a muerte masas de hombres. El General, sin embargo, reconoció una falta en un decreto del 4 de septiembre contestando a un ciudadano que se excusaba por mal estado de salud, de admitir un empleo: "Reconociendo el Director Provisorio la grave equivocación que sufrió, encomendando una comisión de patriotismo y de desinterés a un hombre *sin altura y de pasiones ciegas* como D. Juan B. Peña; admítase la renuncia que hace, y *que no tiene más fundamento que el despecho de una baja ambición no satisfecha*. Nómbrase, etc. (Rúbrica de Urquiza). Luis F. de la Peña (*primo hermano del insultado*)." Esto era el 4 de septiembre. Siete días después el ejército lo abandonó, porque la fetidez de esta política de desahogos brutales, de pasiones desordenadas había llegado hasta los soldados. Si algún chileno halla severas estas palabras, sustituya a la rúbrica de Urquiza la de algún presidente de Chile, la suya propia, o la de alguno de sus candidatos políticos. Este hombre, que así prostituía su nombre, hasta revolcarlo en el muladar, iba a representar la República luego.

¿Pero, cuándo no se equivocó el General? La política se juzga por los resultados, según la versión más indulgente. Por los resultados juzguemos la de Urquiza.

¿Por qué tomó por lema la *fusión*, y resucitó en documentos públicos el epíteto *salvajes*, vergonzoso sólo para quienes lo usaron?

¿Por qué, denigrando a los que designaba con este título, encargó a Alsina la organización del Gobierno que era el órgano de ellos?

¿Por qué se obstinó en el uso forzado de la cinta colorada, si había de tolerar que las provincias la rechazasen?

¿Por qué se hizo solidario de los odios que pesaban sobre los demás seides de Rosas si al cabo había de consentir en que fuesen depuestos por revoluciones?

¿Por qué nombró a Guido enviado al Brasil contra todo decoro, y tan sin respeto por sus amigos, si había de revocar el nombramiento?

¿Por qué hizo lo uno y lo otro con Mármol, enviado a Chile, adonde no había cuestión ninguna urgente?

¿Por qué mandó las tropas a las mesas electorales, si en despecho de sus cuchillos, habían de triunfar las listas populares?

¿Por qué convocó Gobernadores a San Nicolás, si Diputados de Gobernadores, según el Pacto Federal, daba lo mismo?

¿Por qué dio a cada provincia dos Diputados, si dando diez a Buenos Aires, se obtenía la misma mayoría provincial en el Congreso, sin violar ley alguna?

¿Para qué pidió autorización previa a las Salas Provinciales, si no la pedía a la más influyente de todas, que es la de Buenos Aires?

¿Para qué aglomeró un inmenso y ruinoso ejército sobre Buenos Aires si, lejos de servirle a sus fines, su conservación sirvió sólo para darle en la cabeza?

¿Por qué invocó el nombre de los rosistas, y no les dio influencia efectiva en el Gobierno?

¿Por qué, dando tan sólo dos diputados a Buenos Aires, no puso a Guido en lugar del Carril, provinciano?

¿Por qué creó con tanto aparato un Ministerio de Instrucción Pública, y lo suprimió cuando se apoderó del mando?

¿Por qué dispuso de las rentas nacionales sin dejar constancia en cajas de su inversión?

¿Por qué condenó al exterminio un regimiento de caballería sin proceso y sin juicio, y condenó más tarde, sin abolir la pena de muerte, su práctica constante de matar hombres sin proceso y sin juicio?

¿Por qué condenó a muerte a los jefes venidos de Montevideo que a nada se habían obligado, los absolvió injuriándolos en su honor, y les entregó en seguida cuerpos a mandar, para que contribuyeran a su caída?

¿Por qué introdujo en Buenos Aires tres mil hombres en el acto solemne de someterse el Pacto a la Sala, si su presencia escandalosa no había de ser parte a evitar que fuese rechazado?

¿Por qué razones de conveniencia pública hizo Ministro de Relaciones exteriores a un clérigo advenedizo, desconocido en el exterior, despreciado en Buenos Aires e ignorado en las provincias?

¿Por qué lo mandó al Brasil, donde nadie lo había oído nombrar, y después se lo adhirió a su persona, como si fuese el hombre más influyente de la República?

¿Por qué disolvió la Sala de Buenos Aires si este escándalo no había de servir más que para precipitar su caída?

¿Por qué para reponer a Benavídez, inició la guerra civil, imponiéndolo por la fuerza de las armas, cuando bastaba un decreto o un enviado?

¿Por qué recientemente ha llamado a San Juan un enviado a desmoralizar y desaprobando la dominación de Benavídez, sin más fruto que provocar un alzamiento de tropa, el saqueo de los que quería satisfacer, y el triunfo de Benavídez?

¿Por qué a Gutiérrez, en quien había aprobado el asesinato de Álvarez, depuesto con Benavidez, después del pacto de San Nicolás, le mandó que reconociese al Gobierno nuevo de Tucumán?

¿Por qué reconoció los derechos de Buenos Aires cuando lo vio en armas para defenderse, y cerró el comercio como medida hostil cuando se halló en el Entre Ríos?

¿Por qué avanzó que la República podía constituirse sin Buenos Aires, cuando Buenos Aires no quería separarse de la República, sino separarlo a él?

¿Por qué dijo en proclama al Entre Ríos, que sólo iba a cuidar de la felicidad de la provincia, y reasumió en seguida el título de Director Provisorio?

¿Por qué, estando estipulado por el Convenio de San Nicolás, que el Congreso se reuniría en Santa Fe, se llevó a su casa, al Paraná, los pocos Diputados que ya estaban reunidos, quitándoles de antemano toda espontaneidad?

¿Créese por ventura, que pueda, caso de que Buenos Aires sea sometido por las armas, y el general Urquiza electo Presidente o Director, gobernar sin obstáculo la República, el hombre que en seis meses ha cometido esta serie inaudita de faltas? ¿Qué contrapesos tan poderosos podrán oponérsele entonces para contener esta voluntariedad indomable, y qué garantías dar de la recta administración, de la seguridad de las personas, y de las libertades públicas? Desde luego es preciso castigar a quinientos jefes y oficiales que tomaron parte activa en la separación del ejército: desamarrar a los patricios de Buenos Aires; guarnecer la ciudad con tropas entrerrianas; llamar a los empleos exclusivamente provincianos; encadenar la prensa para que no se desahoguen las desafecciones porteñas comprimidas. Desterrar a los millares de ciudadanos que le son hostiles; tener bajo la vigilancia de un ejército a las masas porteñas. Poner límites a las discusiones de la Junta de Representantes porteña para que en la tribuna *inviolable* no encuentren eco las pasiones locales. Establecer, en fin, y mantener sin embozo el Gobierno de la conquista provinciana. Y si Buenos Aires es gobernado así, ¿cómo serán gobernadas las provincias? La Constitución será un sarcasmo, y el presidente un verdugo, algo peor que Rosas mismo.

LA NAVEGACION DE LOS RIOS

Debo tocar esta cuestión que por fortuna ha dejado de ser problema en la República Argentina. Cuando estuve en Montevideo encontré todavía algunos viejos que no la comprendían y no la adoptaban; pero todos los hombres de capacidad de Buenos Aires y de las provincias, todos los que han de influir en la prensa, en el Congreso o en los ministerios, están de acuerdo sobre ella. El señor Alberdi la ha tomado como piedra angular de sus Bases de Constitución, y el general Urquiza y el Gobierno actual de Buenos Aires la han proclamado en leyes y decretos. Es, pues, un punto de derecho público incorporado en nuestra legislación.

Pero para alejar las pasiones malevolentes que pueden suscitarse en las provincias conviene trazar el camino que estas ideas económicas han traído, hasta hacerse vulgares, como si nunca hubiese habido disenso.

El Derecho de Gentes no reconoce obligatoria la libre navegación de los ríos interiores de un país independiente. Por eso la Inglaterra ni la Francia la exigieron de Rosas. En 1814 se estipuló en el Congreso de Plenipotenciarios en Verona la libre navegación del Rin, único hecho reconocido en contrario de la doctrina general. Los Estados Unidos no reconocen la libre navegación de sus ríos, ni Estado alguno sudamericano la practica.

En las conferencias que precedieron al Pacto Federal hubieron indicaciones a este respecto, pero sin consecuencia, y cuyo espíritu fue olvidado por los mismos que las manifestaron. No siendo un principio reconocido por nadie en el derecho público, si la

República Argentina se hubiese organizado en 1810 se habría declarado la clausura de los ríos para los extranjeros, aun por los Congresos más libres, porque ésas eran las ideas de derecho de la época. Como el Dr. Francia se sublevase en el Paraguay, Artigas en la campaña de Montevideo, Ramírez, su asistente, en el Entre Ríos, López en Santa Fe, y la guerra civil embarazase las comunicaciones del Paraná, el Gobierno de Buenos Aires, durante las sesiones del Congreso de Tucumán, dio un decreto declarando comercio de cabotaje el de los ríos interiores. Para obrar así, los *porteños* no necesitaban ser muy *pícaros*; porque era y es hasta hoy la práctica de todas las naciones, punto de Derecho de Gentes incontrovertible, y entonces medida de seguridad contra aquellos criminales caudillos, que desmembraron la República y nos legaron tantos males. En tiempos posteriores, cuando Rosas suscitó el odio contra los *extranjeros*, como ahora Urquiza trata de sublevar el odio contra los *pícaros porteños*, el General mismo fue el más acalorado, el más ciego defensor de la clausura de los ríos; consta esto de todos sus actos públicos, y del testimonio de Entre Ríos entero. El nombre de su perro da fe de ello.

Creo que he sido yo uno de los primeros publicistas argentinos que se ha consagrado a elucidar a fondo esta cuestión, y demostrando las ventajas prácticas de la libre navegación de los ríos, hecho aceptable la reforma de una de las doctrinas consagradas y sancionadas por el Derecho de Gentes común. El general Paz me escribía en junio del año pasado que extrañaba mucho el silencio que sobre esta cuestión guardaron los escritores pasados, como si hubiere en ello designio. Nada hubo, sin embargo, de intencional; nadie se había ocupado de ello. Así pues, las doctrinas predicadas con tanto tesón sobre la viabilidad argentina fueron puestas por base de la Constitución por el señor Alberdi, formuladas en un decreto por el general Urquiza, reconocidas y ensanchadas por el actual Gobierno de Buenos Aires, declarando mar los ríos, hasta donde puedan ser navegados. Esta ley de Buenos Aires le hace mucho honor por su desinterés y osadía económica, alejando hasta el pretexto del reproche de monopolio de que se le ha hecho cargo siempre. No debemos, pues, exigir de los porteños que en todo sepan más que nosotros. Si antes no dieron libre la navegación de los ríos es porque ni a provincianos ni a porteños les pasaba por las mientes tal cosa, incluso Urquiza.

Y sin navegación de los ríos no había Federación posible, si no es la *cinta colorada* y el mueran los *salvajes, asquerosos, inmundos unitarios*, sostenidas por Rosas y Urquiza, con degüellos y confiscaciones, y después de Caseros por este último que revolvió la República, lo desquició todo por continuar lo único que entendía de Federación. Fue por ese motivo, que no dando mucha importancia a que la República fuese federal o unitaria, como se la doy a no poneme un trapo colorado, porque esto es vergonzoso y abusivo, y aquellas son formas puramente económicas y administrativas, me consagré desde 1848 adelante a estudiar el derecho federal, sus antecedentes, los pactos existentes, y a ilustrar la cuestión de la Federación *real*, desconocida por los unitarios, y apartada a un lado por Rosas y sus caudillejos, que Urquiza quería conservar. Ésta es la obra que realizó *Argirópolis*, y que obtuvo el aplauso de los federales, de los seides de Rosas mismo y el asentimiento de los que habían sido unitarios. La prensa de Valparaíso, queriendo concitar hoy día el menosprecio por aquel trabajo, oportuno en su época, irreprochable en todos tiempos, en cuanto a sanidad de miras y objeto práctico, a despecho de la Utopía que le servía de noble frontispicio, comete una falta de justicia, de discreción y de gratitud, aprovechándose más tarde de las mismas ideas federales que difundí e hice triunfar en los espíritus para volvérmelas contra mí y contra Buenos Aires que las ha aceptado.

Pero la libre navegación de los ríos será por largo tiempo infecunda en resultados si no se centuplica y mejora rápidamente la población necesaria para consumir muchos artefactos europeos y producir muchas materias exportables que den vida y actividad al comercio. Para complemento y realización de la Federación, me consagré a preconizar las ventajas de la inmigración europea, y a estudiar los medios prácticos de realizarla. La

Crónica, Argirópolis y Sud América son un curso, aún no completo, sobre emigración, sobre lo que había recogido datos en Alemania, Argel. Francia y Estados Unidos.

De la libre navegación resultaba el libre comercio con Chile y Bolivia, y desde entonces me consagré al estudio de los antecedentes del comercio de cordillera, aconsejando al Gobierno de Chile medidas económicas, algunas de las cuales coincidieron con la política comercial del Gobierno.

De todo este conjunto de trabajos preparatorios resultaba la necesidad de nacionalizar las Aduanas exteriores y atacué sin recelo el sistema; y Rosas, viéndose herir en lo vivo, me hizo contestar por el *Archivo Americano*. De la aceptación que estos trabajos merecieron ante los hombres pensadores, puede fomarse idea por lo que a este respecto me escribía el Dr. Alberdi, entonces: "Su artículo respuesta al *Archivo Americano* es soberbio. Lo he leído con un placer indecible. Contiene ideas madres. La de la Renta o de la nacionalidad de las Aduanas de Buenos Aires merece ser tratada no diez veces sino cien veces. Esta sola idea es una bandera. La prensa no obra sino por la repetición y la insistencia. Todo artículo suelto es perdido. Ponga U. en ridículo la absurda idea de una aduana de Buenos Aires. ¿Qué quiere decir eso? La Aduana es argentina. U. ha tocado en la tecla. Toque en ella en todos los tonos. (*Valparaíso, mayo 28 de 1851*)."

El Pacto de San Nicolás, el decreto de Urquiza, y la ley de tránsito y navegación libre del gobierno actual de Buenos Aires muestran que no había tocado en vano la tecla. A mi regreso a Valparaíso tuve el gusto de ver consignadas, en el precioso escrito del Dr. Alberdi, *Bases para la Constitución de la República Argentina*, aquellas ideas madres que me había esforzado en diez años de trabajos en hacer populares, sirviendo de base a un proyecto de Constitución, a saber: Federación con la capital en Buenos Aires, que yo había tenido el cuidado de poner en la punta de un alfiler, Argirópolis, mientras caía Rosas - Navegación libre de los ríos - ciudadanía y garantías a manos llenas a los extranjeros inmigrantes - nacionalización de las Aduanas.

El libro del señor Alberdi era, a mi juicio, un acontecimiento político. Nadie habría podido desenvolver en la República Argentina las ideas que contiene, en presencia del general Urquiza, cuyas preocupaciones contra gringos y carcamanes son bien conocidas. Era una constitución federal que él no había inspirado, un modelo y un padrón para apreciar lo que se hiciese oficialmente. Era, en fin, hacer entrar en las vías del derecho constitucional hechos que tendían a continuar el pasado desorden. La prensa argentina reprodujo el trabajo del señor Alberdi, unos en abono de Urquiza, otros en vía de ironía; pero todos difundiendo y popularizando las ideas que contiene.

Yo provoqué una reunión de argentinos en Santiago para que hiciésemos una manifestación en favor de "las bases" y escribí a Copiapó en el mismo sentido. Pero las cuestiones de hecho, las cuestiones prácticas vinieron a dividir bien pronto los ánimos aquí, como los han dividido allá. Mas es ya un progreso inmenso para aquel país el que todas las provincias, Buenos Aires la primera, estén de acuerdo sobre las cuestiones más arduas de economía política, de organización, y sólo disientan en la cuestión puramente práctica de saber si la perpetuación del caudillaje, después de vencido en Buenos Aires, y despojado del ejército Urquiza, es compatible con esas ideas económicas, industriales y constitucionales.

BUENOS AIRES HOY

¿Qué va a ser de Buenos Aires hoy? ¿Qué opondrá a aquel aunamiento de trece contra uno? Ella, la pobre oveja descarriada volverá dicen, al redil, donde están sus hermanas, bajo la égida o el cayado de su Pastor. O, devorada por las turbulencias interiores, que su libertad misma excitará, caerá como edificio desmoronado, y sus escombros servirán a la construcción del nuevo monumento.

Nada de esto es imposible, y sólo es digna de compasión aquella política que cuenta, como elemento orgánico, las horribles complicaciones, el desquicio universal, que aceleró, fomentó y precipitó el mismo en cuyo favor se hacen aquellas plegarias. Pero me parece poco seguro un sistema de política, que impulsa los hechos en una dirección dada, contando con la acción de otros hechos que aún no han sucedido, pero que puede ser que no sucedan nunca. ¿Y si Buenos Aires no se reúne? ¿Y si Buenos Aires no se convulsiona?

Desgraciadamente no se ha hecho nada hasta ahora para procurar el primer resultado, y felizmente nada puede el general Urquiza para producir el otro. Puede la anarquía asomar su cabeza en Buenos Aires, como la ha asomado en las provincias, y principalmente en la del Entre Ríos. Pero para que los partidos de una provincia se ligen a los de otra, es preciso que algo de moral, de elevado, de útil y de simpático se les presente a la vista.

El Congreso o la Constitución pueden ser esta bandera de reunión, y así lo desean, si no lo esperan, todos los hombres sinceros. Pero vamos a exponer los hechos de todos conocidos, y mostrar por dónde corren riesgo de flaquear tan buenas y conciliadoras miras.

¿Se opone Buenos Aires a formar parte integrante de la República? No.

¿Se opone a la forma federal? No.

¿Se opone a la nacionalización de las Aduanas? No.

¿Se opone a la libre navegación de los ríos? No.

¿Se opone a una constitución? No.

Buenos Aires prescindiría, pues, de todas las irregularidades pasadas, si desgraciadamente Congreso y Constitución no viniesen forzosamente ligados con el hombre cuyo gobierno no puede aceptar sin serle impuesto por la fuerza de las armas y los desastres de la conquista.

El general Urquiza reconoció en San Nicolás a Buenos Aires en el goce de todos sus derechos, y protestó, retirándose; su deseo de no encender la guerra entre hermanos. Generosidad o impotencia, el resultado público fue éste, y Buenos Aires correspondió a este acto, con muestras de deferencia que alejaron por un momento toda idea de hostilidad.

Llegado, empero, el General al Entre Ríos, volviendo sobre su primer arranque, consignado ya en actos públicos, como le sucede por desgracia, a cada hora, sugiere en proclamaciones la siniestra idea de constituir la República sin Buenos Aires. El General debió aguardar que el Congreso se reuniese, y por boca suya hacer aquella declaración que amenazaba una escisión del territorio. Pudo y debió tocar antes los medios de inteligencia y conciliación, que sólo después de agotados inútilmente harían necesaria aquella desmembración fatal. Nada de esto se hizo. La primera medida que señaló la resurrección del Directorio fue interrumpir las relaciones comerciales con Buenos Aires, y destruir de hecho aquella libre navegación de los ríos, objeto de tantos esfuerzos. ¿Tenía el Director facultad para dar paso tan decisivo, en virtud también del Pacto de San Nicolás? ¿Convenía hacerlo a la víspera de la reunión del Congreso, imponiéndole a éste un estado de hostilidad con Buenos Aires que hace imposible o difícil entenderse?

¿Qué resulta para la historia? Que por un acto privativo de la voluntad de Urquiza se declaró extrañada virtualmente aquella provincia del seno de la Confederación; que los Gobiernos de provincia aceptaron el acto, y el Congreso se reúne a confirmarlo. Todo esto puede ser legal y legítimo; pero el costado práctico tiene otro carácter, y el Congreso, así reunido *en odio y hostilidad* de Buenos Aires, es por lo menos parte complicada visiblemente para hacerse juez entre Buenos Aires y Urquiza. Nuevos desaciertos han hecho más aparente esta parcialidad. El Pacto de San Nicolás estipulaba que el Congreso se reuniría en Santa Fe, y el general Urquiza, al repasar el Paraná con sus milicias entrerrianas, arrastra tras sí a los diputados reunidos, y se los lleva al Paraná para que el Congreso se instale en el Entre Ríos. Así, pues, el Pacto de San Nicolás es violado, sin la

voluntad del Congreso, y cuando el Congreso dedare en casa del general Urquiza que esa es su elección, queda tachado de ceder a una influencia que el antecedente traía ya señalada. Buenos Aires ha mandado al general Paz a las provincias a entenderse con ellas, y los que han hablado de *concesiones mutuas* se huelgan de que no hayan querido oírlo.

Dejo a un lado la cuestión de derecho, que poca gana hay de estimar; pero la cuestión de conveniencia es aceptable para todos. ¿No habría convenido más, ya que se violaba la letra del Pacto, acercar el Congreso a Buenos Aires, despojarlo de toda presumible coacción de uno de los disidentes, a fin de que aquella ciudad pudiese ser influida, al mismo tiempo que oída? ¿Es mejor para entenderse ponerse a mayor distancia de la convenida, y un río navegable de por medio para hacer difíciles las comunicaciones? ¿No se pone ya el Congreso en el Paraná, para con los enviados del pueblo disidente, con el general Urquiza al lado, en la misma condición que éste para con sus visitas en su tienda de campaña con el perro Purvis a la puerta? Pero contra todas estas razones hay una invencible. Hace veinte años que los Gobiernos argentinos se han propuesto hacer posible el imposible, y luchan y se desgarran, se despueblan, se ensangrientan y se empobrecen por conseguirlo. Suma *del poder público*, mazorca, degüellos, confiscaciones, *autorizaciones*, guerra de nueve años en Montevideo, todo ha partido de este principio, y veinte años de desastres no han traído hasta hoy, ni los descalabros de Urquiza mismo, el convencimiento de que nadie se *sale con la suya*, sino la naturaleza de las cosas, y las leyes naturales de los acontecimientos.

Hagan Congreso, instálenlo, dicten Leyes y Constituciones, todo esto no llevará sino a la guerra, es decir a la obstinación de querer forzar las cosas, desgraciadamente sin justicia, y mucho me temo que sin medios. Buenos Aires aceptaría un congreso, sin Urquiza; una Constitución federal, sin Urquiza; un porvenir, sin Urquiza; pero se comete la indiscreción por las formas, por el estímulo, por la localidad misma de mostrarle que Congreso, Constitución y porvenir no es más que aquel hombre que tanto conoce, que tanto detesta, que tanto desprecia. ¿Se quejarán las Provincias de que no acepte el don? ¿El *Timeo Danaos et dona ferentes* no estaría justificado en boca de la ciudad a quien se le ha ofrecido “sembrarla de sal”, y “escamentarla para siempre?”

Vamos a la guerra pues, y analicemos la guerra. Ésta es una ama cuya eficacia puede conocerse de antemano. Las provincias argentinas han sido diez años adomecidas sobre sus estragos. Rosas les pedía *autorizaciones*, pero no soldados, ni dinero. El general Urquiza mismo, y el Entre Ríos, hicieron de la guerra un *buen negocio* durante muchos años. Concluída una campaña se le pasaba la cuenta a Rosas de lo que había costado y, salvo la sangre derramada por uno y otro lado, salvo la paralización del trabajo y los estragos de la guerra, todo se pagaba al contado. Antes de declararse Urquiza contra Rosas éste le había mandado el precio de doce mil caballos y ocho mil vestuarios para una guerra contra el Paraguay. Creo que Urquiza dio cuenta de tener en su poder 35.000 pesos.

Así podía hacerse la guerra antes, y tolerarla los Gobiernos que la *autorizaban*. ¿Qué le costaba a Salta o a Mendoza el sitio de Montevideo, que malbarataba cuatro millones de pesos anuales? Nada, cuando más algunos elogios a Rosas y las *autorizaciones* necesarias. Oribe en Tucumán, Pacheco en Mendoza, Urquiza en Corrientes, las rentas de Buenos Aires proveían a todo. Ahora, por fortuna, todo ha cambiado un poco. Con la *autorización*, o la ley del congreso, ha de ir el dinero para realizarla. No hay Brasil que dé millones, ni escuadras, ni ejército veterano en que apoyarse. El Entre Ríos ha de dar sus caballos, sus vacas, su dinero y sus hombres, y las provincias tomar su parte de costas en este *negocito* tan agradable, de imponer a Buenos Aires un caudillo, que tiene hoy un congreso en su casa, en reemplazo de un ejército que acampaba en Palermo, y que lo abandonó.

Estoy cansado de oír repetir trece contra uno; pero los términos de guerra no son como las ecuaciones de aritmética, pues que en éstas entran elementos económicos,

morales y materiales que cambian las proporciones numéricas. Dícese que el poder del general Urquiza es incontrastable hoy, cosa que yo creo también; lo único *contrastable* que encuentro es el individuo mismo, que lo he visto venir, de contraste en contraste, al punto de donde partió en 1851, para empezar solo, lo que tan mal supo aprovechar cuando tantos lo ayudaban.

Para los que dicen, pues, trece contra *uno*, y que no pondrían en plata de su bolsillo sin embargo, trece contra uno a que el número trece gana, no diremos nada del carácter y elementos de la guerra en perspectiva; pero hay otros que saben promediar las cifras, pesarlas y comprobar sus quilates. Para mí la guerra posible (¡y deseada! ¡si ese cáliz no puede apartarse de nuestra infeliz patria!) es una guerra de libertad por un lado, y de caudillaje por otro; de estrategia y de ciencia militar de un lado y de vandalaje y alzamiento compulsivo de campañas por otro; de ejército de línea regular de un lado y de milicias de chiripá colorado por otro; de civilización en los medios de un lado, y de barbarie en los fines por otro; de un pueblo que se defiende, y de un caudillejo que ataca; de la justicia en los motivos del uno, y de las preocupaciones del otro; y guerra tan premiosa, tan significativa, tan concluyente, vale la pena de deseársela, aunque el patriotismo imponga el deber de estorbarla, si es posible.

El general Urquiza pertenece a la escuela militar que se esfuerza en aumentar, por los medios más ruinosos y deplorables, la cifra de los combatientes. La República vuelve hoy a los elementos constitutivos de la fuerza real; el ejército de línea para que reposen los que trabajan. Urquiza no tiene ejército de línea, y dentro de dos años no se improvisa este instrumento. La milicia entrerriana ha estado un año fuera de sus casas, y pide necesariamente que la dejen reposar otro, por lo menos.

Yo he visto evocarse, como he dicho antes, en Buenos Aires la antigua tradición guerrera de aquel pueblo. Los *patricios* están ahí: las legiones que asediaron a Montevideo están ahí; los centenares de jóvenes que defendieron sus murallas están ahí; los de la legión argentina y del Escuadrón de Mayo están ahí: el personal militar de Rosas está ahí: el de Lavalle y Paz está ahí: los generales y coroneles *fundillos caídos* están ahí; y con el odio y el desprecio a Urquiza, con su arrogante insolencia tanto tiempo experimentada, con el conocimiento que tienen de su impotencia militar, y la nobleza de la causa que defendería una provincia en masa, rica en recursos, en hombres, yo no vacilaría en ir a pedir servicio en las filas de sus ejércitos, que creo que vale tanto como apostar en la Bolsa, o en las riñas de gallos, *uno* contra *trece*. Y entonces, quizá, me cabría la honra de escribir la CAMPAÑA EN EL EJÉRCITO CHICO CONTRA EL EJÉRCITO GRANDE, por el coronel... para mostrar cómo acabamos al fin con estos apacentadores de vacas, empeñados en apacentar hombres y pueblos.

Yo conozco, uno a uno, el personal militar de nuestro país. Sé quién está o estará con Urquiza y quién no, y deseara que se publiquen y hagan conocer esas reputaciones militares que están al lado del caudillo que va a correr las aventuras de la guerra para rehabilitarse.

Pero la guerra no es posible, y Buenos Aires tiene un papel más noble que desempeñar. Libre su Sala de Representantes, compuesta de treinta y seis diputados, libre su prensa, podrá, para edificación de la República, completar las discusiones del Congreso de veinte miembros, tenido al lado del cuerpo de guardia del Paraná, y con una prensa morigerada por la policía. El pro estará sostenido en el Paraná, el contra en Buenos Aires. El descalabro de la política personal del general Urquiza hará también que la Constitución sea racional y justificable, y no, como el Pacto de San Nicolás lo dejaba establecido, un drama calcado para el carácter y la sed de poder absoluto del general Urquiza, para quien estaba destinada. Hoy es un problema la candidatura del caudillo que tiene el veto de Buenos Aires; y a mi juicio el de toda la República, y el de las necesidades actuales. Si esta cláusula se agrega al proyecto de Constitución, la constitución será un simple decreto de guerra civil. Es sensible que en aquel diminuto Congreso no haya hombres de prestigio por su capacidad política, en número suficiente para suplir a su

exigüedad, pues habiendo sido elegido este Congreso, teniendo por suplente el ejército para darle peso, el suplente renunció el 11 de septiembre en Buenos Aires, y pocos han de ser los que deseen seriamente reemplazarlo.

Buenos Aires en su actitud actual es una rémora para aquella prisa de Urquiza de tomar el rábano por las hojas, de convocar al galope de la posta Gobernadores, sancionar pactos en veinte y cuatro horas, y tomar el poder antes de haber Congreso que lo reglamente. Ahora, no hay para qué darse tanta prisa. No por mucho madrugar amanece más temprano. La Constitución, con Urquiza por añadidura, trae la guerra, y la guerra da mucho tiempo para pensar en Constituciones a los que se embarcan en ella, creyendo que es soplar y hacer botellas.

Muchas veces me ha venido la idea de que este encono popular de las provincias con Buenos Aires debe tener una causa natural fuera de la voluntad de los hombres. La cría del ganado, tal como se practica hoy, produce gobiernos que degüellan cuadrúpedos o bípedos indistintamente. Veamos lo que produce la colocación de poblaciones en puntos lejanos. En otra parte he notado que los españoles poblaron mal la América del Sur extendiéndose sobre un inmenso territorio, y los ingleses poblaron bien la América del Norte no separándose de las costas sino después de bien pobladas éstas. Así, pues, se engrandece Montevideo y Buenos Aires, y se despueblan La Rioja, San Luis, Catamarca. Las distancias entre unos pueblos y otros engendran los celos provinciales; la pobreza del interior, la envidia contra Buenos Aires. ¿Qué sucede entonces? Lo que de dos mil años a esta parte está sucediendo en la China, país rico de las costas asiáticas. Cada cien años la invaden los tártaros del interior, atraídos por la fama de sus riquezas. La conquistan, se la reparten y la saquean; pero los tártaros no vuelven a su país nativo, sino que se quedan en el país conquistado, gozando de sus beneficios. De donde resulta que la aborrecida China dobla su población, y la Tartaria se despuebla todos los cien años. Al fin ha sucedido que los tártaros de la China han conquistado a la Tartaria interior, y hoy es China tártara la que antes fue Tartaria independiente. Esta ley la están realizando, o con ganas de realizarla, las mal situadas provincias. Todas ansian, sin saber por qué, echarse sobre Buenos Aires. Si lo hacen, la ley se ha de cumplir. Vencidos, los huesos de los provincianos quedarán desparramados en La Pampa: vencedores, los que sobrevivan se quedarán en Buenos Aires a gozar de los frutos de la victoria, y vencedores o vencidos, habrán destruido o disminuido su riqueza en el interior con la falta de brazos y los caudales que la guerra absorbe. Una prueba de esta tendencia la he visto en el general Urquiza. Provinciano educado por Ramírez y Artigas en el odio a Buenos Aires, va con el designio de pisotear a aquellos *pícaros porteños*. Tiene, en efecto, el gusto de pisotearlos; pero se encuentra a su paso con Palermo, tan bonito, tan limpito, con tanto saucesito y tan bellas flores en los jardines. Se establece en Palermo; manda traer a la Dolores; y cada día empieza a hallarse mejor que en San José su estancia, tan triste, tan desierta. El que en el Entre Ríos decía que iba a volver a su casa así que Rosas cayese toma todas sus disposiciones para establecerse de firme en Buenos Aires. Hasta tomó de un brazo al Gobierno de la Provincia para sentarse un rato en el asiento, y probar qué talle venía. ¡Qué bueno lo halló! ¡Cómo se acomodó y repantigó una hora, cruzando las piernas, y reposando sus brazos en los del sillón! Va a costarles a los *pícaros porteños* un ojo de la cara curarlo de la propensión que tiene el General de volver a Buenos Aires. ¡Tan lindo aquello! ¡Tan poblado! ¡Ea, provincianos, a Buenos Aires todos a castigar a la rica, a la orgullosa Buenos Aires! ¡Dejad el arado, mendocinos, y empuñad la chuz! ¡No llevéis ya barriles de aguardiente sino de pólvora! ¡Despoblad el interior, y engrosad la población de las costas, instrumentos necios, de causas naturales, de errores de la colonización española!

Casi no es de vituperar la importancia moral, política, militar y de circunstancias que dan a Urquiza a la distancia. Es tan vehemente el deseo de ver organizada la República, que los espíritus adhieren con tenacidad a todo lo que les ofrece satisfacerlo, lo más pronto posible, por el camino más corto, por los medios que al principio se presentaron.

No me harán a mí, sin duda, la injusticia de creer que no he deseado con tanto ardor como los otros, resultado a cuya preparación había consagrado mi vida y desvelos; pero a pesar de mis deseos, vi deshojarse día a día esta esperanza. Había desesperado el 23 de febrero en que me embarqué; desesperó Alsina el día que dejó el ministerio; desesperaron Mitre y Vélez, redactores de diarios de Urquiza cuando las elecciones; desesperó Buenos Aires, cuando la Sala fue disuelta; desesperó el ejército en masa en septiembre.

Si las provincias adhieren es en razón de las distancias, de los mirajes, y de la incapacidad de obrar. No tiene otro origen el movimiento impreso a Valparaíso. Un buen deseo, falta de crítica, de examen práctico, alimentándose de proclamas y decretos, escritos por otros que Urquiza, adobados con esas mismas ideas, almibarados con esas esperanzas, que son la miel con que se cogen las moscas, la luz sobre que toman las mariposas. Pero ¡ah! que esas moscas quedan pegadas y esas mariposas perecen. Las provincias volverán de su error, tarde, parcialmente, manchadas, desoladas, y desorganizadas; pero volverán, porque la buena intención, como las preocupaciones no pueden nada contra la esencia de las cosas. ¿Vamos a educar a Urquiza, y darle por escuela la Presidencia, por manejo la República, por instrumentos de labor el ejército y las rentas, por curso de estudio, diez años de nuestro porvenir, por materia de ensayo los intereses económicos, la tranquilidad pública, el progreso y el desarrollo? ¿Pero quién se encarga de ser el tutor de ese terrible aprendiz? ¿El Congreso en que está Elías y diez más de su capacidad moral?

EPILOGO

Creo haber llenado el objeto que me había propuesto. Contar con verdad los sucesos, grandes y pequeños de que fui precursor, colaborador, actor y testigo. He querido con su narración mostrar el origen de las ideas que en diversos escritos he emitido, contra la utilidad, justicia y necesidad de levantar de nuevo al general Urquiza. He querido sobre todo disipar las perversas preocupaciones que hombres mal informados por favorecer a Urquiza amontonan contra Buenos Aires, por un acto que no es suyo sino del ejército de Urquiza, y que éste provocó e hizo necesario y aceptable por su ineptitud y sus desmanes. Pueden llamarme ahora detractor, los que reciben inspiraciones del Paraná; pueden suponeme apasionado. ¿Apasionado de qué?

Yo respeto las ideas, y hasta las explotaciones que se hacen de las ideas; pero exijo en cambio un poco de pudor en las imputaciones de motivos que dan a mi conducta y escritos. No hay en ellos ni pasión, ni mentira, ni explotación de posiciones, presentes o futuras, sin que esto excluya el deseo de lo mejor para mí, sin perjuicio, ni daño de los grandes objetos de la lucha. La pasión de hoy es la de 1829, llegar a los santos fines de organizar el país, bajo la forma federal que he explicado, ennoblecido y justificado; pero bajo esa forma u otra cualquiera la rehabilitación de los usos, prácticas y personal inteligente de las sociedades civilizadas, y la cesación del capricho indisciplinado y salvaje de esos monstruos de libertinaje, de petulancia, de grosería y de egoísmo que produjeron nuestras luchas civiles y de los cuales no queda sino uno, a quien quisimos elevar a la dignidad de hombre histórico, y mostró, en seis meses de poder que los vicios de conformación de esta clase de espíritus son incurables. Han nacido así, y así morirán. Los hechos están ahí, y los resultados también. La satisfacción de las pasiones, del orgullo, del capricho, la fuerza brutal por instrumento, la mentira, la doblez y la inconsistencia por medio. Faltóle la fuerza, quédale ahora la mentira, auxiliada, es verdad, por agentes habilísimos, que saben cómo se maneja la opinión, cómo se la embauca y se la persuade.

Yo no he adquirido esos talentos. No sé más que decir lo que creo justo y honrado. Acaso este sistema candoroso tiene sus ventajas. La *Gaceta*, *Angelis*, *Girardin*, el

Defensor del Cerrito y el *Progreso*, un tiempo en Chile, fueron otros tantos laboratorios de encomios al héroe y de mentiras verosímiles y sensatas; y diez años de este régimen en la prensa no estorbaron que la opinión se ilustrase, en despecho de tan hábiles escamoteadores de palabras y de los juegos de equilibrio de la lógica.

Si la libertad argentina sucumbe, es decir: si el caudillaje triunfa de nuevo, habré sucumbido yo también con los míos y el mismo polvo cubrirá *Civilización y Barbarie*, *Crónica*, *Argirópolis*, *Sud América* y *Campaña del Ejército Grande*, que son sólo capítulos de un mismo libro.

Si la guerra se enciende iré a tomar parte en ella del lado en que a ojos cerrados, la conciencia de los que me maldicen sabe, sabía, sabrá, dentro de dos o de diez años que he de estar, y adonde no espero tener el desagrado de encontrarles a ellos.

Un hecho sólo me parece claro y conquistado ya históricamente, y es que Urquiza, con Congreso o sin el *Congreso*, con Buenos Aires o sin él, con las provincias o sin ellas, con el Directorio o sin él, con los diarios o sin ellos, no será jefe de la República. Esto me parece que está escrito ya allá arriba, y siento de ello esa intuición indefinible pero firme, incontrastable, que he sentido siempre por los hechos fatales que las causas conocidas traen aparejados. Es una imposibilidad histórica que nada, que nadie puede remediar. Puede triunfar de Buenos Aires; pero presidir el Estado no. Su rol ha pasado. Será Monk, será Tallien. Será Urquiza, en despecho de los que en número de quince o veinte, tráfugas de la difícil pero gloriosa causa de la civilización, tratan de dar apariencias civilizadas y morales a aquel resto impuro de nuestros desaciertos pasados. Rosas los tuvo en mayor número, y no menos hábiles; tuvo la sanción del tiempo y de la fuerza, y el asentimiento del mundo, y sucumbió. Urquiza hace mucho tiempo que ha sucumbido.

Advertencia del editor

Reproducimos aquí la proclama que, pese a tener dos notas al pié del autor, aparece en forma fragmentaria en la primera edición. Este folleto se encuentra encuadernado con diversa ubicación en los dos ejemplares que se hallan en el Tesoro de la Biblioteca Nacional. Posiblemente Sarmiento no contó con el texto completo al momento de editarlo; hecho que podría explicar la diferencia en el título entre **presentación** y **representación**. Puede tal vez que la frustrada adhesión del Paraguay al Ejército Grande propuesta en la proclama la tornara en parte anacrónica.

Apéndice

UNA PRESENTACIÓN ELEVADA A LOS GOBIERNOS DE LAS PROVINCIAS DE LA CONFEDERACIÓN

¡VIVA LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA!

Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de...

La situación crítica a que han llegado los asuntos públicos de la Confederación, nos impulsa, Excmo. Señor, a exponer ante S. E. respetuosamente, nuestra manera de ver en tan graves negocios e indicar la línea de conducta que los intereses de la provincia que tan dignamente preside, aconsejan, so pena de sacrificarlos para siempre, por un culpable egoísmo, o por un momento de inacción.

Autorízanos a dirigimos a S. E., el *derecho de petición*, que tiene todo ciudadano, para exponer sus deseos, juicios, o intereses ante su gobierno; derecho que no está abrogado en la Confederación, pues el Encargado de las Relaciones Exteriores, en la nota de 23 de octubre de 1850, dirigida a Sir Henry Southern, Encargado de Negocios de Su Majestad Británica, así lo dedara negándolo a los extranjeros. “En aquella situación, dice, y bajo estas circunstancias, el poner sus firmas los extranjeros en el memorial no implica, ni puede jamás implicar el derecho de petición... ni la ciudadanía que sólo se adquiere por los medios legales.”

Nos dirigimos en virtud, pues, de ese derecho de petición y de esa ciudadanía argentina, a S. E., gobernador y capitán general de una de las Provincias Confederadas, en cuyas atribuciones entra escuchar los reclamos, exposiciones, y pedimento de los ciudadanos. Si S. E. cree haberse desprendido de estas facultades inherentes a todo gobierno, al entrar en el pacto federal, suplicamos a S. E. se sirva mostrarnos, cuándo, por qué y cómo, se desprendió de tales facultades. Sujeto S. E. a la legislatura de su provincia, no ha podido dar paso tan avanzado, sin una ley que lo autorice a ello; y esta ley debe estar registrada en el registro oficial de su provincia.

Resulta de estas simples consideraciones que nosotros tenemos el derecho de pedir, y S. E. la obligación de escucharnos; y si hemos preferido emitir por la prensa nuestros juicios, es para precavernos de que el papel que los contuviese manuscritos fuese a extraviarse desatendido en algún rincón de las oficinas de gobierno, como suele suceder. También hemos querido hacer que conociendo su contenido todos sus gobernados, juzguen ellos de los principios que guían su administración, y de los fines adonde S. E. la dirige. En las circunstancias graves en que nos hallamos, el interés personal de un gobernante, el egoísmo o una culpable complicidad, pueden acarrear a

una o a todas las provincias, males de tal trascendencia, que nadie podrá reparar jamás, y es bueno que la historia, la posteridad y los pueblos, víctimas de tamañas desgracias, sepan a quién achacárselas. Es preciso que cada uno responda de sus actos, y se eche franca desembozadamente sobre sí las consecuencias. Puede llegar un momento en que la conducta de cada ciudadano sea sometida a juicio, y S. E. si hubiese obrado por otros motivos que los que las leyes y la justicia admiten para atenuar las faltas, tendría que responder a cargos más serios que otro cualquiera.

Habrá precedido, o seguirá inmediatamente a la presentación de esta petición, la declaración solemne hecha por el general Urquiza, general en jefe de uno de los ejércitos de la Confederación, y en virtud de su carácter de Gobernador y capitán general de la benemérita provincia de Entre Ríos, pidiendo que se convoque el SOBERANO CONGRESO, cuya convocación es la base del pacto federal, para que constituya definitivamente el país bajo el sistema federal y resuelva la cuestión de la navegación de los ríos, incluida entre las atribuciones del Congreso, que el mismo pacto litoral reconoce.

El acto del Excmo. Sr. Gobernador de Entre Ríos no es, pues, un acto de rebelión contra ninguna autoridad legítima, sino el uso de un derecho, y cumplimiento de un pacto.

Si S. E. cree que en la autorización especial dada en 1837 al Encargado de las Relaciones Exteriores, con motivo de la guerra contra el tirano Santa Cruz, fue abrogado el pacto federal, y las provincias renunciaron al derecho que por él se reservaron de convocar el Congreso, S. E. no negará que habiéndose celebrado originariamente dicho pacto entre los gobiernos de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, el general Urquiza, gobernador actual de esta provincia, tiene el derecho de pedir el cumplimiento de lo estipulado, o de revocar cualquiera disposición temporaria que lo haya retardado.

Pero del texto de la ley que autorizó el Encargado de las Relaciones Exteriores en 1837, para asumir en su persona “las atribuciones y facultades de la Comisión Representativa de los gobiernos litorales de la República Argentina conferida por los tratados de la liga litoral”, resulta que esa autorización ha caducado hace largo tiempo. Por el artículo 5° de la ley de 26 de junio de 1837 de la Honorable Junta de Representantes de la Provincia de San Juan, se estatuye que: - “Las atribuciones y facultades conferidas por los anteriores al Excmo. Gobierno de Buenos Aires *durarán* y tendrán vigor y fuerza de ley en la provincia, hasta que termine el tiempo por el cual está electo Gobernador de Buenos Aires el Excmo. Sr. Brigadier General Ilustre Restaurador de las Leyes D. JUAN MANUEL DE ROSAS, o hasta que en virtud del artículo anterior se haya reunido la Nación en Congreso General.”

El tiempo por el cual estaba electo en 1837 Gobernador de Buenos Aires, el Excmo. Sr. Brigadier General Ilustre Restaurador de las Leyes D. Juan Manuel de Rosas, que es el límite puesto a la autorización temporaria, lo fijó la ley de la Honorable Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, a cinco años contados desde el 7 de marzo de 1835, por el artículo 1° así concebido: “Queda nombrado Gobernador y Capitán General de la Provincia de *Buenos Aires*, el Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas.”

Este término feneció el 7 de marzo de 1840, poco después del asesinato del Presidente de la Junta de Representantes, salvaje unitario Vicente Maza.

La Honorable Junta de Representantes reeligió por cinco años más al Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas; pero las provincias no le encargaron de nuevo el suplantar a la Comisión Representativa de los gobiernos; pues es condición necesaria de la prolongación de un poder limitado, declaración expresa y terminante, sin que ni práctica, ni uso, ni abuso puedan prescribir estos términos.

Si se repitió esa autorización nueva hecha en 1840, hasta 1845, debe haber otra para el tercer período de 1845 a 1850, y últimamente la que la junta de Representantes de la Provincia que S. E. preside ha dado en el año de 1851 para el cuarto período de cinco años a que ha sido nombrado Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires el Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas.

Si esta ley no ha sido dictada aun en la provincia de su mando, las prescripciones del pacto federal están en todo su vigor y fuerza, y si por la principal de ellas, que era la creación de una Comisión Representativa de los Gobiernos, no está reunida en Santa Fe, para convocar el Congreso, el derecho del general Urquiza, representante de una de las altas partes contratantes en el pacto federal, y el de todos los gobiernos confederados que adhirieron a dicho pacto, es perfecto e incuestionable para pedir la reunión del Congreso, según los anteriores tratados, y a falta de la susodicha Comisión, que no tuvo efecto.

Antes, pues, que la Honorable Junta de Representantes de la provincia de su mando, conceda al gobernador de Buenos Aires para el cuarto quinquenio del Excmo. señor Brigadier General don Juan Manuel de Rosas, las facultades y atribuciones de la comisión establecida por el pacto federal, permítasenos exponer los intereses vitales que harían fatal, indiscreta y aun culpable dicha autorización (habló debidamente).

Desde 1837 hasta 1851, no se ha insinuado siquiera la idea de convocar el Congreso, única autoridad que puede arreglar los intereses tan descuidados hasta hoy de la Confederación. Los gobiernos de las provincias, absorbidos por otras atenciones, y confiando en que el de Buenos Aires lo haría, no han dado paso ninguno a este respecto. El de Buenos Aires a su vez, agobiado de ocupaciones de eminencia nacional no ha podido fijar su atención en la necesidad de que cesase este estado de desorden en que la República yace sumida desde 1810, en que proclamó su gloriosa independencia, con escándalo de todas las otras repúblicas hermanas, que ven a la que estuvieron habituados a mirar como una de las primeras, sin constituirse aún, y sin estar legítimamente representada en Congreso, por los diputados de cada provincia; y lo que pudiera tolerarse en una monarquía absoluta, y aun en una República Unitaria, si tal cosa fuese compatible con el nombre de República, es un absurdo monstruoso y nunca visto en una federación, cuyo gobierno se compone de Estados libres, unidos entre sí por una representación de cada uno de ellos, en Asamblea deliberante.

El Excmo. señor gobernador y capitán general del Entre Ríos se propone llenar este vacío vergonzoso, invitando a la reunión de una convención preliminar que arregle los graves asuntos pendientes, o un congreso constituyente o legislativo, según sea la voluntad de las provincias, y la emergencia del caso lo requiera.

El gobernador de Buenos Aires, propenderá naturalmente a estorbar este designio, por las razones siguientes:

1º Porque ejerce una autoridad sin límite sobre su provincia, y una tutela absoluta sobre las demás.

2º Porque si el Congreso se reúne, el encargo de las Relaciones Exteriores caduca, y su poder y su importancia personal se disminuyen.

3º Porque debiendo el Congreso, según el pacto federal y las atribuciones inalienables de todo Congreso Soberano, "arreglar la administración general del país bajo el sistema federal, su comercio interior y exterior, su navegación, el cobro y distribución de las rentas generales," y teniendo él en su poder estas atribuciones, no querrá desprenderse de ellas en beneficio de la Confederación en general.

4º Porque siendo gobernador del puerto único de la Confederación, no deseará que se habiliten otros puertos, para que otras provincias tengan los mismos medios de enriquecerse.

5º Porque poseyendo la única aduana que produce rentas, no consentirá gustoso, en que esas rentas se distribuyan ni cobren por otro que él mismo.

Estas son causas que a nadie se ocultan, ni el mismo gobernador de Buenos Aires, Excmo. Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, se atrevería a poner en duda; porque el modo de desvanecerlas, sería dejar que se reúna el Congreso, en lugar en que esté libre de toda influencia contraria a estos propósitos.

El Excmo. Sr. Gobernador de Entre Ríos, por el contrario, tiene interés en que se convoque el Congreso:

1º Porque desearía depender de una autoridad constituida y reglada, bajo el imperio de una Constitución, y no de la voluntad sin trabas ni responsabilidad de otro gobernador igual a él, que puede sin embargo declararlo salvaje unitario, traidor, y tratarlo como a tal.

2º Porque si el Congreso se reúne, se acabarán por fin esos encargados que hacen la paz o la guerra y mantienen durante veinte años ya el desorden en el interior, la República inconstituida, y las relaciones exteriores complicadas en desavenencias desastrosas.

3º Porque siendo jefe de una provincia litoral, desea naturalmente que el *Congreso* arregle la navegación de los ríos, y que su provincia tenga las mismas ventajas comerciales que la ciudad de Buenos Aires, para tener su parte “en el cobro y la distribución de las rentas generales.” El interés del general Urquiza es el mismo que tienen todos los gobernadores de las provincias, y las provincias mismas; pues nadie mejor que ellas debe saber lo que les conviene a este respecto, y lo que manifestarían si estuviesen reunidas en Congreso soberano, y no sujetas a la discreción de quien tiene interés en privarles de estas ventajas.

Estas razones han militado siempre en favor de la reunión de un Congreso; pero son de tal urgencia en este momento supremo, que de no hacerse en el acto, la República quedará para siempre a merced del poderoso gobierno de Buenos Aires.

Es preciso decir la verdad por entero, a fin de que nadie se engañe. La época designada por el pacto federal para la convocación del Congreso, fue “cuando las provincias estuviesen en plena libertad y tranquilidad.” La tranquilidad de la Confederación es de público y notorio, y para negar S. E. que goza de libertad la de su mando, debe confesar que S. E. la tiraniza, porque lo uno implica lo otro.

Las provincias están uniformes en la adhesión al sistema federal, según consta de todas las declaraciones uniformes de los gobiernos; y si hubiese aún, que no hay, salvajes unitarios, su existencia sería una acusación y un reproche contra S. E., pues habría mentado toda vez que ha suscrito el lema de la Confederación: “Mueran los salvajes unitarios.” Sea de ello lo que fuere, intereses comunes ligan hoy a toda la familia argentina en un solo deseo: salir del estado de postración y de desorden en que se encuentra; pueblos y gobernantes corren los mismos peligros, y están amenazados de iguales calamidades.

Es este el momento de convocar el *Congreso*, porque hoy se presenta un jefe poderoso de la Confederación, colocado en una situación ventajosa, con un gran prestigio adquirido en combates gloriosos, y con un ejército aguerrido con el cual pueda en caso necesario, hacer respetar los derechos de las provincias, si algún gobernante quisiera atropellarlos.

Este es el momento de convocar el Congreso, porque hay en apoyo del general Urquiza el Estado del Paraguay, virgen aún en recursos y en hombres, que tiene los mismos intereses de comercio y de navegación que las provincias litorales, y está amenazado de ser agregado por la fuerza a la Confederación, sin darle la garantía de un Congreso en que esté debidamente representado, y por la legislatura de la provincia, que niega a las otras su parte en la navegación y en la distribución de las rentas, que sólo cobra la aduana de Buenos Aires.

Este es el momento de convocar el Congreso, porque el gobernador, que tiene interés de poder personal, de rentas, en estorbarlo, está enredado en guerras con el Brasil, que tiene un ejército de observación de 20.000 hombres sobre la frontera; con

Montevideo, que resiste hace ocho años a su poder, y le ocupa otro ejército; con el Paraguay, que tiene 16.000 hombres sobre las armas hace cuatro años; y con la Francia, que aún no ha reconocido el tratado de Leprédour.

Este es el momento de convocar al Congreso, porque si el gobernador de Buenos Aires logra desembarazarse de las dificultades que él mismo se ha creado sin participación de las provincias, esas rentas de la aduana que ascienden a más de cuatro millones de duros al año las empleará en vencer toda resistencia de las provincias pobres y sin recursos, precisamente porque él tiene todos los de la República; y que a medida que más tiempo pase, más se aumentarán las rentas, y mayor será la pobreza de las provincias.

Es este el momento de convocar el Congreso, porque el gobernador de Buenos Aires ha hecho nueva renuncia del gobierno, lo que, conocida su manera constante de proceder, muestra que va a hacer un nuevo avance, a pedir más poderes, más atribuciones, o cambiar la forma de gobierno. ¿Quién nos responde que después de 20 años de poder absoluto, lleno de riquezas inmensas, y en la edad en que se desenvuelve más y más la ambición de los hombres, no quiera declararse o hacerse declarar no ya gobernador de Buenos Aires de por vida, pues por dos veces ha manifestado que no quiere gobernar personalmente su provincia, sino soberano presidente vitalicio de la República? ¿Qué le falta para ser rey? El título, pues tiene más poderes que todos los reyes de la tierra, una Corte organizada en Palermo, millones para sostener el decoro de la corona, aunque no use esa vana insignia, ni tome el nombre de tal. ¿Pero cuál sería el oprobio de la Confederación Argentina, si en lugar de un Congreso deliberante, leyes y gobierno electivo, cada cuatro años, *sin reelección*, sino por una sola vez, como la Federación Norte Americana, presentase al fin la vergüenza de un Estado gobernado por un régulo de por vida, que testase el gobierno en favor de su hija, y que no diese al país otra ley que su capricho? ¡La República Argentina que paseó su pabellón victorioso por los campos de Chacabuco, Maipú, Ayacucho y Junín, y donde sobre las huellas y la sangre de sus hijos se levantaron Repúblicas libres hoy, florecientes a la sombra de sus congresos, constituciones y leyes fundamentales!

Pero si este riesgo, que creemos inminente, fuese quimérico o remoto, no lo es el que dejando solo al general Urquiza en su empresa, sea vencido no por el valor, sino por las mayores sumas de dinero de que a la larga podrá disponer el gobierno de Buenos Aires, perdiendo así las provincias por apatía, ignorancia, o perversidad de sus gobernantes, la ocasión segura de reivindicar sus derechos usurpados, sacrificando al defensor heroico que la Providencia les envía, y la causa misma que defiende; porque si el general Urquiza es vencido, el vencedor se queda con la autoridad que inviste y no abandonará jamás las rentas de la Aduana que constituyen su riqueza, su fuerza y su poder, y las provincias no verán jamás ni Congreso ni Constitución, ni puertos suyos accesibles al comercio.

¡Tiemble S. E., tiemblen las provincias todas si tal sucede. El tiempo que cura muchos males, agrava otros, y los hace para siempre o por siglos incurables!

Pero temblando de las consecuencias, apliquemos con mano firme el antídoto al mal, ahora que aun es tiempo. Mostrémonos hombres, ciudadanos y argentinos. Nuestras desavenencias pasadas nos han traído este cúmulo de males: ya están olvidadas. En 1851 todos los argentinos saben lo que necesitan, lo que desean, lo que quieren.

¿Quién no quiere que se arregle la navegación y el comercio interior y exterior? Que lo diga.

¿Quién no quiere que haya Congreso Nacional en que se delibere libremente sobre los intereses de todos? Que lo diga.

¿Quién no quiere que se provea al cobro y a la distribución de las rentas generales? Que lo diga.

¿Quién no quiere acostarse tranquilo en su cama sabiendo que hay una Constitución que le define sus derechos, sus deberes, sin estar expuesto a ser perseguido, desterrado, y aun asesinado, sin forma de proceso, sin defensa y sin sentencia conforme a una ley conocida? Que lo diga.

No: Todos estamos de acuerdo: los intereses son los mismos en Salta, en el Entre Ríos o en Mendoza; lo que falta es unión, inteligencia y acuerdo de todos para marchar a una. Nadie traicionará a su provincia, porque nadie tiene interés en ello. No se trata de revoluciones, sino de medidas legales.

No hay enemigo contra quien combatir. No se trata de dar batallas, sólo se necesita una ley, un decreto, un simple acto de voluntad.

¿En virtud de qué título ejerce el gobernador de Buenos Aires, la autoridad suprema que inviste? En virtud de la autorización que le han dado las legislaturas de las provincias. Retiren esa autorización provisoria las legislaturas y todo estará terminado, en un día y sin derramar una gota de sangre.

Lo que la legislatura provincial tiene que hacer es decretar que:

“En uso de la soberanía ordinaria y extraordinaria que inviste ha acordado con valor y fuerza de ley lo siguiente:

Artículo 1º Queda derogada la ley de 20 de octubre de 1827 (o la que corresponde a esa fecha).

Art. 2º Ha cesado de regir en la provincia la ley de 23 de octubre de 1827.

Art. 3º Para los fines que no llenaron ambas disposiciones legislativas, procédase a elegir diputados por la provincia, para formar el Congreso Nacional, en el número y en la forma que se ha practicado en iguales casos.

Art. 4º No ofreciendo seguridad ni la necesaria independencia la provincia de Santa Fe, local designado para la reunión del Congreso, por estar ocupada por fuerzas de Buenos Aires, reúnanse los diputados en la Baja del Entre Ríos.

Art. 5º Las atribuciones del Congreso son las mismas que expresa el pacto federal, art. 16, acordadas a la Comisión representativa de los gobiernos de las provincias litorales de la República Argentina.

Art. 6º Queda sin efecto el tratado definitivo de la alianza ofensiva y defensiva celebrado entre las provincias litorales de Santa Fe, Buenos Aires y Entre Ríos, en virtud de la convocación del Congreso Soberano, cuya ausencia se proponía suplir.

Art. 7º El Poder Ejecutivo de la provincia hará saber oficialmente esta resolución a todas las otras provincias hermanas confederadas.

Art. 8º El Poder Ejecutivo procederá a convocar dentro del tercer día al pueblo a nombrar los diputados; y electos que sean les dará instrucciones en consonancia con el espíritu y objeto de la presente ley.

Art. 9º Autorízase al Poder Ejecutivo para disponer de los fondos necesarios, para anticipar seis meses de viático.

Art. 10. Para dar a esta ley toda la extensión que su objeto nacional demanda, habrá desde el momento de su publicación amnistía general por causas políticas.

Art. 11. Declárase la Junta de Representantes en permanencia, hasta que las disposiciones de la presente ley sean ejecutadas.

Art. 12. Queda derogada toda facultad extraordinaria que no resida en la Sala de Representantes.

Art. 13. Comuníquese al Poder Ejecutivo para los fines que convenga.

Las consecuencias inmediatas de esta ley son:

1º Que retirado el encargo de las relaciones exteriores hecho al Gobernador de Buenos Aires por las legislaturas provinciales, los agentes europeos y americanos dejan de entenderse con él, por no tener carácter ninguno nacional. Las guerras exteriores cesan.

2° Pero como con retirar el encargo, no se ha satisfecho a ninguna de las potencias contendientes sobre los motivos de desavenencia y las reclamaciones pendientes, cada una se conserva en *statu quo*, hasta que haya autoridad competente que las dirima.

3° Si retira sus ejércitos para castigar a los que le retiran el encargo, en uso de la misma soberanía con que se lo otorgaren, el Uruguay, el Brasil y el Paraguay, libres de sus amenazas, se convierten en aliados nuestros y el general Urquiza avanza sobre Buenos Aires, a acabar con la causa única de tanta iniquidad.

4° Como la autoridad de un Congreso soberano no puede ser puesta en duda por potencia ninguna, por preferir la de un encargado provisorio, los agentes diplomáticos se acercarán al Congreso o a los encargados que él nombrase para la terminación de las diferencias, reservándose ratificar la paz, los tratados o la guerra si fuese necesario continuarla.

5° Como el objeto de la convocación del Congreso, es entre otros "el cobro y distribución de las rentas, y la libre navegación de los ríos", si el gobernador de Buenos Aires, se alzase contra el soberano Congreso, o se negase a enviar Diputados, el Congreso arreglaría la navegación de los ríos, estableciendo aduanas en Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, etc., y el egoísmo del recalitrante quedaría burlado, castigado y reducido a la impotencia, a no ser que amase sus ejércitos en vándalos, o en piratas de tierra que las leyes ordinarias saben castigar debidamente.

6° Como las guerras exteriores son invasiones, provocaciones y agravios hechos por el encargado, bastaría el solo deseo de alejarlas, para restablecer la buena armonía; pues nosotros no nos quejamos del Paraguay que nos quiera incorporar por fuerza a su territorio, ni los ejércitos del Uruguay sitian a Buenos Aires, ni el Brasil ha retirado sus enviados, ni hemos enviado los nuestros a Francia veinte veces sin obtener resultado. Es el encargado quien ha sido el agresor, salvo quizá el caso de la Francia.

Convocado el Congreso, la Confederación Argentina entra en las vías constitucionales de que la han extraviado las concesiones que paulatinamente le han ido arrancando a las legislaturas, y se coloca naturalmente en el rango que le corresponde entre las demás repúblicas hermanas.

He aquí, Excmo. señor, la situación de la Confederación en la dura coyuntura en que se la ha colocado de optar entre la continuación indefinida y ruinosa del poder confiado provisoriamente al Gobernador de Buenos Aires, o de recuperar por los medios constitucionales y legítimos sus derechos y su soberanía. No es nuestro ánimo dictar leyes e imponer nuestra débil e ineficaz voluntad a los Gobiernos y a los Pueblos. Pueden adoptarse otros diversos temperamentos para llegar con mejor acuerdo al fin deseado. Puede convocar S. E. al pueblo a Cabildo abierto como fue la práctica de nuestros mayores para estos casos. Pueden enviarse a Entre Ríos, Comisionados Gubernativos oficiales u oficiosos como lo establecía el pacto electoral y está en las atribuciones ordinarias del Ejecutivo hacerlo. Hemos querido mostrar la forma más conveniente a las circunstancias, menos expuesta a errores y más conforme con las instituciones vigentes. El Congreso, para que ejerza voluntad moral sobre los pueblos, debe estar revestido de todos los prestigios de la legalidad, dignidad, moralidad y popularidad que constituyen su fuerza. Teniendo que tratar cuestiones tan elevadas y en presencia de tantas naciones europeas y americanas cuyos ojos están fijos sobre la Confederación Argentina, ha de componerse de hombres de luces, de renombre en su provincia y en las otras y capaces de conservar ilesa la dignidad augusta de la República y la Soberanía del Congreso.

Sobrecoje y agobia el ánimo la gravedad de las materias en que tiene de entender el Congreso, después de despejar el horizonte de todas esas interminables cuestiones con las naciones extranjeras o los Estados vecinos. Arreglo de las relaciones con el Paraguay. - Supresión de las Aduanas interiores que aniquilan el

comercio y creación de un nuevo sistema general en las fronteras y puertos. - Destinación de las rentas nacionales a objetos comunes. - Constitución del poder general con arreglo a las necesidades del país y a sus usos y costumbres. - Organización del Poder Judicial. - Provisión de medios de seguridad ordenados contra los salvajes. - Apertura y reparación de caminos. - Establecimiento de correos, etc., etc. Necesítase para esto conocimiento profundo de la geografía de todas las Provincias, sus intereses, sus industrias y los obstáculos con que luchan - estudio de las leyes que nos rigen y de las demás naciones, para aprovechar de los consejos de la experiencia y de los progresos de las luces. Todo esto no se hallará jamás reunido en un solo hombre, pero existe siempre más o menos desenvuelto en un Congreso, compuesto de todos los hombres notables de un país, por sus luces, por sus estudios, y su buena voluntad. Resulta de la discusión, del examen de los hechos, de la oposición misma de los intereses y de las opiniones, y el bien se produce al fin, y el país marcha de mejora en mejora. Todo esto lo obtendremos, como lo han obtenido Estados menos adelantados, porque los males se prolongan y se hacen inveterados, no por escasez de hombres, sino por falta de instituciones que con sólo existir hacen desaparecer los males. ¿Cómo es posible ni prudente imaginar que el Gobernador de Buenos Aires estudie los medios de desenvolver la industria del azúcar en Salta, en Jujuy por ejemplo? ¿Qué le importa a él ese asunto? ¿Qué le va en ello?

No se alarme S. E., si echando la vista en torno no encuentra estos procederes de la República Argentina, que no tiene que avergonzarse ante ninguna otra de Sudamérica, en materia de hombres competentes. Tiénelos más o menos todas las provincias y basta dejar a los electores en plena libertad, sin prescribirles tal o cual individuo, ni excluir a este o al otro, para que se reúna uno de los Congresos más respetables que nuestra América pueda ofrecer.

Ni le acongoje tampoco Excmo. señor, que dado caso que se quiera llevar a efecto el pensamiento que hoy preocupa todos los ánimos, la publicidad dada por este escrito sea un obstáculo para llevarlo a cabo. Sin duda que el misterio, la intriga, el disimulo, convienen sobre manera, para combatir un enemigo poderoso, para sorprender su vigilancia y tomarlo desprevenido. En el caso presente no está ahí el verdadero peligro. Lo que constituye la debilidad de trece provincias en presencia de un solo hombre, es que esas trece provincias no se entienden entre sí, no están convencidas en los medios de realizar lo mismo que desean, y se recatan las unas de las otras por la desconfianza que el miedo de no ser secundado inspira. La inferioridad viene de que los gobernantes contribuyen por todos sus medios a ocultar a su pueblo el verdadero estado de las cosas, sus temores y sus deseos, con lo que concluyen con mantenerse en la inacción en circunstancias que no dan espera, como la presente. Afortunadamente en este momento hay una idea clara para todos -convocar el Congreso: un interés común: -arreglar el comercio interior y exterior, por agua o por tierra; un apoyo amado: -el General Urquiza; un obstáculo temible: -el gobernador de Buenos Aires; un medio legal de entrar en el goce de sus derechos; -retirarle el encargo; un remedio al mal: -una ley que provea a todo,- un momento crítico sin mañana: -el presente.

Esa ley es, pues, la que proponemos, la que se adoptará en todas partes, la que satisface a todas las exigencias, la que concilia todos los intereses, y allana todas las dificultades. Sus disposiciones como su objeto están en todos los ánimos, en el de S. E., como en el de sus gobernados. Preciso es que la vean y comenten todos, como los motivos en que se funda, porque a todos incumbe. El público debe conocerla para ver qué es lo que hace S. E. en tan crítica posición y para que no se la guarde si S. E. sólo lo sabe, o haga otra cosa peor que es mandársela al único a quien convendría ocultársela para ponerse a cubierto de sus asechanzas. Pero también conviene que él la vea y medite; para que abandone sus proyectos de dominación y de despotismo absoluto. Sabemos que no quiere Congreso, ni dejar el Encargo, y sí, disponer de las

rentas a su antojo, hacer paseos magníficos en su casa, y monopolizar los puertos para ser él sólo rico y poderoso. Pero sabemos también, que el general Urquiza quiere precisamente lo contrario, y que está resuelto a salvar la República, simplemente por la necesidad de salvarse él mismo; pues el odio del Gobernador de Buenos Aires no es ya un misterio, odio muy correspondido por su antagonista, como S. B. lo sabe. ¿Qué hará Rosas? ¿mandar a saquear a los pueblos? ¿Con qué ejércitos? Y si los tiene disponibles, que rompa el fuego, que principie él; que emprenda una quinta guerra, a más de las cuatro que tiene sobre mano. Napoleón, que había visto el humo de la pólvora más de cerca que el Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas, decía que lo había perdido el grave error de emprender dos a un tiempo, una de ellas a su retaguardia.

Está, pues, descorrido el velo. Ahora cada uno tome el partido que quiera. ¿Defenderá S. E. que sólo el Gobernador de Buenos Aires debe tener puertos a su disposición, cuatro millones de rentas, ejércitos, y poder, y que S. E. y su provincia deba ser pobre, pobrísima ahora y peor en lo sucesivo? ¿Sostendrá que es mejor que lo mande ahorcar Rosas un día, y que es malísimo y perjudicial que haya un Congreso donde S. E., como su provincia esté debidamente representado, y pueda hacer prevalecer sus ideas, sus intereses y su influencia? ¿Entre el que pide lo que S. E. desea y necesita, y el que lo niega todo, y se lo guarda para sí exclusivamente, escogerá el último para aumentar el cúmulo de absurdos inconcebibles de que hay sobrados ejemplos en nuestra vergonzosa historia?

Sobre todo, Excmo. señor, no se empeñe en hacer prevalecer su opinión o su modo de ver en cuestión tan grave, sofocando la opinión y el sentir de sus gobernados, a pretexto de autoridad, de orden, de prudencia, de diplomacia, de buen manejo, de política y de otras palabras que en este caso no tienen sentido.

Lo que puede parecerle una opinión, puede no ser más que egoísmo, su prudencia miedo habitual; mientras que dejando que el pueblo de su mando delibere libremente, si yerra, él lo pagará, y las consecuencias recaerán sobre él. La libertad concedida en un momento decisivo, ahorra responsabilidades, y un acto de franqueza y de confianza hace olvidar errores y aun las faltas graves y agravios pasados.

Nos atrevemos con tanta más justicia a hacer esta prevención a S. E. cuanto que el caso puede llegar en que todas las acciones sean pesadas y medidas; pues si el General Urquiza triunfa y con él la República entra en el sendero de la ley, esa ley se ha de aplicar a los que dilataron, embarazaron o quisieron estorbar ese triunfo, traicionando los intereses de su provincia. Cuánto más severa no será la justicia si han derramado sangre, devastado propiedades y causado males inútilmente, y ensañándose precisamente contra los que querían que se arregle el comercio exterior e interior por un Congreso, según el pacto federal y las demás grandes cosas que se tienen en mira para la convocación proyectada.

Con lo dicho, Excmo. Señor, creemos haber llenado un deber sagrado, mostrando que los días, las horas, los minutos que se pierdan en vacilaciones y contemporizaciones inútiles por ahora, e irreparables para lo sucesivo, serán cargos de conciencia para el ánimo de S. E., y para la justicia nacional, sería materia de investigación y de examen.

Dios guarde a S. E. muchos años.

(Siguen las firmas).